

BIBLIOTECA PEVGROW · EDICIÓN 2026

El comedor de hachís

Fitz Hugh Ludlow

1857

Traducción al español de una obra en dominio público. Puede copiarse y redistribuirse citando la fuente original.

El comedor de hachís

Fitz Hugh Ludlow

1857

DE QUÉ TRATA

Autobiografía novelada de Fitz Hugh Ludlow, publicada en 1857, sobre su consumo de hachís en Nueva York. Combina el reporte minucioso de las alteraciones perceptivas con una reflexión literaria sobre el deseo y el autoconocimiento. Es el testimonio fundacional de la literatura psicodélica estadounidense y una fuente de primera mano sobre la cultura del hachís del siglo XIX.

FICHA

Temas

cultura, literatura, historia

Época

Clásicos (hasta 1900)

Derechos

Obra en dominio público.

Fuente del original

Project Gutenberg

Edición

Traducción y maquetación de la Biblioteca de Pevgrow, 2026. Licencia CC BY 4.0 citando la fuente.

ÍNDICE

Prefacio	4
Introducción	7
Capítulo I	11
La entrada nocturna	11
Capítulo II	21
Bajo la sombra de Esculapio	21
Capítulo III	25
El reino del sueño	25
Capítulo IV	32
Cachemira y Catay al crepúsculo	32
Capítulo V	44
La hora y el poder de las tinieblas	44
Capítulo VI	55
Los misterios de la gema del signo vital de Géminis	55
Capítulo VII	62
La noche de la apoteosis	62
Capítulo VIII	74
Vos non vobis: en la que el pitagórico es espectador	74
Capítulo IX	91
La sombra de Baco, la sombra de Tánatos y la sombra de la vergüenza	91
Capítulo X	97
Nimium: la copa de amrita del velo	97
Capítulo XI	108

El libro de los símbolos	108
Capítulo XII	113
Hoy, Zeus; mañana, Prometeo	113
Capítulo XIII	120
Eidola Theatri y el Príncipe de las Ballenas	120
Capítulo XIV	131
Salve, Pitágoras	131
Capítulo XV	140
«Entonces Seeva abrió sobre el maldito su ojo de ira»	140
Capítulo XVI	151
Un juramento en el foro de la locura	151
Capítulo XVII	158
Abajo con la marea	158
Capítulo XVIII	165
Mi guardián de piedra	165
Capítulo XIX	170
Resurgam.	170
Capítulo XX	174
Al dejar a su maestro, el pitagórico se establece por su cuenta	174
Capítulo XXI	185
Sobre el doctor; no el de Southey, sino el mío	185
Capítulo XXII	194
Gran divertissement	194
Capítulo XXIII	200
El infierno de las aguas y el infierno de la traición	200
Capítulo XXIV	204
El visionario; capítulo al que no hay admisión en horario de trabajo	204

Capítulo XXV	212
Cueva sucedánea	212
Apéndices: notas, laberintos e ideales	216
Hombres ideales y sus estimulantes	250

Pasajes de la vida de un pitagórico

Fitz Hugh Ludlow Nueva York, Harper & Brothers, 1857.

«Tres veces en torno a él traza un círculo,
y cierra los ojos con sagrado temor,
pues de rocío de miel se ha alimentado
y ha bebido la leche del Paraíso.»
— Coleridge, *Kubla Khan*

Traducción al español de la edición de 1857. Obra en dominio público.
Traducción completa en borrador. Pendiente de revisión editorial antes de publicar.

Prefacio

Me gustan tan poco los prólogos como a mis lectores. Si esta parte del libro, proverbialmente inadvertida, atrapa algún ojo, la mirada que conceda no viajará más lejos para encontrar mi disculpa por hacer este prólogo breve. Solo hay un pensamiento para el que deseo hallar sitio aquí. Sé bien que, si las páginas que siguen se leen alguna vez, será por quienes ya han aprendido a amar a De Quincey. No porque me atreva ni por un momento a comparar la manera de mi relato con la del más asombroso y más inspirado de los Soñadores; pero en la experiencia de su vida y la mía hay un único rasgo común, que resulta ser precisamente aquel por el que los hombres abren cualquier libro semejante. El camino de De Quincey llevaba más allá de todos los límites de la vida ordinaria, a un mundo de luces y sombras intensas, un reino en el que todo el registro del pensamiento medio veía superadas, si no violadas, sus condiciones. Mi propia carrera, por lejos que su relato quede del Comedor de

Opio, y aunque no fue coincidente y rara vez paralela con la suya, corrió sin embargo por tierras tan gloriosas, tan poco frecuentadas, tan extrañas como las suyas, y lleva a quienes quieran seguirla fuera de las calzadas trilladas de la mente. En el lector más cándido e indulgente que haya llegado a mi historia tras leer las *Confesiones*, preveo que existirá una inevitable tendencia a comparar ambas, a buscar semejanzas y, quizá, si se encuentran, a atribuir las a mi imitación, al menos inconsciente, del gran autor anterior. Cuánto tendría esto de desventaja mía, mi natural deseo del éxito de este libro me hace desagradable representármelo incluso a mí mismo.

Si es posible prevenir tal estado de cosas, déjame intentarlo con unas breves consideraciones sobre el modo en que se ha escrito esta obra.

Digo con franqueza que admiro a De Quincey hasta tal punto que, si la imitación no fuera vil y él no fuera inimitable, no conozco maestro de estilo en cuyas huellas procuraría con más empeño caminar; pero, en primer lugar, como afirma este libro, es un resumen de experiencias que, lejos de ser ficción, han recibido de mi mano una delineación insatisfactoria para mí mismo por su propia insuficiencia. El hecho de que digo verdades, en cuanto pueden decirse, desde mi memoria real, debe protegerme —si la afirmación es recibida por alguien que no haya probado mi copa de Despertar— de la imputación de ser un copista de incidentes.

En segundo lugar, para copiar un estilo son indispensables el estudio, el cuidado y las frecuentes referencias al modelo propuesto. Muy bien: no se ha reescrito ni una de las páginas que forman este libro. Se ha impreso desde el primer borrador, y este, por necesidades de otras ocupaciones, enfermedad y cuidado, se vio obligado a escribirse —aunque de mala gana por parte de su autor— *corrente calamo*, a vuela pluma. Además, por una particular suspicacia contra el riesgo de parodiar lo inimitable, me he abstenido de mirar las *Confesiones* desde el principio hasta el fin de mi empresa.

Mi memoria, sin embargo, me dice que ocasionalmente hay verdaderas semejanzas tanto en el incidente como en el método. Como semejanza de incidente, cito la percepción, en ambas experiencias, del carácter im-

borrable de las inscripciones memoriales de la mente —como De Quincey lo expresa grandiosamente—, el carácter de palimpsesto de la memoria. Reconociendo la semejanza, solo digo que ambos vimos la misma cosa. El estado de visión que él alcanzó por el opio, yo lo alcancé por el camino del hachís. Casi a través de los mismos símbolos que De Quincey, también lo vio un amigo mío, ménade del hachís, como refiere este libro, y la visión es accesible a todos los del mismo temperamento y grado de exaltación. Ante un lugar —Nueva York, por ejemplo—, un extraño no da cuenta de él diciendo que cualquiera de los muchos que testifican de su existencia copió de otro, sino reconociendo «existe tal lugar». Así doy yo cuenta del hecho diciendo «existe tal hecho».

Como semejanza de método, con lo que me refiero a la disposición mecánica, solo soy consciente de esta: que divido mi relato en el uso y el abandono del hachís, y en especulaciones sobre los fenómenos tras el abandono, las cuales, por anticiparme a la acusación, digo que quizá podrían compararse en su orden con los *Suspiria*; pero el más perfecto Zoilo entre los hipercríticos advertirá que en esta disposición sigo a la Naturaleza, que comienza, continúa y termina, y refleja el pasado en su progreso, de modo que no debería parecer copista por ese motivo.

Pero, en cualquier caso, si me he visto influido por el recuerdo del método del gran Visionario en algún sentido (y es cierto que podría haber hecho mi camino más distinto descuidando el orden del tiempo), siento que la influencia ha tenido necesariamente que ser beneficiosa para mis propios esfuerzos.

Así como el bardo que quiere cantar a los héroes sigue al viejo arpista ciego de Jonia por aquel inmortal corredor de canción resonante que hizo por primera vez imperecedera a Grecia, y cuenta sus batallas en la Epopeya y no en la Elegía, así debe todo hombre en adelante que abra los misterios de aquella gran alma dentro de sí hablar, en la medida de lo posible, por los cauces por los que ha hablado Thomas de Quincey, y no negarse por vana perversidad a usar un pasaje que el único gran pionero ha dejado libre para todos.

Si, por tanto, de algún modo, salvo servilmente, parezco haber seguido a De Quincey, me enorgullezco de ello. Si hay algún hombre que no sienta

la gracia que el manto de la influencia de aquel verdadero poeta confiere a todo pensador y estudioso que ama la verdad, la belleza y la música de la lengua inglesa, le pido que me transfiera su parte, y al punto el Prefacio y la Plegaria de

EL HIJO DE PITÁGORAS,

quedan concluidos.

Introducción

La singular energía y alcance de la imaginación que caracterizan a todos los relatos orientales, y en especial a ese gran representante típico de la especie, las *Mil y una noches*, fueron mi incesante asombro desde la más temprana infancia. El libro de las historias árabes y turcas tiene muy pocos lectores reflexivos entre las naciones de Occidente que puedan contentarse con admirar sus audaces vuelos a regiones desconocidas de la imaginaria y cerrar las páginas místicas que los han encantado sin preguntarse por las influencias que han llevado a la mente humana a cauces de pensamiento tan raros. Tarde o temprano llega la cuestión de las causas productoras, y está en poder de pocos —muy pocos de nosotros— responder a esa pregunta rectamente.

Intentamos imitar la narración oriental, pero en vano. Nuestras mentes no encuentran pista alguna en sus extraviadas y no holladas sendas de especulación; nuestros más altos vuelos transcurren aún en una atmósfera que se siente pesada con el vaho y la humedad de la vida ordinaria. No logramos explicar aquellas cumbres de sublimidad envueltas en tormentas que planean sobre el camino del relato oriental, ni aquellas bellezas que, como ríos del Paraíso, hacen música a su lado. A todos se nos enseña a decir: «Los hijos de Oriente viven bajo un cielo más soleado que sus hermanos de Occidente; son los depositarios de siglos de tradición; su imaginación semisalvaje no está encadenada por las cadenas de la lógica y las escuelas». Pero los jonios cumplieron una vez todas esas condiciones, y sin embargo Homero no cantó ningún Eblis, ningún viaje sobrehumano en alas de genios por infinidades de éter rosado. En un

periodo de su historia, Francia, Alemania e Inglaterra abundaron en todos los rasgos de la mente antigua no instruida, y sin embargo ¿cuándo sonó un eco de la música oriental en el laúd del juglar, del *minnesinger* o del trovador? La diferencia no puede explicarse por el clima, la religión ni las costumbres. No es lo sobrenatural del relato árabe lo inexplicable, sino la peculiar fase de lo sobrenatural, tanto en belleza como en terror.

Digo inexplicable porque para mí, como para todos los que me rodeaban, tuvo ese carácter durante años. En días posteriores, creo, y ahora con toda la modestia afirmo, que descifré el secreto, no por una hipótesis, no por procesos de razonamiento, sino recorriendo esos mismos campos de experiencia extraña que están marcados por las sandalias de los gloriosos viejos soñadores de Oriente. De pie sobre las mismas cumbres de visión donde ellos estuvieron, escuchando la misma melodía gorgoteante que brotaba de sus fuentes encantadas, sí, sumergiéndome en sus cavernas de brujería sin un rayo de luz, y prisionero con su genio en el silencio indecible del mar sin fondo, he comprado caro el derecho de llegar a los hombres con el mapa de mis andanzas en las manos y desplegar ante ellos los fundamentos del edificio del relato oriental.

El secreto está en el uso del hachís. Muy pocas palabras bastarán para decir qué es el hachís. En las latitudes septentrionales, la planta del cáñamo (*Cannabis sativa*) crece casi enteramente como fibra, y se convierte, en virtud de esta cualidad, en el gran recurso para esteras y cordelería. Bajo un sol meridional, esa misma planta pierde su textura fibrosa pero segrega, en cantidades equivalentes a un tercio de su volumen, una resina opaca y verdosa. Entre el cáñamo del norte y el del sur no hay diferencia alguna, salvo el efecto de la diversidad de clima sobre una misma esencia vegetal; sin embargo, los naturalistas, extraviados por la mucho mayor extensión de la secreción gomosa en el segundo, lo han distinguido de su hermano de suelo más frío con el nombre de *Cannabis indica*. La resina del *Cannabis indica* es el hachís. Desde tiempo inmemorial ha sido conocido entre todas las naciones de Oriente por poseer poderosas propiedades estimulantes y narcóticas; en Turquía, Persia, Nepal y la India se usa hoy en todas las clases sociales como indulgencia habitual. Las formas en que se emplea son diversas. A veces

aparece en el estado en que exuda del tallo maduro, como resina cruda; a veces se manufactura en conserva con mantequilla clarificada, miel y especias; a veces se hace una decocción de las sumidades floridas en agua o en arrack. En cualquiera de estas formas, el método de administración es por ingestión. Además, la planta seca se fuma en pipa o se masca, como el tabaco entre nosotros.

Empleado en cualquier preparación, el hachís se caracteriza por los fenómenos más notables, tanto físicos como espirituales. Una serie de experimentos realizados con él por hombres de eminentes logros en la profesión médica, principalmente en Calcuta y durante los últimos diez años, demuestran que es capaz de inducir todos los síntomas ordinarios de la catalepsia, o incluso del trance.

Sin embargo, por el hecho de su uso diario tan extenso como estimulante placentero en los países donde se han hecho experimentos con él, ha perdido sin duda interés en el campo de la investigación científica, y ha llegado a considerarse solo un medio más entre la multitud que los hombres de todas las latitudes buscan para producir una intoxicación sensual. De vez en cuando un viajero, al pasar por el bazar donde se exponía a la venta, movido por la curiosidad, ha comprado alguna forma del cáñamo y ha hecho el ensayo de sus efectos sobre sí mismo; pero los resultados del experimento no fueron honrados con más atención que una página o un capítulo en el cuaderno de sus viajes, y los fenómenos del hachís, con una exclamación de asombro, quedaron desde entonces despedidos de su mente y de la mente pública. Muy pocos incluso de los residentes extranjeros permanentemente domiciliados en los países de Oriente han adoptado jamás esta indulgencia como hábito, y de esos pocos no conozco a ninguno que haya comunicado su experiencia al mundo ni la haya tratado como un asunto de interés científico.

Mi propio conocimiento personal de este fármaco, que abarcó una extensión considerable de tiempo y casi todas las variedades posibles de fenómenos, tanto físicos como psicológicos, propios de su operación, no solo me autoriza, sino que durante mucho tiempo me ha impulsado a darle una publicidad que pueda ponerlo en contacto con un mayor número de mentes interesadas en tales investigaciones del que podría esperar encontrar de otro modo. Como clave de algunas de las manifesta-

ciones más singulares de la mente oriental, como relato interesante para el atento estudioso del alma y el cuerpo humanos y de la misteriosa red de influencias interactuantes que los conectan, me atrevo por tanto a presentar esta experiencia a la investigación de los lectores generales, acompañándola con la sincera renuncia a toda ficción en mi historia y la seguridad de que cuantos rasgos de lo maravilloso aparezcan en su desarrollo gradual son inherentes a la verdad tal como la describiré sencillamente. Sé que, sin esta renuncia, mucho —más aún, casi todo lo que diré— se tomará *cum grano salis*. Deseo, por tanto, que se entienda claramente desde el principio que mi relato es de hecho no exagerado, y que sus sucesos se registran precisamente como se imprimieron en mí, sin un solo trazo adicional del pincel de una fantasía posterior para elevar el tono o armonizar el efecto. Cuanto de maravilloso aparezca en estas páginas pertenece al asunto y no a la manera.

El progreso de mi narración seguirá el orden del tiempo. Comenzaré con mi primer experimento del uso del hachís, un experimento hecho simplemente por los impulsos de la curiosidad; será después mi empeño detallar el cambio gradual de mi motivo para emplearlo, desde el deseo de investigación hasta el anhelo fascinado por su éxtasis extraño e incommensurable; referiré cómo ese éxtasis se fue salpicando día tras día de sombras de un dolor igualmente incommensurable, pero asumiendo aún, en esta existencia dual, un carácter cada vez más apocalíptico de provincias de la acción mental por completo imprevistas. En la siguiente etapa de mi experiencia, el tormento, salvo en raros intervalos, habrá devorado por completo la felicidad, sin disminuir en lo más mínimo la fascinación del hábito. En la siguiente y última se verá mi abandono instantáneo de la indulgencia, la causa que me llevó a él y la disciplina del sufrimiento que acompañó a la abnegación.

El fin de este relato no es meramente estético ni científico: aunque a lo largo de él no haya pausa para moralizar, es mi ardiente deseo que pueda estar preñado de sugerencias de una lección sin la cual la humanidad no puede aprender nada en las escuelas. Es esta: el alma se marchita y decae de su crecimiento hacia el verdadero fin de su ser bajo el dominio de cualquier indulgencia sensual. La cadena de su servidumbre puede seguir siendo dorada durante mucho tiempo —muchos días pueden pa-

sar antes de que los grilletes rocen—, pero mientras tanto se va produciendo un lento e insidioso consumo de su fuerza nativa, y cuando al fin la cautividad se vuelve dolor, puede despertar para descubrir con terror inconcebible que las mismas fuerzas de la liberación han perecido fuera de su alcance.

Capítulo I

LA ENTRADA NOCTURNA

En torno a la botica de mi amigo Anderson existía siempre una fascinación peculiar, que desde muy pronto la señaló como mi lugar favorito de holganza. En la misma atmósfera del establecimiento, cargada como estaba de un olor compuesto de todas las cosas curativas y preventivas, había una invitación aromática a la meditación científica que no habría encontrado una acogida más pronta si hubiera hablado con el aliento del incienso. Los mismos tarros de boticario fueron cobrando poco a poco un encanto para mí mientras reposaban tranquilamente ordenados en sus estantes de roble, parecidos a una convención de filántropos sin ostentación cuyos silenciosos pechos rebosaban toda variedad de renovación para la raza humana. Un pequeño santuario en el fondo de la tienda, separado por cortinas rojas de la mirada profana de los no sanitarios, contenía dos sillas para el doctor y para mí, y una biblioteca donde todos los maestros de la medicina se agrupaban, a través de sus representantes en pliegos y papel, en más amistoso contacto del que jamás ha caracterizado a una consulta de semejantes espíritus en otras circunstancias. Dentro de los límites de cuatro pies cuadrados, Pereira y Christison condensaban todos sus almacenes de sabiduría e investigación, y Dunglison y Brathwaite se sentaban mejilla con mejilla junto a ellos. Allí estaba el *Dispensatorio*, con aires de oficina metódica, donde todos los específicos de la materia médica habían sido reunidos para una conversación científica, pero, enamorados de la compañía mutua, habían resuelto quedarse, aunque estuvieran superpoblados, y hacer de ello una sesión indefinida. En un modesto nicho, apartado como un vestíbulo de las habitaciones de los caballeros médicos, yacía un estuche

poco profundo que, al levantar la tapa, mostraba la fila ordenadamente dispuesta de pinzas, sonda y lanceta que constituía el título de mi amigo a la confianza de la comunidad pletórica; pues, aunque no bendecido con la fama metropolitana, no era

«un Cromwell libre de la sangre de su patria».

Aquí he pasado muchas horas sumido en las estadísticas de la vida humana o en la historia de los arbitrios para su conservación. Aquí los detalles del experimento quirúrgico o médico me han tenido tan completamente absorto como las posiciones y crisis de una novela; y aquí, sobre todo, con un desprecio por mi propia seguridad que habría honrado a Quinto Curcio, he hecho sobre mí mismo el ensayo de los efectos de cada droga y químico extraño que el laboratorio podía producir. Unas veces, con el frasco de cloroformo bajo la nariz, me lanzaba a correr sobre las alas de una vida emocionante y acelerada, hasta que me quedaba apenas el poder suficiente para devolver el líquido a su lugar en el estante y hundirme en el goce de la deliciosa apatía que duraba los pocos momentos siguientes. Otras, el éter sustituía al cloroformo y se anotaba la diferencia de sus fenómenos, y otras algún otro estimulante, en forma de opiáceo o excitante, era el instrumento de mis experimentos, hasta que hube recorrido toda la gama de agentes singulares a mi alcance.

En todas estas experiencias mi objeto era la investigación y no la indulgencia, de modo que nunca me convertí en víctima de ningún hábito en la prosecución de mis precipitadas investigaciones. Cuando se completó el circuito de todas las pruebas accesibles, dejé de experimentar y me senté como un Alejandro farmacéutico, sin más mundos de drogas que conquistar.

Una mañana, en la primavera de 185—, me dejé caer por casa del doctor para mi acostumbrada holganza.

—¿Has visto —dijo— mis nuevas adquisiciones?

Miré hacia los estantes en la dirección que señalaba y vi, añadida desde mi última visita, una hilera de elegantes cilindros de cartón que encerraban frascos de los diversos extractos⁹ preparados por Tilden y Cía. Dis-

puestos en orden según su tamaño, me enfrentaban como una bonita pequeña fila de tiradores medicinales que pudiera satisfacer el ojo de un aficionado. Me acerqué a los estantes para examinarlos.

Una rápida mirada mostró que la mayoría eran viejos conocidos. «Conium, taraxacum, ruibarbo... ¡ah! ¿qué es esto? ¿*Cannabis indica*?» —«Eso —respondió el doctor, mirando con paternal cariño su nuevo tesoro— es una preparación del cáñamo de las Indias Orientales, un agente poderoso en los casos de trismo.» Con el aval de esta presentación, tomé al pequeño arquero y, quitándole su verde abrigo exterior, comencé a proseguir su conocimiento. Sacar un corcho ancho y poco profundo fue obra de un instante, y me reveló un extracto de color pardo oliva, de la consistencia de la pez y un decidido olor aromático. Sacando una pequeña porción con la punta de mi navaja, iba justamente a llevármela a la lengua cuando:

—¡Alto! —gritó el doctor—. ¿Quieres matarte? Esa sustancia es veneno mortal.

—¡De veras! —repliqué—. No, no puedo decir que tenga ninguna determinación resuelta de esa clase.

Y con eso volví a poner el corcho y devolví el extracto, con todos sus adherentes, al estante.

El resto de mi visita matinal al santuario lo pasé consultando el *Dispensatorio* bajo la voz «*Cannabis indica*». La suma de mis descubrimientos puede hallarse, con mucha información adicional, en aquella inestimable obra popular, la *Química de la vida común* de Johnston. Siendo universalmente accesible, no aludiré más al resultado de las investigaciones de aquella mañana sino para mencionar las tres conclusiones siguientes a las que llegué.

Primera: el doctor estaba a la vez acertado y equivocado; acertado, en cuanto una dosis suficientemente grande del fármaco, si pudiera retenerse en el estómago, produciría la muerte como cualquier otro narcótico, y el efecto último de su uso habitual siempre se había revelado muy perjudicial para la mente y el cuerpo; equivocado, puesto que las dosis moderadas nunca eran inmediatamente mortales y muchos millones de

personas lo empleaban a diario como una indulgencia semejante al opio. Segunda: era el hachís al que se refieren los viajeros de Oriente y el tema de un capítulo muy gráfico de la pluma de Bayard Taylor, que meses antes me había movido poderosamente a la curiosidad y la admiración. Tercera: lo añadiría a la lista de mis experimentos anteriores.

En cumplimiento de esta última determinación, esperé a que mi amigo estuviera fuera de la vista, para no asustarlo con lo que él consideraba una aventura suicida, y entonces, destapando de nuevo tranquilamente a mi pequeño arquero, retiré de su arsenal de armas ofensivas una píldora suficiente para equilibrar el peso de diez granos de la balanza del santuario. Esto, con la autoridad de Pereira y del *Dispensatorio*, lo tragué sin temblor alguno por el peligro del resultado.

Haciendo todas las concesiones debidas al hecho de que no había tomado mi bolus de hachís en ayunas, debía experimentar sus efectos en las cuatro horas siguientes. Transcurrió ese tiempo sin traer la sombra de un fenómeno. Estaba claro que mi dosis había sido insuficiente.

En aras de la más conservadora prudencia, dejé pasar varios días sin repetir el experimento y entonces, guardando igualmente el asunto en secreto, me administré una píldora de quince granos. Esta segunda fue tan ineficaz como la primera.

Gradualmente, de cinco en cinco granos, aumenté la dosis hasta treinta granos, que tomé una tarde media hora después del té. Casi había llegado ya a la conclusión de que era absolutamente insensible a la influencia del hachís. Sin esperar que este último experimento fuera más afortunado que los anteriores, y en verdad sin darme cuenta del modo en que el fármaco afectaba a quienes lo probaban con éxito, fui a pasar la tarde en casa de un amigo íntimo. Entre música y conversación el tiempo pasó agradablemente. El reloj dio las diez, recordándome que habían transcurrido tres horas desde que tomé la dosis, y aún no había aparecido ningún síntoma insólito. Me irritaba pensar que esta prueba era tan estéril como sus predecesoras.

¡Ah! ¿Qué significa este estremecimiento súbito? Una sacudida, como de alguna fuerza vital no imaginada, se dispara sin aviso por todo mi

cuerpo, salta a las puntas de mis dedos, atraviesa mi cerebro, me sobresalta hasta casi saltar de la silla.

No podía dudarlo. Estaba en poder de la influencia del hachís. Mi primera emoción fue de terror incontenible: la sensación de haber recibido algo que no había contratado. En aquel momento habría dado todo lo que tenía o esperaba tener por ser como era tres horas antes.

Ningún dolor en parte alguna —ni una punzada en fibra alguna—, y sin embargo una nube de extrañeza indecible se posaba sobre mí y me envolvía impenetrablemente, apartándome de todo lo natural o familiar. Rostros queridos, conocidos de antiguo, me rodeaban, pero no estaban conmigo en mi soledad. Había entrado en una vida tremenda que ellos no podían compartir. Si los desencarnados vuelven alguna vez a rondar sobre el hogar que un día tuvo un asiento para ellos, miran a sus amigos como yo miraba entonces a los míos. Una cercanía de lugar, con una distancia infinita de estado; una conexión que no tenía posibles simpatías para las necesidades de aquella hora de revelación; un aislamiento no menos perfecto por parecer compañía.

Seguí hablando; me dirigieron una pregunta y la respondí; incluso me reí de un *bon mot*. Y sin embargo no era mi voz la que hablaba; quizá una que tuve una vez muy lejos, en otro tiempo y otro lugar. Durante un rato no supe nada de lo que ocurría exteriormente, y luego el recuerdo de la última observación que se había hecho volvió lenta e indistintamente, como vuelve algún rasgo de un sueño al cabo de muchos días, desconcertándonos sobre dónde lo hemos percibido antes.

Un viento intermitente había estado suspirando por la chimenea toda la tarde; ahora creció hasta el zumbido constante de una vasta rueda en movimiento acelerado. Durante un rato este zumbido pareció resonar por todo el espacio. Me aturdió; estaba absorto en él. Lentamente la revolución de la rueda se detuvo y su estruendo monótono se cambió por el retumbar de un gran órgano de catedral. El flujo y reflujo de su tono inconcebiblemente solemne me llenó de una pena más que humana. Simpatizaba con la cadencia de endecha como el espíritu simpatiza con el espíritu. Y entonces, con la plena convicción de que todo lo que oía y sentía era real, miré fuera de mi aislamiento para ver el efecto de la mú-

sica en mis amigos. ¡Ah! Estábamos en mundos separados, en efecto. Ni un rastro de apreciación en rostro alguno.

Quizá me estaba comportando de un modo extraño. De pronto, un par de manos afanosas, que toda la tarde habían corrido parejas con una ágil aguja de ganchillo sobre un hipódromo de seda rosa y azul, se detuvieron en su meta, y su dueña me miró fijamente. ¡Ah! Me habían descubierto; me había traicionado. Esperé con terror, aguardando a cada instante oír la palabra «hachís». No: la señora solo me hizo alguna pregunta relacionada con la conversación anterior. Mecánicamente, como un autómatas, empecé a responder. Al oír una vez más los tonos ajenos e irreales de mi propia voz, me convencí de que era otro quien hablaba, y en otro mundo. Me senté y escuché; la voz seguía hablando. Ahora, por primera vez, experimenté aquel vasto cambio que el hachís produce en todas las medidas del tiempo. La primera palabra de la respuesta ocupó un periodo suficiente para la acción de un drama; la última me dejó en completa ignorancia de cualquier punto lo bastante atrás en el pasado para fechar el comienzo de la frase. Su enunciación podría haber durado años. Ya no estaba en la misma vida que me contenía cuando la oí empezar.

Y ahora, con el tiempo, el espacio se expandió también. En casa de mi amigo había siempre un sillón reservado para mí. Estaba sentado en él a una distancia de apenas tres pies de la mesa central en torno a la cual se agrupaban los miembros de la familia. Rápidamente aquella distancia se ensanchó. Toda la atmósfera pareció dúctil y se estiró sin fin en grandes espacios que me rodeaban por todas partes. Estábamos en una vasta sala, de la que mis amigos y yo ocupábamos extremos opuestos. El techo y las paredes subían con un movimiento deslizante, como vivificados por una fuerza súbita de crecimiento irresistible.

¡Oh! No podía soportarlo. Pronto me quedaría solo en medio de una infinidad de espacio. Y cada momento aumentaba más y más la convicción de que era observado. No sabía entonces, como aprendí después, que la sospecha de todas las cosas y personas terrenales era el rasgo característico del delirio del hachís.

En medio de mi complicada alucinación podía percibir que tenía una existencia dual. Una parte de mí era arrastrada sin resistencia por la pista de esta tremenda experiencia; la otra se sentaba mirando desde una altura a su doble, observando, razonando y pesando serenamente todos los fenómenos. Este ser más calmado sufría con el otro por simpatía, pero no perdía su posesión de sí mismo. Pronto me advirtió que debía irme a casa, no fuera que el creciente efecto del hachís me incitara a algún acto que asustara a mis amigos. Reconocí la fuerza de esta observación como si la hubiera hecho otra persona, y me levanté para despedirme. Avancé hacia la mesa central. Con cada paso aumentaba su distancia. Me armé de valor como para un largo viaje a pie. Seguían retrocediendo las luces, los rostros, los muebles. Por fin, casi sin darme cuenta, llegué hasta ellos. Sería tedioso intentar transmitir la idea del tiempo que consumió mi despedida, y el intento, al menos con todas las mentes que no han pasado por la misma experiencia, sería tan imposible como tedioso. Por fin estaba en la calle.

Más allá de mí, la vista se extendía sin fin. Era una avenida que no convergía, cuyas lámparas más cercanas parecían separadas de mí por leguas. Estaba condenado a atravesar una extensión despiadada de espacio. Un alma recién liberada, que emprendiera su vuelo más allá de la estrella visible más lejana, no podría estar más abrumada por su recién adquirida concepción de la sublimidad de la distancia de lo que yo lo estaba en aquel momento. Solemnemente comencé mi viaje infinito.

Antes de mucho caminaba en completa inconsciencia de todo lo que me rodeaba. Habitaba un maravilloso mundo interior. Existía por turnos en distintos lugares y diversos estados de ser. Ahora deslizaba mi góndola por las lagunas iluminadas por la luna de Venecia. Ahora Alpe sobre Alpe se alzaba ante mi vista, y la gloria del sol naciente lanzaba una luz púrpura sobre el más alto pináculo de hielo. Ahora, en el silencio primigenio de alguna selva tropical inexplorada, extendía mis hojas plumosas, un helecho gigante, y me mecía y asentía con las ráfagas de especias sobre un río cuyas olas levantaban a la vez nubes de música y perfume. Mi alma se trocó en esencia vegetal, estremecida por un éxtasis extraño e inimaginado. El palacio de Al Laroun no habría podido comprarme de vuelta a la humanidad.

No detallaré todas las transmutaciones de aquella caminata. De cuando en cuando volvía de mis sueños a la conciencia, cuando alguna casa bien conocida parecía saltar a mi camino, despertándome con una sacudida. Todo el camino a casa fue una serie de tales despertares y recaídas en la abstracción y el delirio, hasta que llegué a la esquina de la calle en que vivía.

Aquí se manifestó un nuevo fenómeno. Acababa de despertar por vigésima vez quizá, y tenía los ojos bien abiertos. Reconocía todos los objetos circundantes y empecé a calcular la distancia a casa. De pronto, de una pared ciega a mi lado, una figura embozada se adelantó a mi camino. Su cabello, blanco como la nieve, colgaba en mechones enredados sobre sus hombros, donde llevaba también una pesada carga, semejante al saco de pecados bien lleno que Bunyan coloca sobre la espalda de su peregrino. No gustándome su actitud, me aparté, con intención de rodearlo y seguir mi camino. Este cambio de nuestra posición relativa permitió que el resplandor de un farol vecino cayera de lleno sobre su rostro, que hasta entonces había estado totalmente oscurecido. ¡Horror indecible! Jamás, hasta el día en que muera, olvidaré aquel rostro. Cada lineamento estaba marcado con los registros de una vida negra de crimen condenatorio; me miraba con una maldad feroz y una desesperación pétrea que solo puede sentir quien entra en la retribución del pecado imperdonable. Habría podido posar para un pintor de demonios como el ideal de la *Cenci* de Shelley. Parecía volverme blasfemo al mirarlo y, en una agonía de miedo, eché a correr. Me detuvo con una mano huesuda, que me atravesó la muñeca como garras, y, tomando lentamente la carga de sus propios hombros, la puso sobre los míos. La sacudí y lo aparté. Silenciosamente volvió y restableció el peso. De nuevo lo rechacé, esta vez gritando:

—Hombre, ¿qué quieres decir?

Con una voz que me impresionó con la sensación de maldad como lo había hecho su rostro, respondió:

—Llevarás mi carga conmigo.

Y por tercera vez la puso sobre mis hombros. Por última vez la arrojé a un lado y, con todas mis fuerzas, lo aparté de mí. Se tambaleó hacia atrás y cayó, y antes de que pudiera reponerse de su desventaja yo había puesto una larga distancia entre nosotros.

A través de la excitación de mi lucha con este fantasma, los efectos del hachís habían aumentado poderosamente. Reventaba de una vida incontenible; caminaba con los músculos de un gigante. Más caliente y rápida venía mi respiración; parecía jadear como alguna máquina tremenda. Una energía eléctrica me arrastraba sin resistencia; temía por mí mismo que fuera a reventar sus muros de carne y seguir adelante, dejando tras de sí un almacén destrozado.

Por fin entré en mi propia casa. Durante mi ausencia había llegado un pariente del extranjero, que estaba listo para recibir mi saludo. En parte devuelto a la conciencia por la naturalidad de los rostros familiares y la poderosa luz de una lámpara de araña que derramaba su resplandor por la habitación, vi la necesidad de vigilar para no traicionar mi condición, y con un esfuerzo intenso suprimiendo todo lo que sentía, me acerqué a mi amigo y dije todo lo que es habitual en tales ocasiones. Y sin embargo, tan reciente como estaba de mi conflicto con lo sobrenatural, eché una mirada furtiva en torno para aprender de los rostros de los demás si, después de todo, estaba estrechando la mano de un fantasma y preguntando por la salud de una familia de alucinaciones. Al crecer mi seguridad al no percibir síntomas de asombro, terminé el saludo y me senté.

Pronto necesité toda mi resolución para guardar el secreto que había determinado mantener inviolable. Mis sensaciones empezaron a ser terribles, no por ningún dolor que sintiera, sino por el tremendo misterio de todo lo que me rodeaba y de todo lo que había dentro de mí. Por una introversión espantosa, todas las operaciones de la vitalidad que en nuestro estado ordinario transcurren inconscientemente se hicieron vívidamente presentes en mi experiencia. A través de cada tejido corporal, por delgado que fuera, y de cada vena, por mínima que fuese, podía seguir la circulación de la sangre a lo largo de cada pulgada de su progreso. Sabía cuándo se abría cada válvula y cuándo se cerraba; cada sentido estaba despertado de un modo preternatural; la habitación estaba llena

de una gran gloria. El latido de mi corazón era tan claramente audible que me asombré de que no lo advirtieran quienes estaban sentados a mi lado. He aquí que ahora aquel corazón se convirtió en una gran fuente, cuyo chorro jugaba hacia arriba con vibraciones sonoras y, golpeando el techo de mi cráneo como sobre una cúpula gigantesca, caía de vuelta con un chapoteo y un eco en su depósito. Más y más rápidas venían las pulsaciones, hasta que al fin no las oí más, y el chorro se convirtió en una inundación que se derramaba continua, cuyo rugido resonaba por todo mi cuerpo. Me di por perdido, pues el juicio, que aún se mantenía intacto por encima de mis sentidos pervertidos, argumentaba que la congestión debía producirse en pocos momentos y cerrar el drama con mi muerte. Pero mi esperanza no cedía todavía. Me asaltó el pensamiento: ¿no podría ser, después de todo, imaginaria esta rapidez de la circulación? Determiné averiguarlo.

Yendo a mi habitación, saqué mi reloj y puse la mano sobre el corazón. El mismo esfuerzo que hice para comprobar la realidad fue devolviendo poco a poco la percepción a su estado natural. En la intensidad de mis observaciones empecé a percibir que la circulación no era tan rápida como había pensado. De un flujo sin pulso pasó gradualmente a ser aprehendida como una sucesión apresurada de latidos intensos, luego menos veloces y menos intensos, hasta que, al fin, comparándola con el segundero, hallé que su rapidez media era de unas noventa por minuto. Muy reconfortado, desistí del experimento. Casi al instante volvió la alucinación. De nuevo temí apoplejía, congestión, hemorragia, una multiplicidad de muertes sin nombre, y me dibujé tal como podrían encontrarme a la mañana siguiente, rígido y frío, por aquellos cuya agonía se vería redoblada por el misterio de mi fin. Razoné conmigo mismo; me bañé la frente: no sirvió de nada. Quedaba un recurso: iría a un médico.

Con esta resolución dejé mi habitación y fui al pie de la escalera. La familia se había retirado ya por la noche y el gas estaba apagado en el mechero del vestíbulo de abajo. Miré escaleras abajo: la profundidad era insondable; ¡un viaje de años llegar al fondo! La luz tenue del cielo brillaba a través de los estrechos cristales a los lados de la puerta principal y parecía una lámpara demoníaca en medio de la oscuridad del abismo. ¡Jamás podría bajar! Me senté desesperado en el escalón más alto.

De pronto un pensamiento sublime me poseyó. Si la distancia es infinita, soy inmortal. Se probará. Comencé el descenso, cansadamente, cansadamente, por mi viaje de leguas y de años. Registrar mis impresiones en ese viaje sería repetir lo que he dicho del tiempo del hachís. Deteniéndome ahora a descansar como un viajero se apartaría en una posada del camino, ahora bregando hacia abajo por la oscuridad solitaria, llegué poco a poco al final y salí a la calle.

Capítulo II

BAJO LA SOMBRA DE ESCULAPIO

Al llegar al pórtico de la casa del médico, llamé a la campana, pero inmediatamente olvidé a quién preguntar. No era de extrañar: estaba en las escaleras de un palacio de Milán... no (y me reí de mi propio desliz), estaba en la escalera de la Torre de Londres. Así que no debería estar desconcertado por mi ignorancia del italiano. Pero ¿a quién preguntar? Esta pregunta me devolvió a la ubicación real del lugar, pero no me surgió la respuesta necesaria. ¿A quién preguntaré? Empecé a tender las más astutas trampas de hipótesis para atrapar la solución de la dificultad. Miré las casas vecinas: ¿de quién tenía costumbre de pensar que vivía junto a ellas? Eso no me lo trajo. ¿A la hija de quién había visto ir a la escuela desde esta casa precisamente el día anterior? Se llamaba Julia —Julia— y pensé en todas las combinaciones que se habían hecho con este nombre desde Julia Domna hasta Giulia Grisi. ¡Ah! Ahora lo tenía: Julia H.; y su padre llevaba naturalmente el mismo nombre. Durante este registro intelectual había llamado a la campana media docena de veces, bajo la impresión de que me tenían esperando una pequeña eternidad. Cuando la criada abrió la puerta, jadeaba como si hubiera corrido por su vida. Me hicieron subir a la habitación del doctor H., donde se había echado a descansar tras una operación tediosa. Cerrando la puerta tras de mí con un aire de resuelto secreto, que debió de sugerirle agradablemente un atentado contra su vida, me acerqué a su lecho.

—Estoy a punto de revelarte —comencé— algo que no permitiría por mi vida que llegara a otros oídos. ¿Me das tu palabra de silencio eterno?

—Te la doy; ¿qué ocurre?

—He estado tomando hachís —*Cannabis indica*— y temo que voy a morir.

—¿Cuánto tomaste?

—Treinta granos.

—Déjame sentir tu pulso.

Puso el dedo en mi muñeca y contó despacio, mientras yo esperaba oír mi sentencia de muerte.

—Muy regular —dijo brevemente el doctor—; ligeramente acelerado. ¿Sientes algún dolor?

—Ninguno en absoluto.

—No te pasa nada; vete a casa y acuéstate.

—Pero... ¿no hay... no hay... peligro de... apoplejía?

—¡Bah! —dijo el doctor; y, habiéndose pronunciado con esta opinión muy al estilo de Abernethy sobre mi caso, volvió a echarse. Tenía la mano en el pomo cuando me detuvo con:

—Espera un minuto; te daré un polvo para que lo lleves contigo, y si vuelves a asustarte después de dejarme, puedes tomarlo como sedante. Sal al rellano, si quieres, y llama a mi criada.

Lo hice, y mi voz pareció retumbar como un trueno desde cada receso de todo el edificio. Me aterrorizó el ruido que había hecho. Aprendí en días posteriores que esta impresión es solo una de las muchas debidas a la intensa susceptibilidad del sensorio producida por el hachís. En una ocasión, habiendo pedido a un amigo que me corrigiera si hablaba alto o desmesuradamente mientras estaba en estado de fantasía entre personas a las que deseaba ocultar mi estado, me sorprendí gritando y cantando de puro éxtasis, y le reproché haber descuidado su oficio amisto-

so. No pude creerle cuando me aseguró que no había pronunciado una sola palabra audible. La intensidad de la emoción interior había afectado lo exterior a través del oído interno.

Volví y me quedé a los pies de la cama del doctor. Todo era perfecto silencio en la habitación, y también habría sido perfecta oscuridad a no ser por la pequeña lámpara que sostenía en la mano para alumbrar la preparación del polvo cuando llegara. Y ahora un misterio aún más sublime empezó a envolverme. Estaba en una cámara remota en lo alto de un edificio colosal, y todo el edificio bajo mí crecía firmemente hacia el aire. Más alto que el pináculo más alto del babilónico templo de Bel, más alto que el Ararat, hacia arriba, siempre hacia arriba, hacia la solitaria cúpula del universo infinito de Dios, nos alzábamos sin cesar. Los años volaban; oía el musical aleteo de sus alas en el abismo exterior a mí, y de ciclo en ciclo, de vida en vida corría, un átomo en la eternidad y el espacio. Saliendo de pronto de la órbita de mis transmigraciones, estaba de nuevo a los pies de la cama del doctor, estremecido de asombro al descubrir que ambos seguíamos sin cambiar por el transcurso inconmensurable del tiempo. La criada no había venido.

—¿La llamo otra vez?

—Pero si acabas de llamarla en este momento.

—Doctor —respondí solemnemente, y en un lenguaje que habría parecido bastante ampuloso a cualquiera que no se diera cuenta de lo que yo sentía—, no creeré que me estés engañando, pero a mí me parece que desde entonces ha transcurrido tiempo suficiente para que todas las pirámides se hayan desmoronado hasta convertirse en polvo.

—¡Ja, ja! Estás muy gracioso esta noche —dijo el doctor—; pero aquí viene, y la enviaré por algo que te consuele en ese punto y restablezca las pirámides en tu confianza.

Le dio sus órdenes a la muchacha, y ella volvió a salir.

Me asaltó el pensamiento de comparar mi tiempo con el de los demás. Miré mi reloj, comprobé que el minuterio estaba en el cuarto después de las once y, devolviéndolo a mi bolsillo, me abandoné a mis reflexiones.

Pronto me vi como un gnomo prisionero de un brujo muy extraño, cuyo papel asigné al doctor que tenía delante, en las cavernas de Domdaniel, «bajo las raíces del océano». Allí, hasta la disolución de todas las cosas, estaba condenado a sostener la lámpara que iluminaba aquella oscuridad abisal, mientras mi corazón, como un reloj gigante, marcaba solemnemente los años restantes del tiempo. Ahora, al marcharse esta alucinación, oí en la soledad de la noche exterior el sonido de un mar maravilloso que se alzaba. Sus olas, en sublime cadencia, rodaban hacia delante hasta encontrar los cimientos del edificio; los golpeaban con una fuerza que hacía temblar la misma piedra superior, y luego retrocedían, con siseo y murmullo hueco, al amplio seno de donde habían surgido. Ahora, por la calle, con paso medido, pasaba un ejército armado. Solo rompían el silencio el pesado golpe de sus pisadas y el rechinar de sus anillos de coraza de bronce, pues entre todos ellos no había más habla ni música que en un batallón de muertos. Era el ejército de las edades pasando a la eternidad. Una sublimidad divina se tragó mi alma. Estaba abrumado en un baratro insondable de tiempo, pero me apoyé en Dios y fui inmortal a través de todos los cambios.

Y ahora, en otra vida, recordé que muy atrás en los ciclos había mirado mi reloj para medir el tiempo que atravesaba. Me invadió el impulso de mirar de nuevo. El minutero estaba a medio camino entre los quince y los dieciséis minutos después de las once. El reloj debía de haberse parado; me lo llevé al oído: no, seguía funcionando. Había recorrido toda aquella cadena inconmensurable de sueños en treinta segundos.

—¡Dios mío! —exclamé—. Estoy en la eternidad.

Ante aquella primera y sublime revelación del tiempo propio del alma y de su capacidad para una vida infinita, me quedé temblando con un asombro sin aliento. Hasta que muera, aquel momento de desvelamiento se alzará con claro relieve sobre todo el resto de mi existencia. Lo guardo todavía en recuerdo intacto como una de las santidades indecibles de mi ser. Los años de toda mi vida terrenal futura nunca podrán ser tan largos como aquellos treinta segundos.

Por fin reapareció la criada. Recibí mi polvo y me fui a casa. Había una luz en una de las ventanas superiores, y la saludé con un gozo indecible,

pues me liberaba de un miedo que no podía vencer: que mientras yo había estado fuera, todas las cosas familiares hubieran desaparecido de la tierra. Apenas estuve a salvo en mi habitación cuando dudé de haber estado alguna vez fuera de ella.

—He experimentado algún sueño maravilloso —dije— mientras yacía aquí después de venir del salón.

Si no había salido, razoné, no tendría ningún polvo en el bolsillo. El polvo estaba allí, y me tranquilizó un poco encontrar que no estaba del todo alucinado en todos los puntos. Dejando la luz encendida, empecé el viaje a mi cama, que me invitaba suavemente en la distancia. Llegando a ella tras una caminata suficiente, me dejé caer.

Capítulo III

EL REINO DEL SUEÑO

En el momento en que cerré los ojos, una visión de gloria celestial estalló ante mí. Estaba de pie en la orilla plateada de un lago translúcido e ilimitado, a cuya otra ribera parecía acabar de ser transportado. Un poco más arriba en la playa, un templo modelado como el Partenón alzaba sus columnas de alabastro inmaculadas y relucientes, sublimemente, hacia un aire rosado: como el Partenón, pero excediéndolo tanto como el ideal divino de la arquitectura debe trascender el que el hombre ha realizado. Sin mancha en su pureza de blancura, sin defecto en la simetría ininterrumpida de cada línea y cada ángulo, su frontón estaba cubierto de nubes olorosas cuyos tintes eclipsaban el arcoíris. Era obra de un constructor no terreno, y mi alma se detuvo ante él en un trance de éxtasis. Sus puertas plegadas resplandecían con la gloria de una multitud de ojos de cristal, incrustados en las superficies de mármol en las esquinas de figuras de diamante desde el suelo del pórtico hasta la más alta moldura. Uno de estos ojos era dorado, como el sol del mediodía; otro, esmeralda; otro, zafiro; y así sucesivamente por toda la gama de matices, todos ellos colocados en combinaciones que formaban las más exquisitas armonías y giraban sobre²² sus ejes con la rapidez del pensa-

miento. En el mero vestíbulo del templo habría podido sentarme y beber éxtasis para siempre; pero he aquí que soy aún más dichoso. Sobre bisagras silenciosas las puertas se abren, y entro.

No me pareció estar en el interior de un templo. Me vi en verdad al aire libre, como si nunca hubiera cruzado los portales, pues hacia dondequiera que mirara no había paredes, ni techo, ni pavimento. Una atmósfera de serenidad insondable y satisfactoria para el alma me rodeaba y me penetraba. Estaba de pie en la orilla de un arroyo de cristal, cuyas aguas, al deslizarse, discurrían notas de música que tintineaban en el oído como los tonos de alguna exquisita campana de vidrio. La misma impresión que tales tonos producen, de música refinada hasta su último espíritu etéreo y traída de una gran distancia, caracterizaba cada ondulación de aquellas olas translúcidas. Las orillas suavemente inclinadas del arroyo estaban lujuriosamente cubiertas de un mullido terciopelo de hierba y musgo, de un verde tan vivo que el ojo y el alma reposaban en ellas a la vez y bebían paz. Por esta hierba amarantina vagaban las raíces nudosas y fantásticas de cedros gigantes del Líbano, desde cuyos troncos primigenios grandes ramas se extendían sobre mí y, entrelazándose, tejían un techo de sombra impenetrable; y por las avenidas quietas bajo aquellos magnos arcos arbóreos paseaban bardos gloriosos, cuyas nieves de barba caían sobre sus pechos bajo semblantes de inefable benignidad y nobleza.

Todos iban vestidos con túnicas flotantes, como sumos sacerdotes de Dios, y cada uno sostenía en la mano una lira de hechura no terrena. De pronto uno se detiene a mitad de un sendero sombrío y, descubriendo su brazo derecho, comienza un preludio. Mientras sus acordes celestiales temblaban hasta su plenitud sublime, otro pulsa sus cuerdas, y ahora se mezclan en mi oído arrebatado en una sinfonía como nunca se oyó en otra parte, y que nunca volveré a oír fuera de la Gran Presencia. Un momento más, y tres tocan en armonía; ahora el cuarto une a los suyos el glorioso arrebató de su música, y en la plenitud del acorde mi alma queda absorbida. No puedo soportar más. Pero sí: soy sostenido, pues de pronto toda la multitud rompe en un coro sobre cuyas alas soy elevado fuera de los muros hendidos del sentido, y música y espíritu vibran en comunión inmediata. Liberado para siempre de la intervención del aire

pulsante y del nervio vibrante, mi alma se dilata con el oleaje de aquella armonía trascendente y descifra de ella arcanos de un significado que las palabras nunca podrán decir. Soy llevado en alto sobre la gloria del sonido. Floto en un trance entre el ardiente coro de los serafines. Pero, cuando me estoy fundiendo a través de la purificación de aquel éxtasis sublime en unidad con la Divinidad misma, una a una aquellas liras resonantes se desvanecen, y cuando el último latido muere a lo largo del éter inconmensurable, brazos invisibles me llevan velozmente como el rayo a lo profundo, y me depositan ante otro portal. Sus hojas, como las primeras, son de mármol inmaculado, pero no enjoyadas con ojos giratorios de color ardiente.

Antes de entrar en el registro de esta nueva visión, haré una digresión para introducir dos leyes de la operación del hachís que, como explicativas, merecen un lugar aquí. Primera: después de que se ha completado cualquier fantasía, casi invariablemente sucede un desplazamiento de la acción a otro escenario completamente distinto en sus alrededores. En esta transición, el carácter general de la emoción puede permanecer sin cambio. Puedo ser dichoso en el Paraíso y dichoso en las fuentes del Nilo, pero rara vez, ni en el Paraíso ni en el Nilo, dos veces seguidas. Puedo retorcerme en el Etna y arder inextinguiblemente en la Gehena, pero casi nunca, en el curso del mismo delirio, serán el Etna o la Gehena testigos de mi tortura por segunda vez.

Segunda: después de que la tormenta completa de una visión de sublime intensidad ha soplado sobre el comedor de hachís, su visión siguiente es generalmente de naturaleza quieta, relajante y recreadora. Baja de sus nubes o sube de su abismo a un terreno intermedio de sombras suaves, donde puede descansar los ojos del esplendor de los serafines o de las llamas de los demonios. Hay una sabia filosofía en esta disposición, pues de otro modo el alma pronto se consumiría en el exceso de su propio oxígeno. Muchas veces, me parece, se ha salvado así la mía de la extinción.

La visión siguiente ilustró ambas leyes, pero en especial la segunda. Las puertas del templo se abrieron sin ruido ante mí, pero no fue una escena de sublimidad la que así irrumpió en mis ojos. Estaba en un gran aposento que se parecía a la sala del Senado de Washington más que a cual-

quier otra cosa con que pueda compararlo. Su techo era abovedado, y en el lado opuesto a la entrada el suelo se elevaba en un estrado coronado por un gran sillón. El cuerpo de la sala estaba ocupado por sillones semejantes dispuestos en arcos; el pesado artesonado de las paredes estaba adornado con frescos grotescos de toda ave, bestia y monstruo imaginables, que, por alguna oculta ley de vida y movimiento, cambiaban sin cesar, como las figuras del caleidoscopio. Ahora las paredes erizaban de hipogrifos; ahora, del zócalo al techo, tucanes y guacamayos se mecían y asentían desde sus perchas entre palmas de esmeralda; ahora centauros y lapitas chocaban en tumulto feroz, mientras cráteras y cíatos eran aplastados bajo cascos y talones resonantes. Pero mi atención fue pronto distraída de los frescos por la vista de un congreso muy brujeril que ocupaba todas las sillas de aquella amplia cámara. En el estrado se sentaba una vieja, cuya posición dominante atrajo primero mi atención hacia su apariencia personal, y, tras un examen bastante descortés, advertí que era el producto de un arte tenido en preeminente favor entre las personas de su edad y sexo. ¡Estaba tejida de lana morada! En impecable orden las puntadas recorrían su rostro; en cada fruncido de su boca entrante, en cada arruga de su frente, era una contrahechura de lana de la abuela de la vida real, y por algún hábil procedimiento de relleno su nariz había recibido su debida punta y su barbilla su proyección. Las ocupantes de los asientos de abajo eran casi todas reproducciones de su presidenta, y tanto ella como ellas se balanceaban constantemente de un lado a otro, adelante y atrás, a la música de algunos instrumentos invisibles, cuyo tono y estilo eran de lo más intensamente y ridículamente etíope. No se pronunció una palabra en aquel concilio lanudo, pero con incansable industria todas estaban tejiendo, tejiendo, tejiendo sin cesar, como si sus vidas dependieran de ello. Miré para ver los objetos de su manufactura. ¡Estaban tejiendo ancianas como ellas mismas! Una de las hermanas había casi llevado su doble a término; otra estaba afanosamente redondeando un globo ocular; otra sujetaba los fruncidos en las comisuras de una boca; otra montaba puntos para una anciana *in petto*.

Con maravillosa rapidez seguía la labor; de cuando en cuando alguna vieja completa saltaba de las agujas que acababan de lograrla y, vivificada al instante, tomaba los instrumentos de reproducción y se ponía a

trabajar con tanta asiduidad como si hubiera sido miembro del congreso desde que el mundo comenzó.

—¡Aquí —exclamé—, aquí, por fin, comprendo el significado de la progresión infinita!

Y aunque la cúpula retumbaba con mis carcajadas, no vi movimiento de asombro en las puntadas de un solo rostro, sino que, como si les fuera la vida en ello, la fabricación de ancianas continuaba sin que la descortesía involuntaria del extraño la estorbara.

Un deseo irresistible de ayudar en la labor se apoderó de mí; estuve medio decidido a arrebatarse un cuarteto de agujas y unirme a la hermandad. Mi nariz empezaba a erizarse de puntadas, y al momento siguiente habría sido socio de sus destinos de lana, de no ser por una mano que me tiró hacia atrás por la puerta y cerró el congreso para siempre a mi vista.

Durante una temporada permanecí en un vacío absoluto de vista y sonido, pero esperé con paciencia en la seguridad de que se preparaban para mí nuevos cambios de magnificencia. No quedé defraudado. De pronto, a gran distancia, tres intensos puntos luminosos se alzaron en el triple muro de oscuridad, y a través de cada uno de ellos se dispararon rayos gemelos y atenuados de luz y música mágicas. Sin poder percibir nada de mis alrededores inmediatos, sentía sin embargo que me deslizaba sin ruido hacia aquellos puntos radiantes y vocales. Con cada momento se agrandaban, la luz y la armonía se hacían más claras, y antes de mucho pude distinguir claramente tres arcos colosales que se alzaban del seno de un agua sin olas. El arco central se erguía más alto; los dos de cada lado eran iguales entre sí. Pronto vi que formaban los portales de una caverna enorme, cuya cúpula se alzaba sobre mí con tal sublimidad que su bóveda quedaba oculta a mis ojos entre guirnalda de nube. A cada lado mío corría una pared de roca nudosa y escarpada, de cuyos puntos salientes, a toda la altura que alcanzaba la vista, pendían estalactitas de todas las formas imaginadas y todos los matices de la belleza, mientras bajo mí, con la apariencia de un pavimento de ébano por el reflejo de sus peñascos sombríos, yacía un lago llano, cuya exquisita transparencia solo necesitaba la sonrisa del sol para brillar como un suelo de diamante. Sobre este lago yacía en una pequeña barca divinamente tallada en

perla a semejanza de la concha de Tritón; su timón y sus remos eran mi propia voluntad inconsciente, y, sin los trabajos de una volición especial, flotaba a mi gusto con una quilla sin surco rápidamente hacia el arco central gigantesco. Con cada momento que me acercaba a mi salida, la armonía que se derramaba por él se desarrollaba en un volumen más grandioso y una belleza más intensa.

Y ahora salí.

Claude Lorrain, libre de las limitaciones del sentido y dotado de un lienzo infinito, puede, por lo que sé, estar en alguna isla de la calma del universo pintando una vista como la que ahora navegaba hacia mi visión. Empleo digno de su inmortalidad sería el de su pincel sumergido en las mismas fuentes de la luz. Muchas veces en el curso de mi vida he anhelado poseer el alma y la cultura de algún gran maestro antiguo ante revelaciones de la hermosura de la Naturaleza que no me atrevía a confiar a la memoria; ante esta visión, como ahora en su recuerdo, aquel anhelo se convirtió en un dolor del corazón. Y sin embargo, después de todo, estaba bien; el pintor mortal habría desfallecido en su tarea. ¡Ay! ¡Cómo nos aprieta y resiste el material en que debemos encarnar lo espiritual! Ante ventanas donde el invisible espíritu de la escarcha había trazado sus exquisitas algas, sus palmeras y sus helechos, me he dicho con un suspiro: ¡ah, solo la Naturaleza, de todos los artistas, tiene el don de llevar a término sus ideales!

¿Seré tan presuntuoso como para intentar con palabras lo que empobrecería la paleta y el pincel de los discípulos de lo bello de otros tiempos? Lo haré, aunque solo sea para satisfacer un profundo anhelo.

De los arcos de mi caverna había salido a un mar sin horizonte. Por todas las infinitudes a mi alrededor miré y no encontré límites del espacio. A menudo en tiempos posteriores he contemplado los cielos y la tierra extendiéndose en líneas paralelas para siempre, pero esta era la primera vez que había estado sin el anillo del mundo azul, y me exulté en toda la sublimidad de la nueva concepción. Toda la atmósfera era una sufusión inconmensurable de motas doradas, que palpitaban continuamente en cadencia y derramaban resplandor y armonía a la vez. Con éxtasis, la visión extendió sus alas para un vuelo contra el que las leyes materiales no

cerraban barrera, y cada momento quedaba más y más arrobada ante vislumbres más lejanos y plenos de una belleza que flotaba como incienso desde el pavimento de aquel mar eterno. Con éxtasis, el carro espiritual recogía continuamente algún tono más distante e inimaginable y agrupaba las armonías crecientes en un sublime canto de bendición. Con éxtasis, toda el alma bebía revelaciones de cada provincia y exclamaba: «¡Oh, terrible hermosura!» Y ahora, fuera de mi barca era llevado a la plena luz del firmamento medio; ahora, sentado en algún pico tambaleante de una montaña de nubes, cuyas grietas abiertas mostraban muy abajo las minas de relámpago reservado; ahora, bañado en mi viaje etéreo por los ríos del arcoíris, que corrían lado a lado por los valles del cielo; ahora, morando por una temporada en el entorno de una luz solar ininterrumpida, y sosteniéndola como el águila con ojo no deslumbrado; ahora, coronado con una corona de cuentas prismáticas de rocío. Por cualquier región o circunstancia que pasara, un rasgo de la visión permanecía sin cambio: la paz. La paz divina en todas partes, la suma de todos los deseos concebibles satisfecha.

Lentamente floté de nuevo hacia la tierra. Allí me esperaban jardines orientales. De fuente en fuente danzaba en graciosas vueltas con huríes inimitable, cuyas frentes estaban ceñidas con cintas de jazmín. Apedreada con higos las aves exóticas raras, cuyas alas de oro y carmesí iban destellando de rama en rama, o las atraía con frases árabes de cariño. Por avenidas de palmeras caminé del brazo de Hafiz y oí las horas fluir cantando por los canales de su poesía sin igual. En gayos quioscos bebí mi sorbete, y en el lujo de la ilegalidad me besaron gota a gota aquel otro jugo que es contrabando para los fieles. Y ahora, bajo las sombras de los limoneros, me eché a dormir.

Cuando desperté era de mañana; realmente de mañana, y no una alucinación del hachís. La primera emoción que sentí al abrir los ojos fue la dicha de encontrar de nuevo las cosas con un aire natural. Sí; aunque la última experiencia de la que había tenido conciencia parecía haber satisfecho todo deseo humano, físico o espiritual, sonreí a las cuatro paredes blancas y lisas de mi alcoba y saludé su familiar falta de ostentación con un placer que no deseaba transferirse a arabescos ni arcoíris. Era como volver a casa tras una eternidad pasada en soledad entre los palacios de

extraños. Bien puedo decir una eternidad, pues durante todo el día no pude librarme de la sensación de que me separaba del anterior un lapso inconmensurable de tiempo. De hecho, nunca me libré del todo de ella.

Me levanté para probar mis fuerzas restablecidas y ver si la restauración era completa. Sí: no sentía ni un rastro de cansancio corporal ni de depresión mental. Todas las funciones habían vuelto a su estado normal, con la única excepción mencionada: la memoria no podía borrar las huellas de haber pasado por un gran misterio. Recordé los sucesos de la noche anterior y me alegré de pensar que no me había traicionado ante nadie salvo el doctor H. Estaba satisfecho con mi experimento.

¡Ah! ¡Ojalá me hubiera satisfecho! Pero la historia debe continuar.

Capítulo IV

CACHEMIRA Y CATAY AL CREPÚSCULO

«Nunca volverás a tomarlo, ¿verdad?»

«Oh, no, no espero volver a hacerlo; estoy satisfecho con mi único experimento afortunado.»

Era la hermosa dama de la aguja de ganchillo quien me hacía la pregunta, pocos días después de mi primer contacto práctico con el hachís, cuando le referí el relato contenido en las páginas precedentes. En mi respuesta hablé con verdad: suponía de veras que nunca repetiría el experimento. El vislumbre que había obtenido en aquella única noche de revelación de modos hasta entonces inconcebidos y campos no cartografiados del ser espiritual parecía suficiente para llenar el tesoro de grandes recuerdos de toda una vida. Inefablemente más, sin duda, quedaba aún por desvelar, pero me contentaba con decir:

«En el infinito Libro de los secretos de la Naturaleza
un poco puedo leer»,

cuando aquel poco desplegaba una vista cuya más tenue línea eclipsaba todos los caracteres del rollo de la existencia diaria. No, nunca volvería a tomarlo.

No me conocía a mí mismo; no conocía el hachís. Hay temperamentos, sin duda, sobre los que esta droga produce, como resultado reactivo, depresión física y mental. Conmigo no fue nunca el caso. El opio y los licores se fijan como hábito al volverse necesarios para suplir aquel desgaste nervioso que ellos mismos ocasionaron en primer lugar. La lasitud que sucede a su exaltación exige una nueva indulgencia, y por tanto cada satisfacción del apetito es madre de la siguiente. Pero ningún elemento semejante entraba en las causas que me ataron al hachís. Hablo con confianza, y sin exageración, cuando digo que he pasado muchas horas en torturas como nunca conoció Cranmer en la hoguera ni Gaudenzio di Lucca en la Inquisición, y sin embargo he salido siempre de las profundidades de tal experiencia sin rastro de su efecto en la fuerza o el brío disminuidos.

Si al primer experimento hubiera seguido la depresión, probablemente nunca lo habría repetido. En todo caso, unos músculos flojos y una mente enervada podrían haberse resistido mucho más eficazmente cuando pedían nueva indulgencia que la forma que la fascinación adoptó realmente. Durante días estuve incluso inusualmente fuerte; todas las fuerzas de la vida estaban en un estado de actividad placenteros, pero el recuerdo de las maravillosas glorias que había contemplado me cortejaba continuamente como una hechicera irresistible. No podía cerrar los ojos para una meditación de mediodía sin ver en aquel mundo, medio oscuro, medio luminoso, bajo los párpados, una procesión constante de imágenes deliciosas que la voluntad más severa no podía desterrar ni oscurecer. Ahora, por un cielo inmenso y sereno, flotaban lujosas carabelas de nubes, cambiando continuamente de forma y de tinte a través de un ciclo infinito de mutaciones.

Ahora, saliendo de pronto de algún profundo emparrado de bosques, me encontraba en la orilla de un ancho río que se curvaba hacia una distancia soñadora y se deslizaba sin ruido junto a sus cabos salientes, reflejando una luz que no era del sol ni de la luna, sino intermedia entre ambos, y aquí y allá palpitante de rayos prismáticos atenuados. Templos

y jardines, fuentes y avenidas se extendían continuamente a través de mi imaginación despierta o dormida, y se mezclaban con todo lo que oía, leía o veía. En las páginas de Gibbon, los palacios y las praderas de Nicomedia se ilustraban con un tinte de hachís y una realidad de hachís; y viajando con el viejo Dan Chaucer, bebía un delicioso paisaje de ensoñación por todo el camino a Canterbury. La música de mi visión se oía todavía en eco; como las campanas de Bow de antaño llamaron a Whittington, así me llamaba a mí: «Vuelve, vuelve». Y volví.

No me censuréis con dureza, los que nunca habéis conocido qué fascinación hay en el éxtasis de la belleza; hay atracciones más bajas que las que me invitaron. Quizá vosotros mismos os hayáis apartado de la primera sencillez de la vida para dejaros llevar por el poder de un cortejo más sórdido. La esperanza de poder dormir algún día perezosamente en un sol literalmente de oro —los lazzaroni de la fortuna—; la de asegurar una audiencia paciente para algún susurro influyente y patriótico en el oído de la *mobilium turba Quiritium*; la de vaciar cualquier copa que adormezca el alma y deje al cuerpo despojarla de su prerrogativa: todas y cada una de estas son fascinaciones más bajas que aquella a la que yo cedí.

Y vosotros, mejores, más sabios y por tanto más gentiles, que no denostáis la debilidad ajena porque no sea la vuestra, que estáis libres de toda servidumbre, sea sórdida o hermosa, sed benignos en vuestro juicio. Donde me equivocaba, fui invitado como por una voz de madre, y los halagos que me arrullaron estaban llenos de una dulzura espiritual como solo oímos dos veces en la vida: una al abrirla, otra al cerrarla; la primera en el himno de cuna que arrulla la inocencia al sueño, la última en aquella música de ángeles asistentes a través de la cual el alma comienza a flotar hacia arriba en su eutanasia hacia la restauración de la pureza y la paz primigenias. No cedí a ninguna gratificación sensual. Los motivos de la indulgencia del hachís eran de la más exaltada naturaleza ideal, pues de esta naturaleza son todos sus éxtasis y sus revelaciones — y mil veces más terribles, por esa misma razón, sus indecibles punzadas —. Cedí, además, sin darme cuenta de a qué. En un radio de cien millas no había un alma viva que conociera o pudiera advertirme de mi peli-

gro. Por último, cedí sin saber que cedía, pues atribuí mi siguiente indulgencia a un deseo de investigación.

Un día, hacia la hora del mediodía, poco más de una semana después de mi primer experimento, enrollé veinte granos de hachís en una píldora y me la tragué, diciendo al hacerlo: «He aquí la prueba final por amor a la ciencia». La tarde se extendía ante mí sin ninguna cita especial, y, tras comer, me eché en un diván a esperar el resultado de la dosis. El día era suave y brumoso, y su influencia se posaba tan nepéntica sobre mis párpados que, antes de mucho, sin saberlo, me quedé dormido. Era la hora del té cuando desperté, y no había experimentado visiones. Un amigo mío se me unió a la mesa, y cuando apartamos las sillas propuso que diéramos un paseo. Todo, arriba, abajo y alrededor, se unía a la invitación. Era una de esas tardes en que el sentido universal de la templanza hace que todo lo de fuera sea tan hogareño y delicioso como el más alegre rincón del fuego en invierno, con su animación de llamarada rojiza y su encanto de privacidad resguardada. El alma misma parece volverse del revés para tomar el aire, y casi nos avergonzamos de haber preferido alguna vez las vigas al cielo y de huir de la presencia de la Naturaleza para buscar un hogar.

Por todas las calles que corrían hacia el oeste el sol enviaba un estremecimiento de luz desde su lugar de despedida en el horizonte, y los pavimentos eran un mosaico de sombras danzantes de hojas y polígonos dorados, mudando sin cesar mientras los árboles temblaban sobre nosotros con el más suave de los vientos del sur. Del brazo de Dan, me paseé por la avenida ajedrezada, y más y más lujoso se hacía el ocaso a medida que salíamos gradualmente del entorno de las casas y respirábamos el aire del campo abierto. Los alrededores de P. son muy hermosos. Si el forastero lo sabe y lo advierte, no es porque se haya dejado impresionar por la mera novedad de su vista. Hay pocos paisajes que soporten ser contemplados con tanta frecuencia; pocos cuyos admiradores se conviertan tan pronto y tan duraderamente en sus amantes. Si hubiera algún celo en mi amor por aquel paisaje mío, mi propio paisaje natal, no conozco estación que me haya dado más punzadas de miedo a un rival que aquella de la que hablo, pues la tierra y el cielo eran hermosos a nuestro alrededor, incluso con una³fascinación humana. De mi compa-

ñero diré lo que cualquier hombre de estados de ánimo variables reconocerá como uno de los mayores elogios que pueden hacerse a un amigo. Dan era uno de esos espíritus escogidos que siempre te alegra tener a tu lado, sea cual sea tu sentimiento. Perteneía a ese orden raro y sensible de seres que nunca pueden volverse incompatibles para quien una vez estuvo en simpatía con ellos. ¡Cuántas veces, muy apreciado y anhelado, lo he probado en ti! ¡Cuántas veces, en esta misma percepción intuitiva de nuestra conformidad, he sentido la prueba de que la amistad es un principio tan innato en los corazones como la cualidad de su armonía en los tonos de un acorde!

Hay un camino que corre hacia el sur desde los alrededores de P. y que en muchos aspectos ofrece uno de los paseos más deliciosos que puedan imaginarse. A un lado, a lo largo de una gran distancia, se alza un terraplén aterrazado, lujuriosamente verde durante todos los días del verano, coronado de pintorescas casitas rurales. Al otro, una amplia meseta se extiende hasta las abruptas orillas del Hudson, salpicada en toda su superficie de grupos de árboles saludables y villas rodeadas de verdor. Aquí y allá, entre los flecos de sombra que bordean el precipicio, se abren al ojo deliciosas vistas del río, con un fondo de montañas todavía no sometidas por el trabajo, alzándose con frescura primigenia desde el otro lado. Bajo la tutelar protección de sus sombras vespertinas, el agua lejana yacía, en la estación de que hablo, como un niño divino dormido, velado por una nodriza eterna.

Por este camino viajamos del brazo, tan llenos y sobrecogidos por la belleza de la vista que nos leíamos los sentimientos y caminábamos en silencio. Habíamos recorrido quizá media milla desde la ciudad cuando, sin el menor presentimiento, fui golpeado por el estremecimiento del hachís como por un rayo. Aunque no lo había sentido más que una vez en la vida, su señal era tan inequívoca como la cosa más familiar de la vida diaria. A menudo me han pedido que explique la naturaleza de este estremecimiento, y otras tantas he intentado hacerlo, pero no existe análogo que lo represente perfectamente, ni apenas de forma aproximada. La semejanza más cercana al sentimiento es la que contiene nuestra idea de la separación instantánea del alma y el cuerpo. Muy pocos en el mundo han conocido antes de la muerte absoluta qué estado acompaña

a esta separación, y sin embargo todos tenemos una idea más o menos distinta de lo que debe de ser cuando llega. Aun sobre esta concepción me lanzo para hacerme entender, con más confianza de la que me atrevería a dar a la descripción más minuciosa que pudiera elaborar.

El camino por el que caminábamos comenzó lentamente a alargarse. La colina tras la cual desaparecía, a media milla de mí, pronto llegó a percibirse como el límite del continente mismo. A no ser por la infinita hermosura del cielo, las aguas y los campos, me habría aterrado tanto el creciente misterio de mi estado como al comienzo de mi primera experiencia. Pero un ocaso bellissimo moría en el oeste, el río estaba teñido por él, las mismas nubes del cenit estaban bañadas en él, y el mundo de abajo parecía flotar en un sueño de tranquilidad rosada. Mis percepciones despiertas bebieron esta belleza hasta que todo sentido de miedo fue desterrado, y cada vena corrió inundada del mismo vino del deleite. El misterio me envolvía todavía, pero era el misterio de quien camina por el Paraíso por primera vez.

¿Podía ocultárselo a Dan? No, ni por un momento. No recordaba haber tomado hachís. El pasado era propiedad de otra vida, y suponía que todo el mundo se regocijaba en el mismo éxtasis que yo. Deseché toda contención; salté al aire; batí palmas y grité de alegría. Una exclamación involuntaria levantó el bigote del poeta que estaba a mi lado.

—¿Qué demonios te pasa? —gritó.

Solo pude responder:

—¡Dicha! ¡Dicha! ¡Dicha inimaginada!

En un instante lo vio todo, pues conocía mi experiencia anterior, y con la misma rapidez formó la resolución de seguirme la corriente hasta el extremo en todas mis extravagancias.

Brillaba como un alma recién nacida. El paisaje bien conocido perdió toda familiaridad, y yo emprendía un viaje de años por territorios celestiales que había sido el anhelo de mi vida anterior contemplar.

—Mi querido amigo —dije—, estamos a punto de realizar todos nuestros sueños juveniles de viaje. Juntos tú³⁴ y yo vagaremos a pie, a nuestra vo-

luntad, por países extraños y hermosos; nuestra vida se extiende ante nosotros en adelante, libre de cuidados, y las riquezas de toda la naturaleza se prolongan a través del inmenso dominio que vemos, en exultante expectativa de convertirse en alimento de nuestro pensamiento y fuentes de nuestro deleite. ¡Pensar que hemos sido preservados hasta este día, preservados el uno para el otro, preservados para tan gloriosos escenarios! Amigo mío, viajaremos juntos, unidos alma con alma, y ganaremos éxtasis al compartirlo. De noche, bajo la sombra de mimosas abanicadas por el céfiro, nos echaremos a dormir en las orillas de ríos primigenios de Asia, y el bulbul nos cantará para dormir con sus madrigales más deliciosos. Cuando los primeros tintes aurorales se reflejen desde los picos del Himalaya, nos levantaremos y, bañándonos en fuentes sombreadas por las rocas, partiremos de nuevo por nuestro camino inmortal. El sueño repetirá los ecos del día a otro sentido interior e infatigable de los sueños, y el despertar será una repetición del nacimiento a una vida más nueva y aún más encantadora. ¡Adelante! ¡Adelante!

—Iré —dijo mi amigo— con mucho gusto.

Ni una sombra de incredulidad ni de falta de aprecio pasó por su rostro, y, estrechando aún más su brazo con el mío, apresuré el paso, tan contento con su consentimiento como convencido de la realidad de la presencia de la gran Asia antigua.

El peculiar tiempo del hachís, ya mencionado tantas veces, añadió un elemento más de arrobamiento a mi goce. A lo largo de leguas de camino las sombras no se hacían más profundas a nuestro alrededor, sino que la misma indecible paz y belleza del ocaso transfundían la tierra sin cambio. Al contemplar las glorias del oeste al ponerse el sol en nuestro estado ordinario, se alejan tan pronto de nosotros que los resplandores moribundos se han convertido casi en sinónimo de transición y decadencia. Las masas doradas se vuelven rojizas, las rojizas caen al púrpura, el púrpura se ennegrece rápidamente, y toda esta transmutación no ocupa más tiempo del que tardamos en apoyar la frente, sin fatigarnos, contra el cristal de una ventana. En mi presente estado de percepción ampliada, el Tiempo no tenía caleidoscopio para mí; nada se desvanecía, nada se movía, nada cambiaba³⁵ excepto mi éxtasis, que se intensificaba a través de grados interminables al ver la misma radiancia rosada

iluminándonos a lo largo de todo nuestro inmenso viaje. Podría titular este capítulo «Notas de viaje por las campiñas del ocaso perpetuo».

Del camino por el que viajábamos, otro conduce de vuelta a P., por una colina más escarpada que cualquiera de las que habíamos subido. Por este segundo camino torcimos. Sin embargo, por la ausencia de toda apariencia familiar en el mundo que me rodeaba, no supuse que regresábamos a la ciudad, sino solo que continuábamos nuestro viaje por un nuevo y menos frecuentado sendero. Pronto dimos con un camino de tablones y empezamos a subir la colina de que he hablado.

En el momento en que los tablones comenzaron a resonar bajo nuestros pies, comprendí en qué parte de Asia viajábamos. Estábamos sobre la gran muralla de China. Bajo nosotros se extendían a grandes distancias las llanuras del Tíbet. Numerosos eran los rebaños que las cubrían; incontables grupos de cabras y cabreros se dispersaban por el paisaje hasta donde alcanzaba la vista. Las orillas de innumerables arroyos estaban salpicadas de tiendas pintorescas, y cada mínimo detalle de la vista armonizaba en todos los aspectos con la idea de la vida asiática. Más allá del Tíbet, como con ojos clarividentes, miré directamente a través del Hindu Kush y por encima de él, y contemplé Cachemira durmiendo en grandiosas sombras. Las fuentes del Punjab quedaron desveladas, y entre sus efluvios especiados retozaban, con frescura de corazón del Viejo Mundo, niños de una raza primitiva a quienes la naturaleza pródiga había puesto más allá de la necesidad del trabajo. Por los valles más verdes vagaban parejas de amantes orientales, mientras sobre ellos destellaba una luz dorada desde el fruto que colgaba en una Vallambrosa de ramas de limonero. La distancia no atenuaba ni los escenarios ni los rostros; cada ser vivo era audible y visible en su regocijo, aunque leguas de luz y sombra se extendieran entre nosotros. De nuevo salté al aire y grité de alegría.

Por el camino que bordeaba el exterior de mi muralla china venía un carruaje, tirado por una pareja de caballos blancos ricamente enjaezados. En él iban sentados un joven y una doncella, y al acercarse nos saludaron a mí y a mi compañero de viaje.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Dñ.

—Un eminente mandarín del interior —respondí—, de la orden del Botón Azul, y por nombre Fuh-chieng, que, con su hermana, en esta estación de cada año hace el recorrido de las provincias, administrando justicia y examinando el estado de las obras públicas. Verdaderamente, un joven estimable. Habiéndolo conocido durante el verano que pasamos juntos en Pekín, me siento obligado a hablar con él.

Con un cumplido escogido en mis labios, expresado en el más cortés chino que conocía, estaba a punto de correr hacia el carruaje y hacer mi kow-tow, cuando mi amigo, agarrándome del brazo, me suplicó que desistiera, rogándome que le dijera si no sabía que, desde el año 580 antes de Cristo, cuando Ching-Chong fue asesinado en su palanquín, era delito criminal acercarse a menos de diez pasos de un mandarín en viaje.

—Mi queridísimo amigo —respondí—, ¡me has salvado! Me asombra tu conocimiento del derecho chino; este título se me había escapado por completo de la memoria. Con gratitud cedo a tu sugerencia y dejaré pasar al joven.

Bien hice, pues de otro modo mis conocidos del carruaje podrían haberse aterrado sobremanera ante la singularidad, si no ante la sublimidad, del dialecto en que me habría dirigido a ellos.

Es posible que un hombre de mente imaginativa, con meras sugerencias de ricas vetas de pensamiento, lleve a un compañero en estado de hachís por visiones de deleite incomparable. Este hecho lo había descubierto Dan en la buena gracia con que recibí al instante su consejo sobre el mandarín. En nuestra marcha llegamos a un alto poste de granito que estaba a la entrada de un césped frente a una de las residencias suburbanas de que he hablado. Dando a su porte un aire oriental, para ajustarse a nuestro supuesto entorno, me dijo:

—¿Ves aquella torre que se alza en el aire rosado?

En un instante contemplé la torre con tal convicción de realidad que ni siquiera pensé en ella como una metamorfosis de otra cosa. De las almenas ondeaban banderas amarillas, espléndidas con dragones carmesíes, y sobre cada esquina de la torreta brillaba un hipogrifo rampante, lla-

meante, desde su lengua bífida hasta su cola anómala, con escamas de oro deslumbrante. Había jarana dentro; su éxtasis se expresaba en monosílabos semíticos y se acompañaba de los melifluos vuelos del gong y el tam-tam. Seguimos adelante a través de Asia.

Llegamos ahora a la cumbre de la colina. El más amplio alcance de visión posible era ahora nuestro. Mi éxtasis se hizo tan grande que parecía desprenderme de todas las cadenas de la carne. El amante de la belleza que, por primera vez, bebiera la riqueza de esta exaltada vista por los canales del alma que ordinariamente están abiertos, bien podría prorrumpir en canto si la reverencia no fuera el sentimiento más fuerte. Pero cuando, conmigo, aquel flujo de hermosura irrumpió por puertas de la naturaleza espiritual a las que nunca antes se había concedido un «ábrete sésamo», sentí, grité:

—¿Por qué hemos de tocar la tierra en nuestro viaje? ¡Recorramos el aire sobre esta extensión de belleza y leámosla como las aves!

Estaba a punto de volar hacia el cielo, entonando un himno triunfal, cuando me volví y miré a Dan. Estaba de pie, apesadumbrado, sin medios de volar. Me llené de contricción.

—Querido hermano de mi peregrinación —dije—, ¿hablé de tentar el aire, olvidando que no eras como yo? Perdóname; no te dejaré; pero ¡oh, si tú también pudieras volar! ¡Por qué abismos de sublimidad flotaríamos!

Restableciéndome al contento con un andar aéreo en el que los pies apenas parecían tocar el suelo, y mi deseo al olvido, volví a tomar su brazo, y viajamos como antes.

Ahora íbamos cantando, y dudo que Mozart se haya regocijado jamás en sus propias creaciones musicales como yo en aquella sinfonía que cantamos juntos. La melodía y las palabras eran improvisadas; sin embargo, por una estrecha simpatía, él cantaba un bajo acorde con mi aire, y yo oía deliciosos ecos devueltos desde la cúpula del cielo. Cantamos la sencillez primigenia de Asia, la cuna de las naciones, la gran expectativa de los continentes más jóvenes, que miran hacia el este buscando de su misteriosa madre el don de razas aún atesoradas en su seno. En nuestra

página se llevaban las alabanzas de los días dorados de Fo y las serenas profecías de Confucio; hablamos de los ríos que durante incontables siglos no llevaron al océano eterno más carga que las hojas secas de desiertos inhabitados, cuyas sombras reflejaban, y de las fuentes sobre cuyo rostro no se había posado sonrisa alguna salvo la de Héspero y el sol naciente. Vivía en lo que cantábamos: nuestra música parecía una epopeya maravillosa, cuyas páginas ilustrábamos no con pinturas sino con grupos vivos; los días antiguos se restauraban ante mis ojos y mis oídos, y me exultaba en la percepción con tal convicción de realidad que no la atribuía a ningún poder mío, sino que la conocía como un hecho exterior y universal.

Esto lo comprenderán quizá muy pocos de los que lean mi relato. La palabra para todo fenómeno extraño, en todo el mundo, es «solo imaginación». En verdad, esto era imaginación; pero para mí, con ojos y oídos bien abiertos a la luz del día, una imaginación tan real como el hecho más sobrio.

Se recordará que los estados de éxtasis del hachís alternan siempre con condiciones menos intensas, en las que los fenómenos predominantes son los de la alegría o la tranquilidad. De acuerdo con esta ley, en el caso presente, Dan, a quien había contado mi experiencia anterior, no se sorprendió de oírme prorrumpir en la cadencia final de nuestra canción en una carcajada inextinguible, sino que rogó saber cuál era su causa, para reír también él. Solo pude gritar que mi pierna derecha era una vaina de hojalata llena de varillas de escalera, y mientras cojeaba con aquel miembro perfectamente rígido, tanto por miedo a quebrar el metal como por la dificultad de doblarlo, oía el traqueteo del contenido de latón sacudido de un lado a otro con sentimientos de la más suprema absurdidad posible al alma humana. Al poco rato la pierna quedó restablecida a su estado anterior, pero entretanto su compañera había crecido hasta un tamaño que la habría convertido en un respetable trotón para Brian Boru o para uno de los titanes. Elevado unos cientos de pies en el firmamento, me vi obligado a saltar sobre mi pedestal gigantesco de un modo muy poco gracioso en un mundo donde dos piernas eran la moda, y eminentemente desagradable para el miembro postergado, que buscaba en vano alcanzar la tierra con esfuerzos tan divertidos por su propia

insignificancia. Una vez removida gradualmente esta aflicción ridícula, seguí mi camino con tranquilidad hasta que de nuevo comenzamos a estar rodeados por las casas de la ciudad.

Aquí se presentó una vez más el fenómeno de la existencia dual. Una parte de mí despertó, mientras la otra seguía en perfecta alucinación. La parte despierta sintió la necesidad de mantenerse en calles laterales camino a casa, no fuera que algún estallido inoportuno de éxtasis sobresaltara las vías más frecuentadas. Se lo mencioné a Dan, que me llevó a un callejón tranquilo, junto al cual nos sentamos a descansar en una piedra ancha. Para entonces el ocaso casi se había desvanecido, mientras mi atención se dirigía a otras cosas, y su regencia de todas las bellezas del cielo fue reemplazada por la de la luna llena, ya en el cenit. Un amplio y bien definido halo la rodeaba, y refractaba sus rayos de tal manera que los derramaba desde su borde en un fleco prismático. Aquella visión de hermosura era la única posible que podía haberme compensado por la pérdida de mi ocaso. Miré hacia el cielo, como fascinado por ojos místicos. Y ahora el amplio cinturón luminoso comenzó a poblarse de miríadas de seres resplandecientes del reino de las hadas, que se sumergían en el translúcido lago del éter como en un mar y, arrojando hacia atrás el rocío plateado de sus pechos, nadaban hacia la luna y subían por su playa reluciente.

Entre esta isla lunar y la orilla del halo, multitudes crecientes pasaban y repasaban sin cesar, y podía oír, tintineando por los espacios vacíos, el estremecimiento de su risa de gnomos. Habría podido ocupar aquel asiento de piedra toda la noche y mirar sin palabras al cielo, impasible aunque un ejército armado hubiera pasado a mi lado sobre la tierra, pero inconscientemente cerré los ojos y me vi al momento girando en una danza visionaria, semejante a aquella en que fui llevado en cuanto me eché en mi primer experimento. Templos y jardines, pirámides y ríos no terrenos comenzaron a flotar ante las ventanas de mi sentido cuando Dan, mirando en torno, advirtió que iba a perder el conocimiento y me despertó. De nuevo echamos a andar.

Y ahora me sobrevino aquella sed indecible que caracteriza al hachís. Habría podido echarme y lamer el rocío de la hierba. Debía beber, dondequiera y como fuera. Pronto llegamos a casa —pronto, porque no esta-

ba a cinco manzanas de donde nos sentamos, y edades, por la sed que me consumía y la expansión del tiempo en que vivía—. Entré en la casa como se acercaría uno a una fuente en el desierto, con un salto salvaje de exaltación, y miré con ojos de avaro el trago que mi amigo me vertió hasta que el vaso estuvo colmado. Lo agarré; me lo llevé a los labios. ¡Ah! ¡Una sorpresa! No era agua, sino el más delicioso hidromiel en que jamás bardo cimrio bebiera la salud de Hywel Dda. Danzaba y centelleaba como alguna metempsicosis líquida del ámbar; relucía con el fuego espiritual de mil crisolitas. A la vista y al gusto era hidromiel, como nunca se sirvió en las copas del Valhala.

El resto de aquella tarde lo pasé en un delirio que, a diferencia de todos los precedentes, fue de una calma indecible. No el sueño pesado de una borrachera, no la meditación voluntaria del visionario, sino una clarificación de todo pensamiento y el aflujo de las más ricas influencias del mundo que me rodeaba, sin el trabajo de escogerlas. Miré las estrellas y me sentí pariente de ellas; les hablé, y me respondieron. Moraba en una comunión interior con el cielo, una comunión en la que se entiende todo lenguaje, o más bien en la que todos hablan la misma lengua, y profundamente advertí una voz que parecía decir, como en mis sueños despiertos la había oído murmurar débilmente sobre la tierra:

Πολλὰ μὲν θνητοῖς γλῶσσαι, μία δ' ἀθανάτοισιν.

«Muchas son las lenguas de los mortales; una sola, la de los inmortales.»

Capítulo V

LA HORA Y EL PODER DE LAS TINIEBLAS

Quizá no sea una clasificación del todo fantástica la de dividir la vida de todo hombre en dos periodos: el locomotor y el estático. Una fluidez inquieta caracteriza siempre a la mente infantil en su estado saludable, ejemplificándose en los mil caprichos traviesos, los experimentos al borde del abismo y las preguntas irrespondibles que mantienen a las partes mayores de una familia en continua⁴¹ oscilación entre la risa y el terror.

No siempre hay una solidificación completa de la naturaleza mental, incluso cuando el muchachote ha aprendido qué hacer con las manos y cómo ocupar su puesto en las meriendas más maduras con dignidad y resignación decorosas. Ya no gratifica, ciertamente, sus tendencias experimentales desmontando el reloj de ocho días para mirar su maquinaria; ya no desconcierta a las tías y abuelas graves con preguntas sobre las causas de su propio origen, pero las mismas propensiones dinámicas existen, expandidas a una esfera mayor y más autoconsciente. Su inquietud de miembros se ha convertido ahora en el deseo de viajar; su investigación de las pequeñas materias de la economía doméstica ha crecido hasta ser una sed de investigación cuyo campo es el mundo y cuyos instrumentos son las más altas facultades de la inducción.

En algunos hombres este estado permanece sin cambio durante una larga vida, pero a la mayoría nos llega, tarde o temprano, un periodo en que el anhelo de cambio se extingue, y un lugar fijo y una condición inalterable se convierten en las grandes ideas centrales de la existencia. Miramos atrás con un asombro que casi es incredulidad hacia el tiempo en que un viaje en ferrocarril era el sueño de semanas anteriores, y tratamos en vano de comprender la frescura sobrenatural que la tierra adoptó cuando por primera vez descubrimos que éramos miopes y miramos a través de los lentes de algún amigo. El movimiento, salvo para el raro propósito de recreación, se vuelve una molestia más allá de un territorio circunscrito, y hemos emergido a la condición estática de la vida antes de darnos cuenta.

Mucho antes de la época habitual fue este el caso conmigo. Una infancia débil agotó pronto sus actividades superfluas, y me instalé en los libros, la mala salud y la meditación cuando debería haber estado jugando al críquet, cazando o montando a caballo. La sed juvenil de aventura se apagó a pasos rápidos en cuanto descubrí que era posible ascender al Chimborazo con Humboldt echado en un sofá, o perseguir bestias salvajes hojeando páginas junto a los muffins y el café. Las únicas excepciones a este estado de indolencia imaginativa eran las horas pasadas remando o navegando por el río más glorioso del mundo, y la conciencia de que el Hudson corría a mi propia puerta no hacía sino asentar la convicción de que no había necesidad de ir al extranjero para encontrar be-

llezas en las que el alma pudiera envolverse como en un manto de deleite. Incluso en estas estaciones el ejercicio no era tanto el fin como la meditación. Muchas veces, con los mangos de mis remos metidos bajo los travesaños y las palas vueltas de lleno al viento, he permanecido sentado y a la deriva durante horas entre sombras de montañas y vislumbres de luz que inundaban las gargantas boscosas, con un sentido de éxtasis soñador que todas las novedades de un mundo nuevo nunca habrían podido proporcionar.

¡Oh, nobilísimo río, lo que no has sido para mí! En la infancia, tus ondulaciones eran las compañeras de juego de mi perpetuo ocio, danzando por los trechos arenosos de tu orilla y contando rientes historias del rocío luminoso y el sol de la vida. En años posteriores, gran profeta de una vida más amplia, tu reflujo cantaba himnos al océano imperial, hacia cuyos palacios de perla te apresurabas, y tu crecida traía el resonante relato de las oleadas infinitas de donde habías vuelto. No es tuyo venir a hurtadillas de fuentes sin nombre de misterio, ni coronar tus sublimes montañas con las almenas en ruinas de una edad ida; pero más que el Nilo te ha glorificado Dios, y la Naturaleza ha consagrado tus murallas con sus propios escudos hasta hacerte más venerable que el Rin. Sobre tus picos guardianes se sienta entronizada la Antigüedad, sin pedir registro en los monumentos desmoronados del hombre, sino llevando su cetro original de la mano de Aquel que fundó por primera vez su dominio junto a tu corriente inmortal.

Gradualmente el Hudson llegó a suplir todas mis necesidades espirituales. Si estaba triste, encontraba simpatía en los murmullos casi humanos de sus aguas, cuando, tendido al borde de algún cabo rocoso, los oía golpear en las cuevas estrechas bajo mí y volver suspirando, como si se les hubiera privado de un escondite y un hogar. Si estaba alegre, las crestas blancas danzaban y reían en torno a mi barca encabritada, y el viento silbaba canciones alegres contra mis obenques. En el cansancio, saltaba a la corriente; su mano fresca me sostenía y acariciaba hasta que volvía fortalecido para el pensamiento y renovado como por una zambullida en El Dorado. En el Hudson encontré una riqueza que satisfacía todos los deseos, y mi suprema esperanza era pasar toda mi vida en sus orillas. Así provisto de belleza, consuelo, sueños y todo, cada día me vol-

vía más descuidado del mundo exterior, y en mi complexión crecía incluso una hipertrofia de la inmovilidad.

En este estado me encontró el hachís. Después del paseo que acabo de registrar, la antigua pasión por viajar se mantuvo con poderosa intensidad. Tenía ahora un modo de gratificarla que concordaba con la indolencia y la economía. Todo Oriente, desde Grecia hasta la China más lejana, cabía en los límites de un municipio; no era necesario gasto alguno para el viaje. Por la humilde suma de seis centavos podía comprar un billete de excursión por toda la tierra; naves y dromedarios, tiendas y hospicios estaban todos contenidos en una caja de extracto de Tilden. Al hachís lo llamaba «la droga del viaje», y me bastaba dirigir fuertemente mis pensamientos hacia una parte particular del mundo antes de tragar mi bolus para hacer toda mi fantasía, en el mayor grado posible, topográfica. O, cuando el delirio estaba en su punto, que alguien me sugiriera, por débilmente que fuera, montaña, desierto o mercado, y al punto estaba en ello, bebiendo la novedad de mi entorno con todo el éxtasis de un descubridor. Nadaba contra la corriente de todo el tiempo; caminaba por Luxor y Palmira como eran antiguamente; sobre Babilonia el avetoro no había construido aún su nido, y contemplaba las columnas intactas del Partenón.

Poco después de mi viaje a pie por Asia cambié de residencia por un tiempo y fui a vivir a la ciudad de Schenectady. Fue aquí donde se pasó el resto de mi vida de hachís, y aquí, durante muchos días, vacié alternativamente copas de alegría sobrehumana y de miseria igualmente sobrehumana. En el Union College, del que era residente, tenía algunos amigos a quienes comuniqué mi conocimiento de la droga maravillosa que ahora se estaba convirtiendo en hábito. Algunos se sorprendieron, algunos me advirtieron, y como la mayoría de ellos serán introducidos en la narración que escribo, los menciono ahora con particularidad, no sea que parezca extraño que en una ciudad ordinaria de pequeña extensión se encuentre un hombre con suficiente número de personas afines para variar el *dramatis personae* de una historia tan variada como será la mía.

Habiendo agotado el suministro de hachís que había obtenido originalmente de los estantes de mi viejo lugar de holganza en la botica del doc-

tor, me procuré un pequeño frasco de una preparación de la misma droga de otro químico, que, según me dijeron, era mucho más débil que la anterior. A altas horas de la tarde tomé unos cincuenta granos de la nueva preparación, argumentando que esta cantidad era un equivalente racional a los treinta que antes habían sido mi dosis máxima.

Es imposible, sin embargo, basar cálculo alguno de la energía del hachís sobre tal comparación. Las fuerzas vitales sobre las que opera este estimulante tan mágico son demasiado delicadas, demasiado recónditas para ser tratadas como partes materiales de un mecanismo cuya potencia de resistencia pueda expresarse definidamente por una ecuación. Hay ciertos nervios, sin duda, que el anatómico y el médico encontrarán afectados por la influencia cannábica, ciertas funciones sobre las que su esencia parece ejercer peculiar regencia; pero debemos haber avanzado mucho más en la ciencia que trata de la conexión entre la materia y la mente, debemos saber mucho más de aquellas fuerzas imponderables que, más delicadas que la electricidad y más misteriosas que el fluido magnético, tejen la delicada red interactuante que une nuestra dualidad humana, antes de que podamos tratar esa parte de nosotros afectada por el hachís como una constante en cálculo alguno.

Hay dos hechos que he verificado como universales por repetido experimento, y que caen en su lugar aquí con tanta propiedad como en cualquier punto de mi relato. Primero: en dos ocasiones distintas, cuando cuerpo y mente están aparentemente en estados precisamente análogos, cuando todas las circunstancias, exteriores e interiores, no difieren tangiblemente en lo más mínimo, la misma dosis de la misma preparación de hachís producirá con frecuencia efectos diametralmente opuestos. Más aún: he tomado en una ocasión una píldora de treinta granos que apenas produjo un fenómeno perceptible, y en otra, cuando mi dosis había sido la mitad de esa cantidad, he sufrido las agonías de un mártir o me he regocijado en un frenesí perfecto. Tan extremadamente variables son sus resultados que, mucho antes de abandonar la indulgencia, tomaba cada bolus sucesivo con la conciencia de que estaba desafiando una incertidumbre tan tremenda como el equilibrio entre el infierno y el cielo. Sin embargo, la fascinación empleaba a la Esperanza como abogada y ganaba el pleito. Segundo: si, durante el éxtasis del delirio del ha-

chís, se emplea otra dosis, por pequeña que sea —sí, aunque no sea mayor que media habichuela—, para prolongar la condición, sobrevendrá inevitablemente una agonía tal que hará estremecerse al alma ante su propia posibilidad de resistencia sin aniquilación. Por repetidos experimentos, que ahora ocupan el lugar más horrible de mi catálogo de horribles recuerdos, he probado que, entre todos los fenómenos variables del hachís, este solo se mantiene invariable. El uso de otra dosis inmediatamente después de cualquier otro estimulante producirá consecuencias igualmente espantosas.

Pero volvamos de mi digresión. Eran quizá las ocho de la noche cuando tomé la dosis de cincuenta granos. No me retiré hasta cerca de medianoche, y como para entonces no se había manifestado ningún efecto, supuse que la preparación era aún más débil de lo que mi proporción le concedía, y, sin esperar resultado alguno, me eché a dormir. Antes, sin embargo, apagué la luz. Decir esto puede parecer trivial, pero es un asunto tan importante como cualquiera que sea posible señalar. Las más funestas sugerencias del abismo pueden fluir hacia el comedor de hachís a través del mismo medio de la oscuridad. Apagar una vela puede abrir un baratro insondable bajo la mesa adornada de flores de su banquete y convertir su palacio de brujería en un Gólgota. La luz le es una necesidad, incluso durmiendo; debe teñir sus visiones, o estas adoptan un matiz tan sombrío como las orillas del Éstige.

No sé cuánto tiempo había pasado desde medianoche cuando desperté de pronto y me encontré en un reino de la más perfecta claridad de visión, pero terrible con una infinidad de sombras demoníacas. Quizá, pensé, sigo soñando; pero ningún esfuerzo podía despertarme de mi visión, y comprendí que estaba completamente despierto. Sin embargo, era un despertar que, por su tortura, no tenía paralelo en todo el estupefacto dominio del íncubo del sueño. Junto a mi cama, en el centro de la habitación, se alzaba un féretro, de cuyas esquinas colgaban los pliegues de un paño pesado; tendido sobre él yacía de cuerpo presente un cadáver espantosísimo, cuyo rostro lívido estaba desfigurado por las punzadas de un asesinato. Las huellas de una gran agonía estaban congeladas en rigidez en la tensa posición de cada músculo, y las uñas de los dedos del muerto se clavaban en sus palmas con el apretón desesperado de

quien no ha cedido sin una resistencia agonizante. Dos cirios a su cabeza, dos a sus pies, con sus mechas altas y sin despabilar, hacían la ghas-tilidad del túmulo más luminosamente de otro mundo, y una risa ahogada de burla de algún vigilante invisible se mofaba de cuando en cuando del cadáver, como si demonios triunfantes se regocijaran sobre su presa. Me apreté los ojos con las manos hasta que me dolieron, en la intensidad del deseo de apartar el espectáculo; hundí la cabeza en la almohada para no oír aquella risa espantosa de sarcasmo diabólico.

Pero —¡oh, horror inconmensurable!— vi las paredes de la habitación deslizarse lentamente juntas, el techo bajar, el suelo subir, como de antiguo los vio el cautivo solitario cuya celda estaba destinada a ser su ataúd. Más y más cerca soy llevado hacia el cadáver. Retrocedí del borde de la cama; me acurruqué en el más abyecto de los miedos. Intenté gritar, pero el habla estaba paralizada. Las paredes se juntaron más y más. Pronto mi mano yació sobre la frente del muerto. Puse el brazo tan rígido y recto como una barra de hierro; pero ¿de qué servía la fuerza humana contra la contracción de aquella albañilería cruel? Lentamente mi codo se dobló bajo la presión ponderosa; más cerca creció el techo: caí en el abrazo temible de la muerte. Estaba encerrado, asfixiado en el estrecho nicho que era todo el espacio que aún me quedaba. Los ojos pétreos miraban fijamente a los míos, y de nuevo el enloquecedor repique de risa diabólica sonó junto a mi oído. Ahora era tocado por todos lados por las paredes de la prensa terrible; hubo un chasquido pesado, y sentí todo sentido borrado en la oscuridad.

Desperté por fin; el cadáver había desaparecido, pero yo había ocupado su lugar en el túmulo. En la misma actitud que él había mantenido, yacía inmóvil, consciente, aunque a oscuras, de que llevaba en el rostro la copia de su expresión de agonía. La habitación había crecido hasta ser una sala gigantesca, cuyo techo estaba formado por arcos de hierro; el pavimento, las paredes, la cornisa, todo era de hierro. La esencia espiritual del metal parecía una combinación de crueldad y desesperación. Su dureza maciza hablaba un lenguaje imposible de encarnar en palabras, pero quien haya observado el barrido implacable de alguna gran manivela de máquina y comprendido su capacidad de asesinato captará un vislumbre, incluso en el recuerdo, del estremecimiento que parecía decir

«este hierro es un demonio sin lágrimas», del significado indecible que vi en aquellas vigas y contrafuertes colosales. Sufría por la visión de aquel hierro como por la presencia de un asesino gigante.

Pero mis sentidos se abrieron lentamente a la percepción de presencias aún peores. A mi lado emergió gradualmente del crepúsculo sulfuroso que bañaba la habitación la forma más horrible que el alma pudiera contemplar sin romperse: un demonio también de hierro, blanco de calor y deslumbrante con la gloria de las profundidades infernales. Un rostro que era la encarnación férrea de todas las imaginaciones de malicia e ironía me miraba con un resplandor que marchitaba por su calor intenso, pero aún más por el grado inconcebido de maldad interior que simbolizaba. Comprendí de quién era la risa que había oído, y al instante la oí de nuevo. Junto a él otro demonio, su mismo gemelo, mecía una cuna tremenda enmarcada de barras de hierro como todo lo demás, e incandescente con un calor tan feroz como el del demonio.

Y ahora, en un canto de la más terrible blasfemia que sea posible imaginar, o más bien de una blasfemia tan espantosa que ningún pensamiento humano la ha concebido jamás, ambos demonios prorumpieron, hasta que me volví intensamente malvado solo por oírlo. Recuerdo todavía el significado de la canción que cantaron, aunque no hay lenguaje acuñado aún que lo transmita, y lejos esté de mí siquiera sugerir su naturaleza, no sea que parezca perpetuar en algún grado tal profanación como, fuera de las moradas de los perdidos, ningún labio es capaz de pronunciar. Cada nota de la música misma concordaba con el pensamiento como el símbolo representa la esencia, y con su estruendo se mezclaba el chirrido enloquecedor de la cuna que oscilaba sin cesar, hasta que me sentí arrastrado a una desesperación feroz. De pronto el demonio más cercano, arrebatando una horca —también de hierro blanco de calor—, la hundió en mi costado retorcido y me arrojó chillando a la cuna ardiente. En mi tortura procuré escalar las barras; se escurrían de mi agarre y bajo mis pies como los carámbanos más lisos. A través de grados crecientes de agonía yacía sin consumirme, lanzado de un lado a otro con el balanceo del terrible ingenio, y sobre mí seguía repicando el canto de blasfemia, y los ojos del sarcasmo demoníaco me sonreían burlándose de la mirada de una madre sobre su hijo.

—Cantémosle —dijo uno de los demonios al otro— la nana del Infierno.

La blasfemia se trocó ahora en una espantosa pintura verbal de la eternidad, desvelando lo que era y deteniéndose con raptos de malicia en su infinitud, su sublimidad de dolor creciente y su privación de todo punto fijo que pudiera marcarla en divisiones. Por emblemas comunes a todo lenguaje, más que por palabras vocales, cantaron este espantoso apocalipsis, y sin embargo los mismos emblemas tenían un sonido tan distinto como la lengua pudiera darles. Este fue uno, y el único, de sus representantes que puedo recordar. Lentamente comenzaron: «Hoy es padre de mañana; mañana tiene un hijo que engendrará el día siguiente». Con rapidez creciente cantaron de este modo, día por día, la genealogía de mil años, y yo la seguía en las generaciones sucesivas, sin una rotura en un solo eslabón, hasta que el torrente de su procesión alcanzó una rapidez tan tremenda que tipificaba plenamente la eternidad misma; y aún seguía huyendo por aquella ardiente génesis de ciclos. Siento que no transmito mi significado, ¡pero ojalá nadie más llegue nunca a comprenderlo mejor!

Marchito como una hoja en el aliento de un horno, tras millones de años me sentí arrojado sobre el suelo de hierro. Los demonios se habían ido, la cuna había desaparecido. Estaba solo, mirando a espacios inmensos y vacíos. Pronto descubrí que estaba en una plaza colosal, como de alguna ciudad europea, solo a la hora del crepúsculo, y rodeado de casas de cientos de pisos de altura. Tenía una sed amarga. Corrí al centro de la plaza y lo alcancé tras una infinidad de camino. Había una fuente tallada en hierro, cada chorro esculpido de un modo inigualable en burla del agua, pero seca como las cenizas de un horno.

—Pereceré de sed —grité—. Una prueba más. Debe de haber gente en todas estas casas inmensas. Sin duda aman al viajero moribundo y le darán de beber. ¡Buenos amigos! ¡Agua! ¡Agua!

Un estruendo horriblemente ensordecedor se derramó sobre mí desde los cuatro lados de la plaza. Cada hoja de las cien plantas de cada casa de aquel cuadrángulo colosal se alzó como por un solo resorte. Despertados por mi llamada, en cada ventana se alzaba un maníaco terrible. Sublimemente en el aire sobre mí, delante, al lado, a una y otra mano y

a mi espalda, una selva de rostros dementes me rechinaba, me miraba con furia, farfullaba, aullaba, reía horriblemente, siseaba y maldecía. Ante aquella vista insoportable me volví yo mismo loco, y, saltando de arriba abajo, los imité a todos y bebí su espíritu demente.

Una mano me agarró del brazo; una voz llamó mi nombre. La plaza se iluminó, cambió, adoptó lentamente un aspecto familiar, y gradualmente me di cuenta de que mi compañero de cuarto estaba de pie ante mí con una lámpara encendida. Me dejé caer en sus brazos, gritando:

—¡Agua, agua, Robert! ¡Por el amor del cielo, agua!

Atravesó la habitación hacia la palangana, dejándome sobre la cama, donde después supe que me había recolocado al despertarse al oírme saltar frenéticamente sobre el suelo. Al ir por el agua, parecía viajar por una llanura desértica hacia algún manantial lejano, y lo saludé a su regreso con la jarra y el vaso como se saluda al amigo restituido tras un largo viaje. ¡Nada de vaso para mí! Arrebaté la jarra y bebí un Niagara de refresco con cada trago. Me deleité en el éxtasis de un bebedor de los ríos de Al Ferdous.

El hachís trae siempre consigo un despertar de la percepción que magnífica la más pequeña sensación hasta que ocupa límites inmensos. El comedor de hachís que bebe durante su más alto estado de exaltación supone casi invariablemente que está tragando inundaciones interminables, e imagina su garganta un abismo que se está atiborrando con el mar. Repetidamente, cuando en una agonía de sed he agarrado algún pequeño recipiente de agua y lo he inclinado en mis labios, he sentido tal realización de un torrente abrumador que, con la garganta aún carbonizada, he apartado el agua, no fuera que me ahogara el flujo.

Con el reencendido de la lámpara cesaron mis terrores. La habitación era todavía inmensa, pero el hierro de su estructura, en el alambique de aquella luz celestial, se había transmutado en plata y oro. Vigas resplandecientes, cinceladas por algún grabador de otro mundo, sostenían el techo sobre mí, y una gloria suave me transfundía, derramada de paneles soleados que cubrían las paredes. De esta sala de encantamiento pasé de pronto por una puerta de cristal y me encontré de nuevo en el mundo

exterior. Por un valle alfombrado de rosas marchaba orgullosamente a la cabeza de un gran ejército, y la música más triunfal resonaba de todas mis legiones. A la sinfonía se unían muchos instrumentos indecibles, bugles y oficlidos, arpas y címbalos, cuyos portentosos repiques parecían decir: «Somos autoconscientes; nos regocijamos como almas humanas». Había rosas por todas partes: rosas bajo los pies, rosas enguirnaldando las celosías a nuestros lados, rosas derramando un pródigo rubor de belleza desde los arcos de una pérgola sobre nuestras cabezas. Valle abajo vislumbraba céspedes soñadores bañados en una luz de Claude Lorrain. Sobre ellos multitudes de niños rosados venían saltando a arrojar guiraldas en mi camino victorioso y cantándome peanes con voces de querubines. Naciones que mi espada había salvado corrían saltando por las murallas floridas de mi avenida para gritar «Nuestro héroe, nuestro salvador», y postrarse a mis pies. Crecí colosal en un delirio de orgullo. Me sentí el centro de toda la gloria inmortal del mundo. Como antes el éxtasis de la música me había arrebatado fuera del cuerpo, así ahora floté fuera de él en la intensidad de mi triunfo. Al disolverse el último acorde, vi desvanecerse todo el esplendor que acompañaba a mi marcha, y volví a tener conciencia de mi habitación restaurada a su estado natural.

No quedó ni una sola alucinación. Los objetos circundantes recuperaron su aspecto acostumbrado, y sin embargo una sorpresa maravillosa irrumpió en mí. En el curso de mi delirio, el alma, según descubrí claramente, se había separado de veras del cuerpo. Yo era aquella alma totalmente divorciada de la naturaleza corpórea, desunida, clarificada, purificada. Desde el aire en que flotaba miré hacia abajo a mi antiguo receptáculo. La vida animal, con todos sus procesos, seguía adelante; el pecho se alzaba con la subida y bajada regular de la respiración, las sienes palpitaban y la mejilla se sonrojaba. Escruté el cuerpo con asombro; no parecía concernirme más que el de otro ser. No recuerdo, en el curso de toda la experiencia que he tenido del hachís, una emoción más singular que la que sentí en aquel momento. El espíritu se discernía a sí mismo como poseedor de todas las capacidades humanas —intelecto, sensibilidad y voluntad— y se veía completo en todos los aspectos; y sin embargo, como un gran motor, había abandonado la máquina que antes impulsaba, y se mantenía en perfecta independencia.

Capítulo VI

LOS MISTERIOS DE LA GEMA DEL SIGNO VITAL DE GÉMINIS

En esta visión, la concepción de nuestra dualidad humana se me presentó de una manera más sorprendente que nunca antes. Hasta aquí había sido más una sugerencia que una prueba; ahora aparecía bajo la luz de una intuición. Un campo maravilloso de preguntas se abre con tal experiencia, y me veo constreñido a esbozar algunas de ellas tal como se me han ocurrido.

1.º ¿Son lo animal y lo espiritual partes conjuntas de una misma vida, o dos vidas diferentes que obran recíprocamente con intensidad, pero que no dependen enteramente la una de la otra para su continuación?

Que el alma dependa de algo que llamamos material para la preservación de sus funciones más elevadas, muy pocos hombres se sentirán dispuestos a afirmarlo. Sin embargo, todos somos en extremo reacios a conceder que lo animal tenga una vida distinta propia que, durante algún tiempo después de la disolución de los lazos que lo unen a lo espiritual, podría seguir latiendo sin menoscabo. Vuestro crítico, que aspira por entero a las utilidades comprendidas en el pan, la carne y el paño, podría preguntar: «Si así fuera, ¿de qué utilidad práctica sería descubrirlo?». Una respuesta suficiente radica en el hecho de que los hombres conocerían una verdad más. Una verdad probada y establecida puede yacer durante siglos, cubierta de moho y herrumbre, en el arsenal del conocimiento, hasta que algún gran espíritu pasa por allí, la saca del desecho, se la ciñe, se lanza al conflicto y con ella abre a la fuerza los portales de una nueva tierra prometida de bendición para la raza humana. La pólvora es una verdad; los sabios se burlan del estrepitoso juguete del monje. Los años transcurren serenos; ese juguete golpea los acantilados de Dover, y al desplomarse estos para dejar una vía a las naciones, la verdad despreciada reivindica sus usos con una voz de trueno triunfante.

Pero hay también una utilidad tangible en este descubrimiento de una vida animal independiente (suponiendo que se realice), que surge del hecho de que poseeríamos así nociones mucho más elevadas de lo espiritual de las que tenemos en la actualidad. En el deseo de hacer que el cuerpo dependa enteramente del alma para todos sus procesos, hemos ligado a ambos en un matrimonio tan estrecho que el alma misma se ha materializado por el contacto en nuestras concepciones. Lo que llamamos espíritu no es, después de todo, cuando sus vagos y variables límites se trazan con alguna precisión, sino una niebla en extremo enrarecida, capaz, sin duda, de fenómenos autoconscientes, pero sujeta, no obstante, a la mayoría de las condiciones de la materia. Concedemos, en efecto, que tras la muerte los ojos interiores puedan ver sin la mediación de nuestra lente y retina actuales, pero rechazamos la idea de que esos ojos, en este mundo, empleen jamás un poder que, tras algunos años, mantendrán en constante actividad para siempre. Ahora bien, si podemos marcar más definidamente la línea entre lo espiritual y lo animal como entre dos vidas independientes enlazadas la una a la otra, pero que no se interpenetran, habremos hecho mucho para glorificar el alma y restituirla a su debida reverencia.

Sin afirmar como probada la existencia separada de la vida animal, veamos algunos fenómenos singulares que, mediante tal hipótesis, quedarían explicados, y (según me parece) solo mediante tal hipótesis.

1.º En operaciones quirúrgicas practicadas mientras el paciente yacía bajo la influencia de un anestésico, como el cloroformo o el éter, he presenciado contorsiones de todo el sistema muscular, y oído gritos tan espantosos que era imposible persuadir a los espectadores de que la aplicación del instrumento no causaba la más severa agonía. En una ocasión estuve yo mismo junto a un hombre que debía sufrir una difícil operación dental, y con mis propias manos le administré cloroformo. Habiendo sobrevenido todos los síntomas habituales de la anestesia completa, hice señal al dentista para que comenzara su trabajo. En el momento en que el instrumento entró en operación exitosa, el paciente profirió un desgarrador grito de dolor y se debatió convulsivamente, suplicando al mismo tiempo al operador que se detuviera. Me persuadí, por casos anteriores de naturaleza similar, de que el hombre no tenía conciencia del

dolor, y así se lo advertí al dentista. Por motivos de humanidad, sin embargo, este desistió cuando su trabajo apenas estaba a medias, y, habiendo extraído un solo diente en lugar de los varios que debían arrancarse, permitió que el aparente sufridor volviera a su estado natural. Pronto despertó, como de un sueño; y al preguntársele si había soportado gran tortura, se rio de la idea, negando haber siquiera sido consciente de la aplicación de los fórceps, aunque plenamente autoconsciente en su interior durante todo el efecto del anestésico.

Creo que no hago sino referir uno de los muchos casos que caen bajo la observación casi diaria de hombres de amplia experiencia en la profesión quirúrgica. Aunque lejos de ser yo mismo un experto, he sido testigo presencial de dos tales instancias.

Ahora bien, ¿qué es, o quién es, el que sufre torturas tan grandes que el rostro, los labios, los miembros deben darles salida en tal intensidad de expresión? El alma ha estado todo el tiempo yaciendo en una deliciosa calma de meditación, o deslizándose a través de una sucesión de extrañas imágenes, cuyo orden no fue ni una vez quebrantado por el estremecimiento del dolor. Con frecuencia recuerda sus visiones, y puede repetir las coherentemente; ciertamente habría recordado, si alguna vez las hubiera conocido, algunos rasgos de una experiencia tan absolutamente discordante como el sufrimiento.

Una inferencia se sugiere directamente. Donde se han presenciado todos los fenómenos externos de la tortura, el anestésico no ha afectado tanto al cuerpo como a los lazos que lo unen con el alma. Ha tenido lugar una disyunción temporal entre ambos, y la naturaleza animal ha estado sufriendo mientras la espiritual, completamente aislada, quedaba entregada a su propia libre actividad.

2.º Creo que gradualmente se va concediendo que las agonías que la creencia universal asoció una vez a la idea de la muerte son más imaginarias que reales. Sin embargo, la hora de la disolución va casi invariablemente acompañada de gemidos y contorsiones, que cuentan historias del amargo dolor sentido en algún lugar de las profundidades de ese ser misterioso que se está disociando. Mientras el moribundo, si aún plenamente consciente, afirma con frecuencia que se halla en un éxtasis sin

par, tensos músculos y miembros retorcidos cuentan otra historia. ¿Qué es lo que sufre?

3.º Ha habido casos del estado de trance que arrojan una luz adicional sobre esta cuestión, o la envuelven en un misterio más profundo, según el temperamento mental del hombre que los considere. Es innecesario citar el caso de Tennant en nuestro propio país, y muchos estados catalépticos e hipnóticos que han caído bajo observación privada, cuando un argumento a fortiori puede extraerse de los notables fenómenos que hace apenas unos años ocurrieron ante el testimonio ocular de muchos eminentes hombres de la profesión médica y de otras en la India.* Tan importante campo de investigación parecían abrir estos fenómenos, que el doctor Braid, de Edimburgo, médico de considerable fama, hizo de ellos el fundamento de un libro, condensado, pero valioso por su investigación, sobre la condición de trance, y la mente científica de toda Gran Bretaña tomó un vivo interés en el asunto. Un faquir se presentó en una de las estaciones de la Compañía, y ofreció la singular petición de que se le enterrara vivo. Aunque no muy asombrados ante cualquier posible petición proveniente de uno de una orden de hombres tan salvajemente fanáticos como aquellos que infestan la India con sus monstruosas devociones y su insaciable mendicidad de limosnas, los servidores de la Compañía lo trataron aun así como a un insensato, y respondieron a su petición con correspondiente negligencia. Aun así, el faquir insistió en que accedieran, afirmando que poseía el poder de separar alma y cuerpo a voluntad, y que era capaz de vivir sin aire ni alimento por espacio de treinta días. Habiendo presentado testigos nativos que corroboraron plenamente su declaración, obtuvo una atención más deferente a su demanda. Como razón para pedir la sepultura, declaró el deseo de una abstracción del alma más completa de la que podía alcanzar sobre la tierra y entre las cosas de los sentidos, asegurando positivamente a sus interrogadores que esta abstracción, según había probado mediante repetidos experimentos, no corría peligro de resultar fatal para el cuerpo.

Al fin, entonces, su petición fue concedida. Mediante un esfuerzo de voluntad se sumió en el estado extático o de trance, y cuando los procesos vitales se hubieron vuelto absolutamente imperceptibles, y yacía con toda apariencia de muerto, fue envuelto estrechamente en un sudario y,

por temor a un engaño, sepultado en una tumba herméticamente construida. La abertura fue luego rellena con tierra, y el montículo así levantado sobre él fue sembrado densamente de cebada. Una guardia mahometana (la última en el mundo que sería probable que consintiera en el fraude de un discípulo de Brahma) fue apostada alrededor de la tumba noche y día. La cebada creció sin ser perturbada hasta que el mes se cumplió, y, al expirar ese tiempo, cientos de personas acudieron para estar presentes en el desentierro del faquir. Entre ellas había hombres graves, hombres de mentes serenas y científicas, y muchos absolutamente incrédulos de la posibilidad de que la vida humana hubiera podido sostenerse desde fuentes internas durante un período tan largo. Concurría así toda garantía que pudiera hacer concluyente la prueba de cualquier hecho más allá de toda duda.

El cuerpo del faquir fue hallado inalterado por la descomposición, aunque encogido hasta parecer una momia. Se emplearon medios de restauración muy similares a los usados para llevar a la conciencia a un paciente cataléptico. Pronto el aparentemente muerto comenzó a respirar, su color retornó, y antes del cierre del día, a medida que el nutrimento que se le dio fue asimilado, todas sus funciones se hallaban en su actividad ordinaria.

Una separación más completa de lo animal y lo espiritual probablemente nunca existió sin la muerte, y sin embargo las dos vidas, durante todo el período de la sepultura, se sostuvieron separadas sin la más leve conciencia en el alma de que el cuerpo se estaba consumiendo, convulsionado y sin jugos. Muchos de los testigos oculares de este maravilloso experimento viven hasta el día de hoy.

Sobre la teoría de estas existencias independientes puede preguntarse: «¿Cómo es posible en absoluto la muerte para lo animal?». Respondemos: En la mayoría de los casos, sin duda, lo animal muere primero, y lo espiritual lo abandona después; pero, dondequiera que lo espiritual sea el más poderosamente agonizante de los dos, en el mismo choque de sus esfuerzos por partir puede llevarse consigo a lo animal, el cual, no siendo inmortal, no tiene posible residencia fuera del cuerpo, sino que perece al instante. Sin embargo, cuando, como por el suave desenredo de dedos pacientes, los ligamentos de la vida corpórea se desenrollan de alre-

dedor del alma, esta, no destruida, puede aún permanecer durante su día señalado de resistencia. Si esto es más que mera conjetura visionaria, explica la apariencia inalterada de cuerpos desenterrados después de cien años, y las reliquias no consumidas por el tiempo, que, en la reacción del mundo contra la hipercredulidad, hemos sido tan propensos a clasificar durante tanto tiempo con las otras leyendas del *Irit a Sanctorum*.

2. Otra cuestión que sugiere la experiencia de mi propia dualidad es esta: si las dos existencias son independientes, ¿no podría explicar tal hecho ese sentimiento ciego que casi todo hombre ha experimentado, de haber vivido antes de su forma presente en otros estados enteramente distintos? La idea de la metempsicosis no fue, en verdad, convertida en el eje de ningún sistema filosófico hasta la época de Pitágoras. Él fue el primero de quien tenemos mención histórica que desprendió de la gema original las láminas de la más grosera fábula egipcia e india que la cubrían como un depósito posterior (y tuvo razones para hacerlo, que creemos quedarán demostradas, al menos con fuerte probabilidad, en una parte futura de esta narración); sin embargo, después de todo, la metempsicosis, como hecho, ha sido vagamente sentida por la humanidad universal, y aun en el día de hoy se presenta a veces con tal fuerza a muchas mentes que casi lleva consigo la convicción de una intuición.

Pero, según nuestra hipótesis, ¿puede explicarse la idea? Veamos.

Salvo en la prerrogativa de la peculiar calidad de esa vida que lo anima, el cuerpo no tiene más derecho a reverencia que el mismo número de libras de álcali, agua, hierro y otros productos químicos que lo componen, en cualquier otra forma.

Pero a no ser por el elemento energizante y vital del rango particular en la escala de la vitalidad que energiza al hombre, este sería digno de tanta consideración si se le envasara en garrafas, se vertiera en jarras, se soplara en vejigas y se atara en paquetes de papel moreno. Su cuerpo no tiene el más leve sello de originalidad. Como músculo bovino existió hace mucho tiempo en el alimento que nutrió a sus padres; aún más atrás fue comido por un buey en forma de alguna hierba succulenta del pasto, y esa misma hierba lo extraj⁶⁷ del suelo a través de tubos micros-

cópicos por atracción capilar. Lave este suelo, y él se depositará en forma de precipitado; sin embargo, después de toda esta investigación de su genealogía material, solo hemos llegado al mismo resultado que podría alcanzar cualquier químico hábil que se tomara el trabajo de descomponerlo en su estado presente y someterlo a las pruebas adecuadas. El hombre de mente visionaria puede sentarse ante una sola col de repollo y encontrar alimento para su pensamiento, si no para su paladar, en la reflexión: «En verdad, tú podrías haber sido mi hermano».

Ahora bien, sin la más mínima sombra de deseo de probar que la materia es autoconsciente, ¿no podemos sostener que es posible que las partículas que entran en nuestra composición corporal conserven aún algunas propiedades sutiles (no la memoria, entiéndase bien) de los otros cuerpos por los que han pasado, las cuales, siendo sentidas por nuestra propia naturaleza animal, son sugeridas por esta a la espiritual como fundamento de la idea de la metempsicosis? El cuerpo será entonces aquella parte de nosotros que realmente ha transmigrado, mientras que el alma es original.

La idea de que el alma haya transmigrado alguna vez nos lleva a conclusiones dolorosas, repugnantes, irracionales e irreligiosas. Pero concedamos que en la vida animal existe una percepción ciega de cualidades peculiares en las partículas corpóreas, surgidas de las condiciones anteriores por las que han pasado, y podemos entonces ver cómo puede ser posible que lo espiritual simpatice con lo animal hasta tal grado que eterice estas percepciones en un eco soñador de su propio ser anterior. El problema, por tanto, se plantea así: tanto por el derecho como por la razón debemos renunciar por completo a la idea de la metempsicosis espiritual. ¿Cómo, entonces, podemos explicar el hecho de su universalidad entre la especie? Ofrecemos nuestra hipótesis.

Capítulo VII

LA NOCHE DE LA APOTEOSIS

Puede parecer extraño que, después de aquella experiencia de agonía infinita que acabo de relatar, volviese yo a tomar hachís. «Sin duda —se dirá—, otro experimento con la droga sería una temeraria aventura en los dominios de la locura y de la muerte. El nombre más benigno que cabría aplicarle es el de insensatez.»

La mañana inmediatamente posterior a mi noche de horror me encontró tan vigoroso y animoso como jamás lo estuviera en mi vida. Ningún dolor, ninguna sensación de lasitud persistía, y en mi rostro no había el más leve vestigio de los tormentos por los que había pasado. En medio del asombro mismo con que advertí tal hecho, me sentí seguro de no haberme causado daño alguno. Sin embargo, mentalmente, tenía la concepción de ser muchos años más viejo que la noche anterior; todas las experiencias pasadas de la vida parecían separadas de mí por un abismo inconmensurable de duración, y cuando los rostros demoníacos o los cantos infernales de mi visión acudían de pronto a la memoria, me estremecía y volvía la cabeza como si los tuviera cerca. Quedamente hice el propósito de no experimentar más con la droga de la hechicería, pues temía otra zambullida en el abismo del terror como temía al infierno mismo.

Lentamente fue desvaneciéndose de mi mente la imagen de mis sufrimientos. La fuerza elástica del pensamiento se sacudió el peso de todos los recuerdos funestos, y siempre que evocaba mi última noche de visión era solo para detenerme con ternura en las rosas de mi valle y regocijarme en el eco de los peanes que habían glorificado mi marcha. Tan hermosos hacían tales recuerdos el mundo interior, que me cansé del exterior hasta que se volvió del todo desagradable, como una pesada tragedia vista por cuadragésima vez. En vano intentaba descubrir en el paisaje esa frescura de vida que siempre brota y que el hachís desvela; los árboles eran madera sin sentido, las nubes una vana impostura. Sediento estaba de intuición, de aventura, de sorpresas extrañas y de descubrimientos místicos. Volví a tomar hachís.

Estaba sentado a la mesa del té cuando me sobrecogió el estremecimiento. Había entregado mi taza a la señorita M'llvaine para que me la rellenara por primera vez, y ella estaba a punto de devolvérmela rebo-sante de aquella bebida «que alegra pero no embriaga». Reacio sería yo a calcular el arco que me pareció recorrer su mano en su camino hacia el borde de mi plato. La pared se pobló de sátiros danzantes; mandarines chinos cabeceaban idiotamente en todos los rincones, y sentí con fuerza la necesidad de abandonar la mesa antes de traicionarme.

Me levanté y me apresuré a salir de la habitación. Un amigo mío, creyendo que me había puesto súbitamente enfermo, me siguió de inmediato. La mirada de salvaje deleite con que lo recibí habría revelado mi secreto, aun cuando no se lo hubiera impartido espontáneamente.

En las primeras etapas de su singular vida, el comedor de hachís halla tanto de extraño, hermoso o espantoso, que no puede contener ni sus arrebatos de entusiasmo ni los de dolor. Está preñado de arcanos infinitos, que siente que debe revelar o perecer. Gradualmente el dominio de sí mismo se torna para él más posible, y finalmente queda estereotipado en hábito. En mi experiencia anterior hallé que estaba fuera de mi poder, aun con los más agonizantes esfuerzos, reprimir las maravillas que veía, y por consiguiente, en el momento en que sentía mi cerebro dilatarse en la cúpula del hachís, tenía por costumbre huir de la presencia de todos aquellos que no debían compartir mi secreto. Cuando muchos días me hubieron enseñado lecciones de retención de mí mismo, me sentaba con frecuencia durante horas, carbonizado en llamas demoníacas o elevado al séptimo cielo del éxtasis, con una multitud en torno mío que no habría podido obtener la más leve indicación, por mi porte, de los procesos que se desarrollaban en mi interior.

Cuando Sam se me unió, estaba yo en vísperas de otro viaje por vastos territorios. Digo «Sam», pues me tomaré la libertad de llamar a todos mis amigos por aquellos nombres familiares que me encarnan todo lo amoroso, lo afable y lo propio de su idiosincrasia en mi recuerdo de ellos. Sin duda tal práctica discorda del estilo cortesano en grado sumo. Mucho más cortés sería decir Villiers donde quería decir Joe, y Cholmondeley en lugar de Harry; pues de este modo conciliaría mucho más fácil y plenamente aquellos ánimos que, enervados por los festines espe-

ciados de la literatura de alta vida, son incapaces de hallar la menor sapidez en el vocabulario de los afectos cotidianos.

Southey, discurriendo sobre el Doctor, ha hecho observar a aquel espejo de sinceridad, así como de verdadera cortesía (cito de memoria), que entre las pérdidas más dolorosas, aunque silenciosas e inadvertidas, que un hombre sufre en su tránsito del infante al anciano, está el despojo gradual de su derecho a ser llamado por el nombre que oyó en la nursery y en el patio de juegos. «Ahora —dice Daniel Dove con un leve suspiro—, hasta mi esposa se refiere a mí como “el Doctor”».» Los hombres más afables han sentido lo mismo con pesar, a medida que la toga viril los envolvía lenta y más estrechamente en la reserva de la vida madura, ocultando aquellas insignias tempranas de franqueza y buena camaradería que ya no les dan derecho a ser saludados con afectuosa intimidad, pero que todo hombre verdadero llevará aún con vivo recuerdo en lo más hondo de su corazón.

Siempre he guardado un profundo rencor contra el frío y cortesano Cicerón por aquel desdeñoso sarcasmo lanzado contra la amistad entre Catilina y Tongilio, «*Quem amare in praetexta ceperat*». Fue al estilo de Cicerón, en verdad, mas no al estilo del hombre verdaderamente noble, ni del que guarda la debida reverencia al vínculo de nuestras humanidades más tempranas. Parece imposible concebir cómo alguien dignificado con los sentimientos mejores y más profundos de nuestra naturaleza pueda advertir, con otro sentimiento que el dolor, que está sobreviviendo a los días en que una confianza más íntima y una sencillez ajena al mundo daban a los amigos afables derecho a dirigirse a él y tratarlo como a un hermano.

Lamaré, por tanto, sin disculpa alguna, a menos que esta digresión pueda llamarse tal, a todos los compañeros más cercanos y queridos de mi juventud por aquellos nombres que suenan como los ecos más dulces del Pasado en las cámaras de mi memoria, pues las cuerdas con que vibran al unísono no pueden mantenerse demasiado tiempo trémulas en ningún corazón que no quiera desatender toda música más allá de aquella con la que marcha al paso el avance de nuestra polvorienta vida exterior.

He dicho que cuando Sam se me unió estaba yo una vez más lleno del frenesí de los viajes. Le insté a que fuera conmigo, pintando con los tintes más vivos los tesoros que tan gigantesco recorrido como el que había trazado añadiría a su conocimiento del gran Kosmos. Consintió en ser mi *compagnon de voyage* por unos cientos de millas, al menos, y en seguida partimos. Nuestro camino conducía por un ancho prado, en aquella estación bellamente verde, y ante mi mirada creció hasta convertirse en una tremenda meseta asiática atestada de innumerables tártaros. Como si se reunieran para una incursión, pasaron a mi lado en loca prisa, sus ojos oblicuos centelleando con una luz feroz, y penachos de crin de caballo ondeando desde sus gorros empenachados. No es posible transmitir a una mente en su estado ordinario el efecto producido por contemplar un campo que uno estaba acostumbrado a ver vacío, erizado de pronto de formas extrañas y extranjeras, que por la perfecta distinción de su contorno igualan en realidad, mientras superan en impresividad, a los objetos más usuales de la vista diaria.

Sam era un hombre al que ninguno de su edad que yo haya conocido superaba en la amplitud de sus conocimientos históricos, geográficos y políticos. Mencionádale un hecho de los anales sarracenos, y al punto os daba su fecha y recorría su paralelo de latitud cronológica por todos los imperios y dinastías del mundo. El nombre del lugar más insignificante le sugería todo cuanto de notable se hubiera realizado jamás en sus cercanías, y sobre los esfuerzos facciosos de un demagogo ateniense os edificaba en un instante el intrincado tejido de todos los *coups d'État*, revoluciones y golpes diplomáticos hasta el día presente. No es de extrañar, siendo tal el caso, que alguna observación incongruente mía, que confundía dos tribus de Tartaria enteramente distintas, rozara su gusto histórico hasta el punto de arrancarle una leve corrección.

«Es imposible —dijo Sam— que la tribu de que habláis ocupe este territorio por cuyos límites me informáis que estamos viajando.»

El instantáneo estremecimiento de dolor que esta leve contradicción me clavó no puede imaginarlo nadie que no conozca la intensa sensibilidad del estado de hachís. En tono del más profundo reproche dije: «¡Ay, amigo mío, veo que no simpatizáis conmigo. Viajemos separados.»

Diciendo esto, me aparté de su lado y caminé solo, sintiéndome herido en el mismo centro de mi orgullo y de mi respeto propio. Pero Sam, que ahora veía que debía complacer mi alucinación, me siguió, y aplacando mi indignación sobre el delicado tema de los tártaros de Ucrania, tomó mi brazo, y caminamos juntos como antes.

Con todo el delicioso éxtasis de un viajero que contempla por primera vez los magníficos cúmulos de la arquitectura medieval, vi a lo lejos, en el oriente distante, alzarse un palacio sublime sobre sus terrazas de esmeralda. Caminamos durante horas y a través de leguas, y sin embargo no se acercaba, y yo gozaba el lujo de la anticipación indefinidamente prolongada, y aun más dulce por la demora. El viento me llegaba cargado de aromas especiados; susurraba de coloquios con azahares y giraba en círculos juguetones, recién escapado de su honda libación entre las viñas de Moscatel. En mis oídos cantaba promesas de juventud inmortal, y añadía sus propias alas a mi ya sobrehumana ligereza.

¿Qué importaba que mis lejanas almenas fueran los muros de la universidad, mi poderosa llanura un campo, y mi viento de bálsamo una ordinaria brisa del ocaso? Para mí todas las alegrías eran reales —sí, aun con una realidad que supera por completo los hechos más duros del mundo ordinario.

El hachís es, en efecto, una droga maldita, y el alma paga al fin un precio amarguísimo por todos sus éxtasis; es más, su uso no es el medio adecuado para alcanzar conocimiento alguno; y, sin embargo, ¿quién osará decir que en aquella estación de exaltación no conocí las cosas tal como son con más verdad que nunca en el estado ordinario? No afirmemos que esa manera medio descuidada y desinteresada con que generalmente contemplamos la naturaleza sea el modo normal del poder de visión del alma. Hay un significado insondable, una intensidad de deleite en todo cuanto nos rodea, que nuestros ojos deben destaparse para ver. En la jubilosa embriaguez del hachís, solo hemos llegado por un sendero impropio al secreto de aquella infinidad de belleza que será contemplada en el cielo y en la tierra cuando caiga el velo de lo corpóreo y conozcamos como somos conocidos. Entonces, desde las aguas turbias de nuestra vida, contaminadas por los siglos de degeneración a través de

los cuales han fluido, ascenderemos a la fuente original de los antiguos tiempos, y nos arrobaremos con su apocalíptica bebida.

Pero a no ser por esta reflexión, jamás habría abandonado el hachís. Sin embargo, a través de todas las largas agonías que acompañaron su abjuración, me consolaba con el conocimiento de que las infinitas glorias del pasado volverían a brillar sobre mí. Había vislumbrado, por las rendijas de mi prisión terrenal, el cielo inconmensurable que un día me cubriría con una sublimidad de visión nunca concebida, y resonaría en mi oído con música inefable. Entonces me sostuve en la esperanza, y crecí en una calma resistencia.

Podemos estar seguros de ello: no hemos leído el mundo interior ni el mundo exterior. Algún viento místico, como el del hachís, de vez en cuando apenas agita las hojas de esos libros cerrados al pasar, y el destello de los caracteres divinos nos arrebató por un instante. Como a niños demasiado pequeños para soportarlos, se nos guardan para aquel día en que, convertidos en hombres perfectos, nos sean retirados los apoyos, las ayudas y los velos de lo terrenal, y «los libros sean abiertos».

Pronto llegamos a las puertas del colegio. No recuerdo si he mencionado ya que en el estado de hachís se produce un despertar ocasional, quizá hasta dos veces por hora (aunque no tengo manera de juzgar con exactitud, dadas las singulares propiedades del tiempo del hachís), en que la mente vuelve por un espacio sumamente breve a la perfecta conciencia y contempla todos los objetos bajo su luz familiar. Semejante despertar me sobrevino cuando nos acercábamos a los escalones del edificio, y aproveché para rogar a Sam que me condujera a la habitación de otro amigo mío, si no podía permanecer más tiempo conmigo. Me respondió que se veía obligado a dejarme, y en consecuencia me llevó al lugar que había mencionado. La fantasía del hachís, habiendo regresado inmediatamente después de que hice mi ruego, acaso me habría impedido encontrar solo aquel lugar.

Repetidas veces he errado ante puertas y casas que, en mi estado ordinario, me eran tan conocidas como la mía propia, y al fin he abandonado su búsqueda en completa desesperanza, sin reconocer en su aspecto

el más leve rastro familiar. Ciertamente, un comedor de hachís no debería estar nunca solo.

Encontré a Sidney en su habitación: en su custodia me dejó Sam, tras informarle de mi estado, y fácilmente lo persuadí de que me acompañara en mis viajes.

Detrás de los edificios se extiende hacia el este un vasto dominio de bosques y campos. Desde la puerta de una de las entradas, un sendero continuo conduce hasta el extremo más lejano de estos terrenos, y en ese sendero nos internamos. Las sombras del atardecer se iban espesando, aunque los bosques no se habían vuelto aún tan sombríos como para revestir aquel terrible aire de misterio que, entre ellos, en mi vida posterior de hachís, me oprimió hasta un grado insoportable, incluso a la luz del día. Nuestro camino bordeaba las orillas de un pequeño arroyo que, tintineando sobre su lecho rocoso, hace música a través de todas aquellas sombras de límite a límite. Llegando a un lugar conveniente, lo cruzamos sobre anchas piedras de paso, a tiro de piedra de una baja cascada que, más arriba en el cauce, estaba ahora crecida por las recientes lluvias. Un instantáneo dardo de exultación me atravesó. ¿Sería posible? ¡Sí, cierto, sin duda alguna! Batí palmas y exclamé: «¡El Nilo! ¡El Nilo! ¡El eterno Nilo!» He aquí que ahora era Bruce, y a mi lado caminaba Clapperton. «Compañero de mi viaje —exclamé—, ¿ves aquel salto de agua? Por encima de él yacen las fuentes. De aquel abismo reluciente que contemplas hacia el este, este río velado por el misterio ha vertido sus caudales

desde que Dios despertó por primera vez los años. Bebo ahora por segunda vez el éxtasis de su fuente maternal. A través de solitarias peregrinaciones me afané, con los pies llagados, en el desierto; mi vida pendió, muchas noches de insomnio y muchos días de hambre, del humor de hombres feroces; todo lo hice, todo lo sufrí; y un día, al atardecer, las fuentes se me revelaron. ¡Oh, aquella visión no compartida fue gloria suficiente para toda una vida!» «Pero ¿por qué —preguntó Clapperton— el mundo no ha conocido nunca este descubrimiento tuyo? En todas mis andanzas (y, como sabes, solo han sido superadas por las tuyas), jamás había oído hablar de tu visita a esta fuente.»

«Morí en el desierto camino de regreso. Al sentir que los inequívocos signos de la muerte se apoderaban de mí, reuní fuerzas para trazar en un pequeño trozo de papel unas pocas palabras, declarando simplemente el hecho del descubrimiento y la situación de las fuentes. Lo confié a mi guía, arrancándole la renuente promesa de no separarse nunca de él hasta haberlo llevado a mis amigos en Alejandría.»

«¿Por qué renuente?»

«Porque declaró que era un sacrilegio desvelar la frente del Nilo, y que temía alguna espantosa recompensa por su impiedad.»

«¿Dónde está ese papel ahora? ¿Cumplió su promesa?»

«No. Llevó el escrito hasta Alejandría, y allí, vencido por los terrores de su superstición, lo quemó, y me privó para siempre del triunfo de mis trabajos. Sin embargo, contigo, Clapperton —contigo, que tan bien conoces mis fatigas—, me regocijo como si el mundo

me aclamara. ¡Gloria, gloria en las alturas, porque vuelvo a contemplar —porque contemplo contigo— el Nilo, el eterno Nilo!»

Mis ojos derramaron lágrimas de éxtasis. Estreché a Clapperton contra mi pecho en muda alegría. Oí el río en sus cavernas superiores entonando tales invitaciones como flotan hasta el vidente, arrobado, desde los labios de los ángeles. Bruce, al revisitar la tierra, sintió tal exultación como solo puede ser superada por la de Bruce recién liberado de la tierra.

Dejando las orillas del Nilo, nos internamos más profundamente en la densa sombra de pinos y castaños que, para mis sentidos, eran árboles de especias del desierto africano. Sobre un portillo por el que conducía nuestro camino estaban sentados dos estudiantes recitándose a Shakespeare. Para evitar que contemplaran mi regocijo, Sid me llevó con suavidad a otro sendero, aunque nos acercamos lo bastante para oír una frase:

«Con esto, adiós; voy camino de Padua.» (No exactamente Shakespeare, pero pretendían que lo fuera, y yo no estaba de humor para censurarlo.)

En un instante, como el cambio de una escena, todos los pensamientos e imágenes de África se desvanecieron. Italia, la alegre, la soleada, ocupó su lugar, y el bosque se pobló de palacios y fuentes. En una amplia plaza paseábamos arriba y abajo, transidos de un soñoliento languor veraniego, o vagábamos de pórtico en pórtico, rodeados por todos lados de las más hermosas creaciones del Arte.

Al principio tenía una vaga concepción de la irrealidad de esta visión, pues veía su fundamento en ciertas cosas materiales, recordadas como existentes antaño bajo otras formas. Por ejemplo, a veces percibía el desarrollo de un arco en su estado de transición a partir de dos ramas curvas que se entrelazaban sobre nosotros, y de vez en cuando una nueva columna surgía gradualmente del espacio vacío de luz entre dos troncos de árboles. Pero en muy poco tiempo, por supuesto, mucho menos de lo que suponía, toda sospecha de lo imaginario se desvaneció por completo de mi mente, y no dudé más de que estuviéramos en alguna hermosa ciudad italiana de lo que dudaba de mi propia existencia.

El efecto del hachís aumentaba, como siempre lo hace, con la excitación de las visiones y el ejercicio de caminar. Comencé a elevarme a aquel tremendo orgullo que tan a menudo es característico de la fantasía. Mis poderes se volvieron sobrehumanos; mi conocimiento abarcaba el universo; mi alcance de visión era infinito. Fui investido de una gran misión para con la humanidad, y lentamente amaneció en mí que yo era el Cristo, venido en el poder y el resplandor de su descenso milenar, y portando al mundo la restauración de la perfecta paz. Hablé, y se hizo: con una sola frase regeneré la Creación. Una sonrisa de exultación brilló desde la tierra despertada. Podía oír su baja música de regocijo al percibir que la plenitud de los tiempos con que, durante siglos, había estado de parto en el dolor, había al fin dado a luz. Todos los hombres vivían una vez más en amor a Dios y a su prójimo, y, seguros en un pacto eterno, comenzaron a marchar armoniosamente hacia el sublime fin de la grandeza espiritual. La naturaleza de todas las bestias se volvió mansa; el sátiro descendió de su fortaleza montañosa y condujo sin temor a sus crías ante la presencia de su viejo enemigo, el leopardo; el milano y la paloma juntaron sus alas en la misma rama; de las profundidades de la selva

el tigre salió y se acercó mansamente a acariciar a su rey. El terrible lustre de sus ojos se disolvió en la serena luz del amor, y mientras acariciaba su piel moteada, él devolvió la caricia con un agradecido ronroneo.

Cumplida mi misión, proseguimos. Al regresar al colegio, se presentó un fenómeno singularísimo. Los rostros de todos los que encontraba se metamorfoseaban en apariencias que simbolizaban algún atributo interior, o alguna especialidad de modales y costumbres. Uno de mis amigos era un admirable jugador de whist, notable por su exacta observancia y empleo de los tiempos y sazones para devolver la salida, hacer finesse y cantar privilegio. Su rostro se transformó en una exhibición de naipes en forma de abanico, que me guiñaban con un aire tranquilo y balsámico de exultación, como en la conciencia de ser

«Del todo irresistible, como un hombre con ocho triunfos en la mano en una mesa de whist.»

Otro, famoso por sus hábitos estudiantiles, gran lector y aficionado a la investigación, me miró un momento, y su rostro se convirtió inmediatamente en una librería erizada de enciclopedias. Extendí la mano para tomar una de su estante y, por un grito repentino, me di cuenta de que había ejecutado aquel amable oficio conocido entre los mortales como tirar a uno de la nariz.

Pero esta visión de lo ridículo se disipó pronto con el retorno del anterior éxtasis de orgullo. Ahora, fortalecido para su exaltación por los pocos momentos de jocoso refrigerio, me elevé a toda la sublimidad de la adulación propia. Recorriendo la sala, que, para mi exhibición, se había transformado en la del Senado, como Webster

<JS THE BASHEESH BATES.

revivificado, hice rodar una nube de trueno de colosal argumento sobre la cabeza de un oponente mítico, y llevé a todos los tiempos al estrado de los testigos con testimonio contra los funestos resultados de alguna medida intemperante.

Y ahora, cambiando la alucinación, era inagotablemente rico, e inagotablemente benévolo. Por largas avenidas caminaba entre hileras arrodi-

lladas de pobres, y esparcía puñados de oro en sus senos. «Estad cómodos, sed opulentos, sed lujosos», gritaba; y mientras la lluvia metálica goteaba de mis dedos estremecedores, de nuevo los aplausos de mi marcha se vertían sobre mí, y los hambrientos gritaban: «¡Nuestro salvador!». Me regocijaba en el orgullo inconmensurable de la generosidad.

Despertando a la mañana siguiente tras una sucesión de sueños vagos y deliciosos, aún no había regresado al estado perfectamente natural. Ahora comenzaba a experimentar una ley del hachís que desarrollaba sus efectos cada vez más a lo largo de todos los meses futuros de su uso. Con el progreso de la vida del hachís, el efecto de cada indulgencia sucesiva se vuelve más perdurable hasta que las experiencias hasta entonces aisladas se vuelven tangentes entre sí; luego los eslabones del delirio se entrecruzan, y por fin se mezclan de tal modo que la cadena se ha convertido en una banda continua, ora reposando con alegre ligereza como un chaplet, ora presionando poderosamente sobre el alma como el aro de hierro incandescente que sujeta a los mártires a la hoguera. Los meses finales de esta existencia hechizada, ya sea terminada por la aniquilación mental o por un retorno a los hechos tranquilos y mixtos de la humanidad, transcurren en un sueño ininterrumpido y abigarrado.

Por la mañana, el lado ridículo de la esfera del hachís

solo se volvía hacia mí. Era arrojado a través del progreso de un número infinito de extrañas transmutaciones. Ahora, como una poderosa sierra en algún molino de una región maderera del norte, me lanzaba de arriba abajo a la instigación imperativa de una rueda hidráulica, y a cada lado de mí las tablas volaban en la más completa perfección de manufactura. Ahora, convertido en una botella de agua de sosa, corría de acá para allá con intrincadas y rápidas involuciones, perseguido por un ejército de taberneros que, con lezna en mano, intentaban romper los alambres que contenían mi efervescencia vital. Débil de risa, pues era extrañamente temerario ante el peligro que mi vida sostenía, me senté a descansar, habiendo dejado atrás a toda la tropa de mis perseguidores. De repente, el sentimiento de una intensa mortificación me invadió. «¿Es posible», me soliloqué, «que tú, el descendiente⁶⁹ de una antigua y gloriosa línea, puedas ser tan completamente deshonorado como para fundir tu ser en una

de las más groseras y viles bebidas de la sociedad? Niño digno de un mejor destino, imploraré a los dioses por ti, para que en su condescendencia te eleven a alguna esencia más espiritual». Dicho y hecho. Mi cuello se alargó, mi cabeza fue cubierta con un gorro de noche de nieve, etéreos olores de deleite fluyeron por mi cerebro, y, exultante con la apoteosis, contemplé mi patente de nobleza estampada en mi pecho de cristal con estos caracteres dorados:

EAU DE COLOGNE. JEAX MARIA DE FARINA.

Como un señorial hipopótamo, vagué desde la selva, y con mi pata delantera llamé a la puerta de un amigo mío célebre por desperdiciar el fluido nocturno

en la persecución de investigaciones clásicas y matemáticas. «¡Noticias!», grité; «¡noticias del interior de África!». Con una mirada de asombro y medio terror, pues nunca me había visto antes en el estado de hachís, el amante de los libros me abrió, y pasé.

Como un hipopótamo sin ceremonia, me senté, con la más incongruente desconsideración de la anchura de viga propia de mi especie, en la silla más cercana, sin explicación ni disculpa. Como un hipopótamo poético, me elevé a una sublime descripción de peñascos ecuatoriales, lagos mediterráneos y junglas pantanosas. Me explayé sobre las delicias de una existencia etíope; me volví arrebatado ante el recuerdo del éxtasis de los baños de lodo y los almuerzos sobre succulentos tallos de loto a orillas de ríos donde la Naturaleza mantenía un restaurante gratuito para caballeros paquidermos por siempre.

Ed era un hombre de fuertes impulsos sociales, corazón sumamente bondadoso y alta apreciación de lo bello. Sin embargo, en aquel momento, instalado en una tremenda munición de tomos, y provisto de provisiones de lectura que podrían sostener el asedio más prolongado, alegó preocupación y me rogó que aplazara mi conferencia sobre el far niente africano. Consentí, con alguna indignación, no obstante, ante su falta de gusto. Abrí la puerta para dejar su habitación en busca de un auditor más respetuoso, cuando ¡he aquí! para mi vergüenza, había confundido por completo mi especie, pues era la jirafa más alta que jamás coqueteó

amorosamente con un brote de palma. Bajando mi exaltada cabeza para adaptarme a las dimensiones de la puerta, salí, y de nuevo fui restaurado a la apariencia humana.

Capítulo VIII

VOS NON VOBIS: EN LA QUE EL PITAGÓRICO ES ESPECTADOR

El juicio que debe emitirse sobre la vida del hachís visto en retrospectiva difiere ampliamente del que formé durante su transcurso. Ahora la droga, con toda su revelación de misterios interiores, sus vislumbres de sobrenatural belleza y sublimidad, se me aparece como la mismísima planta bruja del infierno, la hierba de la locura. En la época de su uso diario, la perdonaba todos sus tormentos, su cruel ejercicio de autoridad, su fascinación irresistible y su usurpación del lugar de todo otro estímulo, en atención a las formas divinas que creaba para mi alma, y que, aunque cada vez más raras, cuando se presentaban conservaban su gloria hasta el final. Es más, a través de muchos éxtasis y muchos dolores, seguía suponiendo que no hacía sino experimentos, y ello en el más maravilloso campo de la mente que pudiera abrirse a la investigación, y con un agente tan engañoso en su influencia que el alma solo se percataba de que se necesitaba la fuerza de un gigante para escapar cuando ya sus cabellos habían sido cortados.

En conformidad con estos hechos, no suponía que estuviera poniendo en peligro a ningún amigo mío al darle la oportunidad de hacer el mismo experimento que le veía producir en mí fenómenos tan asombrosos: a una mente enamorada de la investigación. Varios de mis íntimos asociados me pidieron los medios para satisfacer experimentalmente su curiosidad sobre el particular, y a algunos de ellos, según se presentaban ocasiones favorables, les administré hachís, permaneciendo a su lado durante el curso de los efectos. En ninguna otra experiencia pueden la diferencia de temperamento, físico y mental, producir tal variedad de fenómenos; en ninguna parte podemos alcanzar una idea tan bien defini-

da de esta diferencia. Dedicaré, por tanto, este capítulo a la relación de algunos de los más notables de estos casos.

En William N el hachís no produjo ninguno de los efectos característicos de la fantasía. No hubo alucinación, ni volubilidad de imágenes insólitas ante el ojo cerrado. La circulación, sin embargo, creció hasta una plenitud y rapidez sorprendentes, acompañadas de la misma introversión de facultades y clara percepción de todos los procesos físicos que me sobrecojieron en mi primer experimento sobre mí mismo. Hubo respiración estentórea, dilatación de la pupila y un aspecto caído del párpado, seguido al fin de un estado comatoso que duraba horas, del cual era casi imposible despertar por completo las energías. Estos síntomas, junto con una peculiar rigidez del sistema muscular y la incapacidad de medir el compás y volumen precisos de la voz al hablar, acercaron el caso, en semejanza, a los registrados por el doctor O'Shaughnessy, de Calcuta, como ocurridos bajo su inmediata inspección entre los naturales de la India, más que ningún otro que haya presenciado jamás.

En William N observé, sin embargo, un fenómeno que caracteriza la existencia del hachís en personas de constituciones muy distintas: la expansión del tiempo y del espacio. Caminando con él una distancia que no excedía de un *furlong*, le he visto cansarse y adoptar un aire de desesperanza, que me explicaba diciéndome que jamás podría atravesar la inmensidad que tenía ante sí. Con frecuencia también recuerdo que me preguntaba la hora tres veces en otros tantos minutos, y al ser respondido, exclamaba: «¿Es posible? Creí que había pasado una hora desde la última vez que pregunté.» Su temperamento era una mezcla de flemático y nervioso, y por lo general era más bien poco susceptible al estímulo. En aquel tiempo deseaba yo que se viera favorablemente afectado, pues había sido, y después lo fue aún más, en grado eminente, el bondadoso mitigador de mis sufrimientos y acrecentador de mis goces en muchas experiencias de hachís. A él acudía yo, muchas veces, en busca de compañía en mis viajes de hachís, y siempre hallaba en él plena apreciación y simpatía.

Ahora me alegro de que no aprendiera ninguna de las fascinaciones de la droga, pues solo el Cielo, y no el comedor de hachís de ninguna manera, sabe adónde lo llevará.

Uno de mis amigos en la universidad era un hombre a quien habría sido física, espiritual y moralmente imposible haber llevado jamás otro nombre que Bob, el nombre por el que se le llamaba entre todos sus íntimos, y que tiene un aire eminentemente expresivo de su naturaleza. Impulsivo, entusiasta en sus afectos, generoso hasta el exceso; excitable, aficionado a investigaciones singulares y empresas románticas, no hay otro *cognomen* que lo tipificara tanto como para dar más que una sombra de imagen de su constitución; ninguno que lo encarnara tanto como para no dejar algún codo de su ser interior sobresaliendo en el lugar impropio. No es sorprendente que una persona de su temperamento hallara mucho en el estado de hachís que fuera llamativamente atractivo.

A las siete y media de la tarde, y por consiguiente después de cenar en lugar de antes, como yo habría preferido, tomó veinticinco granos de la droga. Esto puede parecer un bolo grande a quienes saben que con quince granos obtenía yo frecuentemente el más fuerte efecto cannábico; pero debe tenerse presente que, para asegurar los fenómenos completos, se necesita una dosis mucho mayor en el primer experimento que en cualquier otro posterior. A diferencia de todos los demás estímulos que conozco, el hachís, en lugar de requerir que se aumente en cantidad a medida que progresa la existencia en su uso, exige más bien una disminución, pareciendo dejar, al retorno del estado natural (si se me permite expresarme con una analogía algo material), un capital no consumido de exaltación para que la siguiente indulgencia establezca su negocio sobre él.

Debido a la desfavorable tardanza de la hora en que se administró la dosis, eran las diez y media antes de que empezaran a mostrarse efectos en este caso. En aquel momento Bob y Edward, el hombre de las lecturas, a cuya favorable atención me había presentado bajo la apariencia de un hipopótamo, estaban ambos sentados, junto conmigo, en una habitación bien iluminada, conversando. De repente Bob saltó del diván en que había estado recostado y, con grandes carcajadas, danzó salvajemente por la habitación. Una luz extraña había en sus ojos, y gesticulaba furiosamente, como un actor de pantomima. No me sorprendieron en lo más mínimo estos síntomas, pues comprendía con precisión el estado mental por el que atravesaba; sin embargo, mi otro compañero estaba asom-

brado hasta el terror con la idea de que el experimentador perdería permanentemente la razón. De repente dejó de danzar y, temblando como con un miedo indefinible, susurró: «¿Qué será de mí?» Esta pregunta evocó distintamente todas las horribles aprensiones de mi primer experimento; y, aunque convencido de la perfecta inocuidad del resultado, vi la necesidad de afianzar la mente del paciente sobre mi propia y firme seguridad de su salvación, a fin de darle quietud y resistencia. Respondí: «Confía en mí; por muy singularmente que te sientas, no tienes la menor causa para temer. He estado donde tú estás ahora, y, por mi honor, te garantizo un retorno sin daño. Ningún mal te resultará; abandónate a la plena fuerza de tus sentimientos con perfecta confianza de que no corres peligro.» Por enteramente nuevo e inconcebido que sea el mundo del hachís, visto por primera vez, el hombre de mayor valor natural no es más capaz de soportar sus tremendas realidades, sin el refuerzo de algún apoyo exterior semejante, que la mujer más débil.

El delirio, que ahora ascendía rápidamente a su altura, hacía mejor que Bob ejerciera al aire libre la actividad sobrenatural con que estaba dotado, donde el aire era más libre y era necesaria menos contención. Revisitando mis palabras con el ropaje más imaginativo de que era dueño, le propuse, por tanto, que partiésemos de viaje por las maravillosas tierras de la visión. Pronto estuvimos sobre el pavimento, él saltando de deleite sin límites ante la perspectiva del grandioso paisaje por venir, yo dispuesto a complacer hasta el extremo cualquier fantasía agradable que se apoderara de él; y, a falta de tal, o en presencia de la contraria, a sugerirle finas avenidas para que su pensamiento siguiera.

Se percibirá, por supuesto, que me hallo bajo una gran desventaja al verme obligado a relatar el progreso de estados subjetivos desde un punto de vista objetivo. Mi autoridad para todo lo que daré en este caso será mi propia observación de los fenómenos externos, y la declaración de mi amigo sobre los internos, que me comunicó al volver a la conciencia. Estos últimos fueron expresados con una altura de idealidad que me siento incapaz de reproducir, y dieron prueba de una condición interior tan notable como jamás haya conocido que produjera el hachís.

Apenas dejamos los escalones del edificio, una gran mezquita se alzó ante su visión en la distancia, con sus minaretes ondeando innumera-

bles banderas blasonadas de medias lunas. Una llanura poderosa, cubierta de no otra cosa que una hierba escasa, se extendía entre él y la mezquita. Montados en caballos árabes, con increíble rapidez volábamos lado a lado hacia la estructura; y supe cuándo tenía lugar esta imaginación por las respuestas que me daba a mi pregunta sobre las razones de su encabritarse mientras avanzábamos. Antes de que llegáramos a los muros, arco y minarete habían desaparecido, y, metamorfoseado en avestruz, recorría a toda velocidad los confines del desierto, ahora enteramente vacío de toda señal humana. De este hecho también me percaté en el momento por sus propios labios; pues, aunque en perfecta alucinación, la existencia dual, como en mí, era aún capaz de expresar sus propios estados.

No es uno de los hechos menos singulares del hachís que su fantasía casi invariablemente adopte una forma oriental. Esto no puede explicarse por la hipótesis de que el experimentador lo recuerda como una indulgencia en uso entre los pueblos de Oriente, pues en el acme del delirio no queda conciencia alguna en la mente de que sea un estado antinatural. La idea misma de la droga queda enteramente olvidada, y la realidad presente excluye toda indagación sobre los fundamentos de la creencia. La única suposición que en algo explica el hecho a mi propio entender es que el hachís es el antecedente en lugar del resultado de las peculiaridades características de la mente y las costumbres orientales. El turco y el sirio están, en verdad, situados entre un entorno bien calculado para estimular la naturaleza imaginativa. Un cielo delicioso, una vegetación exuberante y paisajes como los del Bósforo y Damasco están eminentemente calculados para fascinar hacia los sueños y la poesía, pero entonces el hachís viene trayendo una gratificación indeciblemente más grandiosa y rica al mismo sentido habitado por la música y el aroma, y hace la nota más alta en una armonía ya bella casi más allá de todo lo que la tierra posee.

A nosotros, de una atmósfera más brumosa, pero con percepciones mucho más vivas del principio mismo de la belleza, la droga nos trae una riqueza similar de visiones y, conjugando su influencia con un mayor alcance de visión y fuerza de pensamiento del que jamás posee el oriental,

suple todas las deficiencias de sol y paisaje exteriores tomando prestado de las actividades del experimentador.

La arquitectura oriental y, en fin, la suma total de las costumbres orientales, son todas la encarnación y el símbolo de la mente oriental. Esa mente, o al menos su especialidad

de condición, es en gran medida producto de aquellos estimulantes que están en uso en toda aquella porción del mundo, y entre ellos el hachís ostenta la regencia, dominando el más amplio dominio de la mente y rigiendo con suma autoridad todas las facultades que en ella residen. Es por tanto el caso que, dondequiera que esta droga entre en contacto con una organización sensible, el mismo fruto de sobrenatural belleza u horror caracterizará las visiones producidas. Es el hachís el que hace tanto al sirio como al sajón oriental.

Que esta hipótesis es más que mera fantasía, me parece que puede probarse mediante numerosos paralelos que recorren otras naciones además de las orientales. No son el mero tiempo turbio, los vientos fríos y los súbitos cambios de temperatura los que han erigido los muros de reserva en el modo y la cantería en la arquitectura en torno al inglés. Su estímulo nacional es la cerveza, suavemente templada por el uso moderado del tabaco; su resultado mental es la reticencia, la solidez, la reflexividad.

Tampoco la novedad de su país, las peculiaridades de su clima y la exigencia de su época de rapidez de acción erigen por sí solas para el americano sus aéreas estructuras, que se alzan con una vitalidad de hongo desde los cimientos hasta la cúspide en una quincena, y la pálida cerca de la franqueza, que permite penetrar en todos sus pensamientos. Sus infantes tienden suplicantes manos desde la cuna hacia la tabaquera de su padre; las plantas de olivo en torno a su mesa son fumigadas con tanta regularidad como si estuvieran en un invernadero; su tío de barba gris (siempre que un americano se tome el tiempo de vivir tanto) no cesa de pipar por toda la casa una fragante música, a la que el resto de la familia no rehúsa danzar, y

de esta catolicísima transfusión de nicotina resulta en ese producto muy anómalo, aunque en conjunto laudable, nuestro Hombre Nacional. Este hombre es un singular compuesto de lo visionario y lo actual: visionario, porque (con otras causas, a la verdad) su estimulante lo hace tal; actual, porque la necesidad de duro trabajo en este Nuevo Mundo de intensa actividad se lo exige. Su mente se encarna en estructuras cuya decoración y rapidez de acabado se logran a riesgo de la seguridad, la permanencia y la salud, y en modales que la cautela y la reserva solo caracterizan cuando los duros golpes contra los ángulos salientes de la humanidad le han enseñado la lección de su necesidad.

Su casa de ciudad es la encarnación del cigarro, como la del británico lo es del jarro, y los modos de vivir de ambos simbolizan en gran medida la esencia de sus respectivos estimulantes.

En todas las naciones civilizadas, las obras públicas de arquitectura son una excepción a esta regla, pues el designio del edificio, siendo más cosmopolita, funde las idiosincrasias nacionales en el plan más comprensivo que contiene en sí las excelencias acopiadas de todo el arte mundano. Con el turco no es así; incatolizado como es su naturaleza, su mezquita y el serrallo de su sultán son encarnaciones tan definidas de la peculiaridad genérica como su kiosco.

Excusándome por esta digresión, vuelvo a los detalles de la visión que había comenzado.

La noche era mucho más oscura de lo que debiera recordarse, exige imperativamente luz para teñir sus visiones. Persistiendo aún la alucinación del avestruz, salimos a la calle por el portal de piedra al extremo de la terraza del colegio. El cielo sobre nosotros estaba oscurecido por nubes, pero la luna, ahora en su plenitud, se hallaba a unas tres anchuras de su disco sobre el horizonte occidental. Señalé a través de los árboles su radioso escudo, y llamé la atención de Bob sobre la peculiar belleza de la vista. Él batió palmas en éxtasis, exclamando: «¡He aquí el eterno reino del claro de luna!» Desde aquel momento hasta que el planeta se puso, en este reino caminó. Una plateada delicia se transfundía en todas las cosas a su vista; sus emociones subían y bajaban como mareas con el estremecimiento de la influencia lúñar. Todo cuanto en imaginaciones

pasadas había gozado de vistas de ríos a la luz de la luna, terrazas, castillos y jardines adormecidos, se fundía en esta única visión de raptó.

Al fin la luna se hundió fuera de la vista, y una densa oscuridad nos envolvió en la solitaria calle, solo aliviada por los faroles de las esquinas, que punteaban la larga y lúgubre perspectiva. Por un rato caminamos en silencio. Pronto sentí estremecerse a mi compañero mientras se apoyaba en mi brazo. «¿Qué te ocurre, Bob?», pregunté. «¡Oh! Estoy en un horror insoportable», respondió. «¡Si puedes, sálvame!» «¿Cómo sufres?» «¡Este chaparrón de hollín que cae sobre mí desde el cielo es espantoso!»

Procuré desviar la corriente de sus pensamientos hacia otro cauce, pero había llegado a aquel lugar de su experiencia donde la sugestión es impotente. Su mundo de lo Real no podía ser cambiado por ningún influjo del nuestro de lo Sombrío. Alcanzé el mismo lugar en días posteriores, y entonces era tan imposible para cualquier

ser humano alterar la condición que me envolvía como lo habría sido para un hermano en la tierra extender las manos y rescatar a un hermano que se retorció en los dolores de la inmortalidad. Hay hombres en los países orientales que hacen su oficio de atender a los comedores de hachís durante la fantasía, y profesan poder guiarlos constantemente por senderos placenteros de alucinación. Si en verdad poseen este poder, el delirio que controlan debe ser un estado mucho más dúctil que cualquiera que haya yo presenciado bajo la influencia del hachís en su apogeo. En el presente caso hallé toda sugestión impotente. La actualidad interna de las visiones y el terror de la oscuridad externa me derrotaban por igual.

De nuevo, por un corto trecho, caminamos sin hablar. Y ahora mi amigo prorrumpió en un débil, aunque amargo, grito de «¡Reza por mí! ¡Voy a perderme!» Aunque sabiendo aún que no estaba en peligro último, sentí que era vano decírselo, y, concediendo su ruego, exclamé: «¡Oh Dios, el mejor y el más sabio, da paz a este hombre!» «¡Basta! ¡basta!», habló mi amigo; «ese nombre me es terrible; no puedo oírlo. Me muero; llévame al instante a un médico.»

Consciente de que, aunque no existía tal necesidad física, había sin embargo una gran necesidad espiritual si quería yo calmarlo, le prometí inmediatamente que haría lo que pedía, y dirigí nuestro rumbo al doctor más cercano. Ahora, formas demoníacas se aferraban a él desde la oscuridad, cubiertas de pies a cabeza con fúnebres capas de tinta, mas brillando con ojos de fuego desde las profundidades de sus capuchas. Lo sentí forcejear, y por la fuerza principal lo arranqué de sus manos visionarias. El lugar en que él

se parecía a sí mismo estar caminando era una vasta arena, circundada por tremendos muros. Como desde el fondo de un negro baratro, alzó la vista y vio las estrellas infinitamente remotas; le miraban con un aspecto humano de compasión desesperada, y las oyó lamentar débilmente su perdición. Fuegos sulfúreos rodaban en la distancia, sosteniendo sobre sus olas formas agonizantes y rostros de mofa, y fuegos fatuos demoníacos llameaban intermitentemente sobre los impenetrables baluartes en torno a él. No dijo palabra, pero lo oí gemir con un tono lleno de temeroso significado.

Y ahora, en medio de la oscuridad, se alzó súbitamente una rueda como la de una lotería, rodeada por un punto luminoso, que ilustraba todos sus movimientos. Comenzó a girar lentamente; su rapidez se volvió espantosa, y de su abertura volaban símbolos que le indicaban, en regular sucesión, cada mínimo acto de su vida pasada: desde su primera desobediencia filial en la infancia —la negativa en cierto día, tan atrás como la infancia, a ir a la escuela cuando se le ordenaba— hasta el último acto de impropiedad que había cometido; toda su existencia volaba ante él como un relámpago en aquellos ardientes emblemas. Cosas por completo olvidadas —cosas que al tiempo de su primera presencia fueron consideradas triviales—, actos tan pequeños como el cortar una vara de sauce, todos pasaban por su sentido con vuelo de flecha; sin embargo, los recordaba como incidentes reales, y reconocía su orden en su existencia.

Este fenómeno es una de las más llamativas exhibiciones del estado en que realmente existe la exaltación superior del hachís. Es un desprendimiento parcial, por el tiempo, de aquellos lazos que unen alma y cuerpo.

Que el espíritu pierda jamás las huellas de una sola impresión es imposible. La comparación de De Quincey con los manuscritos palimpsestos, aunque es una de las más poderosas que aun aquel gran genio pudiera haber concebido, no lo es en absoluto demasiado para expresar la verdad. Pasamos, en ensoñadora meditación, por un campo de hierba; una hoja de la tierna hierba roza el pie; su impresión apenas llega a la conciencia; en la tierra nunca se recuerda de nuevo. Pero ni aun aquella leve sensación se pierde por completo. El peso del cuerpo embota el alma para su percepción, otras experiencias externas la suplantán; pero cuando llega el tiempo del despertar final, la resurrección del alma de su osario en el cuerpo, el dedo analítico de la luz inevitable buscará aquella vieja inscripción, y al ojo espiritual ningún registro profundamente grabado de sus triunfos terrenales será más claro.

Las influencias entumecedoras del cuerpo nos protegen aquí de mucho remordimiento y añoranza retrospectiva. Su peso yace gravemente sobre el sentido interno, y lo embota para la percepción de multitudes de caracteres que, para ser leídos, requieren agudísimos poderes de discernimiento. Cuando el cuerpo se retira, la barrera al Pasado se va también.

Este hecho puede ser quizá una de las causas finales de por qué el cuerpo existe en absoluto. ¿Por qué no nacemos directamente en el mundo espiritual, sin tener que pasar por una fatigosa experiencia preliminar cercada por la grosera naturaleza corpórea? ¿No podría la respuesta ser algo así? Si el alma, en su primera creación, fuera introducida directamente en el mundo donde la verdad es una intuición, y estuviera en la deslumbrante luz

de su propia esencia, la espantosa sublimidad de la visión podría probar su aniquilación. Pasamos, en consecuencia, primero por un aprendizaje en el que nada colosal tenemos que aprender ni que hacer; y las verdades eternas amanecen en nosotros lentamente, en lugar de irrumpir como un relámpago. Lo Fenoménico es al principio todo lo que conocemos; tenemos cualidades y cantidades, y a través del período de la infancia nos contentamos con nuevas adquisiciones en este campo. Después, nos percatamos de ciertas facultades de inducción, que nos invisten del poder de aprehender lo Nocional, que nunca cae dentro del al-

cance del Sentido: aprendemos relaciones que existen solo para el pensamiento, y sin embargo son tenidas por experiencias tan válidas como si fueran gustadas o palpadas. Por último, ascendemos al dominio Intuicional y, sin los apoyos del Sentido para estabilizarnos de ningún modo, ya sea mediante sensaciones percibidas o relaciones sugeridas, conocemos los principios universales del Ser cara a cara. Por esta gradual escalera del Sentido, el Entendimiento, la Intuición, subimos a aquella altura desde la cual somos capaces de contemplar, con algún grado de calma, los infinitos campos de la Belleza y la Verdad intuitivas, cuando el velo de lo corporal es removido, y el alcance de la visión perteneciente a nuestra más alta facultad se revela inmensurablemente más allá de todo lo que nuestras más arrebatadas visiones jamás concibieron. Sin esta lenta instrucción, el alma podría haber flameado en un deslumbrante resplandor momentáneo, y luego haberse extinguido en una eterna nada.

Si es verdad que lo corporal es así nuestro escudo contra las glorias letales del mundo puramente espiritual, y también contra la plena fuerza de los recuerdos dolorosos del pasado,

podemos ver fácilmente cómo una retribución muy terrible podría descargarse sobre el alma permitiéndole estar de pie a través de la eternidad sin ningún velo que atenúe los acontecimientos de su tiempo terrenal. Sin duda el espíritu, interiormente en un estado armonioso con el concurso celestial, será investido de un cuerpo espiritual — un cuerpo que, si bien no pesa gravemente, como el nuestro de barro, aún condicionará los estados de la mente de modo que no permita la entrada más que de impresiones deleitosas. Pero deja que el alma a la que tales sociedades y tales vestiduras son desagradables, por los males que ama, esté desnuda en presencia de la Némesis de su vida pasada, con la luz maravillosa del Nuevo Mundo irradiando los terrores de su semblante, y todos los símbolos de fuego y agujones de escorpión apenas débilmente representarán las agonías de la visión. Bien, entonces, ora Pablo: «No que sea desnudado, sino vestido encima».

Dejé la narración de mi historia mientras aún caminábamos hacia la casa del doctor. Por fin, al llegar allí, lo encontramos todavía sentado en su consultorio, aunque ya eran las once.

En vano intenté obtener la primera palabra con él; pues Bob, que parecía, conforme a la frecuente naturaleza de la alucinación del hachís, sospechar algún daño que se le iba a hacer, no me permitía decir nada que pudiera teñir la opinión del médico. Persistía en afirmar que estaba a punto de morir, aunque negaba sentir dolor en cualquier lugar que pudiera tocar. Era totalmente incapaz de informar al doctor de la causa de su condición; pero al fin logré decírselo yo mismo. Como la gran mayoría de los practicantes, nada sabía de la naturaleza

de la droga, y solo podía menear la cabeza y presagiar males al observar los singulares fenómenos que caracterizaban la conducta externa de su paciente. Le dijo a Bob que era muy necio por haber hecho el experimento; que estaba en inminente peligro — que podría morir; que le daría un polvo — ¡ejem!

Con tan eminente consuelo estaba apaciguando la mente excitada del pobre hombre, cuando aproveché que salió a buscar una dosis de ipecacuana para seguirlo sin ostentación, fingiendo la intención de ayudarlo a preparar la dosis. En el momento en que estuvimos en otra habitación, dije, con todo el vehemente que era posible sin que Bob lo oyera: «¡Por el amor del Cielo, si tiene alguna misericordia, dígame a ese hombre que no está en ningún peligro! No lo está en absoluto. He hecho el mismo experimento repetidamente, y le aseguro que todo lo que necesita es la tranquila seguridad de su salvación».

Mi manera seria lo convenció de mi verdad, y en consecuencia entró en la habitación donde Bob seguía sentado, y lo consoló mucho de la misma manera que mi doctor me usó conmigo cuando yo estaba aterrorizado en mi primer experimento. Le dijo, riendo, que no tuviera ninguna aprensión por los resultados, pues ciertamente se recuperaría de sus sentimientos presentes intacto.

En un instante Bob se volvió perfectamente calmo, y el anterior estado de felicidad sucedió a sus agonías. Salimos del consultorio del doctor y comenzamos a regresar a casa. En el camino se supuso un Mandarín recién llegado de algún triunfo sobre tribus invasoras. Como yo, en la visión de mi marcha victoriosa, oía himnos de alabanza y gloria resonando

en sus oídos; pero hizo aún más — tocó uno de los instrumentos él mismo. Siempre un hombre de fina imaginación musical, y bastante brillante pianista, poseía ahora un poder de creación melodiosa desconocido en sus más altos estados naturales. Disponiendo sus labios para emitir sonidos a imitación de una corneta, tocó en mi audiencia una melodía de su propia composición improvisada tan bella que habría honrado a cualquier ejecutante de instrumentos de viento que jamás haya obtenido celebridad. Durante un cuarto de milla disfruté de este inesperado arrebató de música, con el mayor asombro ante un fenómeno que nunca antes había concebido.

Llegamos a casa. El experimentador se acostó, y durante toda la noche estuvo envuelto en visiones de la más extrema éxtasis. Me senté junto a su cama durante horas, y siempre me percataba del momento de su más alta exaltación por alguna melodía a la manera de la que había animado nuestro camino por la oscura y solitaria colina, brotando de sus labios, incluso en el sueño, con deliciosa melodía. Por la mañana despertó a la hora habitual; pero, siendo su temperamento quizá más sensible que el mío, el deleite del hachís, sin su alucinación, continuó durante varios días. Bob nunca lo volvió a tomar.

El siguiente caso que mencionaré es el de mi amigo Fred W , quien, aunque ahora habiendo abandonado el hachís para siempre, todavía, desde el primer experimento que hizo con él, quedó tan encantado con el hechizo que durante varios meses probó sus poderes, con tanto éxito, si nunca en la misma medida, como yo. Su temperamento era el sanguíneo y nervioso mezclados; su gusto por las artes rayaba en pasión.

La prueba iniciatoria del hachís que hizo solo le dio sus efectos de expansión del espacio y el tiempo, pero

había obtenido un suficiente vislumbre de su extrañeza para hacerle probar de nuevo.

En muchas una brillante noche de luna he caminado con él por calles hechas balsámicas por el aliento de la noche de verano, o remado nuestro bote a lo largo del plateado río mientras él yacía en éxtasis meditabundo sobre el asiento de popa. En los sueños de un hombre como él o

el último que mencioné, por simpatía viví casi una vida de hachís tan deliciosa como en la mía propia. Una vez recuerdo bien, mientras flotábamos sin ruido entre aquellos gemelos cielos, el glorioso cielo sobre nosotros, y su imagen reflejada en la corriente debajo, él contemplaba en las nubes que levantaban sus radiantes masas en el horizonte occidental una resplandeciente ciudad, construida en anfiteatro como Argel, pero en cada cúpula y arquivolta bella con el lustre inmaculado del mármol. Y ahora exclamó: «¡Canta! Mi humor es afín al espíritu etéreo de la música». Tarareé suavemente «Spavgi d'amaro pianto». «¡Eso es éxtasis!», prorrumpió una vez más. «¿Recuerdas aquellas palabras, «La arquitectura es música congelada»? Con tus notas ascendentes vi grandes almenas elevarse inmensamente hacia el cielo; con los tonos descendentes se hundieron de nuevo, y a través de toda tu canción he estado sentado enamorado de una deliciosa danza de mármol de Paros».

Pero su experiencia más maravillosa — maravillosa por su excesiva belleza, pero aún más por el vislumbre que le dio del poder de la mente de percepción simpática, fue una visión que tuvo después de la que acabo de relatar. Habiendo tomado hachís y sentido

su influencia ya durante varias horas, aún conservaba suficiente autocontrol consciente para visitar la habitación de cierto excelente pianista sin excitar la sospecha de este último. Fred se arrojó sobre un sofá inmediatamente al entrar, y pidió al artista que le tocara alguna pieza de música, sin nombrar ninguna en particular.

Comenzó el preludio. Con su primer ascenso y descenso armonioso el soñador fue elevado al coro de una gran catedral. De allí en adelante no se oyó más como exterior, pero procederé a contar cómo se encarnó internamente en una de las más maravillosas representaciones imaginativas que jamás haya sido mi fortuna conocer.

Las ventanas de la nave y el crucero estaban esmaltadas, en el más suntuoso colorido, con incidentes extraídos de vidas santas. Lejos, en el coro, los monjes cargaban el aire con esencias que manaban de sus incensarios dorados; sobre el pavimento, de mosaico inimitable, se arrodillaba una hueste de reverentes adoradores en silenciosa oración.

De repente, detrás de él, el gran órgano comenzó un lastimero menor como el murmullo de algún bardo que alivia su corazón en trenodia. A este menor se unió una gentil voz de tiple entre el coro en el que él estaba. El bajo muro subía y bajaba como con la expresión de emoción enteramente humana. Uno a uno los restantes cantores se le unieron, y ahora oía, estremeciendo hasta el mismo techo de la catedral, un maravilloso miserere. Pero el patético deleite de oír fue pronto suplantado por, o más bien mezclado con, una nueva visión en el cuerpo del edificio debajo de él. En el extremo más lejano de la nave

una gran puerta se abrió lentamente y entró un féretro, sostenido por solemnes portadores. Sobre él yacía un ataúd cubierto por un pesado paño mortuario, que, al ser retirado cuando el féretro fue depositado en el coro, descubrió el rostro del durmiente. ¡Era el difunto Mendelssohn!

La última cadencia del canto fúnebre se extinguió; los portadores, con paso pesado, llevaron el ataúd a través de una puerta de hierro a su lugar en la bóveda; uno a uno la multitud salió de la catedral, y al fin, en el coro, el soñador quedó solo. Se volvió también para partir, y, despertado a la completa conciencia, contempló al pianista justo reposando de las teclas. «¿Qué pieza has estado tocando?», preguntó Fred. El músico respondió que era «la Marcha Fúnebre de Mendelssohn!».

Esta pieza, me aseguró Fred solemnemente, jamás la había oído antes. El fenómeno resulta, pues, inexplicable por cualquier hipótesis que quisiera considerarlo una mera coincidencia. Si esta visión fue sugerida por un reconocimiento inconsciente del estilo de Mendelssohn en la pieza ejecutada, o por el despertar de alguna desconocida facultad intuitiva, fue producida como una creación original, no lo sé; pero ciertamente es un caso de clarividencia simpática tan notable como cuantos he conocido.

Dan, el compañero de mi paseo de hachís mencionado como ocurrido en la villa de P, era, al mismo tiempo que yo, miembro del colegio. Corifeo de los círculos ingeniosos y luz de todas nuestras festividades, era aún imaginativo en esferas más altas, y ocupaba tan dignamente la tribuna y la silla del bardo como su lugar junto al hogareño fuego o a la generosa mesa. Poeta, y entusiasta amante así como ejecutante de música,

supuse que el efecto del hachís sobre su temperamento susceptible sería deleitable en extremo. Pero para tal resultado, el momento en que tomó la droga era uno de los más desfavorables del mundo: cuando su sistema nervioso se hallaba en un estado de excitabilidad incluso morbosa. Habíamos partido juntos a un paseo cuando sobrevino el estremecimiento. Y tal estremecimiento —o, más bien, tal sucesión de estremecimientos—, es maravilloso cómo un organismo humano pudo soportarlo. Al principio una nube de impenetrable misterio lo envolvió; luego, sobre la coronilla de su cabeza, un peso comenzó a presionar. Aumentó en gravedad sin ganar volumen, y al fin, rompiendo la barrera del cráneo, se deslizó por la columna vertebral como un rayo, convulsionando cada nervio con un simultáneo escalofrío de agonía.

Esta sensación se repitió una y otra vez, hasta que, con horror, me llamó para que regresáramos, tan convencido como yo lo había estado en mis primeros experimentos de que la muerte sería pronto el resultado del shock. Obedecí al instante su deseo, y al llegar a su habitación se acostó. De repente todo el espacio se expandió maravillosamente, y en la amplia área donde yacía desfilaron multitud de bandas desde todas las direcciones, discurriendo música sobre toda clase de instrumentos, y cada banda tocando una marcha diferente en una clave diferente, aunque todas, por alguna disposición científica, preservaban perfecta armonía entre sí, y guardaban el tiempo con la mayor exquizez. A medida que la sinfonía aumentaba en volumen, también se elevaba en tono, hasta que al fin las puntas de aguja del sonido parecieron concentrarse en una demoníaca caja de música de increíble registro superior, que hacía girar el ápice de su chillido a través de la cúpula de su cabeza, dentro de la cual estaba tocando.

Ahora, en la pared de la habitación, alejada a gran distancia por la expansión del hachís, una cabeza monstruosa estaba clavada, la cual comenzó una sucesión de muecas del carácter más sobresaltador y a la vez ridículo. Primero su mandíbula inferior, ferozmente barbada, se extendió hacia adelante indefinidamente, y luego, retrocediendo la mandíbula, la boca se abrió de oreja a oreja. Ahora la nariz se estiraba en absurda enormidad, y ahora los ojos parpadeaban con la rapidez del relámpago.

Sin embargo, el sufrimiento en Dan guardaba una desproporción excesiva con la hilaridad. En su mayor dolor había compuesto una maldición abrasadora contra alguien que había entrado en la habitación, pero cuando intentó proferirla sus labios fallaron en su oficio como si estuvieran paralizados. Le di agua cuando su sed se volvió extrema, y las mismas sensaciones de una catarata precipitándose por su garganta que antes he descrito ocurrieron con tal potencia que dejó el vaso, sin querer arriesgar las consecuencias de su trago.

Al volver a la conciencia, no se recuperó, sin embargo, de los efectos más moderados del hachís durante meses. Los estremecimientos nerviosos que he relatado reaparecieron en él a intervalos, y sus sueños constantemente tenían un tinte de hachís. En verdad, en todos los casos que he conocido, esta droga ha retenido una influencia más duradera que cualquier estimulante en todo el catálogo.

Numerosos experimentos hechos sobre otras personas con más o menos éxito, aunque ninguno de ellos caracterizado por fenómenos diferentes de los ya detallados, prueban concluyentemente que sobre las personas de los temperamentos nervioso y sanguíneo más elevados el hachís tiene el efecto más fuerte; sobre los biliosos, ocasionalmente casi uno tan poderoso; mientras que las constituciones linfáticas apenas son influidas en absoluto, excepto de alguna manera física, como vértigo, náusea, coma o rigidez muscular. Sin embargo, a esta afirmación hay excepciones sorprendentes, que surgen de la operación de algunas fuerzas latentes de vitalidad que aún no hemos incluido en nuestra ciencia física o psíquica. Hasta que las leyes que las gobiernan sean plenamente aprehendidas, el hachís debe permanecer siempre un misterio, y su operación en cualquier caso específico una incertidumbre.

Capítulo IX

LA SOMBRA DE BACO, LA SOMBRA DE TÁNATOS Y LA SOMBRA DE LA VERGÜENZA

Una vez más, en la mesa, fui presa de la mano del genio del hachís. La cena casi había terminado, y escapé a la calle sin ser sospechado.

¿Calle he dicho? ¡Ah, no! Ese sinónimo convencional de todo polvo, calor y basura es inaudito en las soleadas laderas del monte Bermius, donde vagué, tocado por Baco, entre las Ménades. A través de las sombras vinícolas que emparraban nuestra danza de éxtasis, Haliacmón arrojaba el destello de sus aguas claras como el cielo, y los rayos del mediodía, tamizados por hojas y racimos, caían sobre nosotros suavizados como oro en el regazo de Dánae. Uvas sobre nosotros, uvas alrededor de nosotros, uvas por doquier, hacían el aire fragante como un incensario. Caían con el

peso de su propia dulzura; derramaban volátiles rocíos de éxtasis sobre cada sentido. Orbes constelados, empurpurados, disolvían la luz exterior del cielo por su propia translucidez; y desde sus hemisferios de plata descendente, que miraban hacia el sol, hasta aquellos hemisferios que se volvían hacia nuestra danza, una mirada mitad de azabache, mitad de zafiro, transmitían la suave radiancia, hasta que bañaba nuestras mejillas y frentes en el matiz de los ocasos otoñales. Junto con tropas de Baccantes salté locamente entre los racimos; giré mi tirso y grité ¡Evohé Baco! con la voz más fuerte. Sobre un delicioso viento de fragancia la piel de cervatillo flotaba hacia atrás desde mis hombros, y las hojas vinícolas y los zarcillos de mi guirnalda acariciaban amorosamente mis sienes. Bebí la sangre de las uvas como néctar; canté himnos al hijo de Sémele; me tambaleé bajo la posesión del divino aflato. A mi alrededor, en interminables laberintos, circulaban hermosas formas de hombres y mujeres; con las manos entrelazadas danzamos y cantamos, y las huríes Ménades me cubrieron con su lujuriente cabellera desgreñada.

Ahora, alejándome de su multitud en un rapto que, demasiado alto para ser comunicado, buscaba alguna soledad donde pudiera derramarse sin ser oído, pasé por la puerta del ⁸⁸colegio y comencé a recorrer el largo

sendero que finalmente conducía al bosque hacia el este — finalmente, digo, pues recuerdo incluso ahora la desmesurada extensión del viaje.

Al fin, llegando a las orillas del arroyo que antes se me había vuelto el Nilo, y que, a lo largo de toda mi vida de hachís, fue testigo de muchos delirios de gozo y tortura, me senté sobre una alta y escarpada

ribera que se inclinaba sobre el agua, y me entregué a mi fantasía. El arroyo se ensanchó y se glorificó: era el Amazonas, y desde un risco elevado contemplaba el líquido barrido hacia el mar. Ahora un gran navío pasaba deslizándose, alzando su juanete muy por encima de mi puesto de observación, y los hombres subían a los obenques para mirarme con curiosidad. Con su largo gallardete ondeando y cada pulgada de sus velas desplegadas, pasó majestuosamente junto a mí, y descendí hasta la orilla del río para echarle el último vistazo, y verlo devuelto desde otro curioso observador en el coronamiento de popa.

Vagué completamente por los bosques, y salí a un amplio campo en el lado opuesto. Ante mí se alzaban los edificios de una gran plaza, en alguna ciudad cuyo nombre, cuya nación ni siquiera podía imaginar, tan absolutamente extraña parecía a cualquier cosa del mundo de los días modernos. En el centro de la plaza se había reunido una poderosa hueste para inaugurar la estatua ecuestre de un héroe, que, exquisitamente tallada en un mármol teñido de rosa, se alzaba sobre su colosal pedestal muy por encima de sus cabezas. Fui atraído hacia ellos por un impulso irresistible, pues la escultura y la arquitectura habían alcanzado, en aquella ciudad, el más alto ideal del arte. Pensé en el héroe, y parecí compartir la gloria de su triunfo.

Entonces, desde los límites del denso bosque del que acababa de emerger, llegó un susurro ardiente y sibilante: «¡Mátate! ¡Mátate!». Estremeciéndome, me volví para ver quién hablaba. Nadie era visible. De nuevo, con aún más intensa seriedad, se repitió el susurro; y ahora lenguas invisibles lo silabeaban por todos lados

y en el aire sobre mí. A estas palabras pronto se añadieron argumentos, hasta que la atmósfera pareció resplandecer toda con fieros alientos de «Serás inmortal; contemplarás las cosas ocultas de Dios. El Altísimo te

ordena que te mates». «¡Dios mío!», exclamé, «¿puede esto ser verdad? Te obedeceré, y beberé las eternidades».

Sintiéndome tan poderosamente impelido a realizar el acto como por un mandato directo de la Deidad; sin atreverme, por el bien de mi alma, a resistir las voces; e inmensamente exaltado con la prelibación de las glorias que, en un momento, iban a fluir sobre mí, con furia frenética saqué mi cuchillo, lo abrí y lo coloqué en mi garganta. Otro latido del corazón, y todo habría terminado.

Fue justo entonces cuando sentí el golpe de una mano invisible que hirió mi brazo; mi mano voló hacia atrás, y, con la fuerza del choque, el cuchillo salió girando hacia los arbustos. Los susurros cesaron. Levanté la vista al cielo, y ¡he aquí! de cenit a horizonte, un ángel terrible de negrura de medianoche flotaba, con las alas suspendidas, en el cielo. Su rostro me miraba con terrores indecibles, y su temible mano, medio cerrada, se ahuecaba sobre mi cabeza, como si esperara tomarme por los cabellos. A través del firmamento vino un carro como un relámpago; sus ruedas eran soles arcoíris que rodaban en tremenda música; ningún auriga había allí, pero en su lugar brillaba la gloria de una intensa luminosidad. A su aproximación el ángel negro se volvió y se precipitó hacia abajo al horizonte, que parecía humear mientras él se deslizaba a través de él; y, ¡gracias a Dios!, de Azrael fui salvado.

¡Cuántas tentaciones, que la ordinaria grosería del oído nos impide atribuir a su verdadera fuente externa, y que quisiéramos persuadirnos de que no son más que nuestro propio pensamiento, vendrían a nosotros así en una verdadera voz demoníaca si las bandas del cuerpo estuvieran un poco aflojadas! ¡En cuántas atracciones hacia el bien y repulsiones del mal sentiríamos entonces el toque de manos angélicas! El mundo actual es, en gran medida, saduceo; se burla de lo Espiritual, que por ceguera no puede discernir, y vive en carne y hueso. Los mejores hombres, conservadoramente, van a medio camino para estrechar la mano del escéptico más antiespiritual, y reconocen con él que la manera más razonable de explicar nuestros cortejeos y nuestras advertencias es la reacción del alma sobre sí misma. Lo que estos pobres amantes de lo terrenal harán cuando lleguen entre las realidades de otro mundo, es difícil de decir. Cuando este pobre, mohoso, apolillado, desgarrado por el

tiempo manto de lo corporal, que durante años ha aleteado alrededor de sus cabezas en las ráfagas de la fortuna mundana, o ha enredado en sus harapos húmedos los pies del alma que intentaba ascender más alto — cuando este pobre manto caiga, y ellos se encuentren transformados en ese más temido espantajo de sus vidas anteriores, espíritu — podremos, quizás, oírles gritar en agonía: «¡Oh, mi amado vestido! ¡mi mejor traje! ¿qué será de ti?», y verles lanzarse de cabeza desde las almenas de la luz para recuperar la única parte de su vestuario humano en la que pueden sentirse cómodos.

Después de mi escape de la muerte regresé a la orilla del arroyo, y comencé a pasear de un lado a otro sobre una larga piedra plana alrededor de la cual la ribera se curvaba. Mis alrededores se volvieron instantáneamente teatrales;

los bosques detrás de mí se transformaron en un telón de fondo, y sobre un gran escenario yo mantenía extasiada a una gran audiencia, a la que contemplaba ante mí elevándose en columnas desde la tierra hasta el cielo. El papel que representaba era el de un soldado victorioso en alguna tragedia cuyas palabras improvisaba, y, creciendo rápidamente en el interés de mi discurso, derramé palabras — ahora en prosa y ahora en verso — que agitaban a los oyentes como un torbellino. A medida que mi manera aumentaba en seriedad, vi una extraña y terrible mirada de sospecha ensombreciendo cada rostro de los miles en mi audiencia. De la mirada escrutadora del patio busqué alivio volviendo mi rostro hacia los palcos. La misma mirada pétrea desde bajo las cejas me encontró aún, y cuando levanté mi semblante desesperado a las galerías, el mismo escrutinio inextinguible se derramó sobre mí. «¿Puede ser?», me pregunté. «¡Oh! ¡ellos conocen mi secreto!», y en ese instante un coro enloquecedor brotó de todo el teatro: «¡Hachís! ¡hachís! ¡ha comido hachís!». Entonces, con un tumultuoso levantamiento, la concurrencia huyó. Del escenario me escabullí, consumido por una vergüenza indecible. Busqué un lugar en la orilla del arroyo aún más abajo, donde un gran avellano se inclinaba sobre el agua, y bajo sus ramas me agazapé. El casco y la coraza se habían ido. Miré mis vestiduras, y las vi sucias y harapientas como las de un mendigo. De pies a cabeza era una encarnación del genio de la escualidez.

¡Ay! Incluso aquí no podía esconderme. Había elegido mi asilo en el mismo pavimento de la principal arteria de una gran ciudad. Los niños iban a la escuela,

y me señalaban con burla; los holgazanes se detenían, y me escudriñaban con desprecio inquisitivo. La multitud de hombres y bestias me miraba; las mismas piedras de la calle me escarnecían con una burla humana mientras me acurrucaba contra una pared lateral en mis harapos envueltos en lodo.

Ahora, mezclándose con la multitud de transeúntes, y no más reales que ellos, dos de mis amigos del colegio vinieron paseando a lo largo del arroyo. Me vieron y me conocieron, y mi vergüenza alcanzó su altura insostenible cuando los vi acercarse a mí con miradas que pensé también de sarcasmo. Pero, al acercarse más, me hablaron amablemente, y preguntaron qué me pasaba, y por qué me sentaba escondido detrás de las ramas del avellano. Dudé por un momento, pero, bajo su promesa de secreto, les conté mi última experiencia. Se sentaron a mi lado, y en la diversión de la conversación la alucinación pasó.

De repente, una aprensión invencible se apoderó de mí. Había ciertos secretos que por mi brazo derecho no habría traicionado, y sin embargo me sentí imperativamente llamado a decirlos. Luché contra el impulso con los tendones de un Titán espiritual. Estaba decidido a vencerlo, pero, para prever un fracaso, concebí este expediente. Recogiendo una hoja marchita de la orilla del arroyo, llamé a los dos a sostenerla, cada uno por una porción del borde, mientras yo la agarraba por el tallo. De esta manera levantamos la hoja hacia el cielo, y con nuestras otras manos entrelazadas, repetí solemnemente esta adjuración: «Como esta hoja se marchitará en el aliento ardiente del día final, así podamos nosotros marchitarnos en la venganza del Eterno si algo de lo que aquí pueda decirse pasa nuestro

labios sin el consentimiento de todos nosotros tres.» Aquí todos dijimos «Amén», y una vez más quedé tranquilo. No traicioné mi propio secreto.

Cuando me hube calmado, los dos me dejaron y volvieron a sus habitaciones. Yo regresé errante a mi vieja posición en la alta cornisa, donde

había visto la nave pasar rozándome, y me senté. Cuando miré al cielo entre las copas de los árboles, el sol parecía bambolearse fuera de su sitio, y las nubes danzaban a su alrededor como un coro. Bajé los ojos, y descubrí que estaba rodeado de guerreros, que habían venido a traerme una invitación a la coronación de Carlomagno. «En un momento iré con vosotros», fue mi respuesta, «pero primero he de beber; tengo una sed espantosa.» El arroyo corría ruidosamente justo debajo de mí; mi distancia hasta él por el más fácil descenso indirecto no era de más de cincuenta pies, y sin embargo debo referir, aun a riesgo de decir demasiado sobre la expansión de la distancia propia del hachís, que al ir hacia él me parecía descender por la cresta de una montaña larga como una legua. Caminé, vagué, viajé antes de llegar a él, y por fin, tendido sobre el borde del agua, bebí tales torrentes de refresco que parecían bajar el nivel de la corriente. A mi regreso, tras penosa subida por la fatigosa cuesta, mi escolta se había marchado, y ciertamente no podía culparlos, si la duración de mi ausencia poco ceremoniosa les parecía a ellos la mitad de grande de lo que a mí me había parecido.

Errante por la jungla, el brezal, el matorral y el helecho — por la sabana, el claro de robles y la pradera — por todos los países imaginados e inimaginables — ora desesperando de mi capacidad de hallar jamás el camino, ora cobrando ánimo para seguir adelante — a lo largo de muchos días, o más bien

a lo largo de un solo día ilimitado y perpetuo de viaje, fui hasta llegar a casa.

Arrojándome sobre un lecho, fui de inmediato compensado por todos los sufrimientos pasados. En medio de una vasta llanura despoblada me hallaba solo. Con un rápido arrebatamiento fui llevado hacia arriba, como sobre alas sobrehumanas, hasta que, de pie en la misma cúpula del cielo, miré hacia abajo y vi bajo mí todos los mundos que Dios ha creado, no girando sobre sus caminos radiantes por el éter, ni tampoco inmóviles sin significado como glebas orbiculares.

Por una revelación instantánea me percaté de una poderosa arpa que yacía a través de la esfera celestial, y llenaba todo el ámbito de mi visión. La llama trémula de miríadas de estrellas ardía en los espacios azules

entre sus cuerdas, y gloriosos soles enjocaban con lustre inimaginable todo su colosal almacén. Mientras yo permanecía abrumado por la visión, una voz habló claramente desde las profundidades del éter circundante: «Contempla el arpa del universo.»

En un instante comprendí la tipificación de la grandiosa armonía de la infinita creación de Dios, pues toda influencia, desde la que da nervio al ala de Ithuriel hasta la más humilde fuerza de crecimiento, tenía allí su hermosa y peculiar cuerda representativa.

Aún dormía la música, cuando la voz me habló de nuevo: «Extiende tu mano y despierta las armonías.» Temblando, pero osado, pulsé el arpa, y al punto todo el cielo se estremeció con una música indecible. Mi brazo se alargó extrañamente, me volví más audaz, y mi mano abarcó un ámbito más amplio. La sinfonía se hizo más intensa; dominado, cesé, y

oí tremendos ecos que regresaban desde los infinitos. De nuevo herí las cuerdas, pero, incapaz de soportar la sublimidad del sonido, me hundí en un trance extático, y fui así llevado inconscientemente a los portales de alguna nueva visión.

Capítulo X

NIMIUM: LA COPA DE AMRITA DEL VELO

Fue poco después de la última visión que he referido cuando experimenté por primera vez aquellos sufrimientos que genera una dosis de hachís tomada para prolongar los efectos de otra precedente.

Durante medio día había yacido tranquilo bajo la influencia de la hierba, sin ninguna alucinación, pero deleitado con un flujo de imágenes placenteras que pasaban bajo mis párpados cerrados. Huríes inimaginables embriagaban el sentido con etéreas danzas de ballet de una gracia divina, ceñidas de rosas sobre un escenario de rosas, e inundadas por el rubor de una atmósfera rosada. Por grandes avenidas de olmos arqueados flotaba hacia el vislumbre de un cielo purpurado, entrevisto a través de la perspectiva, o pasaba rozando por el aire sobre portales de sienita, te-

ñidos de rosa por la atmósfera, y en Egipto caminaba entre las Cariátides. Por senderos místicos, en una montaña de siempreverdes, los sacerdotes de alguna religión sin nombre acudían en tropel, coronados de mitra, y entraban en el templo del sol sobre el umbral del horizonte. Ahora, «ceñido por el mundo azul», me erguía, un hemisferio solitario sobre mí, un mar calmo y sin voz bajo mí; de pronto una isla de palmeras plumosas flotó hacia el centro de la extensión acuosa, y espíritus de alas de gasa descendieron sobre su orilla. Ahora paisajes de extraña hermosura se deslizaban lentamente ante mí, pero se detenían a mi voluntad, para que yo pudiera vagar lejos por sus bahías habitadas por la música, y sentarme, bañado en luz solar, sobre los fragmentos gigantescos de roca que yacían en torno a sus costas despobladas.

Una sola vez abrí los ojos y salté de miedo; pues en los jardines de la villa griega donde caminaba entre estatuas y fuentes, una horda incongruente de bravos indios irrumpió aullando, en su danza de guerra; y retorciéndose en posturas salvajes, con maza y *tomahawk* blandidos, llamaban a mi nombre, y me buscaban entre los olivos. Acostándome de nuevo, me elevé hasta la cúpula de San Pedro, y, posándome sobre la pluma del apóstol, puse mi mano sobre el hombro del ángel. Un poderoso despliegue de brazo ciertamente; sin embargo, para el comedor de hachís, todas las cosas son posibles.

Hacia la hora del mediodía advertí que los efectos de mi primera dosis pasaban rápidamente. Había sido pequeña, posiblemente quince granos, y, como he dicho, no produjo alucinación; pero tan enamorado me había vuelto de la procesión de imágenes placenteras que puso en marcha, que, por prolongarla, tomé cinco granos más.

Hora tras hora transcurrió; volví al estado natural, y abandoné toda idea de resultado alguno de la última dosis. A las nueve de la noche estaba sentado entre mis amigos escribiendo, mientras ellos hablaban en torno a mí. Advertí que gradualmente se me hacía más fácil expresarme; mi pluma centelleaba al punto como un relámpago en el esfuerzo por mantenerse a la par de mis ideas. Al principio simplemente me maravillaba del fenómeno, sin sospechar en lo más mínimo del hachís que había ingerido nueve horas antes. Por fin, el pensamiento corría con tan tremenda velocidad que ya no pude escribir en absoluto. Arrojando la plu-

ma, recorrí la habitación, froté mi frente, y me esforcé por recobrar la calma uniéndome a la conversación de los que me rodeaban.

¡En vano! Una fiebre intensa hervía en mi sangre, y cada latido del corazón era el golpe de un motor colosal. Dentro de mí sentía aquella profecía de padecimiento atroz que el comedor de hachís reconoce tan inequívocamente como si estuviera grabada por el dedo de la luz, pero cuyos signos, para todos salvo él, son incomunicables. En agonía de espíritu gemí interiormente: «¡Dios mío, ayúdame!».

La habitación se volvió insoportable con una gloria penetrante de luz. Me elevé hacia ella, me expandí a través de ella, con un dolor ciego y sin palabras, que, en lo más hondo de mi corazón, se desarrollaba lentamente hacia algo que después habría de estallar en tortura demoníaca. Me sentí llorar, y corrí a un espejo para observar el aspecto de mis ojos. ¡Estaban vertiendo arroyos de sangre! Y ahora una súbita hemorragia se produjo dentro de mí; mi corazón se había disuelto, y por mis labios la sangre brotaba también.

Aun así, con aquel autodomínio que el comedor de hachís adquiere mediante muchas amargas disciplinas, oculté a mis amigos el conocimiento de mi tortura, apartando el rostro hasta que la alucinación pasara. En efecto, como a menudo ocurre en tales momentos, se había producido una parálisis del habla, que me impedía comunicarme con los demás: no física, sino espiritual; pues el recuento de tal dolor parece aumentarlo diez veces al trazar sus contornos con mayor distinción a la percepción, y por ello no me atreví a darle expresión.

Y ahora un nuevo hecho destelló ante mí. Esta agonía no era nueva; la había sentido hacía siglos, en la misma habitación, entre las mismas personas, y oyendo la misma conversación. A la mayoría de los hombres, tal sensación les ha ocurrido en algún momento, pero rara vez es más que vaga y momentánea. En mí era suficientemente definida y duradera para ser examinada y situada como un recuerdo real. La vi en un instante, precedida y seguida por las sucesiones de una vida pasada recordada con distinción.

¿Cuál es la filosofía de este hecho? Si no hallamos fundamentos para creer que hayamos vivido jamás con autoconciencia en algún otro estado, y no podemos así explicarlo, ¿no podría ser esta la solución del enigma? En el momento de la recepción de una nueva impresión por el alma, ella primero la acepta como cosa enteramente del sentido; nos dice cuán grande es, y de qué calidad. A esta definición de sus límites y semejanza sucede, en tiempos de alta actividad, una intuición del hecho de que la sensación será percibida de nuevo en la futura revelación que ha de abrir todo el pasado. Proféticamente la anota en las hojas indestructibles de su diario, segura de que ha de salir en la revelación futura. Pero nosotros, que, por la tendencia de nuestro pensamiento, rechazamos toda pretensión de conocimiento del futuro, solo podemos reconocer percepciones como del presente o del pasado, y en consecuencia referimos la doble realización a algún período ya ido. Percibimos la correspondencia de dos sensaciones, pero, por un proceso instantáneo, damos a la segunda una posición equivocada en la sucesión de experiencias. El alma es considerada como la historiadora cuando en realidad es la sibila; pero el error se produce en una porción de tiempo tan microscópica que la detección es imposible. En la expansión del hachís de segundos en minutos, o incluso según una proporción mucho más poderosa, hay una oportunidad de escudriñar a fondo los fenómenos hasta ahora evanescentes, y la verdad sale a la luz. Cuántas más profecías como estas pueden haber sido rechazadas por el grosero hábito del cuerpo, quizá nunca lo sepamos hasta que el espíritu reivindique su pretensión en una corte donde ha de tener audiencia.

Al fin la tortura de mi delirio se volvió tan grande que ya no pude existir sin el sustento de la simpatía. A Bob, por poseer, desde su propia experiencia, una mejor apreciación de lo que yo sufría, acudí con preferencia a todos los demás. «Caminemos», dije; «me es imposible permanecer aquí».

Del brazo pasamos por los escalones frontales. Y ahora todo rastro del mundo circundante se borró de delante de mí como marcas limpiadas de una pizarra. Cuando primero emergimos del edificio, noté que la noche era oscura, pero esto fue lo último que supe de cosa alguna externa. Estaba más allá de toda aflicción de la tierra o del cielo o del cielo; mis

agonías estaban en lo espiritual, y allí todo era luz pavorosa. Por la llama de mi visión anterior lo corpóreo había sido enteramente quemado de alrededor del alma, y pisoteé sus ruinas carbonizadas sin recuerdo de que hubieran sido jamás sensibles o parte de mí. Una voz me habló: «Por la disolución del fuego has sido liberado, para contemplar todas las cosas como son, para mirar las realidades, para conocer los principios, para comprender las tendencias del ser».

Ahora percibí que había de pasar por alguna revelación terrible. Resultó ser tanto el Cielo como el Infierno, los únicos dos estados en el universo que juntos comprenden a todas las criaturas de libre albedrío, ya sea en el Aquí o en el Más Allá. De ambos bebí tremendos tragos, manteniendo la copa en mis labios como quizá nunca se haga de nuevo hasta que el trago de uno de ellos sea final.

Sobre muchas cordilleras, sobre llanuras y ríos, oí flotar el clamor de mi familia, que me lloraba con una lamentación tan distinta como si estuvieran cerca. Por encima de todos los demás, una hermana lloraba amargamente por un hermano que estaba a punto de descender al infierno.

Lejos en la distancia rodaban los fuegos serpentinos de un horno infinito; sin embargo, este no parecía ser el lugar hacia el cual me dirigía, sino solo el símbolo de cierto estado espiritual que en esta vida no tiene representante. Y ahora los principios del ser, que la voz profética había predicho que vería, se revelaron de pronto. ¡Oh, visión terrible! De hierro, pues eran implacables; rectos como el ideal de una línea recta, pues eran inalterables; como colosales ferrocarriles se extendían desde el centro donde yo estaba. Sin embargo, eran para mí más que sus meros nombres materiales, pues encarnaban una infinidad de verdad sublime. Qué verdad era aquella me esforcé por expresar a mi compañero, pero en vano, pues el lenguaje humano carecía aún de signos que pudieran caracterizarla. «¡Oh Dios!», grité, «¡concédeme el don de un habla sobrenatural, para que pueda, si alguna vez regreso, volver a la humanidad como un nuevo apóstol, y hablarles de realidades que son la esencia de su ser!». Percibí que esto también era imposible. Pero vagamente, entonces, como algún vidente que señala a sus hermanos a través de la tormenta y la tempestad hacia una orilla distante, debería yo alguna vez

poder revelar lo que había visto de lo Real a hombres que moraban entre lo Sombrío.

Durante días después recordé la revelación. Yo mismo sabía aquello que revelaba, pero no podía decirlo; y ahora toda su significación se ha desvanecido de mi mente, dejando atrás solo el despojo y la cáscara desnudos de los símbolos.

El ferrocarril que vi aparecía doble: un brazo conducía hacia los fuegos lejanos de mi tortura, el otro hacia una distancia nublada que velaba su fin completamente de mi vista. Sobre el primero viajé, pero no sobre ruedas, pues sentía mis pies aún sosteniéndome a través de todas las etapas de un progreso infinitamente rápido.

Símbolos — símbolos por doquier. A lo largo de mi viaje brotaban como relámpagos el apocalipsis de verdades del todo inimaginadas. Todas las cosas extrañas de la mente, que antes habían sido mi perplejidad, quedaban explicadas — todas las cuestiones espinosas resueltas. Los manantiales del sufrimiento y del gozo, la acción de la voluntad humana, la memoria, cada hecho complejo del ser, se alzaban ante mí con una claridad de revelación que habría sido la sublimidad de la felicidad, a no ser por su relación con las tendencias del hombre hacia el mal. Me daba cuenta en aquel momento (y no menos ahora) de que, para una mente en su estado natural, los símbolos con que se me enseñaba serían medullosos y sin sentido; sin embargo, eran tan poderosamente correspondencias de verdades espirituales no preconcebidas, que no puedo abstenerme de dar uno o dos de ellos en este relato.

Suspendida en un cielo de azul inmaculado, dentro de los muros de mi propio corazón, aparecía mi alma como una moneda que flameaba con glorias, las cuales irradiaban de la impronta del rostro de Dios estampada en ella. Esto me decía una verdad indecible de mi ser. De nuevo el alma aparecía como un vasto depósito de la misma moneda derramada pródigamente sobre la tierra. A través de hendiduras en la roca Avail que se alzaba junto a mi camino, se asomaban, de un modo que expresaba una maravillosa astucia, garras dentadas que, agarrando la moneda una a una, como el anzuelo retiene la presa, las atraían lentamente hacia dentro, mientras yo permanecía impotente, gritando en la soledad del

desierto. A medida que cada pieza de mi tesoro se deslizaba por las grietas, la oía caer, con un cruel tintineo metálico, sobre el fondo de alguna caja fuerte invisible, y este tintineo era respondido por una carcajada hueca desde dentro. Otra verdad, aunque no la más evidente que ahora se sugiere, sino mucho más terrible, me fue enseñada por este símbolo.

De nuevo, mi corazón era un pozo profundo de sangre volátil, y en él descendían perpetuamente cubos que se izaban llenos, y eran llevados por manos invisibles para alimentar las llamas que se retorcían en el horno distante. Durante todo este tiempo yo era testigo de una verdad más tremenda. Pero uno de los representantes conserva todavía su plena significación para mi mente, y es comunicable también a otros.

De pie sobre una cumbre montañosa aparecía un sereno anciano profeta, cuyo rostro resplandecía con una majestad divina. En su mirada, su forma, su porte, se encarnaba todo lo que glorifica al sabio; de manera maravillosa tipificaba el ideal del bardo —

«Sus ojos abiertos desean la verdad; la sabiduría de mil años está en ellos.»

Todo lo que la ciencia, el arte y la pureza inmaculada de vida pueden hacer para ennoblecer a la humanidad, le había ennoblecido, y casi me arrodillé ante él en un éxtasis de adoración. Una voz me habló desde las infinitudes: «Contempla el alma del hombre en su grandeza primigenia, tal como era cuando aún hablaba con Dios.»

Arrastrado a través de la inmensidad, llegué, en algún lugar del universo, a un montículo bajo, ostentoso en un crecimiento de flores toscas y chillones. A mitad de su pendiente se sentaba un horrible enano, deforme de cuerpo, pero aún mucho más terrible en el alma, que me miraba de soslayo a través de sus ojos de plomo, o prorrumpía en ondulaciones de risa idiota sobre su labio flojo y sin expresión. Uno a uno arrancaba sin propósito las flores entre las que estaba sentado; las apretaba contra su pecho y las miraba con malicia, como un avaro maníaco contempla sus tesoros, y luego, desgarrando en pedazos sus vistosos pétalos, los arrojaba al aire y reía salvajemente al verlos girar hacia abajo para alfombrar su regazo. Con horror aparté el rostro, pero una extraña fasci-

nación lo atrajo de nuevo hacia él, cuando una vez más la terrible voz sonó sobre mi hombro: «¡Contempla tu propia alma!» En agonía grité: «¿Por qué, oh por qué?» Severamente, pero sin un estremecimiento de pasión, la voz respondió: «Has pervertido tus dones, has derrochado tus oportunidades, has despreciado tus advertencias y, ciego a las grandes cosas, juegas con baratijas. ¡Por eso, contéplate así!»

Con vergüenza sin palabras escondí el rostro y me aparté.

Ahora, como con el descenso de un torrente, todas mis violaciones de los principios que vi revelados cayeron sobre mi cabeza desde las alturas del Pasado. No era un lamentar la inconveniencia de tal o cual acto o pensamiento lo que entonces proferí; desde los abismos de mi alma subía un grito de tortura por las discordancias que yo había causado en la gran armonía de la ley universal. La importancia para el mero bienestar temporal de este acto o aquel no hacía diferencia alguna en el dolor inconcebible que sentía ante su claro recuerdo. Ya fuera que en el Pasado me enfrentara a una falsedad deliberada o a una adición ficticia, por amor a la simetría, a un relato por lo demás veraz, el horror era el mismo. No eran las consecuencias para la felicidad lo que me turbaba, sino algo de alcance mucho más poderoso, pues contemplaba algún pequeño pulso de mal que, en su momento, había parecido morir en el pensamiento, y he aquí que en todos los años desde entonces había estado ondulando sin cesar en círculos consecutivos, cuyo borde exterior tocaba e invadía la majestuosa sinfonía de los inmutables principios de la Belleza y la Verdad. Ante la presencia de aquella contemplación no existía en todo el universo cosa tal como un pequeño mal.

Y ahora, en repaso, pasaban ante mi mente todas aquellas paradojas del ser que, para nuestro sentido natural, confunden por siempre las relaciones entre Dios y el Hombre — Dios, el omnipotente; el Hombre, el agente libre, las dos ruedas concéntricas de la voluntad autodeterminante que hacen girar el universo. ¿Cómo pueden ser estas cosas?

En un instante vi aquel Hasta ahora inalcanzable Cómo. De las profundidades del misterio brotó y se alzó en grandioso relieve sobre su velo de medianoche. Entre las verdades ya no había discordia alguna; como en un mapa, ilustrado por la luz eterna¹, contemplé todas sus orientaciones

relativas, y en la convicción de una intuición exclamé: «¡Verdadero, verdadero, divinamente verdadero!»

¿Me pedís que dé el proceso? Tan bien podría intentar definir la vista a un ser nacido sin ojos como imaginar, incluso para mí mismo, en este momento, el modo de aquel apocalipsis. Si me hubiera quedado el recuerdo de ello como algo distinto de un hecho, hace mucho que habría sido consumido, como una aguja al rojo vivo se disuelve en oxígeno. Tal como es, no recuerdo la manera, excepto que fue Visión; en el momento era incomunicable por cualquier lenguaje humano. Sin embargo, el sello de la intuición permanece tan indeleblemente en mi alma, que no hay verdad evidente por sí misma que no pudiera abjurar más fácilmente que la armonía inmaculada y perfecta que, en aquella noche terrible, contemplé como una intuición.

Después de esto sufrí agonías infernales, prolongadas a través de una infinidad de duración. Como todas estaban encarnadas en símbolos, las recuerdo sólo débilmente, y el esfuerzo de relatarlas sería penoso e inútil.

Al final de mi camino representativo, llegando a través de distancias, tiempos y torturas crecientes, atraído por Dios, fui arrastrado de vuelta para ser lanzado hacia adelante en la dirección del otro, el celestial. La música de arpas inimaginables se hacía más clara con cada legua de velocidad; los símbolos se convertían en sus usos más arrebatadores; el destello de puertas de cristal y almenas empíreas centelleaba sobre mí con radiación creciente; el cielo respiraba un bálsamo que significaba amor, amor — amor inextinguible. Al final de este viaje

llegué también; y, entre torres de luz, estaba a punto de pasar a una tierra que resonaba con infinitos coros de alegría. Fui detenido. De nuevo la voz me habló: «La cosa es demasiado grande para ti; no procures entrar. Así como fuiste preservado al final de tu anterior camino de ir a los fuegos a los que conducía, así también ahora te guardo de contemplar las fatales glorias del rostro Divino cara a cara.» Con inconcebible dolor escondí el rostro entre las manos y regresé, llorando amargamente.

En este momento, por primera vez desde que salí de mi habitación, me percaté del mundo exterior. Mi amigo seguía caminando a mi lado, sosteniéndome a través de la oscuridad. ¡No habíamos recorrido media milla mientras yo pasaba por toda aquella terrible visión!

Pronto llegamos a un puente corto. Concibiendo poco el estado de ánimo del que acababa de emerger, Bob me dijo, con la impresión de que la novedad de la idea me daría una sugestión atractiva de aventura: «Mira el Styx.» Gimiendo en espíritu, miré hacia abajo a aquella agua oscura y hosca que rodaba bajo mí, y la vi poderosamente expandida bajo sombras horribles hacia una orilla que resplandecía con los fuegos de mi visión anterior. «¡Dios mío!», exclamé, «¿estoy de nuevo viajando hacia el Infernal? Sí, así debe ser; pues incluso este hombre, que nada ha sabido de mis torturas pasadas, sabe y me dice que este es uno de los ríos del Infierno!»

Bob vislumbró el dolor que inocentemente me había causado, y me aseguró, por mi paz, que sólo había estado bromeando. «Esto no es el Styx en absoluto», dijo, «sino sólo un pequeño arroyo que corre

por Schenectady.» Señalándome los alrededores familiares, mediante persuasión, mediante súplica, logró por fin que cruzara el puente; sin embargo, sólo lo hice ocultando los ojos en su pecho y aferrando sus manos con la garra de un vicio.

Suponiendo que la luz y la influencia restauradora del vino me aliviarían, me llevó a un restaurante, y allí, sentándose conmigo a una mesa, pidió un vaso de Oporto. En la sombra antinatural que envolvía todas las cosas y personas, un hombre estaba de pie cerca de la puerta, y en la conversación que mantenía con otro le oí usar la palabra «maldito».

En un instante mi mente, ahora exquisitamente susceptible, se encendió con aquel juramento como la yesca con el acero. «Hay, en efecto», me dije, «cosa tal como la condenación, pues la he visto. ¿Seré salvado?» Esta terrible pregunta me forzó a determinarla con una fascinación imperativa. Continué: «¡Oh tú, Ángel del Destino, en cuyo libro están escritos todos los nombres de los salvados, te invoco para que me abras las hojas!»

Apenas había hablado cuando sobre un pedestal de nubes sable se sentó ante mí el temible registrador, mirando con inconmensurable piedad desde sus ojos sobrehumanos. Silenciosamente me extendió el gran volumen de registro, y con ojos devoradores escudriñé sus páginas, volviéndolas en una salvaje prisa que no excluía el más rígido escrutinio. Hoja tras hoja volaba hacia atrás; de arriba abajo las consumí en mi mirada de agonía. Aquí y allá reconocí un nombre familiar, pero incluso mi alegría ante tales revelaciones no restaba nada a la crueldad de la suspensión en que buscaba encontrar el mío.

Con el rostro frío como el mármol llegué a la última página, y aún no lo había encontrado. Gotas de tortura perlaban mi frente mientras con ojo y dedo recorría la columna final. Una, dos, tres — llegué al final — la última. ¡No estaba allí!

¡Dios mío! nada sino tus brazos sustentadores me apartaron en aquel momento de la aniquilación eterna. En pétreo horror me senté mudo.

Después de que el Ángel del Destino retomó su libro y lo cerró con el eco del juicio, no sé qué tiempo transcurrió mientras moraba en aquel abismo insondable de desesperación. Vi la Eternidad, como un carro del que había caído, rodar fuera de la vista sobre las nubes encorvadas y humeantes para dejarme, criatura de perdición, en una inanidad de espacio y fuera de las sucesiones de la duración. Rostros familiares me rodeaban, mas el pensamiento de obtener alivio de ellos nunca cruzó mi mente. Eran impotentes para ayudar a un doliente de los dolores inmortales.

Si, mientras estaba sentado a la mesa, se hubiera traído un caldero de plomo hirviente y se hubiera puesto a mi lado, me habría lanzado a él con exultante prisa, para desviar mi mente de los sufrimientos espirituales a los físicos. A través de un período sin [¿?] junto a mi amigo.

De repente, sobre la pared opuesta apareció una cruz, y Cristo el Misericordioso estaba clavado en ella. Salté de mi asiento; me precipité hacia él; abracé sus rodillas; miré intensamente su rostro en súplica sin voz. Aquel rostro triste me sonrió dulcemente, y vi que mi oración no pronunciada había sido concedida. A través de mi alma, como a través de

una película porosa, barrió un viento de bálsamo, y la dejó limpia. La voz que me había acompañado a través de todos los viajes pasados, ahora cambiada de severa reprensión a amor inimaginable, habló suavemente: «Por el aliento del Espíritu tus iniquidades son llevadas por completo». A colosales agonías sucedió una paz igualmente grande, y, así sostenido, regresé a mi habitación.

Sin embargo, todos mis sufrimientos no se habían cumplido aún. En el momento en que llegué a casa me arrojé sobre mi lecho. Apenas lo había tocado cuando, por todos lados, una llama devoradora se alzó y me ciñó con un hemisferio de fuego. Gritando, salté y corrí hacia mis amigos, que me cuidaron hasta que la colérica alucinación hubo pasado.

En este día me parece casi increíble que haya sobrevivido del todo a aquella experiencia. Sin embargo, por inexplicable que sea, cuando desperté a la mañana siguiente, estaba tan libre de todo rastro de sufrimiento como si hubiera estado, toda la tarde anterior, acunado en brazos de una madre.

Capítulo XI

EL LIBRO DE LOS SÍMBOLOS

De todas las experiencias en el estado de hachís, mi iniciación en los hechos espirituales por medio de símbolos fue la más maravillosa para mí mismo. En otras visiones me he deleitado con bellezas más deliciosas, y he sufrido horrores aún más terribles; pero en esta fui elevado por completo fuera del mundo del ser hasta entonces concebible, y revestido del poder de contemplar formas y modos de existencia que, en la tierra, es imposible

expresar, por la razón de que no existen emblemas materiales que ni siquiera débilmente los presagien.

Entre los hombres nos comunicamos enteramente por símbolos. Sobre cualquier pensamiento que no tenga su símbolo en lo Exterior, está estampado indeleblemente «intransferible¹⁰⁵». Cierta relación entre dos

pensamientos es contemplada por una mente humana. ¿Cómo comunicará el hombre a su prójimo esta relación? No hay salida para ella a través de ninguno de los laberintos del sentido material; no puede ser vista, oída, sentida, olida ni gustada. ¿Qué ha de hacerse?

Una bandada de grullas se reúne desde los cuatro cuarteles del cielo para celebrar su concilio aéreo sobre algún alto peñasco por encima de él. En la mente de nuestro pensador destella una brillante idea. Aquellas aves mediarán para que su relación tenga un pasaje hasta el entendimiento de su hermano. Las grullas (*grues*) vienen juntas (*con*), y en este símbolo visible él encarna su relación invisible, y el nombre que de ahí en adelante pasa por ella entre los hombres es «congruente».

Sin embargo, hay una condición más allá del mero descubrimiento de un símbolo apto que es necesaria antes de que ese símbolo pueda circular como el billete de banco que basa su seguridad en la moneda intangible dentro del tesoro espiritual. Esa moneda debe ser universalmente sentida como existente, o el billete no valdrá nada. En el presente caso, la idea de la relación expresada por «congruente» debe haber sido ya percibida por aquel a quien se comunica, o el comunicador será incapaz de expresarse inteligiblemente. Más bien deberíamos decir que la idea de la posibilidad de esta relación debe existir antes de que el primero pueda percibirla; pues, si reconoce tal

posibilidad, entonces, en virtud de esta misma capacidad, actualizará inmediatamente lo posible, y al recibir la comunicación del símbolo percibirá la idea de «congruencia», aunque sea por primera vez.

Surge ahora la pregunta: ¿qué estado de ánimo subyace y condiciona la capacidad de reconocer, mediante símbolos, los fenómenos mentales de otro? Evidentemente este: los dos que están en comunicación deben hallarse situados tan cerca uno de otro en el mismo plano de pensamiento que contemplen las mismas verdades y sean afectados por las mismas emociones. En proporción en que esta condición sea violada, dos hombres serán incapaces de apreciar los estados internos del otro.

Ahora bien, en el hachís se la viola por completo. En el comedor de hachís ha tenido lugar un cambio virtual de mundos, mediante el alcance y

la actividad preternaturales de todas sus facultades. La verdad no se ha expandido, pero su visión se ha vuelto telescópica; aquello que otros ven solo como la nebulosa tenue, o no ven en absoluto, él lo escudriña con una penetrante mirada que la distancia, en gran medida, no puede eludir. Donde la niebla luminosa o el vacío perfecto habían estado, encuentra prodigiosas constelaciones de ser espiritual, determina sus rumbos y lee la ley de su sublime armonía. Se vuelve hacia su prójimo en el estado natural para dar expresión a sus visiones, pero descubre que para él los símbolos que transmiten la apocalipsis a su propia mente carecen de significado, porque, en nuestra vida ordinaria, los pensamientos que transmiten no tienen existencia; sus dos planos son por completo diferentes.

Esto no solo ha ocurrido en mi propio caso, sino en varios otros —en personas sobre las que he experimentado con hachís. En su más alta exaltación, tan ardiente ha sido el deseo de comunicar la carga que los abrumaba, que han proferido los símbolos presentados a sus mentes; sin embargo, de estos símbolos los hombres que los rodeaban, en el estado no exaltado, extraían un significado enteramente distinto del verdadero, o, no percibiendo ninguno en absoluto, se reían de lo dicho como de un absurdo, no viendo nada en el nombre de alguna cosa o modo de ser ordinario que excitara tales emociones de terror o de éxtasis como las que se producían en el comedor de hachís. Sin embargo, muchas veces, al estar yo cerca, por estos símbolos así expresados, he podido seguir al extático vagabundo y reconocer el lugar exacto de su viaje al que había llegado como algo que yo mismo había visto una vez.

Es este proceso de simbolización el que, en ciertos estados de hachís, da a cada árbol y casa, a cada guijarro y hoja, a cada huella, rasgo y gesto, una significación más allá de la mera materia o forma, que posee una fuerza inconcebible de torturas o de felicidad.

Quizá una de las cosas más difíciles de transmitir a una mente que no está en el delirio del hachís, por los símbolos que allí enseñan la manera de su proceso, o por cualesquiera otros, sea el intercambio de los sentidos. El alma es a veces claramente percibida como una sola en su propio sensorio, mientras que el cuerpo es entendido como todo lo que tan variadamente modifica las impresiones hasta hacerlas en un caso olor, en

otro sabor, en otro vista, y lo que es ser quemado por fuego salino, oler colores, ver sonidos y, mucho más frecuentemente, ver sentimientos.

¡Cuántas veces recuerdo haber vibrado en el aire sobre un suelo erizado de agujas al rojo vivo y, aunque nunca supuse que entraba en contacto con ellas, *sentir* la sensación de su espantosa punzadura a través de la vista tan distintamente como si estuvieran entrando en mi corazón!

En medio de sufrimientos insondables o arrobamientos sin medida, a menudo pensaba en el trance dado por Dios a San Pablo, y en «ἄρρητα ῥήματα ἃ οὐκ ἔξδὼν ἄνθρωπος λαλῆσαι». Nunca estuve más convencido de nada en mi vida que de que nuestra traducción, «que no le es lícito al hombre expresar», es por completo inadecuada. Debería ser «que es imposible expresar al hombre»; pues solo esto armoniza con aquel estado de intuición en el que las palabras son «palabras sin habla», y las verdades contempladas no tienen símbolo en la tierra que las encarne. Aunque lejos de creer que mi propia [inspiración sea] tal como la de un apóstol, los estados son aún análogos a este respecto: que ambos participan de la naturaleza del desencarnamiento, y el alma, en ambos, contempla realidades de mayor o menor significación, tales como quizá nunca vuelvan a ser aprehendidas fuera de la luz de la eternidad.

Hay un pensamiento sugerido por la simbolización del hachís que no puedo dejar de introducir aquí. En algunos estados apocalípticos de delirio como el que he mencionado, y otros que le sucedieron, se usaron símbolos de naturaleza terrena que no solo nunca antes me habían transmitido tal verdad como la que entonces vi, sino que nunca habían expresado verdad alguna en absoluto. Cosas de las que menos se sospechaba que tuvieran significación alguna más allá de su agencia material fueron percibidas

como las más sorprendentes ilustraciones y encarnaciones de hechos espirituales.

Ahora bien, ¿dónde, entre las cosas creadas, pondremos los límites a esta capacidad de simbolizar? A la vista de lo que vi, especialmente en la última noche memorable detallada, me sentí, y aún me siento, forzado a la conclusión de que no hay límite. Si, como el verdadero filósofo debe

crear, lo material fue creado para lo espiritual, como lo inferior para lo superior, el medio para el fin, es imposible que el más mínimo liquen exista como mera materia inerte, sin lección para el alma del virrey de toda la creación: el hombre.

¡Qué mundo de símbolos, entonces, yace dormido en espera de los tiempos venideros que han de traer algún traductor a sus sermones ahora inadvertidos, y hacerles hablar de bellezas y verdades no concebidas!

Siguiendo las tendencias pervertidas de una pseudociencia, ahora buscamos por siempre alguna razón para la existencia del mundo exterior tal como es, que lo encierre por completo dentro de los fines del bienestar material. Percibiendo claramente que el respeto a la Sabiduría Creadora no nos permitirá suponer que nada, por microscópico que sea, haya sido hecho sin propósito, nos devanamos los sesos con intentos de descubrir algún bien físico que surja del ser de cada objeto en todos los reinos terrestres. Tal cosa fue creada para que el hombre pudiera curarse del dolor de cabeza; tal otra, para que su alimento pudiera variarse; aún otra, para que un conveniente medio circulante pudiera estar en su poder. Sin duda tales bienes corpóreos estuvieron entre las causas finales de algunas porciones de la creación. Nuestro problema no es nuestra actividad en el descubrimiento de estos, sino que

más allá de su pequeño círculo el descubrimiento no se atreve a poner el pie, por miedo de ser llamado visionario.

Sin duda, cuando Dios nos ha prestado una morada para alojarnos, aunque sea por unos pocos días y noches, es nuestro deber descubrir y aplicar todos aquellos materiales de reparación que la mantengan en buen orden hasta que pasemos finalmente de su umbral bajo a nuestro palacio; como inquilinos honorables, y en aras de nuestra propia mejor preservación, esto es tanto deber como derecho, en cuanto pueda hacerse sin tachonar y pintar al fresco nuestra casa de paso como si hubiera de ser nuestro hogar perpetuo. Sin embargo, ¿qué esfuerzo puede haber más mezquino, qué más indigno del Espíritu, que degradar estudiosamente todo el sublime Cosmos a una colosal casa de comidas, guardarropa o botica para el cuerpo? Hombres buenos, quizá hombres sabios, buscan por siempre algo medicinal¹⁰ en el escorpión, o comestible en el

hongo, para vindicar la pretensión de Dios a una intención. Con suma ingeniosidad fabrican propósitos supuestos para las cosas exteriores; se retuercen sin esperanza en los pliegues de la perplejidad cuando, con todas sus rebuscadas hipótesis, no pueden ver qué bien material ha de salir de algún obstinado resistente a su análisis.

¡Filósofos ciegos! La Naturaleza se niega a constreñirse dentro de vuestra ley imposible; rechaza vuestra generalización; ise sacude los grilletes de vuestra teoría! En aras del mero bienestar físico, sin duda habría sido mucho mejor que nunca se hubiera creado un ciempiés; que la serpiente más formidable hubiera sido la inofensiva culebra; que el euforbio nunca hubiera echado una hoja, ni el seleniuro un vapor. Sin embargo, este no es el gran objetivo del sistema de las cosas, sino

que el hombre pudiera, por el presente, tener símbolos para la comunicación del pensamiento viril; que Dios mismo, para el futuro, pudiera tener símbolos para la revelación de la Verdad Divina, cuando, en el gran desvelamiento, rocas, árboles y ríos —sí, también el más pequeño átomo— acudan en tropel por todos los caminos del Universo a desellar sus mensajes largo tiempo abrigados en su seno, y unirse en la danza coral de lo Espiritual —la única ciencia— a la música de Orfeo del alma despierta.

Capítulo XII

HOY, ZEUS; MAÑANA, PROMETEO

No recuerdo ahora con exactitud en qué momento preciso de mi experiencia empecé a dudar que la droga fuera para mí tanto un mero experimento como una fascinante indulgencia. Puede que el hecho de su ascendiente se me revelara gradualmente; pero, en todo caso, cada vez que la sospecha se volvía definida, la desechaba variando de tal modo la manera del disfrute que me persuadía a mí mismo de que aún era experimental.

Había caminado, conversado y soñado bajo la influencia del hachís; ahora escucharía música y vería actuar, para que, en tales circunstancias, pudiera observar los fenómenos cambiantes, si alguno ocurría.

Para llegar a Nueva York con tal propósito iría por agua, navegando por el glorioso Hudson bajo la luna llena; y esto sería aún otra oportunidad para experimentar.

En uno de los más grandes y hermosos vapores que jamás se deslizaran por la brillante senda del río en una noche de luna de verano, subí, a las ocho de la tarde, acompañado de varios de mis amigos, y llevando en el bolsillo una caja de bolos. Se retiró la plancha de desembarco, y estábamos en camino.

En los pocos momentos que transcurrieron antes de que apareciera el mayordomo, blandiendo su ruidoso heraldo de cosas comestibles, logré tragarme, sin ser visto, un número de los esferoides contenidos en mi caja.

Al volver de nuevo a cubierta desde aquella sabrosa caverna subacuática donde, entre luces sepulcrales, quinientos americanos de nosotros habíamos estado, por el increíble espacio de quince minutos, codazo a codazo con furia, en insana prisa por asegurar aquel gran fin nacional, la indigestión, encontramos el ancho disco de la luna justo sobre el horizonte y, en sillones llevados a proa, nos sentamos, con los dedos de los pies metidos en la red de la amurada, para nuestro cigarro poscenático. Los cigarros y los estudiosos hábitos de pensar nos impelieron hacia el canto, y durante dos horas, al menos, las bajas rocas que bordean el canal superior hicieron eco de «There is music in the air», «Co-ca-che-lunk» y otras armonías colegiales.

La Ópera, con su gloria de luces, canto apasionado, estruendos orquestales y escenografía, arrastra el alma consigo, en verdad, en una danza vertiginosa de deleite; la balada que amamos, cantada con sentimiento por la mujer que amamos, a aquella hora en que levantar las cortinas solo dejaría entrar más crepúsculo, es un arrobamiento sereno que hace bien al corazón; si no está demasiado cerca, la corneta discurre rica me-

lucía y espíritu atrebatador entre las montañas de su nacimiento; sin embargo, por encima de toda otra música, concededme una canción

cantada por gargantas viriles, que guardan buen acorde y compás, y aprendida por vez primera dentro de aquellos muros hogareños que, para el verdadero colegial americano, son más queridos que todas las torres de Oxford.

¡Reverenda Unión! No es tuyo ataviarte con los gastados arreos de la pompa feudal; ni siquiera es tuyo llevar sobre la frente las arrugas de innumerables años, aunque mucho antes de que carezcas de tal prestigio su señal vendrá sobre ti. No tienes altos lugares para el linaje ni mesas opíparas para el oro; no eres hermosa ni en mármol ni en labrada obra. Sin embargo, eres la madre de pensadores y trabajadores: almas elevadas y corazones valientes, que hacen sentir su latido en los pulsos gigantes de una gran nación. A estos Gracos tuyos señalas y dices: «He aquí mis joyas». Con el amor de tus hijos estás coronada más regiamente de lo que las torres podrían coronarte; y mejor que todo el recuerdo de coronas en tu calendario y de armiño en tus salones es el pensamiento de que, asiendo tu mano protectora, el mérito se ha abierto tantas veces camino hasta la fama desde el olvido de la ausencia de nombre y de las garras de la pobreza.

Es en el colegio americano, con su libertad de ficticias distinciones, su rechazo de todas las odiosas insignias que ponen la genealogía y el dinero por encima del entendimiento y del corazón; su inculcación del viril gobierno de sí mismo antes que del temor a la tiránica espía; su desenvuelto trato entre almas afines, y su agrupación de afinidades por lazos de sociedad, donde tiene lugar el más perfecto desarrollo del hombre social e individual. Aquí es donde, por la frotación de las mentes, se desgastan las indignas excentricidades, mientras la naturaleza personal y

característica del hombre se solidifica y se pule hasta una más alta simetría. Y aquí, por último, aunque en modo alguno en el último lugar, entre todos los verdaderos propósitos de la educación, el corazón recibe lo suyo en la obtención de aquellas asociaciones no mundanas que, muchos años después de que las presencias reales que simbolizan hayan caído en el «hace mucho tiempo», enían el sagrado sabor de la amistad

y del desinterés a través del polvo y las telarañas que obstruyen casi todo otro recuerdo.

No es de extrañar que, de tan libre e íntimo trato entre jóvenes como el que hallamos en nuestros colegios, brote el canto como prole legitimísima y acreditada. Quien recogiera las canciones colegiales de nuestro país, o, al menos, aquellas de ellas cuyo sabor no se perdiera del todo en el trasplante desde su tiempo y lugar originales, añadiría un departamento nada despreciable a la literatura nacional. Picantes, de imágenes frescas, brotadas de dentro y ceñidas a sus aires, son con frecuencia poesía y música excelentes ambas. Ya resuenen por el aire libre de una balsámica noche de verano desde una fila de tertulianos en una terraza o un prado, que entre estrofa y estrofa arrebatan fragantes bocanadas de la vieja Virginia, ya alegren una habitación colegial a lo largo de las largas noches de invierno, siempre son inspiradoras, siempre funden los corazones y siempre, puedo añadir, bien cantadas.

He vagado por el círculo completo de mi digresión hasta el lugar donde dejé a mis amigos sentados en la cubierta de proa y cantando en la incipiente luz de la luna. Para cuando nos habíamos cansado de cantar, el río era muy hermoso con el claro reflejo del cielo, que convertía la espuma de nuestra proa en cuentas de plata y daba aún más nevado lustre a nuestra estela. La excitación de la música había pospuesto la del hachís, pero no me sorprendió sentir el conocido estremecimiento cuando nuestras voces se apagaron.

En un momento me convertí en el monarca de las hadas. Eterizado y embellecido, me deslizaba sobre mi nave de placer movida por la voluntad a través del reino bañado por la luna sobre el cual era supremo. Ahora los chotacabras me entonaban una quejumbrosa bienvenida desde las soñolientas orillas boscosas; las luciérnagas iluminaban, con luces triunfales, las fachadas de sus palacios entre los olmos sombríos; y las pequeñas islas glorificadas por la luna, que recibían nuestras olas en sus frentes, devolvían una deliciosa voz de alabanza y alegría.

En este éxtasis me senté a revisar mi dominio hasta que la luna estuvo en el cenit, y luego, recorriendo los largos salones, me deleité en la posesión de magníficos tapices y paneles³ y desde las galerías miré con orgu-

llo mi séquito de hermosas mujeres y valientes hombres que se sentaban o paseaban abajo.

Cuando cerraba los ojos moraba en una deliciosa tierra de sueños. Cargando a la cabeza de legiones siempre victoriosas, ahuyentaba a millones de enemigos risueños en juguetona derrota por un campo ilimitado de rosas. Por las montañas del Congo un universo entero de niños negros esbeltos y bien formados corría saltando, con los brazos llenos de colmillos de elefante, cajas de polvo de oro y cocos frescos, para ser los proveedores de mi palacio. Sobre las alas de una música sin palabras flotaba por el aire, y en los valles de nubes jugaba al escondite con los meteoros.

Poco después de medianoche sentí que los efectos del hachís disminuían y, no habiendo reconocido aún aquella ley de la droga que prohíbe prolongar sus sueños con una segunda dosis (ni, en verdad, la reconocí hasta que varias amargas experiencias me lo hubieron enseñado), tomé cinco granos más.

Gradualmente, más y más, la influencia del hachís se fue desvaneciendo. Fui a mi camarote y ahora, perfectamente restablecido al estado natural, me acosté y dormí tranquilamente toda la noche.

Al despertar con la temprana luz del sol descubrí que habíamos pasado ya la mitad de los Palisades. En la orilla oriental del río las señales de la vida suburbana se habían vuelto visibles en terrazas, céspedes y verandas, y se oían campanas por la bahía.

No fue hasta que llegamos al muelle cuando sentí el efecto de mi último bolo. Salté a tierra y, por primera vez, me separé por una temporada de mis compañeros de viaje. La mañana daba ya la más ferviente promesa de un día que había de ser uno de los más calurosos del verano, y mientras subía solo por aquel muelle sin abrigo, con el sol cayendo de lleno sobre mí, sentí de pronto que mi corazón se incendiaba. No hubo premonición, ni misterio, ni estremecimiento; y esto daba un tono más terrible a mi sufrimiento, pues ardía entre realidades reconocidas y familiares sin la posibilidad de recordar ningún estado anterior de naturaleza más calma sobre el cual afianzarme.

Muy plenamente comprendí entonces el infierno de Eblis y sus inextinguibles punzadas, mientras, caminando por las atestadas calles de la gran ciudad, ponía la mano sobre mi corazón para ocultar sus retorcimientos, y veía en cada rostro de la vasta multitud que pasaba apresurada señales de algo

desesperado y diabólico. Las conocidas y largas hileras de palaciegas tiendas y vistosos escaparates pasaban ante mí mientras caminaba. Las apresuradas muchedumbres de hombres sobre el pavimento que iban a sus negocios, y la fluctuante corriente de carruajes y ómnibus que rodaba calle abajo, parecían, en su mera materia, nada desacostumbrado para mí. Sin embargo, el espíritu que lo impregnaba todo era el del infierno. Vagaba por una colosal ciudad del infierno, donde todos los hombres perseguían sus inclinaciones terrenales entre pompa y abundancia tan grandes como siempre, pero con la señal pavorosa, estampada en sus frentes, de toda esperanza de cosas mejores perdida para siempre.

En todo tiempo la vía principal de una gran ciudad es un desierto para mí. En la soledad desértica, en las cumbres de las montañas o junto a un arroyo poco frecuentado, no hay ermitaño concebible como el ermitaño de una multitud. El estudio del carácter en los rostros, de la naturaleza humana universal en sus codazos y rodeos hacia su fin, puede cultivarse en el pavimento de una ciudad con la mayor ventaja; sin embargo, por encima de todos los aspectos externos de la sociedad que allí se encuentran está la soledad que encierra al vagabundo dentro de sí mismo, pues no percibe a ningún ser en la distancia de millas a quien esté ligado por algún interés más querido que nuestra común humanidad.

Pero en este tiempo icuán singularmente, cuán especialmente era yo un ermitaño! Aún consciente de retener algunos de los atributos de un hombre, estaba rodeado de formas y rasgos infernales, moldeados, en verdad, como los míos, pero con la buena voluntad, la esperanza, la confianza de nuestra vida común para siempre evaporadas de ellos. Cada uno de los seres que se apresuraban junto a mí entre murmullo y tumulto

miraba por debajo de las cejas, con pavorosa sospecha, a su vecino y a mí. El ideal del infierno, donde toda fe ha perecido, y en inacabable mutación de parejas los miserables se sonríen y fulminan miradas continuamente, se realizaba en aquella escena.

No podía soportar el pavimento, así que subí a un ómnibus para contemplar menos aquel terrible flujo y reflujo de Vida en la Muerte. Mientras rodábamos pesadamente sobre las piedras de la calle, sentí que mi corazón era trasladado a algún lecho de pedernal, una braza bajo la superficie, donde se retorció bajo el traqueteo de las ruedas, y la punción de los crueles fragmentos de roca aún me comunicaba todos sus sufrimientos por delgados cordones de conducción, cuya fibra elástica se estiraba más y más a medida que avanzábamos, y se tensaba con un dolor indecible. Al mismo tiempo, todos mis compañeros de viaje en el ómnibus parecían mirarme con ojos ardientes y escrutadores; en un rincón me acurrucaba huyendo de sus miradas, y me sentaba con la mano sobre el rostro. Cuchicheaban; era de mí de quien hablaban, y los oí pronunciar con claridad la palabra «hachís».

Me bajé del ómnibus y de nuevo tomé el pavimento, dándome cuenta de que no había en ninguna parte alivio para mis punzadas. Sería vano detallar todos los horrores por los que pasé antes de refugiarme en casa de un amigo. Entre ellos no fueron los menores un corazón en llamas, un cerebro perforado por multitud de barrenas giratorias, y el retorno, entre tenues llamas interiores, de la temible simbolización y los cantos demoníacos de visiones anteriores.

Al llegar a casa de mi amigo, alegué fatiga y me acosté. Las horas transcurrieron miserablemente entre quedarme dormido y levantarme de un salto aterrado por algún peligro ideal. A veces un maníaco rechinando los dientes me miraba, cara a cara, desde la oscuridad; a veces caía desde los mismos cielos a cavernas sin un rayo de luz; a veces las altas casas de una ciudad desconocida se desplomaban sobre mi cabeza en las agonías de un terremoto. Agonías, digo, pues sus estertores parecían sufrimientos humanos.

De esta aflicción emergí por completo al mediodía, pero empecé a darme cuenta de que nunca más, en el estado de hachís, estaría seguro en la

certeza de visiones sin nubes. La copa había sido mezclada tantas veces que su sabor amargo nunca se disiparía del todo. Sin embargo, atribuyendo todo el dolor que en esta ocasión había soportado a algún estado desfavorable del cuerpo (aún no había comprendido la ley de una segunda dosis), supuse que, conservando un tono general saludable del sistema, el hachís podría usarse sin daño.

Capítulo XIII

EIDOLA THEATRI Y EL PRÍNCIPE DE LAS BALLENAS

Aguardé hasta el día siguiente al anochecer, tomé un bolo moderado, digamos veinticinco granos, y me dirigí al teatro.

En la acción de las piezas que se representaron viví tan realmente como jamás había vivido en el mundo. Con las fortunas de cierto aventurero de una de las obras se asoció mi mente tan por completo que, cuando fue conducido al cadalso y el verdugo se alzó sobre él, me armé de valor para el golpe final, y aguardé

a sentir el acero hendir mi propio cuello. Fue indultado, y, en su redención, fui yo quien se regocijó.

El efecto de cierto fresco de ricos tonos sobre el escenario fue hacerme imaginar que me hallaba en el cielo. Mas «imaginar» no es la palabra propia, pues no expresa la convicción serena de realidad que caracterizaba esta visión. Ya no había formas ni rostros visibles bajo mí, sino que, de la maravillosa perspectiva rosada del artesonado superior, ángeles venían deslizándose, como por corredores tallados en rubí, y derramaban rayos de música, que también eran contemplados como rayos de color.

Un fenómeno singularísimo ocurrió mientras escuchaba con atención a la orquesta. Singular, porque me parece una de las más llamativas ilustraciones que he conocido de la actividad preternatural del sentido en el estado de hachís, y en dirección analítica.

Sentados uno al lado del otro en el centro de la orquesta tocaban dos violinistas. Que ejecutaban la misma parte era evidente por su perfecta uniformidad al manejar el arco; sus arcos, a lo largo de toda la pieza, subían y bajaban simultáneamente, manteniéndose exactamente paralelos. Un coro de instrumentos de viento y de cuerda resonaba a ambos lados de ellos, y la sinfonía era tan perfecta como cabía; sin embargo, en medio de toda aquella armoniosa mezcla, yo era capaz de detectar qué nota provenía de un violín y cuál del otro con tanta claridad como si los violinistas hubieran estado tocando a cien pies de distancia el uno del otro, y sin ningún otro instrumento que discurriera cerca de ellos.

Según una ley del hachís ya mencionada,

una alucinación muy ridícula vino a aliviar la mente de su estado tenso. Justo cuando el arrobamiento de la música, las luces y la actuación comenzaba a hacerse doloroso por exceso, sentí que perdía toda proporción humana y, girando hacia una altura tremenda, me convertí en la Aguja de Cleopatra.

Un hombre dijo una vez al joven Dumas: «Mi pobre amigo, el señor Thibadeau, regresó a casa, se quitó las gafas y murió.» «¿Se quitó las gafas primero?», preguntó Dumas. «Sí, por cierto», respondió el otro; «pero ¿por qué?» «¡Solo por lo delicioso que debió de serle verse ahorrado el pesar de verse morir!»

Casi tan absurda dualidad como la que se infiere para el señor Thibadeau, si hubiera seguido con las gafas puestas, fue la dualidad con que miré hacia arriba y vi mi propia cabeza a unos cien pies en el aire. De pronto una voz de hachís resonó claramente en mi oído: «¡Quédate quieto sobre tu base, Obelisco Eterno!» ¡Ay de mí! No había comprendido hasta entonces cuán necesario era que yo conservara el centro de gravedad. ¿Y si me volcaba? Un movimiento hacia este o aquel lado, y una destrucción terrible abrumaría toda la platea. Desde mi elevada cima miraba hacia abajo a responsables padres de familia; a inocentes niños; a doncellas, con el primer rubor de doncellez en las mejillas; a jóvenes, con el fuego de la ambiciosa empresa recién encendido en sus ojos. No había absolutamente esfuerzo que yo no estuviera dispuesto a hacer para salvarlos de la destrucción. Así que me dije: «Sé un buen

obelisco y compórtate, viejo amigo; mantén tu equilibrio, te lo ruego. No quieres vestir

de luto a todas las familias de Nueva York, sé que no; contrólate, yo Lego.» Erguido y sin movimiento me senté, hasta que plugo a los dioses cambiar mi forma, muy oportunamente, cuando ya me disponía a pasar a la pirámide mucho más segura, tras lo cual todas las alucinaciones se desvanecieron suavemente.

El estado de hachís, en sus formas más intensas, es por lo general uno de los más salvajes delirios. Con esto no digo necesariamente que se pierda el dominio de sí mismo, ni que se vague entre los sueños incoherentes de una fantasía sin ley, pues ninguna de estas proposiciones es verdadera. Como ya he observado antes, el gobierno de sí mismo durante el delirio, de ser al principio aprehendido como una necesidad, crece al fin hasta convertirse en hábito, y las visiones que aparecen ante los ojos cerrados o abiertos del extático tienen un progreso ordenado y una ley consistente según la cual se informan, lo que las eleva por encima de las pródigas, aunque sin sentido, exhibiciones de la fantasía, a la esfera más alta de la imaginación.

Sin embargo, después de todo, hay razones para llamar al estado un delirio, y un delirio salvaje, que defenderán el nombre ante todos los que puedan comprenderlas por una descripción, y mucho más completamente ante aquellos que las han conocido por experiencia.

En primer lugar, cuando el dominio de sí mismo ha alcanzado su máximo desarrollo, y el espíritu atormentado o exultante se contiene de todos los paroxismos eruptivos de comunicación entre aquellas gentes a quienes su secreto sería imprudentemente revelado, hay todavía un sentido de perfecta pasividad ante cierta fuerza titánica de la vida, que, para bien o para mal, debe obrar a través de su aparente eternidad.

Arrastrada por sublimes senderos ascendentes, o precipitada hacia abajo por infinitudes que se oscurecen cada vez más, anhelando un Lemnos donde los miembros reboten contra el suelo sólido, aunque queden destrozados por el choque, no hay alivio para el alma sino soportar, esperar, y atravesar un tiempo de paciencia apenas bosquejado por los nueve

días del precipitado Hefesto. Cuando el Afrit que antaño fue tu servidor se convierte en tu señor, es tan sordo a las peticiones como tú fuiste codicioso en tu demanda de esplendores.

De nuevo: en el momento de la más arrebatada exultación, el alma oye el clamor de la naturaleza física que sube hasta su altura de visión desde los muros de la carne, y el estribillo de ese clamor es: «¡Estoy en el dolor; soy finita, aunque tú seas infinita!» Las cuerdas que atan juntas las dos misteriosas porciones de nuestra dualidad han sido estiradas hasta su última tensión, y el cuerpo, por el bien de su propia existencia, llama al alma de vuelta a la vaina que no puede llevar consigo. A menudo, en presencia de las más arrebatadoras vistas, he sentido estas cuerdas tirar de mí hacia abajo con una sensación tan distinta como si fueran tendones reales, y, obligados a preguntar «¿Es esto felicidad o tortura?», alma y cuerpo han dado veredictos opuestos.

Estos dos hechos constituyen del hachís una forma tremendísima de delirio.

A intervalos, sin embargo, en la vida encantada que llevé bajo la influencia de la droga, ocurrían estaciones de una naturaleza más tranquila que el arrobamiento del delirio, cuando mi mente, con un poder calmo de intuición, penetraba en algunos de sus propios reinos, cuyos límites

externos solo había conocido antes, reflexionaba, se maravillaba y tomaba notas con la serenidad de un filósofo

viajero.

En el departamento del descubrimiento filológico me deleitaba a veces durante horas, hallando indicios de la genealogía de las palabras y afinidades inesperadas entre lenguas, que, al recordarlas después (aunque solo en pocos casos fui capaz de hacerlo), generalmente encontraba corroboradas por las autoridades de la ciencia, o, si no habían sido antes percibidas por ningún escritor que tuviera a mano, al menos llevaban el sello de una fuerte probabilidad de corrección.

Menciono solo una de ellas, como meramente conjetural en mi caso, pues basa su verosimilitud en una raíz del sánscrito, lengua con la que

no pretendo estar familiarizado.

Recordé durante uno de estos estados calmos y sugestivos que el latín *cano* (cantar) y *candeo* (brillar) se suponía que derivaban su origen de una raíz sánscrita común, cuya significación era «lanzarse afuera, como el sol sus rayos de luz». El pensamiento me asaltó: ¿no podrían hallarse otras emisiones vocales emparentadas también con el lanzamiento de la luz? Lo vería. El latín *fari*, «hablar», me remitía a su equivalente griego, φάσαι. El verbo «brillar» era φαίειν. Hasta aquí, al menos en sonido, los dos estaban afiliados. Ocurrióme entonces que φῶς era tanto «una luz» como «hombre» —φῶς, con leve variación de acento en los distintos casos—. Tenía aquí cuatro palabras (dividiendo la última por sus dos significados), cuyas raíces originales debieron de haber sido algo muy cercano a φα-. Al remitirme a las autoridades, hallé que la fuente del griego φαίεσθαι se supone que es el sánscrito *bha*, «brillar afuera». Siguiendo el resultado de mi argumento anterior, conecté todas las palabras con esta raíz, y en esta conjetura vi tanto la luz como el habla como efluencias de Brahm, el gran dador de toda radiancia, y al hombre no meramente una efluencia de él, sino, en virtud del habla, un «brillante» también, un reflector de Aquel de cuya radiancia vino, y en cuya gloria debería ser absorbido. Ahora bien, todo este proceso (sea su resultado verdadero o falso) se cumplió internamente en la centésima parte del tiempo que llevará leerlo — más aún, casi instantáneamente, y con un sentido de deleite en la actividad mental que lo llevaba a cabo tal como la creación de su más alto ideal por un artista le da cuando se yergue mudo ante su mármol.

Otro campo por el que a veces vagaba estaba sembrado de aquellas relaciones sonoras entre palabras que constituyen el retruécano. Durante horas caminé doliéndome de risa en esta tierra de la Paronomasia, donde todo el Diccionario se había alineado en estrofa y antistrofa, y danzaba un coro ridículo de equívoco y sutileza. Si Hood hubiera estado allí, las notas que habría tomado le habrían suministrado materiales para los Anuarios Cómicos de un ciclo. Rara vez se mezclaba la música de un ingenio más profundo con las fantasías chispeantes del país del retruécano; nunca se oía allí otra cosa que la amplia carcajada, y la atmósfera misma estaba loca de oxígeno. Si¹ fuera posible transportar a un país

como este a aquellos graves profesores de las moralidades que han sido convictos de desacato al tribunal de la Alegría, y de alta traición al

Rey del Desgobierno, ¡cuán delicioso sería contemplar sus diafragmas de hierro vibrando por fuerza, y las estereotipadas curvas descendentes en las comisuras de sus bocas invertidas hasta invadir los límites de sus mejillas sin jugo! Pero, en los estados de hachís, el temperamento y el hábito previo deciden tanto las tendencias, que el buque de transporte que llevara a estos convictos flotaría inevitablemente hacia la boca del Aqueronte, o encallaría a medio camino en algún arrecife levantado por un millón de Duns Scotuses zoofíticos.

Del número de dobles sentidos que se me aparecieron (y probablemente ascendieron a miles), recuerdo muy pocos. Recordarlos todos sería casi, si no del todo, tan difícil como recordar las características de cada espiga de trigo en un gran campo de cosecha después de haberlo atravesado una sola vez. Doy dos de ellos.

Un joven, que no era en absoluto de esa índole que «alegra al padre», fue visto de pie ante el mostrador de un restaurante ostentoso. Vaso tras vaso de diversos compuestos estimulantes le eran entregados por el hombre que servía, y con igual presteza apurados. No observé que el genio de las licoreras recibiera compensación alguna por los licores consumidos por el joven que los demandaba, y le pregunté modestamente cómo había sido inducido a proveer a la sed del bebedor en escala tan liberal. Con los brazos en jarras, y lanzándome una mirada de lo más impresionante, respondió el oficial: «Como el hombre de Thanatopsis, yo soy»

« 'Sostenido por una confianza inquebrantable.' »

Sobre los escalones de la oficina de correos estaba otro joven, que había quedado defraudado en una remesa proveniente del tesoro parental. «¿Qué hace usted ahí?» le pregunté. «Espero pacientemente hasta que llegue mi cambio.»

Ocasionalmente se interponían entre las extravagancias del retruécano y el doble sentido algunas muestras de puntos cómicos en la naturaleza humana, que eran tan divertidos ¹²³ como los retruécanos mismos. Por

ejemplo, recuerdo la representación que se me hizo de un hombre de notable amor propio, a quien ocurrió, mientras estaba sentado en mi presencia, aliviar la irritación de su cuero cabelludo con su dedo. Justo entonces un estruendo de trueno sacudió el cielo sobre nosotros. «¡Cielos!» exclamó nuestro amigo, «¡pensar que truene porque un hombre se rasca la cabeza!»

Siento que estas cosas pierden muchísimo de su efervescencia original en el relato, pues en el momento ninguna de ellas me pareció tanto contada como actuada ante mí; ni era la acción de un escenario, sino de un cuadro vivificado, donde la chanza, en todas sus miríadas de mutaciones, se hallaba encarnada a la vista, y el chiste era aprehendido tanto por el ojo como por el sentimiento. Cada gesto de las figuras que pasaban ante mí decía más de burla que cuanto la lengua pudiera expresar, y era este hecho el que a veces hacía de la pantomima sobre el escenario un perfecto festín de hilaridad para mí, al contemplarla en el estado de apreciación inducido por el hachís. En tales sazones, ni el más leve rasgo de humor en la mirada o en el ademán se me escapaba, y sin duda cometí a menudo aquel error tan grave en cualquier hombre, de reír cuando a mis vecinos les parecía no haber motivo de conmoción.

En una ocasión, en mi deambular por el reino de las incongruencias, llegué a la ribera del Mediterráneo, y divisé a un conocido mío de pie junto al agua. Con la mochila de turista a la espalda y un robusto paraguas en la mano, para servir al doble propósito de bastón, se me acercó y me abordó. «¿Quiere usted venir conmigo», dijo, «a hacer una visita a cierto amigo antiguo y estimado?» «Con muchísimo gusto, si me permite saber su nombre.» «Es el profeta Jonás, que aún ocupa alojamientos submarinos en una situación, a decir verdad, algo fría y húmeda, aunque con un magnífico privilegio de aguas.» «No hay nada», respondí, «que me complaciera más; pero ¿cómo ha de lograrse?» «Tenga paciencia, y lo verá.» Justo entonces una leve ondulación rizó la superficie del mar, aparecieron burbujas, y tras ellas siguió el negro hocico del Leviatán, que, con poderosos golpes, se impulsó hacia la orilla. Al llegar allí, su mandíbula inferior se deslizó hasta media playa, y su mandíbula superior se alzó lentamente como una trampilla, descubriendo un pavoroso abismo de oscuridad en su interior. Miré por la garganta de la bestia,

y vi descender por ella una escalera de madera carcomida, que era evidentemente el único acceso factible a los aposentos interiores. Apenas me habría yo atrevido a confiarme al desvencijado pasadizo, a no ser por la mano importuna de mi compañero, que me apremió a su lado a través del umbral y escaleras abajo. El monstruo bajó su espantosa rastrillo tras nosotros, y en total oscuridad fuimos a tientas hasta el fondo de nuestro camino, donde salimos a la habitación más mísera que jamás amaneciera ante los ojos de la comisión visitadora de una asociación benéfica.

La figura central era un hombre inconcebiblemente flaco y de aspecto desdichado, que, en una silla de asiento de junco, la única de la habitación, estaba sentado remendando su único par de inefables con la ayuda de un pequeño libro de agujas que, según me informaron, su madre le había dado al partir de casa.

«El señor Jonás, el señor Fitz-Gerald», dijo mi amigo, sentenciosamente. «Muy feliz de conocer al señor Fitz-Gerald», devolvió el vidente; aunque, al tomar yo sus dedos larguiruchos y espectrales entre los míos, tenía el aspecto más antípoda de la felicidad. Caballero venido a menos como era, se arrastró de un lado a otro para hacer los honores de su mansión, y nos ofreció la silla en que había estado sentado. Nos negamos a desposeerlo, y tomamos asiento sobre la tambaleante mesa de pino, que, con un abollado candelero de latón, sosteniendo una pulgada de sebo semiluminoso, y un ejemplar con las esquinas dobladas de los Himnos de Watts, también regalo de su madre, completaba su inventario de muebles.

«¿Cómo le gusta su situación?» preguntó mi amigo.

«Con goteras», respondió Jonás; «encuentro que el clima no me sienta bien. A menudo deseo no haber venido.»

«¿No puede marcharse de aquí cuando quiera? Creería que se largaría si lo encuentra incómodo», le dije a nuestro anfitrión.

«He pedido repetidamente a mi casero que haga la cuenta y me deje ir», respondió el caballero; «pero no está acostumbrado a echar cuentas con sus profetas, y no sé cuándo podré salir de aquí.»

Justo entonces el Leviatán, desde lo alto de la escalera, por una extraña introspección miró hacia abajo a su propio interior, y con voz ronca gritó para saber si íbamos a quedarnos toda la noche, pues quería echar los postigos.

«Con gusto les daría una cama, caballeros, pero yo duermo en el suelo», murmuró lastimeramente el pobre vidente. «No dejen de visitarme si alguna vez pasan por Joppa, y — y — si alguna vez logro volver yo mismo.» Estrechamos convulsivamente la mano de Jonás, subimos traqueteando la escalera desvencijada, y salimos corriendo a la arena justo cuando el Leviatán estaba a punto de empujar hacia aguas profundas.

Acaso sea difícil concebir cómo este elemento incongruente de las visiones del hachís pueda compadecerse con todo lo que he dicho sobre el tema de aquellos deliciosos raptos de belleza y sublimes revelaciones de verdad que irrumpen en la mente bajo la influencia de la droga.

¿Cómo, se preguntará, como ya muchas veces se me ha preguntado, puede usted depositar confianza alguna en descubrimientos de insospechada significación en las cosas externas, y en maravillosas leyes del ser mental, alcanzados durante el estado de hachís, cuando también ha contemplado extravagancias de la fantasía que la Razón al instante declaró absurdas? Usted no cree que realmente vio a Jonás; ¿cómo, entonces, puede creer que vio la verdad?

Respondería así: los dominios de la intuición y los de una fantasía desbocada estuvieron siempre, en mis visiones, separados entre sí por un límite claramente definido y reconocido. Lo congruente y lo incongruente podían alternarse, pero nunca se mezclaban. La luz que ilustraba lo uno era tan distinta de la que se derramaba sobre lo otro como un sol cenital de la luz de una lámpara. Es más, en el momento de cada envisionsamiento específico, yo veía qué facultad de la mente estaba operando con tanta distinción como en las pruebas más simples de su laboratorio sabe el químico si el cobalto o el tornasol produce cierto cambio de color. La convicción de verdad en un caso era como la de un axioma; en el otro, solo la que se extrae inferencialmente del mero sentido.

Muy poco nos damos cuenta en nuestra vida diaria de que hay dos especies de convicción sentidas en diversos momentos por todo hombre; sin embargo, un momento de reflexión mostrará que así es. Miro, por ejemplo, un trozo de seda, y lo declaro negro; si ahora me diera la vuelta sin más inspección, no me asombraría en absoluto oír después, de alguien que hubiera examinado el tejido más de cerca y con mejor luz, que no era negro, como yo lo había pronunciado, sino un tono oscuro de azul. Muy dispuesto estaría a abjurar de mi convicción previa, y en esta disposición mostraría que no atribuyo ninguna infalibilidad absoluta a las pruebas del sentido. Pero si el mismo hombre me asegurara que la seda era enteramente negra y enteramente azul al mismo tiempo, al instante rechazaría su afirmación como absurda, por la razón de que era una violación de la ley misma de la posibilidad. No habría necesidad de volver atrás para probar su verdad, pues es negada por una convicción enteramente distinta de la del sentido: la convicción que surge de una intuición de la ley necesaria y universal. Entre las convicciones de realidad en los diferentes estados de hachís, las líneas divisorias están trazadas aún más distintamente que en el estado natural; y no solo así, sino que las conoce, como nunca lo hace el observador ordinario, por el hecho de que las necesidades prácticas de la vida hacen conveniente, más aún, imperativo, que los datos del sentido sean tratados como válidos para la base de la acción. No tenemos ni tiempo ni poder en nuestra presente labor diurna para asegurar el mismo veredicto infalible sobre los objetos del sentido que el axioma nos da sobre los objetos de la intuición.

Ni es necesario que en esta vida tal poder sea posible. En una parte anterior de estas páginas hemos sugerido una razón por la cual no sería lo mejor para el alma, tan temprano en su carrera, tener su dominio intuitivo ampliado. Podemos aquí, por otro proceso, llegar a algunas de las causas finales de por qué este dominio es justamente tan grande como es. Tenemos un alcance suficiente de intuición para todos nuestros propósitos terrenales. Aquellas verdades nos son impartidas como axiomas que son necesarios para la conformación de nuestra conducta habitual. En los miles de casos que se repiten constantemente, en que, para dirigir sabiamente nuestro rumbo, es necesario saber que una línea recta es la distancia más corta entre dos puntos dados, que el todo es igual a sus partes, y numerosos hechos similares, obstaculizaría grandemente la ac-

ción el que fuera necesario tomar la regla y la balanza en cada consideración específica, y hacer una medición conforme al sentido. Estas verdades, por lo tanto, se presentan ante todo hombre bajo una luz que muestra que son universales y necesarias; en todas partes se asiente a ellas con su mera enunciación. El animal no es el gran obrero de Dios, sino del hombre; él, por tanto, no necesita facultad alguna como la intuición, pues la obra de su pequeño día no requiere ni presteza ni exactitud; y cuando es impresionado para usos humanos en el arnés o en el molino, las intuiciones de su amo lo guían por la rienda y el cabestro.

Sin duda, a medida que se ensanche nuestro campo de acción, se aumentará también nuestra vista intuicional; no solo

pues de otro modo deberíamos mortificarnos y entristecernos por nuestra ceguera y por la sensación de no avanzar en proporción al paso de nuestras circunstancias, sino porque Dios nunca dejará a los obreros de sus designios trabados en su acción entre los planes colosales del edificio eterno.

Hay un hecho más al que quisiera aludir en esta porción algo desordenada de mi relato, que caracteriza el estado de hachís a veces cuando no alcanza la altura del delirio. Me refiero a una viva apreciación de los sentimientos y modales de todas las gentes, en cualquier tierra y edad — una simpatía católica, un cosmopolitismo espiritual. No solo se manifiesta en afectuosos anhelos hacia los amigos que nos rodean, y en una extraordinaria penetración en las excelencias de sus caracteres, sino que, abarcando más ampliamente, puede comprender y sentir con el heroísmo de los filántropos y el entusiasmo de los cruzados. El lamento del más antiguo cautivo tracio es un dolor sincero para el soñador, y el regreso de Camilo no llevó a Roma mayor alegría, al arrojar su espada desafiante en la balanza, que la que siente por el abismo del corazón. Ya sea el Pasado o el Presente lo que lee o escucha, se duele en todas sus desdichas y se regocija en todos sus regocijos. Comprende todos los sentimientos; su mente es maleable a todos los pensamientos; sus susceptibilidades se vierten en el molde de todas las emociones.

Sentado en este estado fundido de ánimo, he oído a las viejas damas del tiempo latino, mientras charlaban sobre el huso y la rueca, mantener su

perpetua ronda de «inquit» y «papa» con una apreciación tan distinta y tan bondadosa como si fueran nuestras propias y amadas tías y abuelas americanas, tejiendo después del té entre el intercambio de «dice él» y «vaya». Por Epaminondas, que venía glorioso de Leuctra, habría vitorreado con tanto entusiasmo como cualquier tebano de todos ellos, o habría brindado con Horacio por sus

«Pocula veteris Massici»

con un verdadero brío romano y plenitud de corazón. En tales momentos ningún anacronismo parece sorprendente; el tiempo es tratado como una barrera insignificante para aquellas almas que, en el elemento de su generosa humanidad, poseen el único verdadero vínculo de conjunción, y un vínculo que, aunque ahora tan elástico que permite que años y leguas mantengan las almas separadas, un día tirará con fuerza bastante para reunir todas las afinidades, en lugar así como en estado, y cada hombre estará con aquellos a quienes, por sus cualidades internas, más profundamente ha amado a lo largo de toda su vida.

Capítulo XIV

SALVE, PITÁGORAS

El hemisferio de cielo que nos cercena es algo más que un mero producto de las leyes de la vista. Es nuestro escudo contra visiones insoportables. Dentro de nuestro pequeño dominio de visión, ceñido por el horizonte y arqueado por la cúpula del cielo, hay suficiente dolor, suficiente peligro, sí, suficiente belleza y alegría visibles para ocupar el alma abundantemente en una sola mirada. Ese hemisferio menor e invisible que

limita nuestra audición es también ampliamente grande, pues dentro de él resuena suficiente música y lamentación para colmar toda susceptibilidad hasta el extremo. En este mundo somos solo medio espíritu; somos así capaces de sostener únicamente las percepciones y emociones de medio orbe. Una vez plenamente redondeados en simetría nosotros

mismos, tendremos fuerza para soportar la presión de influencias de una esfera entera de verdad y hermosura.

Es este nuestro presente estado a medio desarrollar lo que hace la infinitud del despertar del hachís tan insoportable, incluso cuando su sublimidad es la sublimidad del deleite. Ya no tenemos nada que ver con horizontes, y el límite que era a la vez nuestra barrera y nuestra fortaleza es removido, hasta que casi perecemos por el influjo de percepciones.

Una realización poderosísima de este hecho me ocurrió cuando el hachís ya se había convertido en fascinación y hábito. A la luz plena del día de una tarde de verano caminaba en plena posesión del delirio. Durante una hora la expansión de todas las cosas visibles había ido creciendo hacia su cúspide; ahora la alcanzaba, y en la máxima medida comprendí lo que significa la infinitud del espacio. Las vistas ya no convergían; la vista no encontraba barrera; el mundo era sin horizonte, pues tierra y cielo se extendían sin fin en planos paralelos. Sobre mí los cielos eran terribles con la gloria de una profundidad insondable. Levanté la vista, pero mis ojos, sin oposición, cada momento penetraban más y más en la inmensidad, y los volví hacia abajo, no fuera que pronto se introdujeran en los fatales esplendores de la Gran Presencia. Incapaz de soportar los objetos visibles, cerré los ojos. En un momento una música colosal llenó todo el hemisferio sobre mí, y me estremecí hacia arriba a través de su ambiente con alas sin visión. No era canto, no eran instrumentos, sino el espíritu inexpressable del sonido sublime — como nada que jamás hubiera oído — imposible de ser simbolizado; intenso, mas no ruidoso; el ideal de la armonía, y sin embargo distinguible en una multiplicidad de partes exquisitas.

Abrí los ojos, pero aún continuaba. Busqué a mi alrededor para detectar algún sonido natural que pudiera ser exagerado hasta tal apariencia; pero no, era de generación sobrenatural, y estremecía a través del universo una inexplicable, hermosa, y sin embargo terrible sinfonía.

De repente mi mente se volvió solemne con la conciencia de una percepción avivada. Y qué solemnidad. El mismísimo latido de su corazón se silencia; él permanece con el dedo en el labio; su ojo está fijo, y se convierte en una verdadera estatua de terrible veneración. El rostro de tal

hombre, por poco glorificado que esté en rasgo o expresión durante sus estados ordinarios de ánimo, he contemplado y mirado con la conciencia de que estaba contemplando más de la encarnación de lo verdaderamente sublime de lo que cualquier cosa creada podría jamás ofrecerme.

Miré afuera sobre campos, y aguas, y cielo, y leí en ellos un significado muy sobrecogedor. Me maravillé de cómo los había considerado alguna vez a la luz de materia muerta, a lo sumo sugiriendo lecciones. Eran ahora, como en mi visión anterior, grandiosos símbolos de las más sublimes verdades espirituales — verdades nunca antes siquiera débilmente comprendidas, y completamente insospechadas.

Como un mapa, los arcanos del universo yacían desnudos ante mí. Vi cómo cada cosa creada no solo tipifica, sino que brota de alguna poderosa ley espiritual como su vástago, su necesario desarrollo externo — no el mero ropaje de la esencia, sino la esencia encarnada.

Soy consciente de que, en este recuento, puedo parecer estar repitiendo lo que he dicho antes de mi terrible noche de perspicacia; pero entre las dos visiones había esta diferencia: la vista no se detenía aquí. Mientras esa música se derramaba a través de los grandes cielos sobre mí, me volví consciente de un orden numérico que la recorría, y al marcar este orden, lo contemplé transferido a cada movimiento del universo. Cada esfera rodaba en su órbita, cada emoción del alma surgía y caía, cada más pequeño musgo y hongo germinaba y crecía según alguna peculiaridad de números que respectivamente los gobernaba, y era admirablemente tipificado por ellos a su vez. Una exquisita armonía de proporción reinaba a través del espacio, y parecía darme cuenta de que la música que oía no era sino esta armonía numérica haciéndose objetiva a través del desarrollo de una grandiosa armonía de tonos.

La vividez con que esta concepción se me reveló la hacía una cosa terrible de soportar a solas. Un éxtasis indecible me estaba llevando, pero no me atrevía a abandonarme a él. No era yo un vidente que pudiera mirar el desvelamiento de tales glorias cara a cara.

Un anhelo irreprimible se apoderó de mí de impartir lo que contemplaba, de compartir con otra alma el peso de esta colosal revelación. Con

este propósito escudriñé la visión; busqué en ella algún carácter

característico que pudiera hacerla traducible a otra mente. No había ninguno. En absoluta incomunicabilidad se mantenía aparte. Para ella, en el lenguaje hablado, no había símbolo.

Por un tiempo — cuánto tiempo solo un comedor de hachís puede saberlo — estuve en agonía. Registré cada bolsillo en busca de mi lápiz y cuaderno, para poder al menos anotar alguna marca representativa que después me recordara los lineamientos de mi apocalipsis. No estaban conmigo. Asomándose al agua del arroyo junto al cual entonces vagaba, y que, antes y después, fue mi único compañero a través de tantos éxtasis, yacía una piedra ancha y plana. «¡Gloria en lo más alto!» grité, exultante; «al menos grabaré en esta tablilla algún jeroglífico de lo que siento.» Temblando busqué mi cuchillo; ideo también había desaparecido! Fue entonces cuando, en un frenesí, me arrojé postrado sobre la piedra, y con mis uñas procuré hacer alguna marca conmemorativa en ella. ¡Dura, dura como el pedernal! En desesperación me puse de pie.

De repente vino un sentido como de alguna presencia invisible caminando los temibles senderos de la visión conmigo, aunque a distancia, como si separada de mi lado por un largo fluir del tiempo. Cobrando ánimo, grité: «¿Quién ha estado aquí antes que yo? ¿quién, en años pasados, ha compartido conmigo esta indecible vista?» En tonos que perduran conmigo hasta este día, una grandiosa voz audible respondió: «¡Pitágoras!» En un instante estuve calmado. Oí las pisadas de aquel sublime sabio resonando hacia arriba a través de las edades, y en luz celestial leí mi visión sin temor, ya que había estallado ante su vista antes que ante la mía.

Durante años anteriores había estado perplejo con su misteriosa filosofía. Veía en él un aislamiento de la mente contemporánea universal para el cual no podía dar cuenta. Cuando la escuela jónica estaba en la cúspide de su dominio, él se alzó solo como el originador de un sistema tan distinto de ella como las antípodas de la mente.

La doctrina de Tales fue construida por los inciertos procesos de una lógica oscura; la de Pitágoras parecía informada por la intuición. En sus

afirmaciones siempre me había parecido una grave convicción de verdad, una conciencia de sinceridad que les daba un gran peso, aunque las veía a través del tenue medio refractante de la tradición, y comprendía su significado imperfectamente. Ahora me era dado ver, en su propia luz, las verdades que él exponía. También vi, como hasta este día firmemente creo, la fuente de donde manaba su revelación.

No me digáis que de Fenicia recibió la vara a cuya señal las cohortes de las esferas venían desfilando ante él en revista, desvelando la ley eterna e itinerario de sus revoluciones, y derramando en su oído espiritual aquella tremenda música con la que marchaban a través del espacio. No. Durante media vida pasada en Egipto y en la India, ambas tierras madres de este nepente, no dudéis que él bebió su apocalíptica poción, y despertó, a través de su terrible avivamiento, a la conciencia de aquella armonía siempre presente y todo penetrante «que no oímos, porque la crudeza de la vida diaria ha embotado nuestro oído». Las oscuras penetralias del Memnonium tebano, o los silenciosos bosques de especias del alto Indo, pueden haber sido

el gimnasio de su lucha con el poderoso revelador: un sacerdote o un gimnosofista puede haber sido el primero en ungirlo con el aceite palés-trico, pero él venció solo. Sobre las extrañas características intuitivas de su sistema; sobre la música esférica; sobre el gobierno de todas las cosas creadas, y su desarrollo según las leyes de los números; sí, sobre el mismísimo uso de símbolos, que solo podían tener fuerza para el discípulo esotérico (y una terrible significación, en verdad, tiene la forma más simple para una mente avivada por el hachís para leer su significado) — sobre todas estas está el legible sello de la inspiración del hachís.

No sería tarea difícil probar, al menos hasta una fuerte probabilidad, que la iniciación a los misterios pitagóricos, y la instrucción progresiva que la sucedió, consistieron en considerable medida en el empleo, juiciosamente, si se nos permite la palabra, del hachís, como dador de un poder crítico y analítico a la mente, que capacitaba al neófito para disipar la lobreguez y la niebla de las verdades nubladas hasta que se mantuvieran distintamente vistas en el esplendor de su propia belleza armoniosa como una intuición.

Una cosa relatada de Pitágoras y sus amigos me ha parecido muy llamativa. Hay una leyenda de que, al pasar por un río, sus aguas le llamaron, en presencia de sus seguidores: «¡Salve! Pitágoras». Frecuentemente, mientras estaba bajo el poder del delirio del hachís, he oído cosas inanimadas sonoras con tales voces. Por todos lados me han saludado, desde rocas, y árboles, y aguas, y cielo; en mi felicidad llenándome de intensa exultación al oírlas recibir a su maestro; en mi agonía

acumulando maldiciones sin nombre sobre mi cabeza al irme a un eterno exilio de toda simpatía. De esta tradición de Jámblico sentí una apreciación que casi me convence de que la voz del río fue realmente oída, aunque solo por la mente avivada de algún esotérico glorificado por el hachís. De nuevo, puede ser que la doctrina de la metempsicosis fuera comunicada por primera vez a Pitágoras por sacerdotes tebanos; pero la asombrosa ilustración que el hachís aportaría a esta doctrina no debería pasarse por alto en nuestro intento de asignar su primera sugerencia y subsiguiente difusión a sus causas propias.

Un crítico moderno, al defender la hipótesis de que Pitágoras era un impostor, ha preguntado triunfalmente: «¿Por qué asumió el carácter de Apolo en los juegos Olímpicos? ¿Por qué se jactó de que su alma había vivido en cuerpos anteriores, y que primero había sido Etálides, el hijo de Mercurio, luego Euforbo, luego Pirro de Delos, y por último Pitágoras, sino para poder imponer más fácilmente a la credulidad de un pueblo ignorante y supersticioso?» A nosotros estos hechos nos parecen más bien una evidencia de su sinceridad. Si hubiera hecho estas afirmaciones sin prueba, es difícil ver cómo no habrían tenido un efecto precisamente contrario al de allanar el camino a una imposición más completa sobre la credulidad popular. Según nuestra hipótesis, puede mostrarse fácilmente no solo cómo él mismo podría haber creído plenamente estas afirmaciones, sino también cómo les habría dado un profundo significado en la mente de sus discípulos.

Veamos. Consideremos, por ejemplo, su asunción del carácter de Febo en los juegos Olímpicos. Supongamos que Pitágoras, animado por el deseo de atraer al estudio de su filosofía a un número selecto y entusiasta de entre aquella multitud que, por todos los radios del mundo civilizado, había acudido a la solemne festividad en Elis, hubiera, mediante el talis-

mán del hachís, llamado en su auxilio la magia de una elocuencia preternatural; que mientras se dirigía a la multitud, a la que había encadenado en una atención sin aliento por el extraño brillo de su mirada, la imaginería sobrenatural de su estilo y la penetración oracular de su pensamiento, la grandiosa impresión se precipitó sobre él desde el mismo honor que estaba recibiendo, de que era la encarnación de alguna deidad sublime. ¿Qué maravilla que estallara en el reconocimiento de su divinidad como un secreto demasiado majestuoso para ser guardado; qué maravilla que esta súbita revelación de sí mismo, lanzándose en palabras ardientes y en medio de tan colosales circunstancias, descendiera con los accesorios de tiempo y lugar a lo largo de la corriente de la tradición perpetua?

Si me es permitido ilustrar las grandes cosas con las pequeñas, recuerdo bien muchas alucinaciones propias que serían exactamente paralelas a tal fantasía en la mente de Pitágoras. No hay impresión más profundamente grabada en mi vida pasada que la de un paseo junto al arroyo que tan a menudo había presenciado mis luchas con el afrit del hachís, y que ahora me contemplaba a mí, el inmortal Zeus, descendido entre los hombres para concederles la sublime bendición de una vida renovada. Por esta causa había abandonado los serenos asientos del Olimpo, la convocación de los dioses y la gloria de un reinado inmortal, mientras a mi lado Hermes pisaba la tierra con pies radiantes, el compañero y dispensador de la beneficencia de la Deidad. A través de lagos y mares, de continente a continente avanzábamos; las nieves del Hemo y del Himalaya crujían bajo nuestras sandalias; nuestras frentes se bañaban con la luz superior, nuestros pechos ardían con la exultante inspiración del éter dorado. Ahora, descansando en el Chimborazo, derramaba una majestuosa bendición sobre todas mis criaturas, y en un instante, con una mirada omnisciente, contemplaba cada morada humana en toda la esfera irradiada de un gozo indecible.

Vi al rey gobernar con más sabiduría; al labrador regresar de su faena a un hogar más feliz; el parque volverse verde con un cultivo más intenso; el campo de la cosecha gemir bajo las gavillas de una agricultura más prudente y próspera. Por las laderas azules descendían nuevos y más populosos rebaños, guiados por pastores apacibles y alegres; mil viñe-

dos saludables brotaban sobre sus terrazas soleadas recién alzadas; el más pequeño corazón ardía con un añadido estremecimiento de exultación, y el rebote universal de la alegría se derramaba hacia mi propio espíritu con una intensidad que encendía mi divinidad de raptó.

sin vestir ninguna estola filosófica tejida por Palas, que, con su amigo, salió al campo para disfrutar de su delirio entre las bellezas de una clara tarde de verano. ¿Qué, entonces, de Pitágoras?

Fue durante este paseo cuando uno de los fenómenos visuales más extraños que jamás haya notado se me apareció. Cada rayo de sol se refractaba en sus rayos primitivos; dondequiera que sobre el paisaje caía un pincel de luz, entre rocas o árboles, parecía un sendero prismático entre la tierra y el cielo. La atmósfera era una red de hilos solares abigarrados, trémulos de resplandor, y destilando raptó desde sus fibras a todas mis venas.

Es singular de cuántas maneras, durante la vida del hachís, la armonía de la creación se me tipificaba. El arpa del universo, que ya he mencionado, se repitió ella misma una vez en visión; otras representaciones, en una escala quizá igualmente grandiosa, no han dejado sino un contorno tenue en mi memoria; sin embargo, hay una que, aunque al menos tres veces repetida, no perdió gloria al volverse familiar, sino que profundizó más y más su primera impresión de asombro y raptó. La primera vez que se me ocurrió fue cuando, al final de mi paseo en medio de la majestad de la apoteosis, me senté tranquilamente junto a la ventana de mi habitación mirando hacia el ocaso que bañaba el gigantesco paisaje ante mí. Hasta entonces el efecto magnificador de la droga no había comenzado a disminuir, y contemplaba con ojos fascinados montañas que escalaban el cielo, y un río que era oceánico, en una exultación sin aliento que vibraba en el borde diamantino del dolor.

De repente el paisaje flotó fuera de la vista, y en su lugar se sentó sobre el éter tembloroso una nave tremenda, que dentro de sí misma incluía cada porción del ser creado. Ni una esencia nacida de dios, ni un átomo microscópico, sino que estaba edificado en algún baluarte, viga o mástil del colosal navío. Su contorno marcado estaba trazado con las cosas más gloriosas de la creación, las más bajas formaban sus partes internas y

ocultas. Sus costados, su popa, su proa estaban forjados de poderosas estrellas cuyos rayos se entrelazaban; sus mástiles eran constelaciones similares, que en sus cabezas, a un millón de leguas por encima de mí, aún brillaban distintamente, portaban sistemas de soles como faroles. Como faroles brillaban a lo lejos en la proa, y nubes deslumbrantes y nebulosas, henchidas con el aliento de una voluntad omnipotente, tensaban las vergas de cristal de las que colgaban.

Ahora fui transferido a la cubierta de esta nave infinita; su nombre se susurró en mi oído, «La Nave del Universo», y el timón fue puesto en mi mano. Con sinfonías indecibles flotamos hacia el espacio sin límites, y en las proas distantes rompían en música las olas del éter resplandeciente. Fue en este puesto de pilotaje, navegando hacia el vacío desconocido, donde sentí que la naturaleza humana dentro de mí se volvía divina hasta un exceso insensato. El timonel, el amo de todo ser excepto lo Divino, estallé en un canto de triunfo, que sacudió las luces estrelladas sobre mí hasta que sus racimos llovieron gloria como vino.

Pensé, olvidándome de la infinitud del océano que estábamos recorriendo, que podría marcar la velocidad de nuestro progreso, y así saqué mi reloj. Su segundero se había detenido. Lo llevé al oído y lo oí latir. De nuevo lo miré; la aguja estaba inmóvil. Continuando mi mirada, la vi por fin moverse lentamente a través de uno de los espacios de segundo, cuando se detuvo una vez más. Seguí mirando, y al fin me di cuenta de que, por la expansión del tiempo propia del hachís, era capaz de percibir como un período bastante prolongado y definido —un período tan grande como en nuestro estado ordinario al menos un minuto entero parecería— aquel instante casi infinitesimal durante el cual un segundero está realmente inmóvil al final de su vibración entre dos tics consecutivos.

«ENTONCES SEEVA ABRIÓ SOBRE EL MALDITO SU OJO DE IRA»

En las agonías del hachís, que ahora se hacían cada vez más frecuentes, comenzó a desarrollarse un nuevo elemento hacia una terrible simetría, que después lo hizo eficaz para el más terrible mal espiritual. Esta era la aparición de la Deidad sobre el escenario de mi vida visionaria, ora sublimemente grandiosa en su propia persona, ora a través de la intermediación de algún mensajero o signo, pero siempre amenazante, airada o vengativa, en cualquier forma o manera en que la visitación pudiera hacerse. Las miríadas de voces que, antes en mi vida encantada, había oído de la Naturaleza a través de todos sus misteriosos pasajes de comunicación, ahora morían para siempre, o, más bien, quedaban absorbidas en una voz colosal y central, que hablaba con la fuerza de un *fiat*, y silenciaba mis propias y débiles réplicas como la sentencia de una condena inevitable.

Al principio fui advertido con calma. Repetidamente, mientras me sentaba en un elíseo de rosada languidez, banqueteeando con todo lo que podía exaltar el sentido interior hasta el más sereno éxtasis, la mano que escribía sobre la pared había invadido la santidad de mi festín, y su pavorosa traza me había hecho de pronto temer. En caracteres de luz lo he visto escrito: «¡Guárdate de cómo jugueteas con un misterioso poder del Altísimo!», y una voz audible, cuya divinidad en aquel momento no dudaba más que mi propia humanidad, había añadido su mandato: «¡Guárdate! ¡guárdate!». Sin anticipar nada sino una procesión ininterrumpida de imágenes sublimes y la música coral que tan a menudo me había arrebatado fuera de los muros del sentido, me he estremecido en un instante con indecible terror al sentir el dedo imprevisto de alguna presencia terrible marcando canales descendentes para mi pensamiento que brotaba, y forzando solemnemente sus corrientes hacia ellos con un poder que no daba señales dudosas de ser irresistible, sino que exigía incluso mi propio asentimiento a la imposibilidad de escapar.

Al fin me fueron mostradas las razones de mi castigo. Aquí de nuevo, tan audiblemente como un hombre habla con otro, se me dijo: «Te has elevado por encima de la humanidad para escudriñar los secretos sin voz antes de tu tiempo; y serás herido — herido — herido». Al morir el último eco de la sentencia, esta comenzaba siempre su ejecución en dolores prometeicos. Al fin, incluso la más leve sugerencia de la presencia de la Deidad poseía un poder para hacerme mal que apenas el acecho de los demonios había podido producir antes. En una ocasión recuerdo bien haber contemplado una colosal figura velada que apartaba la cortina de sombrías nubes suspendidas sobre el horizonte, y aparecía sobre una plataforma que supuse era el escenario del universo. Ningún sonido, ningún resplandor salía de detrás del velo; sin embargo, cuando la misteriosa figura alzó las manos, grité: «¡Es el Día del Juicio, y mi condena está siendo pronunciada!». Entonces huí por mi alma, y me acurrqué en el rincón más oscuro que pude encontrar.

Una tremenda visión me sobrevino durante el curso de uno de estos estados peculiares, que, mientras me llenaba con la agonía de la desesperación por mi propio destino, me dio aún un dolor inconcebible por otro ser. En los cielos oí una voz de llanto; no un lamento plañidero como el de una mujer en aflicción, no un grito apasionado como el de un hombre fuerte desgarrado por la angustia, sino alguna agonía sin nombre, prefigurada por una solemne voz de aflicción, que hablaba de la creación universal sufriendo terriblemente en su centro, la vida secándose en su fuente de ser. «¿Quién llora?», grité con terror. Y la respuesta me fue devuelta desde el aire invisible: «El Poderoso, que antiguamente era tenido por supremo, ha descubierto que su supremacía es vana. El Destino, el ciego Destino, que no tiene oído para tus anhelos, se sienta como motor del resorte de todas las cosas, y Aquel a quien rezas es un rey destronado». ¡Ah! ¡bien podía haber tal llanto en los cielos! Después de todo, no teníamos Señor, ni Dios sino el Destino. Y vi dinastías precipitarse en ruina sin propósito; el bien y el mal se encontraron en choque eterno; no habría prevalencia para el Derecho; las almas de toda la humanidad eran sino átomos lanzados adelante a través de un infinito, sin ley, Caos. En mi propio espíritu sonó un eco al gemido celestial, y con horror sin lágrimas fui errando por el abismo sin rayos del azar, una

criatura atormentada sin meta. «Dios mío», susurré, «¡aníquillame!». ¡Palabras de maldita locura! Dios ya no vivía.

Me arrojé sobre la tierra, y aferré su polvo muerto, ingobernado, en mis dedos retorcidos. Ya no invoqué a Dios, y enmudecí porque el Destino era sordo. Maldije el día en que nací — sin sentido, aún sin sentido, pues no había poder que pudiera autenticar la maldición. Yacía sopesando la posibilidad de que el ser fuera borrado. En algún lugar de las eternidades un estruendo podría acabar conmigo. ¿Para siempre? ¿Y si mi ser desgarrado flotara junto en ciclos sin medida? ¡Reunido, vagaría una vez más, un desdichado sin dios!

De horizonte a horizonte brilló una rápida gloria; el cielo resonó a través de toda su cúpula con una multitud de tremendas bandas, y un sonido de canto se unió a la sinfonía. «¡Ah! ¿qué es esto?», dije, y me levanté de un salto. «Oigo una armonía, y el Destino conoce solo discordancias». De nuevo la voz aérea respondió, pero ahora en un canto triunfal: «Después de todo, hay un Supremo; reina aquel cuyo es el derecho; no hay destino sino Dios, y él está sobre todo por siempre». Salté al aire — grité de alegría. La esperanza de las edades era segura — ¡había un Dios!

Sin embargo, pocas de mis visiones de lo Divino, como amargamente probé en muchas pruebas de fuego, habían de tener un desenlace tan bendito como este.

A través de las vigiliass de una larga y solitaria noche había estado sentado, sin más compañero que mi lámpara costrosa, y las formas de hombres y cosas extrañas pasaban junto a mí sin cesar en mareas de dolor y placer. Al fin me encontré en el piso más alto de una casa desconocida y desolada, rodeado de muros desnudos, e iluminado por una única y estrecha ventana. «Esta habitación», habló la voz del hachís, «es la que tú llamas Tiempo. Fuera de ti giran los vientos irresistibles, ilimitados, de la Eternidad».

Fui a la ventana, y, mirando hacia fuera, no vi nada; pero el pesado rugido de una atmósfera azotada por la tormenta sacudía los cristales. Una extraña fascinación me tentó a acercarme más a la tempestad. Levanté el marco; en un momento el viento de la eternidad entró precipitándose;

los cimientos de mi edificio se sacudieron, y al punto, por aquellas alas tempestuosas, cada átomo de él fue aventado fuera de la vista, y, sin casa, me encontré solo entre las infinitudes. Por un tiempo fui llevado de aquí para allá inconscientemente. Luego, volviendo en mí, descubrí que había sido llevado a la puerta de cierto amigo mío, que sin duda cuidaría de mí en mi desconcierto de sufrimiento.

Eran ahora las cuatro de la mañana de un pleno verano, y las colinas occidentales, que podía ver a través de una ventana del vestíbulo, comenzaban a teñirse de púrpura por el reflejo del horizonte opuesto del alba. Mi amigo era madrugador, y quizá estaría dispuesto a caminar conmigo, pues no podía soportar estar sentado quieto ni un momento. «¡Baldwin!», grité; «Baldwin, es necesario que hable contigo», al mismo tiempo golpeando con fuerza hasta despertarlo del sueño.

Al principio me fue muy difícil persuadirlo de cuán intensamente estaba sufriendo, pues mi hábito de dominio propio subyugaba incluso mi rostro. Al fin estuvimos al aire libre, y caminé aferrado al brazo de Baldwin. Dije poco, pues no tenía poder para hablar más que en un susurro, y en frases inconexas. Llegando a los escalones que conducían desde mi propia entrada, nos sentamos por unos momentos de descanso. Toda familiaridad de apariencia se había disipado por completo del lugar, y los edificios a la vista se habían vuelto para mí los templos y pilonos de la desenterrada Menfis. Pavorosas puertas egipcias me miraban ceñudas con un significado airado, que no habían perdido en todos sus siglos de polvo sepulcral desde los Faraones, y la horrible mirada de Esfinge y Caríatide me aterraba, cerrando por todos lados el alivio mediante el cambio de vista. Pero, peor horror aún, bajo pedestal y cimiento, bajo la piedra más baja del más profundamente basado templo de todo el grupo adamantino, sosteniendo su peso, rebosante de un tormento en el que no podía retorcerse, yacía mi propio, mi vivo corazón, inalcanzado y nunca alcanzable por el instrumento del profanador de tumbas de las edades!

Fue la ira de Dios la que había sepultado aquella ciudad; mi corazón, por tanto, yacía bajo aquella ira. Sin embargo, apelaría sumisamente al Supremo, para que quizá tuviera misericordia de mí. Miré hacia el cielo, pero qué visión se reveló allí! En el más íntimo recoveco de una caverna

oscura y nublada ardían vengativamente dos ojos ardientes que penetraban el alma. Su mirada me disolvió, y, apartándome, escondí mi rostro en el regazo de mi amigo.

Cuando él buscó la causa de mi dolor, no pude decírsela. En aquel momento no habría querido expresar en palabras la infinidad de airada amenaza que había visto en lo alto para el don de mundos acuñados.

Cuando al fin me atreví a mirar fuera de mi escondite, mi vista cayó por casualidad sobre los bancos vaporosos que bordeaban el reluciente horizonte occidental. Por misericordia mi visión fue aquí cambiada a una de paz. Como para sanar las punzadas de mi espíritu, vi, fluyendo hacia mí a través de una grieta en las nubes, un río plateado de inefable bálsamo. Árboles desconocidos se inclinaban, pródigos de frutos y olores maravillosos, sobre su margen esmaltada; y seres raros flotaban, con sus resplandecientes cinturones ondeando en la brisa, sobre las aguas cristalinas, o se inclinaban a beber de ellas a lo largo del borde; y la voz del hachís me susurró: «El Río del Agua de la Vida». ¡Si el cielo es como eso, el poste y el potro bien valen la pena de soportar en el camino hacia él!

Lentamente el aspecto celestial de la visión se desvaneció. El río permanecía aún, pero en sus orillas una gran ciudad alzaba sus murallas, y supe que el río era el Simois, y la ciudad Troya. Hasta entonces la ciudadela interior se alzaba hermosa y vasta, y las anchas puertas se mantenían firmes.

Sobre la orilla del arroyo vi un rostro muerto vuelto hacia el cielo matutino. La agonía de la lucha mortal no había surcado la frente ni la mejilla, y una misteriosa, incomparable hermosura dormía en los rasgos cincelados sin falta. Más de lo que jamás había estado con la vida, fui arrebatado por la muerte — es más, habría dado mi propia vida por imprimir un beso en los serenos labios del durmiente, o por arrancar un rizo de la ondulante riqueza que fluía de su casco, cuyas hebillas, ahora desatadas, colgaban ociosas hacia la tierra junto a él.

Un guerrero aún vivo se presentó ante mi vista. Con el escudo arrojado al suelo y la lanza arrastrando por su brazo con toda la negligencia del dolor, con la cresta inclinada y las manos intensamente entrelazadas,

permanecía en silencio contemplando a los muertos, y su mirada estaba tan imbuida de un dolor sobrehumano que lloré en simpatía con él.

De nuevo la voz del hachís me habló: «Este es Aquiles de pie sobre el difunto Patroclo», y mi dolor se trocó en un sublime sobrecogimiento de misterio al contemplar que algún poder desconocido me había transportado sobre el abismo sin puentes de tres mil años para dolerme en el dolor de uno de los más grandiosos hijos del pasado épico.

He lamentado a veces que en mi experiencia con el hachís las visiones de éxtasis casi siempre siguieran a las de dolor y, en verdad, generalmente concluyeran el trance, ya caminara o durmiera. Con los opiómanos o bebedores de licores el caso es ordinariamente distinto. Su felicidad llega primero, y la depresión que sigue trae consigo vergüenza, arrepentimiento y al menos un débil propósito hacia alguna nueva vida. Cuando se han saciado de su placer, han de pagar por él, y de todas las cosas por las que es odioso pagar, un lujo gozado en el pasado es la más odiosa. Si, en mi propia experiencia, tal disgusto y repugnancia, tal reacción del cuerpo y del espíritu, hubieran sucedido a la indulgencia del hachís, habría poseído motivos mucho más fuertes para renunciar a él. Pero conmigo el éxtasis tenía siempre la última palabra, y al volver al estado natural recordaba grandes torturas, sin duda, pero solo como los accesorios innecesarios de una felicidad que me persuadía neciamente de que era el efecto legítimo de la droga. Decía: he sufrido, pero solo porque ciertas circunstancias desafortunadas intervinieron para pervertir mi condición, y en lo futuro las evitaré. En el caso que acabo de relatar este hecho se cumplió plenamente. Durante días después nunca miraba hacia cierto cuadrante de los cielos sin estremecerme, al recordar que era allí donde me había encontrado con la mirada de los ojos ardientes, y mi mano se iba involuntariamente a mi corazón al ver el sitio de la ciudad desenterrada, en la imaginación, una vez más ocupado por sus pesados y crueles hacinamientos de granito. Pero de tales recuerdos mi mente se apartaba con una elasticidad aún no disminuida por sus muchos choques hacia las aguas hialinas del río celestial, o el rostro de la hermosura mortal que nunca, incluso ahora, ha pasado por completo... de sueño.

Después de esto, por lo tanto, tomé hachís muchas veces; más aún, la Vida se convirtió para mí en un prolongado estado de exaltación por el hachís —una verdadera red, singularmente variada, de hilos de oro y de hierro, y a lo largo de esta vida de vez en cuando soportaba horas de miseria por amenazas sobrehumanas tales que no transcribiría íntegras, aunque pudiera, a menos que fuera llamado por el más imperativo deber a legar una advertencia a todos los que puedan buscar por medios distintos de los señalados el ascender a una vida por encima de lo enteramente material. No detallaré, por tanto, en su orden temporal todas las visitaciones de horror que me afligieron, sino que procuraré aquí y allá escoger aquellas que más gráficamente puedan prefigurar aquel «último estado del hombre que es peor que el primero».

Repetidamente, como he dicho, fui amenazado por voces. Sin embargo, la amenaza tomaba a veces otras formas, y ninguna de ellas fue más terrible que la exhibición ante mí, como ocurría frecuentemente, de toda la naturaleza abominándome, unas veces por la razón claramente expuesta de que había hurgado en un misterio que invadía la prerrogativa de Dios, y otras por causa de un crimen sin nombre —sin nombre porque demasiado horrible para ser nombrado— cuya naturaleza o agravamiento yo no conocía, pero que acechaba para mí en algún escondrijo junto al camino, pronta a saltar sobre mí con la espada de Némesis cuando yo pasara.

Durante toda una tarde de brisa estival había estado vagando por los bosques que tantas veces he mencionado, feliz hasta el exceso delirante, y sostenido por el brazo y la conversación de un amigo afín, a quien ahora hallaba lo más prudente llevar conmigo como precaución contra vagabundeos salvajes, siempre que caminaba en el estado de hachís. Nuestro sendero pasaba sobre una espesa alfombra de hojas de pino caídas, y mi deleite se acrecentaba por los aromáticos olores que de ellas exhalaban en los cálidos vientos que nos abanicaban al andar. En este perfume había lujuriosa sugestión de bosques de especias indias, y nada más marcado que tal [sugestión] para levantarle el tejido de un sueño asombrosísimo y odorífero. Enseguida una grandiosa procesión de sacerdotes birmanos serpenteó por la ladera de una colina distante; solemnes, aunque gozosos, se me acercaron con música, y el aire estaba cargado con el

aliento de sus incensarios oscilantes. A una vasta distancia sobre mí podía vislumbrar a través de las copas de los árboles un radiante cielo de zafiro, y nubes teñidas de rosa flotaban soñadoramente en él, y sin embargo los vapores del incienso los alcanzaban y se mezclaban con ellas incluso a aquella grandiosa altura. Detuve al primero de la sacra comitiva y le hablé en su propia lengua. Él me respondió, y nos entendimos a través de una prolongada conversación, mientras mi amigo permanecía esperando a mi lado, en muda maravilla ante una exhibición de mi delirio para la cual no podía ver ni siquiera tanta causa como la que usualmente explica la conducta en el estado de hachís.

Terminada nuestra conversación, la procesión siguió adelante. Sentí entonces, tan súbitamente como si hubiera caído sobre mí desde el cielo, y tan seguramente como si el Cielo lo hubiera hablado, que aquella multitud sacerdotal era la última del género humano que jamás soportaría mi presencia. Mi compañero me aborrecía, y nada sino su sentido del deber le forzaba a acceder a mi ruego de que me condujera a mi habitación. De vuelta pasamos por una colina radiante y balsámica, donde, entre una tropical exuberancia de flores y follaje, un grupo de niños birmanos danzaba al son de instrumentos de cuerda. Me vieron, y al instante se precipitaron fuera de la vista en precipitada agonía de repugnancia.

Al llegar a casa, entré en mi habitación. Dondequiera que, sobre mesas o sillas, en la cama o en el suelo, hubiera algún espacio posible, se alzaba un ataúd, con la tapa bajada, que dejaba ver el rostro de alguno entre los bien recordados muertos. Aunque nunca temí a la muerte, siempre conocí bien el sentimiento de nuestro antiguo padre, que rogó a los hijos de Het, diciendo: «Dadme una sepultura con vosotros, para que entierre a mis muertos fuera de mi vista». Sin embargo, en este momento me acurruqué entre los ataúdes como en un asilo, un demonio, en verdad, por naturaleza, pero exultante en la seguridad de poseer un escondite entre las ruinas que una vez habían albergado almas santas. ¡Dios mío! ¿Podían los muertos conocerme aún y conocer mi espantoso estado? ¡Sobre cada uno de aquellos rostros fríos pasó una ondulación de terrible agonía! ¡Me temían, después de haber estado sin vida durante muchos años! Distintamente los vi convulsionarse con un tremendo estremecimiento. Uno a uno volvieron sus rostros, y ansiosamente se afana-

ron con las manos a la espalda por cerrar las tapas que dejaban entrar mi maldita vista.

Y ahora los dos amigos más amados que me quedaban vivos venían caminando hacia mí con lágrimas brotando de sus ojos. Habían venido a pie desde una ciudad lejana para caer de rodillas y suplicarme, por todo lo que yo tenía de sagrado en la ternura de nuestra relación, por el más precioso futuro de mi alma, que abandonara el hachís. En el momento en que sus rostros se encontraron con el mío, con un penetrante grito de dolor huyeron fuera de mi vista.

Salí corriendo de mi habitación y llegué a la casa de un viejo e íntimo compañero. En un taller que había dispuesto como lugar de recreo estaba afanosamente ocupado, cuando entré, en algún artificio mecánico, comenzado la última vez que le había visto. Estaba de espaldas, y, para atraer su atención, le llamé por su nombre: «¡Edward!».

De repente se volvió hacia mí, sonriendo al reconocer mi voz; pero, cuando el cambio de horror se apoderó de sus facciones, arrojó el martillo que tenía en la mano a mi cabeza. Justo falló su blanco, y vi que había lanzado el arma, no con ira, sino como el último don que podía darme para privarme de mi infernal vida. Al momento siguiente saltó por la elevada ventana de la habitación, y brazas más abajo le oí estrellarse contra el pavimento.

En una agonía anterior había obtenido súbitamente alivio con la visión de cierto nombre escrito en suaves tintas sobre el cielo. Era el nombre de una muchacha hermosa, buena y amada; y al verlo, me representaba tales amables cualidades de inocencia, que bajo él me acogí dulcemente como bajo una égida. En un instante me volví sereno, y las voces diabólicas que resonaban tras de mí se apagaron.

Recordando esto, ahora me propuse figurar el nombre de aquella protectora de la misma manera que antes, y de ello me prometí pronto consuelo. Procuré representármelo ante mí, un nombre tan simple como hermoso tanto en sí mismo como en sus asociaciones. Era «Mary», y a él huí como nunca huyó asesino perseguido a asir las faldas de Nuestra Señora, la santa tocaya de esta purísima niña.

En primer lugar, intenté poner la palabra entera ante mis ojos. Esto lo hallé imposible. Entonces mi empeño fue, letra por letra, verla en sucesión. Intenté obtener la primera letra. Y ahora vino la inexplicable aflicción de una perfecta capacidad de pensar en la que quería sin poder representar su forma ni siquiera a mi vista interior. Hacia atrás y hacia adelante recorrí todo el alfabeto. Con inconcebible rapidez, cada carácter que comenzaba con A pasó volando ante mí, pero cuando el vuelo llegaba a L había un vacío inevitable entre ella y N. En la Z tomé el rastro del torbellino alfabético; de la misma manera, desde la N las letras saltaban a la L. Al fin, tras una innumerable multitud de intentos, me arrojé furiosamente al suelo ante aquel torrente demoníaco de tipos en marcha, y clamé al Cielo: «¡Una M! ¡Una M! ¡Por el amor de mi alma, concédeme una M!».

Mi plegaria no fue escuchada, pero sin advertencia fui levantado de la tierra, y sobre un viento ardiente fui llevado como una hoja seca hacia el cielo. Adónde y por qué iba no lo sabía, hasta que una voz espantosa siseó muy cerca de mi oído: «En la tierra triunfaste en goces sobrehumanos — ahora tañerás su doble. Tuyo es doblar la campana que convoca al Juicio».

Miré, y ¡he aquí! todo el hemisferio celestial era una terrible campana de bronce, que se mecía sobre algún invisible eje adamantino en las infinitudes de lo alto. Cuando llegué, estaba sin voz, pero pronto supe cómo había de sonar. Mis pies fueron rápidamente encadenados al

la cima del cielo y, balanceándome con la cabeza hacia abajo, me convertí en su lengua. Aún con más poderosa violencia se agitó aquella espantosa campana, y ahora, estrellándose tremendamente, mi cabeza golpeó contra su costado. No fue el dolor del golpe, aunque era inconcebible, sino el colosal estruendo que llenó el universo y desgarró también mi cerebro, lo que borró en un instante todo sentido, pensamiento y ser. En un instante sentí mi vida extinguida, pero supe que era por aniquilación, no por muerte.

Cuando desperté del estado de hachís, quedé tan abrumado al encontrarme aún en la existencia como podría estarlo un muerto del siglo pasado si de pronto fuera restituido a la tierra. Por un tiempo, incluso en

perfecta conciencia, creí que aún soñaba, y hasta el día de hoy he perdido tan poco la memoria de aquel único tañido demoníaco que, mientras escribo estas líneas, me he llevado la mano a la frente, oyendo y sintiendo algo, por la mera imaginación, que era un eco del dolor original. Es esta persistencia de las impresiones la que explica el hecho de que el estado de hachís, tras cierto tiempo, se vuelva cada día más y más una cosa de agonía. No es porque el cuerpo se consuma por repetidos choques nerviosos; con algunas constituciones, en verdad, este desgaste puede ocurrir; nunca ocurrió conmigo, como he dicho, ni siquiera hasta el punto de producir debilidad muscular, y sin embargo la ley universal de la constante aceleración de la diabolización de las visiones se cumplió tanto en mi caso como en cualquier otro. Pero una cosa de horror, una vez experimentada, se convertía en un «κτῆμα ἐς αἰῖ», un inalienable don del infierno; era seguro que se reproduciría en algunas —¡gracias a Dios si no en todas!— visiones futuras. Había visto, por ejemplo, en uno de mis estados de éxtasis, un punto luminoso en el firmamento, un parhelio prismático. En medio de mi deleite al contemplarlo, se había transferido misteriosamente a mi propio corazón, y allí se convirtió en un círculo de fuego que fue abriéndose camino gradualmente hasta que todo el retorcido órgano estuvo en un torturante incendio. Aquel punto, visto de nuevo en una visión posterior, a través de la memoria de su dolor anterior, produjo al instante para mí el mismo maldito resultado. El número de tales teas recordadas de combustible para una sugerencia funesta crecía, por supuesto, proporcionalmente a la prolongación de la vida de hachís, hasta que al fin apenas había un objeto visible o tangible, apenas una frase que pudiera pronunciarse, que no tuviera alguna potencia infernal semejante, ligada a un efecto anterior de sufrimiento.

Lentamente así cierra la medianoche sobre el cielo del comedor de hachís. Uno a uno, sobre su paño teñido tres veces en el Aqueronte, aparecen los baladros resplandores, hasta que camina bajo un hemisferio llameante de lámparas demoníacas y sobre un suelo pavimentado con baldosas del infierno. De este terrible dominio no hay sino tres salidas. Gracias a Dios que sobre su seductora puerta no está escrito:

«Lasciate ogni speranza voi ch'entrate!»

La primera de estas salidas es la locura, la segunda la muerte, la tercera el abandono. La primera es sin duda la más frecuentemente hollada, pero puede tardar mucho en alcanzar la fuga final en el olvido, y es tan espantosa como el dominio que deja atrás. La segunda rara vez se abre al desdichado a menos que él la abra a la fuerza con su cuchillo; ordinariamente sus goznes giran con lentitud. Hacia la última, que luce, aunque un letargo de pesadilla petrifique sus miembros —aunque a ambos lados del camino haya una falange de monstruosos Afreets con desenvainadas espadas de llama—, aunque gritos demoníacos resuenen ante él y huríes inimaginables le hagan señas para que retroceda— isobre espinas, a través de hornos, pero hacia la Vida!

Capítulo XVI

UN JURAMENTO EN EL FORO DE LA LOCURA

Habiendo sido amenazado muchas veces con un completo aislamiento de la especie humana, se convirtió entonces en mi práctica, en el momento en que comenzaba a sentir el cambio del hachís apoderarse de mí, correr en busca de simpatía hacia algún amigo afín, y asegurarme así de que la sentencia aún no se había cumplido. Entré en su habitación. Le informé de mi estado; y, antes de que el delirio creciente tuviera poder alguno para pervertir mis pensamientos, le comprometí a cuidar de mí, a no dejarme nunca, a interesarse siempre por mi bienestar hasta el final. Frecuentemente este paso impedía que cualquier corriente subterránea de horror irrumpiera a través de mis deliciosas mareas de visión. Frecuentemente, cuando contemplaba al temible Afreet invadir la santidad de mi regocijo con cimitarra desenvainada, aquel compromiso recordado era para mí como el anillo de Abdaldar, y al instante

« Cesó su poder; su brazo alzado, suspendido por el encanto, colgó impotente para golpear. »

La renuncia penal de mí por Dios y por los hombres era la sombra grandiosa y prevaleciente que ahora se cernía sobre el horizonte de mis visiones, y tres veces dichoso era yo ¹⁴⁸cuando, de este modo, podía impedir

que oscureciera todo el cielo. Quiero decir más con esta palabra «oscurecer» que una mera metáfora, pues, completamente despierto y en un mediodía sin nubes, he visto tanto los cielos como el aire volverse súbitamente cenicientos con un eclipse sobrenatural, y caminaba sin más faro que el de unos ojos ardientes que «me miraban fijamente a través de la oscuridad.»

Sin embargo, el encantamiento no siempre era poderoso. Ocurrían estaciones en que estaba más allá del poder del hombre y, según pensaba, también un paria de la alianza del hombre con Dios. El hombre no podía, Dios no quería, guardarme fidelidad.

En el éxtasis de una serena elevación llegué una tarde a la habitación de un conocido que había expresado a menudo el deseo de presenciar el estado de hachís en algún paseo conmigo mientras yo estaba bajo la influencia de la droga. Por el compromiso de simpatía le obligué, y me sentí seguro — doblemente seguro; pues, mientras se preparaba para acompañarme afuera, sin premonición alguna destelló en mi mente aquel grandioso verso de Festus,

« No es mi voluntad que el mal sea inmortal.»

No solo me sugirió este verso un gran futuro de bien y felicidad a través de toda mi eternidad de hachís, sino que vi el reinado triunfante del derecho establecido para siempre entre los hombres. Una sublime emancipación de la esclavitud de las edades había sido declarada a la tierra, y en gozo visible y audible la Creación saltaba y cantaba. ¿No debía entonces ser feliz, puesto que Dios lo había pronunciado? No tenía temores. Tomando el brazo de mi amigo, pasé al aire libre.

Apenas habíamos recorrido cincuenta pies cuando oí la voz terrible hablarme distintamente: «Este es un hombre imaginativo; si eres feliz, simpatizará poderosamente contigo; quedará fascinado, se convertirá a partir de esto, es necesario que te conviertas en un ejemplo de agonía. ¿Estás contento?» Sabiendo bien lo que habría de seguir, consciente de los tormentos que yacían preparados en el abismo íntimo del infierno del hachís, ¿podía yo, como algo menos que un Dios, decir «Sí»? Inca-

paz de elevarme a esta altura de heroísmo sobrehumano, solo forcé mis labios a murmurar: «Hágase la voluntad de Dios.»

Entonces la voz respondió: «Horriblemente sufrirás, sufrirás, sufrirás, más de lo que lengua puede decir, más de lo que has soñado.»

Apreté los puños, cerré los dientes, armé todo mi ser para la inundación de agonía que estaba a punto de derramarse sobre mí desde las profundidades. Sentí dentro de mí la profecía de tales punzadas que me llevarían a los mismísimos portales de la nada.

La sentencia comenzó a cumplirse. De la cerca junto a la cual caminábamos venían ráfagas ardientes, como de un horno, y, mirando su base, vi grietas ardientes en el suelo de donde surgía el torbellino. Me marchité hasta convertirme en un saco de pergamino, que aprisionaba mi corazón como el combustible sensible para más tormentos.

Y ahora a través de aquel corazón se deslizaba una sierra delicada, de innumerables hojas, cada una afilada hasta la última delgadez del acero, y cada una brillando con un calor rojo. Lentamente como una sierra de mármol el temible ingenio pasaba de un lado a otro, silbando a través del músculo retorcido, y, al presionar mi mano sobre mi pecho, quedó abrasada por el calor intenso de la lámina. De las paredes de las casas, negras garras se lanzaban para agarrar mis faldones; dejaban una cicatriz como el toque del moxa. Y aún ardía yo inextinguiblemente.

Por un tiempo guardé silencio, cerrando la boca con autocontrol prometeico. No solo mi hábito adquirido de sufrir sin palabras me contenía, sino que mi orgullo no podía soportar el pensamiento de reconocer ante aquel que caminaba a mi lado la vengativa infligición que había caído sobre mí, en lugar del manto de raptó que mi promesa le había preparado para ver.

La voz dijo entonces: «¡Confiesa! ¡confiesa!» Desesperado, apreté los labios como una prensa, y en mi alma respondí: «¡No! ¡No lo haré!»

«¿No confesarás?» volvió la voz con ira.

«¡Conocerás entonces agonías más amargas!»

Ahora en mi cerebro, movido por la misma maquinaria infernal que impulsaba las sierras a través de mi corazón, un mortífero barreno al rojo vivo comenzó a girar. Su velocidad aumentaba, y con ella un estruendo tremendo que sacudía mi ser. En cada nervio era agonizado con una agonía tal como ningún mártir puede haber conocido jamás. Cabeza y corazón ambos llameantes, ambos hendidos por el acero, los cielos mirando con ira hacia abajo, la tierra abriendo terribles vistas de sus profundidades pobladas de demonios. ¡Oh, aquí había un infierno en el que cómo podía yo vivir!

Al hombre que estaba a mi lado le susurré mi confesión. Le conté todo. Le revelé las razones de mi castigo. Le conjuré por todas mis propias torturas inmortales a no jugar nunca con el encantamiento insensato.

Y entonces, en acentos lastimeros, le supliqué que apagara mi fuego.

Al primer restaurante a mano nos apresuramos. Entrando, pedí aquel único alivio material que jamás he encontrado para estos sufrimientos espirituales — algo fuertemente ácido. En Oriente la forma en uso es el sorbete; el mío fue limonada muy agria. Se preparó un vaso de ella, y con un pequeño tubo de vidrio la absorbí, no pudiendo soportar el choque de un gran trago. El alivio llegó pero muy ligeramente — muy lentamente. Antes de que el primer vaso se agotara pedí muy imperiosamente que se preparara otro lo más rápidamente posible, no fuera que las llamas se propagaran por la espera. De este modo mantuve a un hombre ocupado en la composición de limonada tras limonada, sumergiendo mi tubo por el borde del vaso vaciado en el lleno con una precipitada prisa por la que había razones mortales, hasta que seis fueron consumidos.

Y ahora, casi enteramente restaurado, me aseguré de que había expiado mi pleno término penal, y salí regocijado. ¡Esperanza infundada! En un momento mi corazón se encendió de nuevo, y ahora era un enorme órgano de catedral envuelto en un manto de llama, y tocado misteriosamente por los dedos del elemento que lo consumía. Cada registro que pudiera sonar como los gritos desesperados y los gemidos de un alma humana estaba abierto; más aún, era humano; vivía en esta muerte lenta y cruel, y yo sentía su tortura. Un coro de demonios cantaba himnos de burla a su acompañamiento, y ¹⁶¹me enfurecía al reconocer las voces

que edades atrás en el pasado inconmensurable habían blasfemado sobre mi cuna al rojo blanco y me habían mecido con la nana del infierno.

Mientras avanzábamos por la amplia terraza que se extiende ante los colegios, miré al cielo, y ¡he aquí! sobre corceles rosados ángeles serenos cabalgaban como un ejército, con increíble rapidez, en alguna expedición de socorro. Tras ellos se arrastraban sobre vientos que soplaban de las puertas del Paraíso resplandecientes vestiduras de nube, armiño salpicado de estrellas. En un éxtasis que me elevaba por encima de mis punzadas demoníacas, junté las manos y grité: «¡Soy yo a quien vienen a salvar!»

Justo entonces una mano negra apartó la cima del cielo y me amenazó. No me hablen de rostros rebosantes de expresión espiritual; aquella mano, lentamente blandida y luego retirada, contenía más expresión que el rostro más expresivo. Me lo dijo todo sobre el terror y la condena.

Hasta que llegamos a la puerta de mi entrada estuve sin habla. Aquí mi compañero me dejó, y una vez más reuní fuerzas para prorrumper en un amargo grito: «Oh Dios, si es posible, pase de mí este cáliz.» Usé la oración del Divino con un alma reverentísima, y esperando que las recordadas palabras de su Hijo pudieran mover el corazón del Padre.

Añadí también una promesa: «Sálvame, y nunca volveré a tomar hachís.» Una vez más la voz habló y me respondió: «Muchas veces has prometido esto antes. ¡Habla! ¿Cómo has guardado tu voto?»

Esto era verdad. Repetidamente durante las estaciones de mi sufrimiento había resuelto, sí, jurado, que si alguna vez escapaba con vida y razón del delirio entonces presente, abjuraría de la hierba de la locura para siempre. Al volver al estado natural siempre recordaba haber hecho la promesa, pero la consideraba como el acto de un temor impío en circunstancias irresponsables, y movido por un sufrimiento que era perfectamente posible prevenir con suficiente atención a la salud general y al ánimo como elementos que modificaban materialmente el efecto de la droga. Teniéndola, por tanto, por nada vinculante, la había quebrantado como lo haría si hubiera sido hecha en algún sueño terrorífico. Sin embargo, siempre que el sufrimiento del hachís me traía a la misma corte

ante cuya barra terrible me había obligado en mi última prueba similar, era acusado por la voz fiscal de mi ruptura de fe, convicto, sentenciado por mi propia alma, y después de eso las punzadas eran agudas con la hoja de Némesis. Me retorció no bajo aflicción, sino bajo pena.

En este momento respondí a la voz: «No he guardado mi voto, pero por esta vez sé misericordioso, y no pecaré más.»

De nuevo mi acusador habló: «Una vez más irás libre — recuerda — ¡una vez!»

Acepté esta promesa como el salvoconducto de la Deidad; mi dolor cesó, y caminé sin temor.

Pero, ¡oh insoportable! En un instante me asió de nuevo, y gemí: «¿Ha perecido incluso la fe en el Divino? Oh Dios, ¿has roto la fe conmigo?» No recibí respuesta. Por unos momentos me paseé de arriba abajo por una habitación vacía en la que había entrado, con la mano sobre mi corazón agitado, y sintiendo sus poderosos latidos mezclarse con los pulsos de la maquinaria diabólica.

Entonces salí a la entrada. Desde la puerta opuesta un hombre se acercaba a mí. Me detuve, y él también se detuvo. Caminé hacia adelante, y él vino a mi encuentro. Me volví, y él siguió detrás de mí. Le hice frente —estábamos pie con pie— ¡era yo mismo! Sí, allí estaba mi doble, pareciéndose a mí como un rostro responde a otro rostro en el agua. ¡Otro ser por cuyos crímenes debía responder, cuya porción de ira habría de sufrir! Era demasiado para soportarlo. Caí de rodillas y clamé al Cielo: «¡Oh! ¿No sueño? Decidme, decidme, ¿soy acaso más de uno?». Se me respondió: «¡Tú eres Legión!». Miré hacia la escalera. Agazapado en un escalón, fulminándome con la mirada entre los postes de la balaustrada, aferrándose a mí como un gato montés, estaba sentado —¡yo mismo otra vez! Corrí hacia la puerta de otra habitación; quería encerrarme con llave lejos de mi multitud de ser. En aquella puerta, mesándose los cabellos, rechinando los dientes, sonriendo con una sonrisa maniaca de dolor, estaba una vez más ¡yo mismo!

Del resto de mis personalidades me fue ahorrado el verlas. Una más me habría vuelto loco para siempre.

Por última vez clamé al Cielo: «¿Cómo seré salvado?». Ahora se me respondió finalmente: «Tu bondad no se extiende a Dios. A los hombres debes pagar tu falta, pues has pretendido elevarte por encima de la humanidad. Ve y encuentra a un hombre que crea tu promesa, y serás salvado».

Dura condición. Tantos de mis amigos habían conocido los votos anteriores y habían visto cómo los había cumplido, que temía amargamente no poder jamás satisfacerla.

Pero como en esto residía mi última esperanza, subí corriendo la escalera para encontrar al hombre que aceptara mi garantía. El primero que encontré estaba en lo alto de la escalera más lejana. Allí estaba sentado, como si anticipara que yo vendría, en el trono de un solemne tribunal.

Aunque no un tribunal de justicia severa e implacable. El aparato cortesano de la escena que lo rodeaba era necesario para mi propio sentido de seguridad, pues, al llevar mi caso a cualquier otro que no fuera el más augusto de los juicios, habría sentido que jugueteaba con un destino inconmensurable.

Es más, el hombre era mi amigo íntimo. En sus veraces y serenos ojos nunca había habido sino amor hacia mí, y ahora no había en ellos sino la más fraternal piedad. Lo amaba por sí mismo —lo reverenciaba por lo que era: el sereno, el reflexivo, el sabio, el sincero. El Cielo lo había enviado ahora para escucharme, y tanto en su afecto como en su carácter ponía mi confianza.

«Kobb, querido mío, amigo mío inestimable, ten piedad de mí. Acepta mi promesa. No volveré a tomar hachís».

Le hablé como si él supiera lo que no sabía: mi sufrimiento anterior. Así que él respondió con tristeza: «¡Ah! Ya has dicho eso muchas veces antes». Empecé a temer que pudiera rechazarme. Miré en torno, y a no tres pasos de distancia se alzaba una sombra fría, y con su labio y su dedo se burlaba de mí, diciendo claramente sin palabras: «Eres mío; él no te creerá». Era la Locura.

Una vez más me volví, y mirándolo como solo tal visión puede hacer mirar a uno, simplemente dije: «¡Créeme!». Esto fue todo, pero la intensidad de aquella única expresión contenía en sí suficiente significado para mostrar cuán terrible necesidad espiritual había de que él concediera mi petición. Con énfasis respondió: «Te creo». Con una mirada de malicia infernal frustrada, la sombra huyó.

Después de esto solo una vez más estuve en dolor. Como una gran chimenea, había crecido cientos de pies en el aire; con pez y haces de leña, con todas las cosas inflamables, estaba completamente lleno. De repente alguien se acercó y acercó una antorcha encendida al tiro de abajo. En un instante, desde los cimientos hasta la cúspide, con un tremendo rugido arremolinado, prendí fuego. De cada poro brotaron chorros espirales, mi cabeza se coronó de llama y se emplumó de humo, y muy abajo, en medio de la masa llameante, mi corazón yacía crepitando y cantando en agonía.

«¡Agua!», grité; «¡estoy en llamas! ¡Socorro, por el amor del cielo!». Me arrancaron la ropa con la más precipitada prisa. De pies a cabeza me inundaron de agua. Oí dentro de mí sisear los carbones y caer muertas las cenizas en la rejilla de abajo, como en un horno apagado.

Y entonces me serené.

Capítulo XVII

ABAJO CON LA MAREA

Durante días después del último sufrimiento mencionado me adherí sagradamente a mi voto. Fortalecido por la simpatía de mis amigos, templado por las imágenes de una memoria temible, sosteniéndome en lo Divino, combatí con éxito las fascinaciones de la droga. Por fin llegó un tiempo en que nada sino una resistencia sobrehumana podía soportar y vencer.

Como he dicho con frecuencia, no sentía depresión alguna del cuerpo. Las llamas de mi visión no habían ¹⁵⁵ marchitado un solo tejido corpóreo ni

roto una sola fibra corpórea. Todos los dolores inducidos por el abandono total del hachís eran espirituales. Desde las etéreas alturas del Olimpo había sido dejado caer en medio de una niebla aquerónica. Mi alma respiraba laboriosamente, y se entorpecía con cada hora. Temía una noche de olvido que avanzaba. Me sentaba aguardando la extinción. Las formas que se movían en torno mío en el mundo exterior parecían cadáveres galvanizados; el alma viva de la Naturaleza, con la que tanto tiempo había comulgado, se había apagado como la llama de una vela, y su exterior restante era tan pobre e insignificante como aquellos árboles de madera con que juegan los niños, y los acantilados y cabañas tallados en boj por algún suizo en su ocio invernal.

Es más, el dolor real no había cesado con el abandono de la indulgencia. En algún sueño ardiente de la noche, o algún súbito escalofrío de la luz del día, los antiguos punzamientos se reproducían con una viveza que sólo menos que equivalía a la alucinación. Abría los ojos, me frotaba la frente, me levantaba y caminaba: se percibía entonces que eran meramente ideales; pero la misma necesidad de este esfuerzo por despertarme, necesidad que podía ocurrir en cualquier momento y en cualquier lugar, se volvía gradualmente una penosa servidumbre.

Pero más difícil de soportar que todo esto era un súbito destello de aquella belleza sobrenatural que tan a menudo había teñido mi experiencia pasada — una rápida revelación del rosado cielo del hachís que se filtraba sobre mí por algún viento pasajero que apartaba los densos vapores de mi presente vida — un repique de la recordada música poderosa que se vertía a través de las rejas de mi prisión sin voz, y moría tristemente contra sus muros de granito. ¡Ah! bien puede el más rígido crítico moral perdonarme si, alzando la vista hacia mi antigua cumbre de visión, hablaba a mi yo pasado como si aún estuviera sentado allí.

«Así puedes tú mirarme donde yo lloro, como a más vastos movimientos ligado, los circuitos de tu órbita en torno a una altura más alta, a un hondo más profundo.»

Como Eblis, rehusé adorar la tierra cuando había visto el cielo, y una vez más osé asumir su orgullo aun con sus punzamientos.

Volví al hachís, pero sólo cuando hube quedado sin esperanza de llevar a cabo mi primer intento — su abandono total e inmediato. Ahora resolví abandonarlo gradualmente — retirarme lentamente de mi enemigo, hasta haber pasado las fronteras de su terreno encantado, donde él guerreaba contra mí con ventaja. Una vez sobre las fronteras, y desatado el hechizo de la pesadilla, podría correr por mi vida, y esperar distanciarlo en mi propio territorio recuperado.

Este fin procuré alcanzar disminuyendo las dosis de la droga. La más alta que jamás había alcanzado era un dracma, y esto rara vez era necesario excepto en los estados más inimpresionables del cerebro, pues, según la ley de la operación del hachís que he afirmado valedera en mi experiencia, un bolo mucho menor era ordinariamente suficiente para producir pleno efecto en este tiempo que cuando comencé la indulgencia. Ahora reduje mi ración diaria a diez o quince granos.

El resultado inmediato de esta aun modificada reanudación

del hábito fue una reinstauración en las glorias de la vida anterior. Salí de mis nubes; el mundo exterior fue reinvestido con algún derecho al interés, y la letal torpeza de mi mente fue reemplazada por una actividad aérea. Me halagaba que ahora había alguna esperanza de escape por grados de renunciación, y me sentía asegurado, además, de que, puesto que ahora rara vez experimentaba algo que se acercara a la alucinación, podría pasar por este curso gradual sin sufrir en el camino.

No revelé a mis amigos el hecho de que una vez más comía hachís. A nadie que no hubiera participado en mis sufrimientos podría haber mostrado razones adecuadas para ello. Habría alegado una excusa que nadie sino yo podía sentir; se me habría respondido con la súplica ferviente de aferrarme a mi primer propósito — quizá con la desconfianza expresa o tácita de mi intención de abjurar de la indulgencia del todo. Pero no sentía peligro de traicionarme, pues desde las meditaciones y los éxtasis en que ahora me sentaba podía despertarme a voluntad, hablar y actuar naturalmente, o desempeñar cualquiera de los deberes a que pudiera ser llamado. No creo que hubiera persona aparte de mí que una vez sospechara, en este tiempo, mi retorno a la indulgencia. Ni siquiera fui interrogado sobre el asunto.

Una vez, y sólo una vez, estuve en peligro de dar a conocer mi secreto. Con dos o tres de mis amigos había hecho un acuerdo de que en cierta tarde, como era nuestra costumbre, hablaríamos por turno, y sujetos a la crítica de cada uno, por el bien del mejoramiento en la oratoria. Cuando llegó el momento, me encontré no sólo adecuado a cualquier cantidad de discursos, sino propenso

a adornar mis frases con una exuberancia oriental de imágenes que infaliblemente revelaría el hecho de haber tomado hachís dos horas antes, pues la dosis, aunque no extendiéndose en tamaño más allá del límite que me había fijado, había aún operado con un poder inusual.

Cuando mis amigos me llamaron no supe qué hacer. No había enfermedad que alegar — la animación con que cada palabra era pronunciada lo habría desmentido; otro compromiso no tenía, pues la cita había sido hecha incondicionalmente y algún tiempo antes. Si iba con ellos, equivalía casi a una certeza física que prorrumpiría en algún rapto que me delataría. Sin embargo, no había tiempo que perder. Resolví ir, y entregando a la Voluntad el freno de la Pasión, partí con ellos calle abajo.

El esfuerzo que hice por callar, o, a lo sumo, por hablar de manera práctica, fue entre los más duros de mi vida. Hay un juego de prendas, para la mayoría de mis lectores sin duda bastante conocido, que consiste en caminar tres veces en diagonal a través de una sala, llevando una vela encendida, y repitiendo la fórmula más absurda a una persona que te sale al encuentro similarmente provista, sin mover un músculo de la cara. Hay también una leyenda, tejida en las *Mil y una noches*, de un joven que, en cumplimiento de cierta empresa, descendió por una caverna infestada de demonios donde, aunque asaltado por todos lados por visiones de asombro muy provocadoras de palabra, se vio obligado a sellar sus labios bajo pena de una terrible retribución.

La naturaleza sólo, y no el grado, del dominio de sí mismo

exigido por mis circunstancias, es prefigurada por estas ilustraciones. Fui asaltado con toda tentación posible a la risa y al asombro abierto. Al mismo comienzo de mi caminata, por primera vez en varios meses estuve en China. Todos los tejados se volvíán hacia arriba en las esquinas, y

dragones amorfos ondeaban en rojo, verde y oro desde sus cumbres. El aire olía a azahar, y muchachos pregonaban fruta por las calles en el dialecto de Whampoa.

Pero la alucinación china no continuó mucho. Pronto recordé la vieja y familiar ciudad en que caminaba, y sin embargo ¡qué singular cambio en las costumbres había pasado sobre ella! Cada casa había ido a la escuela de danza, y vuelto educada en la más exquisita cortesía. Todas me hacían sus saludos al pasar con un conocimiento del buen tono absolutamente abrumador.

Una vivienda de ladrillo, atildada, evidentemente recién llegada, y, a causa de la inseguridad de su posición social, particularmente ansiosa por congraciarse con los habitués, me hizo una profunda reverencia, hasta su umbral mismo.

Una respetable casa vieja, que había estado allí desde la última guerra, miraba rígidamente por encima de los muros que flanqueaban sus chimeneas, e inclinábase ligeramente con una tiesa cortesanía — un verdadero Roger de Coverley en piedra y mortero.

Una casa de aspecto ligero, de un color particularmente vivo, consciente de contener todas las mejoras modernas, y profusamente ornamentada en talla de pan de jengibre, se tomó la libertad de ser llana en su trato como un *soi-disant fashionable*, y me saludó con familiaridad, diciendo al mismo tiempo en su puerta principal: «¿Cómo está usted, viejo amigo?» «¡Maldita su desfachatez!», me dije a mí mismo, y seguí caminando.

La siguiente era una doncella casita de campo, que modestamente bajó las fajas de sus ventanas del segundo piso, y se ruborizó hasta su canalón al pasar nosotros, haciendo al mismo tiempo una reverencia hasta el fondo de su patio trasero.

Una iglesia me sonrió condescendentemente desde su campanario, se inclinó hacia adelante, e inmediatamente se retractó haciendo otra reverencia hacia atrás, con un aire que decía: «Espero que se cuide, joven.»

Una tienda se inclinó blandamente e inquisitivamente, con un aire de ¿qué desea comprar?, y hasta un pobre y pequeño despacho de abogado rebajó su cornisa cautelosamente, como si temiera comprometerse. En todos estos saludos había algo que me daba una media conciencia de que después de todo era sólo una muestra emblemática, y sin embargo requería todo mi autodomínio para abstenerme de devolver el cumplido en una sucesión de reverencias. Me representaba mentalmente mis circunstancias lo más naturalmente que podía. Pintaba la necesidad de mantenerme quieto con toda la plasticidad de que era capaz, y así logré controlar todos los arrebatos de mi sentimiento.

Por fin llegamos al lugar de nuestra cita (una iglesia de la que teníamos la llave), y uno tras otro mis amigos hablaron, y yo escuché tranquilamente hasta que llegó mi turno. Con un esfuerzo terrible me contuve, y caminé a la plataforma aún sin culpa de mi propia traición. Si podía resistir unos momentos más, estaba a salvo.

Apenas había pronunciado mi primera frase cuando

desperté a la conciencia de que era Rienzi proclamando la libertad a la Roma esclavizada. Retraté las abatidas glorias del tiempo antiguo; levanté a ambos Catones de sus tumbas para gemir sobre la presente esclavitud; lancé fiera invectiva contra las usurpaciones de Colonna, y señalé el camino a través de la sangre de tiranos hacia un futuro inmortal. El amplio espacio bajo la tribuna se pobló con una multitud de rostros intensos, y dentro de mí había un sentido de elevarme a lo sublime, al saber que era mi elocuencia la que dominaba a aquella gran hueste con una tormenta de indignación, como el siroco que pasa sobre los juncos.

Extraño es decirlo, ni aun aquí revelé mi estado. Aquella porción vigilante de mi dualidad que me había controlado hasta entonces, me guardó de cualquier exceso injustificable aun en el apasionado carácter de Rienzi.

Durante algunas semanas continué este empleo moderado del hachís, disminuyendo a veces las dosis, volviendo luego al límite, pero nunca traspasándolo. Como las disminuciones proseguían en una proporción bastante regular pero lenta, me halagaba la idea de que avanzaba hacia

una emancipación final y perfecta. Pero el progreso no era aquel indoloro con el que me había halagado. Había mucho menos que soportar que en la peor parte del período anterior de indulgencia, aunque podría haberse reducido muchas veces en intensidad sin descender al plano del sufrimiento físico o espiritual ordinario.

Una de las experiencias más amargas del hachís me sobrevino por esta época, y puesto que es la única que en mi memoria se destaca con peculiar nitidez de contorno sobre el vago fondo de alternantes luces y sombras, la doy como un poderoso y compensador contraste frente a la visión antes detallada en la que triunfé como rey milenario.

Era ahora con Cristo crucificado con quien me identificaba. En tenue horror percibía los clavos que perforaban mis manos y mis pies, pero no era esto lo que parecía ser la carga de mi sufrimiento. Sobre mi cabeza, en una tremenda y cada vez más densa nube, descendía lentamente la culpa de todas las edades pasadas y de todo el mundo por venir. Por un terrible avivamiento, contemplaba toda atrocidad y crimen sin nombre que ascendían desde todos los tiempos en líneas que convergían en mí mismo. Las espinas se aferraban a mi frente, y gotas sangrientas se alzaban como rocío sobre mi cabello, y sin embargo no eran estos los instrumentos de mi agonía. Me marchitaba como una hoja al aliento de una venganza justa. El telón de una negrura lívida pendía entre mí y el cielo; la misericordia enmudecía, y yo soportaba solo la ira de la Omnipotencia. Desde una distancia ígnea, cánticos demoníacos de blasfemia triunfante llegaban bramando a mi oído, y susurros de ferocidad malvada rizaban el aire plumizo en torno a mi cruz. Cuánto tiempo soporté esta agonía vicaria nunca lo he sabido; por la peculiaridad del tiempo en tales estados, sería imposible saberlo.

Pero, en general, mientras sentía el pleno efecto de la dosis, me sentaba en soledad, con los ojos cerrados, disfrutando de la tranquila procesión de imágenes, especialmente las de paisajes, que podía disipar a voluntad, ya que no alcanzaban la realidad de la alucinación. O, si mi quietud era interrumpida por la entrada de otros, mediante un esfuerzo la conversación era posible con ellos, siempre que se tuviera cuidado de evitar la introducción de cualquier tema poderosamente agitador.

Este cuidado lo hallé extremadamente necesario, ya que la peculiar sensibilidad a la impresión que induce el hachís hacía la simpatía tan profunda que resultaba dolorosa. En un caso, este hecho se reveló con suficiente claridad para advertirme para siempre jamás. Para complacer la petición de un amigo, le leí algunos versos de una pieza sobre las dudas de la inmortalidad humana. Al llegar a un pasaje donde uno de nuestros padres primigenios es introducido hablando en agonía de su temor a la muerte que se aproxima, sentí que esa agonía se volvía, por simpatía, tan fuertemente mi propia emoción, que, para no identificarme por completo con el que sufría, me vi forzado a dejar el manuscrito y alegar alguna excusa para no continuar la lectura.

Capítulo XVIII

MI GUARDIÁN DE PIEDRA

Fue durante este período cuando pasé una breve temporada en Niagara. En la premura de partir hacia allí, dejé atrás a aquel compañero de viaje, más indispensable que cualquier artículo o que todos los artículos posibles del equipaje: mi caja de bolos. Demasiado tarde para reparar el error, demasiado tarde para mi propia serenidad, descubrí que mi sostén de vida quedaba fuera de mi alcance en un lugar a orillas del lago Ontario, donde la preparación cannábica más concentrada es el estay de proa de un aparejo de cuchillo y foque.

En las cataratas, sin embargo, y una vez crecido el entusiasmo, me fue mucho mejor de lo que había esperado. El único rastro de sufrimiento perceptible al principio quedó en forma de un nombre algo nerviosamente escrito en el libro de entradas del hotel. La excitación de una sublimidad que, por decir lo menos, es extranatural, me sostuvo por un tiempo por encima del dolor por la pérdida de lo sobrenatural.

Además, un apoyo material vino a aumentar el espiritual. Como el zumo de limón había sido a veces una cura eficaz para los sufrimientos del exceso, descubrí ahora que un uso del tabaco, hasta una extensión que en otras ocasiones habría sido inmoderada,¹⁶² era un preventivo de los horro-

res del abandono. Haciendo uso de este conocimiento, fumé incesantemente cuando me hallaba fuera de la presencia inmediata de las aguas —nunca pude, por necesitado que estuviera, echarme humo a la cara del Niagara—, blasfemia de obra solo inferior a una de palabra que llegó a mi noticia durante esta visita.

Durante una hora de una gloriosa mañana había estado mirando desde el balcón de la torre de la isla de la Cabra la corona de esmeralda en todo el lujo de la soledad. Un pesado paso resonó desde dentro en la escalera, rompiendo mi sueño, y al momento siguiente apareció de golpe en la plataforma un hombre que había venido a «hacer» las cataratas, con los olores de la metrópoli aún adheridos a sus vestidos, y rotundo en toda la plenitud del bienestar corporal —un omfalopsiquita por necesidad, pues le resultaba imposible mirar hacia abajo sin posar los ojos sobre aquella porción de su individualidad tangente al borde inferior del chaleco. Lo máximo que podía pedir a esta formación adiposa era que guardara silencio: ni siquiera eso hizo. Volviendo el rostro hacia el viento para obtener su pleno

efecto tónico, por un rato lo bebió a grandes tragos, y luego prorrumpió entusiasmado ante mí: «¡Qué cosa tan espléndida para dar a un hombre apetito para su cena!». Sensible como me hacía mi estado en aquel momento, me dominé hasta el punto de no responder nada. Bien estuvo que no me hallara glorificado por el hachís cuando él hizo su asalto, pues, aunque en lo corporal no carecía de nada, quizá no se habría vuelto a oír de él hasta que lo sacaran del Ontario.

Siempre me ha sorprendido que las cataratas sean tanto el tema de los amantes de lo sublime con casi total exclusión de los rápidos. Los rápidos tienen una majestad propia que, a mi juicio, jamás ha cedido en nada a la muy distinta de las cataratas. Al tratar de resolver esta diferencia mediante un análisis, parece ser esta: en el precipitoso borde sobre el cual se produce el salto final de las aguas, hallamos una razón para el grandioso poder del descenso. Más arriba, la pendiente de la inundación es comparativamente imperceptible; el estruendo precipitado de las olas se convierte para nosotros en resultado de alguna voluntad interior más que de la gravedad sin alma; y por el despliegue de poder de esta voluntad misteriosa quedamos abrumados, pareciéndonos hallar nuestra cau-

sa en el espíritu y no en la materia. Lugar tan sagrado como cualquiera me parece el punto superior de la isla, que mira, como lo hace, a la ira oceánica de aquella alma ondulante e irresistible, desde el remanso silencioso donde se hiende para sus últimos espasmos enloquecedores, hasta muy arriba, hasta la línea de su temblor en la primera conciencia de la fuerza recogida contra el cielo más lejano; tan sagrado como cualquier estación junto al pavimento cambiante de pórvido moteado y fundido bajo la catarata, donde la espuma flota eternamente hacia atrás sobre la pared precipitada como polvo de mármol arrastrado por el viento desde el suelo del Gran Escultor.

Hay todavía otro elemento en la sublimidad del lugar demasiado poco advertido, o advertido solo como una curiosidad. Es la Roca del Perfil, en el borde de la catarata americana más próximo a la isla de la Cabra. Tan poco se la conoce, que muchas personas van allí sin saber de su existencia, y se marchan sin que se la hayan señalado. En efecto, para un mero mirón superficial, y no un estudioso del Niagara, probablemente pasaría inadvertida. Si no fuera corto de vista, me avergonzaría confesar que yo mismo no la vi hasta que mis ojos fueron llamados a ella por un amantísimo y ardiente admirador de todo lo noble en la naturaleza, un amigo muy cercano y querido, a quien tuve la fortuna de tener a mi lado en la mayoría de mis paseos.

Sosteniendo el peso de aquellas vastas aguas sobre su cabeza medio inclinada, la figura de piedra se yergue, visible bajo el velo, o visible al menos por encima de la cintura; pero no se necesita más que el rostro, con su mirada de calma resistencia, para sugerir en él toda una historia de Hado. En aquel tiempo del que he estado hablando, yo mismo sentía suficiente necesidad de fortaleza para experimentar un intenso anhelo hacia este emblema de paciencia heroica, y al mirarlo me sentía cada vez más amarlo incluso humanamente. En muchas visiones posteriores se me apareció como un consolador silencioso, cuando el propio Niagara se había vuelto una aflicción para mi memoria; y mientras estábamos uno al lado del otro, él bajo su inundación, yo bajo la mía, cobré fuerzas de su ojo inmóvil para soportar hasta el fin todo lo que finalmente habría de darse al triunfo de la resignación.

Solo e incapaz de dormir, aunque la noche avanzada no oía nada que rompiera su quietud sino el incesante fluir del río, me sentí así «fluir en palabras» hacia aquel mudo rostro de paciencia:

¡Niagara! No soy de los que buscan

alzar su voz por encima de tu himno tremendo;

mío sea guardar silencio donde Dios habla,

ni con mi alabanza empañar su gloria.

Mas a ti, forma de la frente de piedra,

que estás por siempre en tu lugar no compartido,

el alma humana dentro de mí ahora anhela,

y quisiera poner mi cabeza junto a tu rostro,

Rey, desde edades oscuras de Dios apartado

para llevar el peso de una corona tremenda,

y sentir que las vestiduras que envuelven tu corazón solitario

amortiguan sus pulsos mientras sus pliegues descienden;

qué sublimes años están escritos en el rollo

de tu imperial y pavorosa herencia,

el hombre no podrá leerlos hasta que sus líneas se desplieguen

en la gran mano que puso tu trance de piedra.

Acaso tu inmóvil mirada adamantina

se tendió para su larga vigilia sobre el abismo

antes de que las densas puertas de la oscuridad primigenia temblaran,

y la luz irrumpiera sobre tu baluarte.

Y cuando aquella súbita gloria iluminó tu corona,

y Dios te prestó un arcoíris de su trono,

¿acaso a través de tu pecho de piedra no destelló hacia abajo
algo de Su alegría también hecho tuyo?
¿Quién sabe si no te dio Él para regocijarte
hasta que el himno del hombre sonara a través del tiempo por venir,
y cuando nuestra venida coral acalló tu voz,
te dejó aún algo de humanidad?
Aún pareces un sacerdote — aún el velo fluye
ante tus ojos reverentes, y oculta Su luz,
y el tuyo es como el rostro de uno que sueña
con una gran gloria que ya no es su derecho.
Pronto pasaré yo; el poderoso salmo
de tus aguas que todo lo ensombrecen se oirá
solo en la memoria; pero tu calma sin palabras
tiene para mí lecciones más que muchas palabras,
enseñando la gloria del alma que soporta
grandes inundaciones, un velo entre ella y el sol,
y, erguida en la fuerza de la Paciencia, osa
aguardar a Aquel que ha comenzado a consumir.

He dicho que el propio Niagara se volvió una aflicción para mí. Más especialmente fue así después de mi abandono total del hachís; pero no debo anticiparme. Cualquiera de mente sensible ha notado la permanencia de las impresiones que deja el grandioso paisaje, de ninguna más que del Niagara. En efecto, conozco a personas que durante meses, en todos sus ensueños diurnos así como en los del sueño, fueron perseguidas por las cataratas de una manera casi como ilusión óptica. Sus visiones eran siempre deleitosas. Figúrese ahora una mente naturalmente muy impresionable por el paisaje, ¹⁶⁶ vuelta innumerables veces más sensi-

ble por un proceso que la dejó como una placa fotográfica perfecta, y luego expuesta a luces como las reflejadas por aquel río sobrenatural: se tendrá entonces la condición en que dejé el Niagara —condición que continuó por muchos meses después. Tan lentamente se desvanecieron en mi mente las huellas de aquella imaginiería, que nunca, ni aun ahora, las he perdido por completo. A veces los terrores del borde y de la catarata resuenan todavía en sueños con un misterio de hachís, y me espantan como apenas podría espantarme la presencia de su peligro real.

Al volver a un lugar donde el hachís estaba a mi alcance, huí a él en busca de alivio como a un arca. Con considerable dominio de mí mismo, vencí la tendencia al

exceso producida por la larga privación del estímulo, y me entregué a él solo dentro de mis límites establecidos.

Comencé entonces a descubrir que lo gradual era casi tan difícil como el abandono instantáneo. Lo máximo que podía hacerse era mantener el bolo sin exceder los quince granos. Desde diez y cinco, que a veces probé, había un deslizamiento insensible de vuelta a la ración mayor, y aun allí mi mente se rebelaba contra la restricción. Aunque no había sufrimiento por absoluta lasitud intelectual, surgía aún, de vez en cuando, un anhelo más o menos intenso de la antigua música y fantasía extática, que no podía satisfacerse con un mero despliegue panorámico de imágenes internas, por hermosas que fueran, disueltas en un momento al abrir los ojos.

Sin embargo, luché strenuamente contra la fascinación de una ración más generosa, y esperé contra toda esperanza algún tiempo indefinido en que el peligroso hechizo pudiera quedar del todo desatado.

Capítulo XIX

RESURGAM.

Una mañana, habiendo tomado mi dosis ordinaria sin sentir aún su efecto, entré en una librería a comprar el último número de Putnam's.

Hojeando sus páginas tal como yacía sobre el mostrador, el primer artículo que detuvo mis ojos se titulaba «El comedor de hachís». Solo un hombre en mis circunstancias puede comprender el intenso interés que se apoderó de mí ante la vista de estas palabras.

Por un momento me detuve en ellas con un inexplicable temor de seguir leyendo el artículo. Cerré el libro y jugueteé con mi curiosidad examinando su cubierta, como quien recibe una carta dirigida con alguna letra desconocida escudriña cuidadosamente el matasellos y el sobre, y se entretiene con el sello antes de abrirlo finalmente. Había supuesto que era el único comedor de hachís de este lado del océano; esta idea de completo aislamiento había sido un elemento en muchos de mis horrores. Que alguno entre mis conocidos hubiera estado detallando un fragmento de mi propia experiencia, tal como él la veía desde fuera, fue mi primera hipótesis. Aunque, considerada en sí misma, no había nada muy improbable en que otra persona adquiriera el hábito, la coincidencia de haber dado yo con este artículo, con la fuerza del hachís aún latente dentro de mí, parecía tan notable que no podía creerlo. Entonces me dije a mí mismo: no leeré este artículo ahora. Lo aplazaré para otra ocasión; pues, si su relato es de horrores, puede oscurecer el semblante de mi visión esperada. En cumplimiento de este propósito, salí de la tienda y bajé por la calle.

No estaba satisfecho. Hacia dondequiera que me volviera era seguido por una sombra de fascinación. Por una atracción irresistible fui arrastrado de vuelta al mostrador. Si lo peor estaba allí, debía saberlo. Regresé, y allí, como antes, yacía el misterio sin sellar. Con mano temblorosa me dirigí al lugar; de nuevo escudriñé el encabezamiento, para ver si alguna ilusión inconsciente de un estado de hachís, que se hubiera producido antes de que yo me diera cuenta, no había objetivado las palabras que tantos días habían quedado estampadas en mi cerebro. No; tan claramente como los ojos podían leerlas, estaban sobre la página. Leería el artículo de principio a fin. Esta resolución, una vez formada, fue sacudida, pero no quebrantada, por una mirada involuntaria hacia adelante, que me dijo que el relato era de agonías.

Fue solo un momento antes de que, sin más demora, leyera, me detuviera y relejera cada línea.

N. del T.: el facsímil trae aquí una frase corrupta («I was not of a miser»), que se restituye por el sentido inmediato del pasaje.

Encontré analogías tan asombrosas con mi propia experiencia pasada que frías gotas brotaron en mi frente, y exclamé: «Este hombre ha estado en mi propia alma». Ambos habíamos sido abandonados del Cielo; habíamos escalado hasta las prerrogativas de la Deidad, para ser luego derribados; habíamos empuñado el cuchillo maldito a los susurros de una tentación espantosa; habíamos sido los repudiados, los abominados, los execrados de los hombres. ¿Debía llevar más lejos el paralelo? Él había abandonado el hachís para siempre. ¡Cuán terriblemente sacudió esta pregunta mi alma! En un instante, como algún grandioso fasto, las glorias del encantamiento desfilaron ante mis ojos. Del pasado vino la Memoria, blandiendo deliciosos incensarios; sobre el vapor fragante, al flotar hacia arriba, se trazaba un cielo más sublime, una tierra más hermosa, de los días idos, que cuanto la Hechicería pintara jamás sobre el humo que obliga al Hado, para un extasiado contemplador de lo Futuro. Allí los punzantes dolores del tiempo antiguo no tenían lugar; todo era serenidad, éxtasis, revelación. ¿Debía renunciar a todo esto para siempre?

¡Así me ayude Dios, lo haría!

Al autor de aquel artículo no lo conocía. De su nombre no tenía ni la más leve sospecha. Sin embargo, por él sentía una simpatía; sí, aunque sea impropio de este mundo, un afecto tal que me movería al más alto oficio de gratitud. En mi soledad hasta entonces inquebrantada se había adentrado; inconscientes de la presencia del otro, habíamos recorrido el valle de las terribles sombras lado a lado. Como ningún otro hombre sobre la tierra podría sentir por mí, él podía sentir. Como ninguno otro podría aconsejarme, él podría aconsejar. Por primera vez en toda la tremenda extensión de mi eternidad hechizada oí la voz de la simpatía o vi un ejemplo de escape. Aunque jamás pudiera ver su rostro en la tierra, desembarazado del cuerpo lo conocería de inmediato, pues estaba ligado a él por lazos hilados en la rueca de una mano sobrenatural.

Regresé a casa llevando en mi mente casi las palabras exactas de aquel relato vívido y veraz en extremo. Tan poderosamente me poseyó su emoción que suplantó por completo la de la droga, la cual no se hizo perceptible ni una sola vez.

Hay una rica lección de las hondas fuentes de la acción humana enseñada por la vieja historia, en la cual aquel que en años posteriores había de hacer glorioso el nombre de Cartago entre los pueblos alzó su mano de conjuración en presencia de su padre. De aquel de cuya fuente original provenía, y en cuyas profundidades sus primeras olas de ser hallaron su más noble, su más verdadero eco de respuesta, extrajo con la mayor naturalidad aquella plena marea de fuerza que a través de todas las barreras había de llevarlo adelante hasta que anegara en el diluvio de la venganza heredada el territorio de su enemigo.

No era yo un Aníbal, sino el doliente que luchaba bajo el largo y soldado yugo de la hechicería, gimiendo por una liberación que apenas me atrevía a tentar; no eras tú un Amílcar, padre mío, pues las manos con que sostuviste las mías en su voto final de libertad estaban húmedas, no con la sangre de la guerra, sino con las lágrimas de una compasión preciosísima; y así como ante ti, en aquella última noche de mi servidumbre, pronuncié el juramento que abrió las puertas de mi prisión, de tu presencia obtuve una fuerza de voluntad sustentadora que, a través de muchos días de lucha y fatiga, había de impulsarme (con toda reverencia a los majestuosos monumentos del tiempo pasado) contra un enemigo más poderoso, más sutil que Roma.

Tras sellar así mi liberación, mi siguiente paso fue descubrir al autor del artículo en Putnam's, que me había decidido a ella en primer lugar. Esto, por la amable cortesía de algunas de sus mentes rectoras, pude lograrlo en pocos días. Al autor escribí entonces, sin confiar en otra presentación que la de nuestro terreno común y las simpatías de la naturaleza humana. Le pedí consejo sobre los mejores medios de suavizar el camino de mi escape, pues había visto lo suficiente en mi esfuerzo anterior para asegurarme de que sería muy duro. Además, la simple posesión de una carta de alguien que había sido tan decisivo para efectuar originalmente mi liberación sería una poderosa ayuda para hacerla permanente.

Muy poco tiempo transcurrió antes de que recibiera una respuesta a mis preguntas. Mi ansiedad no podría haberla hecho más llena de información y asistencia de lo que fue; mi gratitud no podría haber exagerado el valor de su simpatía y aliento. Pero por la santidad que a una mente de alguna delicadeza reviste una correspondencia de tal naturaleza, no podría abstenerme de darle aquí publicidad. Fortaleció mi resolución, me abrió un cielo de esperanza alentador, me señaló expedientes para asegurar el éxito, mitigó los sufrimientos del presente. Es, y siempre será, atesorada entre los más preciosos archivos de mi vida.

Así sostenido humanamente, y sintiendo el incitamento y sustento siempre cercanos de una Presencia aún más alta, comencé a tantear mi salida del baratro de mi larga estancia, y sus fauces se cerraron tras de mí, para no abrirse jamás desde entonces, jamás en lo sucesivo hasta que no haya más ayuda en el cielo, para mi ingreso. De su tremendo Elíseo, su Tártaro inextinguible, sus revelaciones sin palabras, salí lentamente a una tierra de cielos atenuados y atmósfera más pesada. El chorro de llama y la fuente se tornaron más tenues tras de mí en las nieblas de la distancia; más amplias, en la tierra de la que tanto tiempo había errado, crecían ante mí las sombras de la vida presente. Sin embargo, entre todas las luces que, sin oscurecerse por el vapor, desde lejos me guiaban en mi camino, había una que brillaba con la promesa de que en los días venideros, el alma, purificada de lo terreno, contemplaría una vez más, sin dolor, las ahora abandonadas glorias de su pasada apocalipsis.

Capítulo XX

AL DEJAR A SU MAESTRO, EL PITAGÓRICO SE ESTABLECE POR SU CUENTA

Durante el curso de los acontecimientos que hasta aquí han ocupado mi narración, me había graduado en mi colegio. Dispuesto a diferir por un tiempo la prosecución de estudios más inmediatamente profesionales, busqué algún empleo que por un año ocupara una parte de mis esfuer-

zos y dejara, al mismo tiempo, una razonable cantidad de ocio para la lectura privada. Como ocurre con tantos de nuestros recién emplumados antiguos alumnos americanos, mi elección recayó sobre la asunción de la púrpura pedagógica. Había sin duda, en algún lugar de los Estados, candidatos para la inducción en los misterios de las lenguas griega y latina — algunos jóvenes de promesa que ardían por familiarizarse con las artes de la elocución, y que no desdeñarían recibir, incluso de manos de un propio compatriota, las migajas de literatura que caen de la mesa gala. Si mi horóscopo no me había fallado, podría encontrarlos.

En consecuencia, en el atrio de mi colegio, adonde muy frecuentemente llegaban peticiones de instrucción desde el mundo sumido en tinieblas, presenté una solicitud para la situación más elegible del tipo arriba indicado que se presentara. Antes de mucho, me llegó una carta que ofrecía un puesto de maestro, situado en algún lugar entre el Hudson y el Fuerte Laramie, en una aldea glorificada con algún nombre de valor épico, poderosa en la dotación de diez casas de vivienda y una oficina de correos, y, como todos los lugares santificados por la presencia del genio educativo, «refinada, salubre y sumamente religiosa». En cuanto al primer punto de esta última afirmación, había toda razón para estar satisfecho de su verdad, pues el autor de la carta era evidentemente un caballero, y, a juzgar por el tamaño del lugar, era una muy grande porción integral de su población. Sobre el segundo punto era algo más difícil estar seguro, pues cualquier número de muertes posible a las dimensiones de la aldea podría haber ocurrido allí sin que su onda de agitación alcanzara la orilla que reconoce la jurisdicción de las tablas de mortalidad. Finalmente venía la cuestión de la «suma religiosidad». Sobre este particular, nada podría haber dado a mis dudas un *quietus* más decisivo que el hecho de que la comunidad necesitara un maestro, pues, justo entonces mirando a través del vidrio de Lorena del entusiasmo por una ocupación elegida, veía una fuerza y una belleza peculiares en las palabras: «La ciencia, sirvienta de la religión». Sin embargo, había una cosa que se erguía como ligero obstáculo en el camino de aceptar la posición. Había determinado, para el año venidero, ser independiente para mi sustento de toda ayuda salvo mis propios esfuerzos. El entero autosustento era un proyecto muy querido para mí. ¿Podía esperarlo allí?

Mi corresponsal me informaba que no podían ofrecerse muy grandes incentivos pecuniarios, pero añadía seductoramente que, a un joven de excelentes principios, que deseara establecerse como centro moral en la comunidad, ninguna apertura podría ser más prometedora. Como no proseguía a aconsejarme si, en su porción del país, los «centros morales» eran gratuitamente alimentados, alojados y vestidos, además de ser generosamente obsequiados, como ligero testimonio de estima popular, con sus cuentas de lavandería, combustible, luces y papelería, concluí no cerrar con su oferta, perdiendo así para siempre, por las más bajas consideraciones terrenales, la inapreciable oportunidad de irradiar ondas circulares de una excelencia untuosa a través de no es posible decir cuán grande área de región boscosa deshabitada. Si se ha encontrado algún titular suficientemente abnegado para llenar la vacante rechazada, por falta de datos es incierto; si no, el lugar con el nombre homérico vaga en ignorancia pagana hasta el día de hoy.

Otra solicitud que me llegó, pareciendo en todos los puntos satisfactoria, fue aceptada. En el pueblo de W , en el Estado de Nueva York, se había alzado un clamor por un maestro que pudiera ser absorbente así como radiante, y uno, además, que pudiera permitirse la esperanza de un moderado ocio para sus propios propósitos de autodisciplina.

Allí, cuando comencé a arreglar los asuntos para mi partida de casa, me halagaba que una ocupación establecida debía absorberme de los pesares por la pérdida de mi vieja indulgencia; la quietud, los libros y una vida regular debían crear en mí un nuevo estímulo y energía. El departamento de pedagogía sobre el cual iba a ser instalado era afín a gustos largamente consolidados — los clásicos antiguos e ingleses. Así emergería gradualmente de las sombras a un ser con nuevos motivos, y con cuidados moderados embotaría los dolores del progreso. Hasta dónde coseché mi esperanza lo mostrará la secuela.

Habiendo alcanzado la escena de mis labores, me encontré asociado con un maestro que, como yo, era un recién llegado, pero no, como yo, un neófito en la profesión, pues había envejecido venerable en el sacerdocio de Minerva, habiendo, con toda probabilidad, durante su vida anterior, ofrecido numerosas hecatombes de víctimas juveniles, tanto varones como hembras, sobre su altar. Al mismo tiempo que me congratulaba de

poseer la ayuda de su experiencia, descubrí que debía buscar en otra parte simpatías afines, pues era una de esas personas cuyo metal no está recocado. En la juventud había cultivado una disposición feliz, pero ahora veía la locura de ello. Por alguna falta de mi propia educación temprana, era incapaz de descubrir la conexión necesaria entre la santidad y la acritud, un corazón como el de Enoc y un rostro como el de la Esfinge.

Sin embargo, de la simpatía externa no esperaba ser muy dependiente. La institución en la que residía ofrecía esa ventaja inestimable, una biblioteca grande y bien seleccionada, donde esperaba encontrar todos aquellos selectos afectos que desde fuera mi posición podría negarme.

¡En una buena biblioteca cuán velozmente se derrite el tiempo! No meramente en el sentido de su rápido paso a través de nuestra absorción en otros intereses, sino como elemento en cualquier consideración, se vuelve enteramente desatendido. En los negocios prácticos el presente es nuestra única actualidad; el pasado ha sido derribado como una escalera cuyos peldaños nos han ayudado a subir a una altura desde la cual nunca más esperamos descender. Entre los libros, todas las sucesiones temporales son obliteradas; Platón y Coleridge caminan del brazo; el genial Chaucer y el amoroso Elia se estrechan las manos; con ellos, con todos, estamos extasiados sobre el mismo plano del tiempo, en una sola edad, la edad incesante de la comunión de las almas. Bien dijo Heinsius, cuando se encerró en la biblioteca de Leiden, *Nunc sum in gremio saeculorum!* — «¡Ahora estoy en el regazo de la eternidad!»

Pero gradualmente la creciente presión de los deberes conectados con mi nueva vocación me privó más y más del ocio para disfrutar de cualquier otra literatura que la de los libros de texto. Mucho después de que el último pie ruidoso hubiera pateado por los escalones delanteros del edificio escolar, mi mesa gemía con ejercicios incorregibles que demandaban corrección, una hoja de los cuales, puesta sobre la tumba de cualquier digno — Molière, por ejemplo — que habló la lengua que asesinaban, habría arrancado un gemido tan profundo de las profundidades de abajo como cuando se desarraiga la mandrágora.

Me había prometido hábitos regulares; pero el vagabundo que fuera tan desafortunado o tan excéntrico como para estar sin abrigo a esa hora,

podría haber visto, a las dos o tres de casi cada mañana, la luz de mi lámpara brillando a través de una de las altas ventanas que miraban a la calle. No porque me levantara temprano, sino porque me retiraba temprano — por la mañana. No era el mero sentido del deber y la responsabilidad lo que me impulsaba a tales labores por la escuela, aunque, en verdad, estos tenían su justo, quizá su exorbitante peso conmigo. Un elemento más egoísta entraba en la consideración — el temor de ser perseguido al día siguiente por fantasmas no aplacados de negocios. La naturaleza acumulativa del trabajo me angustiaba; la más leve cosa dejada sin terminar al cierre de un día se añadía a las labores del siguiente, y había crecido poderosamente durante la noche. Hay algunas personas tan constituidas que no pueden descuidar asuntos aunque quisieran. Ningún otro podrá notar la menta, el anís y el comino que han dejado de diezmar, pero ellos mismos no pueden pasar por alto la deficiencia más de lo que si hubieran descuidado los asuntos más graves de la ley.

Se entenderá fácilmente que las horas tardías, el trabajo duro y un cese casi total del ejercicio corporal no eran los mejores medios que podrían haberse tomado para restaurar el tono y la elasticidad a una mente que luchaba con los horrores de un estímulo abandonado. Sin cuidados de algún tipo, sin duda habría sido en este tiempo un ser muy infeliz; sin embargo, bajo tal presión como entonces sentía, una mente sobrecargada no tenía oportunidad de recobrase, sino que más bien se volvía diariamente sensible a la pérdida de su antiguo sostén. Quizá, sin embargo, incluso tal estado de cosas era mejor que una ausencia de toda ocupación absorbente; pues, aunque temía un retorno al hachís como un hombre recto teme la violación de su más sagrado juramento, no había alcanzado un punto en el que pudiera execrar por completo la droga. La única hazaña de justa indignación que entonces era posible era pensar mal de ella, como el amante de una amante infiel a la que debe abandonar, o como el patriota de su patria, dominado por viles gobernantes, cuando, «caído en malos tiempos», huye de ella en voluntario exilio. Desocupado de deberes diarios y perplejos, podría haber oído la antigua voz de sirena flotando en mi descuidada quietud, y, paso a paso, haber sido casi inconscientemente conducido de vuelta a las viejas trampas.

Tal como era, las fascinaciones del pasado eran bastante difíciles de resistir. Si alguna vez por un momento me concedía ocio para sentarme quieto y pensar — si, especialmente, me resignaba con los ojos cerrados a la corriente de meditaciones puesta en marcha por buena música, era infaliblemente llevado de vuelta al mundo del hachís, y colocado cara a cara con sus ahora irrecuperables glorias. En rápidos destellos las viejas alturas empurpuradas por un momento irrumpían sobre mí, o entre batallones de nubes en su armadura de arcoíris flotaba a través de un cielo tremendo. O las lejanas sinuosidades de algún río maravilloso me atraían hacia las lujuriantes sombras que temblaban sobre su orilla, y suspiré por un instante con un anhelo indecible al pensar que sus olas no volverían jamás a sostener mi eskuife de hechicería. La tentación encarnada de huríes exquisitas nadaba en danza etérea por un jardín de Gul: nunca más sus rosados brazos me abrazarían. Grandes templos alzaban sus inmaculados frontones hacia un cielo de zafiro; un lago que devolvía en su propio matiz la mirada del cielo, besaba, rizándose con una risa de hada, los escalones que ascendían a sus portales — portales eternamente cerrados para mí. Y a veces, más solemnemente seductor que todo esto, por un instante vislumbraba aquella luz en la que antaño había leído los secretos sublimes de las cosas mediante un apocalipsis insoportable. En tal sazón, bien — ¡oh! indeciblemente bien estaba que cientos de millas se extendieran entre mí y la caja de hachís más cercana, pues, de haber tenido los medios, me habría precipitado a la indulgencia, aunque fuera necesario nadar un remolino en el camino.

Hice conocimientos en W que podían ejecutar con destreza un instrumento, aquel universal, el piano, especialmente. Sabiendo que no había posibilidad de ceder al aliciente, a menudo, cuantas veces me era posible, les hacía tocar para mí, mientras yo permanecía casi inconsciente de todo lo exterior, abandonándome a visiones inspiradas por la música. Aun entonces, perfectamente seguro de que no tenía poder para satisfacer el apetito de hachís, me he levantado de mi asiento para disipar con la marcha y la vista de objetos familiares un arrobamiento que me encantaba irresistiblemente.

Constantemente, a pesar de toda mi ocupación mental, la nube de abatimiento se hacía más densa en matiz y en densidad. Mis males no eran

meramente negativos, simples pesares por algo que no era, sino un hastío, un temor, un odio hacia algo que era. La mera existencia del mundo exterior parecía una burla infame, una cruel impostura de alguna posibilidad recordada que había sido gloriosa con una belleza sin voz. Odia-ba las flores, pues había visto las praderas esmaltadas del Paraíso; maldecía las rocas porque eran piedra muda, el cielo porque no resonaba con música alguna; y tierra y cielo parecían devolverme mi maldición.

Una abominación del habla o de la acción, salvo hacia el menor número posible de personas, se apoderó de mí. Por no parecer singular o ascético, y así mutilar mi poder para cualquier pequeño bien que pudiera hacer, al principio me mezclé con la sociedad, forzándome a reír y a hablar convencionalismos. Al fin las asociaciones se volvieron absolutamente insoportables; el mayor esfuerzo era necesario para hablar con cualquiera salvo con una o dos personas a quienes había confiado plenamente mi experiencia pasada. Un paso en la escalera bastaba para hacerme temblar con anticipaciones de una conversación; cada mañana traía una resurrección a renovados horrores, al pensar en la necesidad que avanzaba de entrar una vez más en contacto con los hombres y las cosas. Cualquier hombre que haya sentido los punzamientos de alguna pérdida amarga puede comprender esta experiencia cuando recuerda cuántas veces despertó tras su aflicción, y por un momento permaneció olvidado de que esta había caído sobre él. Entonces, reuniendo súbitamente una fuerza temible, el conocimiento de la realidad destellaba sobre él, y gemía en voz alta como si una flecha fresca hubiera entrado en su alma. A veces el despertar era una experiencia tan terrible para mí que de cualquier otra mano que no fuera la mía habría cortejado la muerte como una merced. La muerte que era solo otro nacimiento y posible, la muerte que era extinción total y una imposibilidad, parecían cualquiera de ellas preferible a aquella ilusión a la que la luz me despertaba, que los hombres llamaban vida, pero que era, después de todo, sino la muerte en su forma más horrible, muerte vivificada, que andaba por ahí en hueca pompa, respirando enunciados sin sentido, intercambiando saludos, burlándose del espíritu con gestos sin espíritu, e incapaz de volver a su legítima corrupción.

Consciente como era de que este estado terrible era la venganza de la hechicera rechazada, y sintiéndolo crecer cada día más amargo de soportar, comencé a luchar contra dos tentaciones, ceder a cualquiera de las cuales parecía ofrecer algún cambio de sufrimiento, si no un alivio permanente. Una de ellas era la autodestrucción, la otra el retorno al hachís, y apenas puedo pronunciar cuál de las dos era la idea más aborrecible. Cualquiera de ellas conducía en última instancia en la misma dirección. Mi argumento conmigo mismo era que debía haber algún punto de inflexión, alguna profundidad más baja en el abismo al que descendía; la esperanza no podía verla, pero la fe se aferraba a ella desesperadamente, y repetía siempre:

«¡He aquí! nada sabemos; solo puedo confiar en que el bien caerá al fin — lejos —»

Pero, aunque el día era terrible, la noche lo era a menudo tanto. Mientras me entregaba al hachís, ninguna de sus imágenes se había reproducido jamás en sueños, siempre que me retiraba a dormir completamente restablecido de la última dosis. En efecto, es un hecho singular que, aunque antes de adquirir el hábito nunca dormía sin algún sueño más o menos vívido, durante todo el período de la vida de hachís mi descanso era absolutamente sin sueños. Las visiones de la droga suplantaban enteramente las de la naturaleza.

Ahora la posición de las cosas estaba traspuesta. El día era un vacío sin rayos, la noche se volvía espantosa con fuego. El primer fenómeno que comencé a notar, al entrar en esta condición, fue la peculiar susceptibilidad del cerebro a su última impresión antes de que mi cámara quedara a oscuras. ¿Miraba la llama de la lámpara antes de apagarla? — durante una hora después yacía dando vueltas e insomne, porque un punto ardiente quemaba inextinguible sobre la negrura circundante. ¿Cerrada las páginas de un libro inmediatamente antes de acostarme? — la última frase que había leído estaba tan claramente impresa en la oscuridad como podría haberlo estado en un pergamino, y allí durante media noche la leía hasta que se volvía enloquecedora. Bien por mí si las palabras no eran de importe sombrío, pues podía soportar con medible paciencia incluso la fatigosa y monótona seguridad de buen ánimo; pero una no-

che me vi forzado a levantarme y encender de nuevo la lámpara para borrar la vista de una frase tan horrible como esta:

«¡Apartaos, malditos!»

Al fin usé la precaución habitual, tomada de mi antigua costumbre en el estado de hachís, de mantener una mecha de mi lámpara encendida mientras dormía. Al principio esto era muy doloroso para mis ojos; pero tanto mejor era cualquier dolor que el horror de aquella permanencia de la impresión final, que lo soportaba de buena gana. Gradualmente mi descanso comenzó a ser roto por sueños tremendos, que reflejaban las visiones y hacían eco a las voces de la antigua vida de hachís. En ellos vivía fielmente mi experiencia pasada, con muchas adiciones, y con esta sola diferencia. De la realidad del estado de hachís no había sido posible despertar alguno; de esta alucinación de sueños despertaba cuando los terrores se volvían demasiado sobrehumanos.

Lo que se ha dicho en una parte anterior de esta narración sobre la característica indeleble de todas las impresiones de nuestra vida parecía encontrar aquí ilustración. Condenado a releer las viejas, aunque a veces olvidadas, nunca borradas inscripciones, vagaba arriba y abajo por los salones del sueño con la mirada fija en las tablillas judiciales de la mente. No siempre eran los recuerdos en sí mismos dolorosos; donde antaño había sentido éxtasis, en el mismo lugar me regocijaba salvajemente ahora; sin embargo, el cierre de aquella estación de regocijo estaba a menudo teñido del matiz más melancólico, pues, por mi recuerdo del orden anterior de sucesión, podía decir infaliblemente lo que venía después, y muchas veces era una visión de dolor.

Todos los hechos de una experiencia recordada tomaban su posición relativa regular salvo uno — nunca soñaba con tomar hachís. Siempre era arrebatado súbitamente por el escalofrío; me sobreveníá inesperadamente, mientras caminaba con amigos o sentado solo. Esta ignorancia de cualquier momento en que tomaba la dosis no me absolvía, sin embargo, de punzamientos autocondenatorios. Invariablemente mi primer grito era: «¡He roto mi voto! ¡Ay! ¡ay!» Entonces seguía una furiosa exultación. Me precipitaba como una Ménade por paisajes colosales; saltaba ileso por cataratas inmensurables; giraba entre cielos y océanos,

ambos brillando en zafiro ardiente; permanecía solo entre ruínas tan vastas como los palacios contruidos por demonios de Baly. Entonces un horror indefinido se apoderaba de mí. Huía de él para encontrar a mis amigos, pero no había ninguno que me consolara. Finalmente, alcanzando el clímax del dolor, me incendiaba, o veía la aproximación de presencias terribles.

Entonces despertaba. Pero no siempre al delicioso consuelo de una realidad calma — casi podría decir, nunca; ordinariamente a clamar al Cielo por el don de una oscuridad despoblada; siempre a encontrar el latido de mi corazón o totalmente detenido, o tan rápido y fuerte que podía oírlo con la mayor distinción, como un martillo rápido y amortiguado; frecuentemente a descubrir que la idea de fuego tenía algún fundamento en una fiebre furiosa, que reseca mis labios, e hinchaba las venas de mi frente hasta que sobresalían en relieve. En tales momentos mi curso era levantarme y caminar por el suelo durante una hora, si era necesario, al mismo tiempo bañando mi cabeza hasta que el calor se aliviara.

Si la memoria, aún embotada por el cuerpo, podía así clara y fielmente leer sus viejos registros, ¡en qué asombroso apocalipsis se erguirán ante la infalible vara del cambio que desencarna!

He hablado de adiciones al pergamino original de visiones. Queda mencionar algunas de ellas.

La región alrededor de W es una formación caliza, perforada en un lugar por una cueva bastante extensa y notable. Nunca he encontrado allí ninguna de esas altas salas y vastas estalactitas que hacen famosas ciertas otras cavernas; las deposiciones calcáreas son muy en miniatura, pero algunas de ellas de una belleza delicadísima. Una, en particular, es una estatuita perfectísima (si el término puede permitirse en tal conexión) de las Cataratas del Niagara; los Rápidos, la Isla de la Cabra, con su precipitoso baluarte hacia el río inferior, la Cascada Americana, la Herradura, todo está allí, exquisitamente tallado, en una escala de no quite una pulgada por pie. Otra es un monasterio gótico, con su santuario y Madonna justo fuera de la reja, y una lámpara colgando de la punta del arco del portal. Las cámaras son a menudo estrechas y sinuosas; no hay

allí nada que asombre a quien haya visitado la Cueva de Weyer o la Mammoth; pero como esta era la única que había visto jamás, fue allí donde encontré mi ideal cavernoso.

Mi guía a través de ella era un joven de la vecindad, cuya satisfacción en obligar a un extraño era la única recompensa que no rechazaría; sin embargo, bastante claro era el precio que pagué por mi visita.

No era menos que el castigo de verme acosado por cavernas durante semanas. Cada noche me veía compelido a explorar solo los más espantosos laberintos subterráneos. Ya trepando por riscos que se desmoronaban a mi espalda, colgado de redondeadas protuberancias de caliza resbaladiza, mientras oía los escombros desprendidos precipitarse saltando de saliente en saliente de un abismo de tinieblas que no tocaba fondo. Ya arrastrándome penosamente como un gusano, empujado por pasadizos tortuosos no más anchos que una chimenea, por un Hado de cuya voluntad dudaba que alguna vez me trajera de vuelta. Ya contemplando muy por encima de mi cabeza el techo agrietado temblar con el eco de mi menor pisada, en momentánea agonía por verlo desplomarse. Ya precipitándome gozoso hacia un resquicio de luz diurna, llegando hasta él, y cayendo hacia atrás justo a tiempo de salvarme de precipitarme por algún muro vertical de desmesurada altura, sobre el cual se abría el laberinto.

Desde aquella visita a la cueva W padecí lo que el infierno puede padecer. Con el tiempo, sin embargo, lentamente borré su memoria, mas solo para reemplazarla por otras casi tan espantosas. Cito aquí una sola más.

Me hallaba sentado un día sobre el alféizar de la ventana, con el cuerpo en parte fuera, con el propósito de hacer alguna reparación en el marco. Mi sueño posterior fue aterrado por la visión de una casa sobrenaturalmente alta, en cuyo alféizar superior yo estaba de pie, agarrándome con una mano a una cornisa saliente, mientras con la otra procuraba realizar algún propósito imposible, que le impedía auxiliar a su compañera. La cornisa seguía desmoronándose. Me aferré a una nueva protuberancia. También cedió aquella; otra, y quedó rota por mi agarre. Esta situación llegó a un punto crítico de varias maneras. A veces, por un poderoso im-

pulso, me balanceaba hacia el interior, y la corriente del sueño cambiaba. A veces, sin saber cómo, la visión se desvanecía por completo. Una vez, todo el edificio junto a cuyo costado me hallaba, desde el sótano hasta la piedra coronaria, ardió en un instante; salté hacia la más misericordiosa, para evitar la más cruel muerte, y, al despertar, me encontré en el suelo en uno de aquellos estados febriles de que he hablado.

Aquella noche no dormí más. Al amanecer me acosté por una hora de sueño turbado, para despertar de nuevo a un día que era tanto de temerse como la noche.

Capítulo XXI

SOBRE EL DOCTOR; NO EL DE SOUTHEY, SINO EL MÍO

En la hora de mi mayor necesidad, fui tan afortunado que trabé conocimiento con un hombre cuya simpatía fue, durante meses de prueba, uno de mis más firmes apoyos. Medio desalentado en mis intentos de salvarme a mí mismo, pasé una hora de conversación con él, y la fortaleza volvió a mí de nuevo; pues el alma y su conexión con el cuerpo habían sido durante tanto tiempo objeto de su estudio, que sabía cómo, con la mayor delicadeza, apartar el pensamiento de los canales insalubres; además, tenía el corazón tanto como el cerebro para hacer el bien. No necesito decir que era médico.

No puedo resistir la tentación de hacer una digresión en este punto con el propósito de dar mi testimonio, por el valor máximo que pueda tener, sobre un hecho de mi experiencia pasada. Es este: si alguna vez he encontrado a un hombre antes desconocido para mí, cuyas simpatías fluyeran instintivamente hacia la aflicción, cuyo sacrificio de sí mismo se hubiera vuelto parte inseparable de su naturaleza, cuyo interés comprensivo en todo lo que pudiera ennoblecer a nuestra especie fuera igualado solo por su amorosa paciencia con sus presentes flaquezas, lo he llamado «médico», y, nueve veces de cada diez, no me he equivocado.

La sociedad ha crecido ya lo bastante vieja, al menos por respeto a sí misma, para despreciar y abandonar esas bromas rancias sobre los médicos que cosquilleaban su oído infantil. Con su superstición del valor de una herradura como

profiláctico contra las brujas, que deje también de lado las insustancialidades que dice, en su humor menos sombrío, sobre el médico en connivencia con el sepulturero, y la solemnidad de la falsa erudición que reina sobre un círculo de bastones con puño de oro. Cuando está asustada, siempre está dispuesta a mandar llamar al médico; deja de bromear en cuanto está de parto, apoplética por la indigestión de la noche anterior, o aterrada por las consecuencias de haber tragado un botón.

Cierto es que hay empíricos en la medicina. Hay hombres que manipulan los delicados resortes de la vida sin otra autoridad que la de un

«possunt quia posse videntur».

Todos hemos visto el anuncio de uno «cuyas arenas de la vida casi se han agotado», y al maravillarnos de la longitud del tiempo durante el cual esas arenas han estado justo al borde de su caída final, nos vemos llevados a preguntar si, por el bien de ese mundo al que un beneficio incalculable en casos de tisis puede conferirse por el precio de un chelín, el benévolo poseedor de la receta no habrá volcado ocasionalmente su reloj de arena o disminuido su abertura.

Todos conocemos al charlatán en medicina. No estamos ciegos a las mil curaciones asombrosas de otras tantas enfermedades desesperadas, a los carteles en los caminos, las columnas de la prensa, los almanaques, las guías, los ángeles que bajan apresuradamente del cielo, llamando por una trompeta al moribundo para que aguante hasta que lleguen, con una botella de jarabe bajo cada brazo que ha de devolver la paz a su afligida familia.

Todas estas cosas las conocemos; pero ¿no hay otros

charlatanes que los charlatanes en medicina? ¿No hay charlatanes de la divinidad? ¿No hay charlatanes en el derecho? ¿No hay charlatanes políticos, que dosifican a una nación enferma? ¿No hay charlatanes litera-

rios, que quebrantan la constitución estética del pueblo? Pero, porque Brigham Young señala el camino a la bienaventuranza futura a través de un falansterio de esposas, ¿ya no hemos de ir a la iglesia? Porque Jeffreys fue un villano, ¿no han de adjudicarse más causas? ¿Y hemos de abjurar de toda fe en la ciencia del gobierno porque algún funcionario teoriza ante la muchedumbre con fustán durante una campaña, o anatematizar a todos los autores porque alguien ha enturbiado el estanque de la mente lectora con un volumen del Sobrino del recogepapeles?

Si tenemos fe en el oro, a pesar del metal vil, aseguremonos de que en ninguna parte se halla ese oro con un porcentaje más alto de pureza que entre los médicos. Donde un Fauno ha robado el manto de Esculapio, mientras el buen padre yacía dormido, hay cien sobre quienes lo ha dejado caer como sobre hijos dignos.

De todos los hombres, el médico ha de ser singularmente apreciado. No olvidemos que hubo una estación, muy temprano en todas nuestras vidas, en que sin él no habríamos existido. Recordemos cuán a menudo, sin quejarse, se ha privado del sueño, de la comida y la bebida, de todos esos afectos sociales que nos hermocean el mundo, para que nosotros quedáramos tranquilos ante alguna dolencia caprichosa, algún pulso demasiado débil o demasiado fuerte. Cuando la hora de una necesidad real lo llama, con qué ansiedad observa cada rubor de mejilla y cada extravío de la mirada, con qué habilidad estratégica lleva a término la batalla entre las fuerzas de la vida y de la muerte, con qué serena gravedad arroja su propia energía de nuestro lado, cómo con ansiedad verdaderamente paternal vela hora tras hora junto al lecho doloroso, con qué ojo de suspenso contempla llegar la crisis, y ahora, cuando sabe que Uno más grande que él ha entrado silenciosamente en la consulta, aguarda hasta que un dedo invisible ha tocado la fuente obstruida de la vida, y le ha dado motivo para alegrarse con los que se alegran.

En una profunda simpatía, en ternura, en indulgencia hacia las flaquezas humanas, no hay hombre que salga a nuestro encuentro en los caminos de la vida que más se asemeje a aquel Médico más poderoso cuyas curaciones se sienten en todas las arterias del mundo. Como Él, el médico es compasivo, porque, en la medida de Él, «conoce nuestra hechura, se acuerda de que somos polvo». Y, por último, aunque no por ello me-

nos, no se olvide que nos aguarda una hora de sombra en el Más Allá, cuando, fallándonos toda medicina, salvo aquella grandiosa que ha de curarnos del cuerpo que nos ha afligido durante años, las voces de despedida, mezcladas con llanto, que se oirán en torno a nuestra almohada, no carecerán de un tono que nos ha alentado a través de tantas angustias remediables, sino que entre los últimos que nuestro ojo que se cierra reunirá antes de mirar los grandes misterios estará aquel que, entregándonos de mala gana al Más Fuerte, permanece para ayudar al amado a quien ya no podemos ayudar: el médico.

Es difícil comprender cómo cualquier hombre que, como el físico, desde la mañana hasta la noche, y a menudo desde la noche hasta la mañana otra vez, está ocupado con la maquinaria y la reparación de este complicado sistema de fuerzas, el cuerpo, haya de descansar contento con un mero examen externo de las palancas y poleas de su máquina, o los fenómenos

químicos de su laboratorio. Si es el verdadero hombre de ciencia que su profesión imperiosamente exige, no puede menos de percibir, en multitud de casos, que algún agente intangible está obrando procesos para bien o para mal que no se alinean bajo ninguna clasificación material. Están ocurriendo cambios que no parecen originarse en la función específica sobre la que se opera; nuevos elementos entran en la consideración de la muerte o la curación que no pueden referirse al alimento ni a la medicina. El verdadero médico no quedará satisfecho hasta haber ido más allá de las ruedas e investigado la naturaleza de esa extraña fuerza imponderable que las energiza. Para él, lo espiritual en su arte es de aún más importancia que lo corporal.

Después de todo, no he estado haciendo una digresión muy amplia, pues justamente me ha llevado a la descripción de mi amigo el médico; para mí, el médico por excelencia, ya que, espiritualmente, hizo por mi recuperación lo que ningún otro, en toda una vida, habría podido lograr corporalmente.

Toda su vida había estado en comunión con los grandes y hermosos pensadores para quienes nuestra misteriosa doble naturaleza era un amado objeto de estudio. Sin embargo, no era hombre perfeccionado en

la mera erudición libresca. Sin buscar disculpas con que excusarse de seguir la estela de los dogmatistas de cualquier época, había pensado por sí mismo, y, en la posesión de un mundo interior así adquirido, era independiente de otros recursos en una medida que solo era igualada por mi realeza del hachís, y por esta solo en grado y no en permanencia. Para él, el espíritu de todas las cosas era una presencia tan sentida como su tosca encarnación lo es para los hombres materiales.

Desde el comienzo de nuestro conocimiento, estuve con él tanto como la presión de mis cuidados me lo permitía, y, cuando mi propia vida se había vuelto para mí una abstracción vaga y sin sentido, por la participación en su pensamiento y su simpatía fui de algún modo atrayendo gradualmente hacia ella una energía inyectada que hizo latir de nuevo sus pulsos sin jugo, y me despertó de la letargia en la que me hundía más cada día. Durante meses, de no haber sido por él, el curso asignado de mis deberes habría sido una ronda mecánica; un galeote, un caballo de molino, no habrían laborado con menos interés ni con más fatiga.

A medida que la montaña de ejercicios y composiciones se iba allanando gradualmente más y más al nivel del plano de mi mesa, y la tarde avanzaba hacia la noche, solía yo soliloquiar: «Una hora más, y voy a ver al Doctor». Una vez en sus habitaciones, y el manto de hierro de la restricción pedagógica se caía; era de nuevo el personaje humano; más aún, parecía quitarme el cuerpo y sentarme en mi alma. Esta misma reasunción de la naturalidad y la libertad por parte de uno cuya posición exigía todo el día un peculiar dominio de sí y una reserva, será comprendida por aquellos a quienes la fortuna (o la desgracia) ha colocado en semejantes circunstancias como el más delicioso privilegio que la mente cansada puede anhelar. El dejar de parecer lo que no se es debe ser siempre un alivio indecible para cualquiera que no haya, por largo entrenamiento en la necesaria cautela de un puesto de responsabilidad, cesado por completo de ser lo que era.

Sin embargo, el beneficio que me confirió mi conocimiento del doctor era algo más de lo que podía comprenderse en este mero cambio de lo técnico por lo natural, de la vida de una profesión por la vida de la humanidad. Un interés sumamente bondadoso y vivo dispensaba a todo lo que concernía a mi pasada existencia encantada, y nunca con más genti-

leza y cuidado que él podría un hermano propio haberme sostenido a través de los horrores en que yo viajaba penosamente por mi camino hacia el completo desencantamiento. Con condolencias, con conversación afín, con la sugerencia de cosas más brillantes, con la indicación de una cierta esperanza en la distancia si yo quisiera tan solo seguir adelante, de mil maneras este amigo me enardecía para el esfuerzo persistente, y cerraba más apretadamente tras de mí las puertas del retorno.

Fue principalmente gracias a sus esfuerzos que comencé una vez más a interesarme por el mundo, no por un renovado afecto hacia sus meras formas huecas, sino por mor de aquella esencia interior que estas encarnaban. De ahí en adelante, para siempre, tras abandonar el hachís, toda tolerancia con la creación externa habría de sernos negada a menos que pudiera penetrar más profundamente que su mera apariencia exterior. Había conocido el espíritu viviente de la naturaleza; en sus cáscaras ya no encontraba alimento alguno, sino más bien la materia para que cierto doloroso hastío se expandiera sobre ella. En mi condición de entonces, contemplaba tan poca belleza en lo mejor de las cosas externas, concedía tan escasa admiración, como cualquier viejo ateniense cuyos ojos se posaran por última vez en las divinas y espirituales obras maestras de Fidias, revivificado para emitir juicio sobre algún poste de puerta labrado con esmero.

Con la ayuda del doctor comencé lentamente a percibir la posibilidad de penetrar más profundamente que la corteza de las cosas sin el auxilio, tan caramamente comprado, del hachís. Tomando, por ejemplo, el tema de un espíritu que obra a través de toda la creación, por el cual el más microscópico filamento vegetal, no menos que la más grandiosa montaña, está entretejido e informado, conversábamos a menudo juntos en parábolas, las cuales, sin embargo, nunca nos resultaban oscuras, pues poseíamos aquel mejor diccionario de significados, el vínculo de una estrecha y afín simpatía.

Que nadie nos acuse precipitadamente de panteísmo, pues no se afirma que atribuyéramos a ese espíritu de las cosas divinas, ni en modo alguno, atributos autoconscientes. Así, hallándonos un día lado a lado ante una ventana exquisitamente arabescada con árboles por el buril silencioso de la escarcha, disertó el doctor sobre su proceso y sus razones:

«Que la cosa que los hombres llaman materia muerta no ha elaborado esta belleza es evidente. La materia está aquí, pero una fuerza más sutil la ha moldeado conforme a leyes ocultas. La condición misma necesaria y primordial de la materia es la inercia, y sin el toque de manos humanas la inercia ha sido aquí vencida. Contempla aquella palmera. Podríamos apartar de nuestros ojos su almacén artificial, y todos los demás contornos que la vinculan con la obra del hombre, y, al contemplar su tronco articulado, y los plumosos brotes que se extienden desde el capullo expandido que forma el capitel del fuste, creernos sobre un oasis de Arabia.

»¿En qué difiere esta palmera de sus hermanas del desierto, del jardín tropical y de la ribera del Nilo? Solo en esto. El espíritu de una palmera ha errado invisiblemente de zona en zona en busca de un cuerpo. Alcanza una tierra cálida, y allí, de suelos amoniacales, de átomos de agua, de innumerables elementos, lentamente se construye en torno a sí, conforme a sus leyes internas, raíces, tronco y ramas, hasta que algún fatigado howadji se arroja bajo su sombra, diciendo: «¡Bendito sea Alá! otra palmera.»

»Un segundo espíritu de palmera, en sus viajes etéreos, no llega a la tierra, sino aquí, a este cristal de ventana. Aquí no encuentra suelos, sino solo las gotas de agua que todo el día han estado recogiendo de la atmósfera. Su visita es nocturna, y cuando nos acercamos a la ventana por la mañana, ¡he aquí! el espíritu se ha erigido un cuerpo de purísimo cristal, plasmándolo sin falta, por su propia ley infalible, en la palmera que aquí vemos.

»Mañana el espíritu del alga podrá flotar hacia acá para su encarnación, y al día siguiente el espíritu del helecho.»

De haber tenido yo alguna parte en la originación de esta idea, no me aventuraría a caracterizarla como ahora lo hago, singularmente bella; sin embargo, creo que no hablaré sin esperanza de simpatía al decir que tal me pareció ciertamente. Ocurrió que en el largo y severo invierno que pasamos juntos en W..., mi amigo y yo tuvimos muchas ocasiones de contemplar la verificación de su profecía, pues a nuestras ventanas venían frecuentemente tanto el helecho como el alga, con muchos otro

espíritu de la Flora universal, cuyos filamentos y pétalos los vientos amargos solo respiraban hacia una perfección más acabada, y cuya fragancia era una mejor, una más duradera que la del odor, pues exhalábase al alma sin mediación de órganos corruptibles.

Al contemplar los cristales glorificados por la escarcha, estando entre tanto nuestras mentes teñidas de esta teoría poética, era imposible abstenerse de llevar la analogía a un campo más vasto, y orbado por destinos más altos que los de la creación inconsciente. Solo a cierto cuerpo de la palmera es fatal el aliento del invierno. En las zonas superiores una encarnación criada de suelos y jugos terrenos perece y se marchita; sin embargo, el espíritu de la palmera no ha muerto. Llevado por el viento, reúne para sí otros materiales en que morar, y cristaliza en torno a sí una forma que solo habrá de ser embellecida y confirmada por aquel mismo poder que destruye su otra encarnación.

Hay otro viento en Arabia, llamado Sarsar, el viento helado de la muerte, que no sopla sobre el árbol, sino sobre el hombre. A su frío se desprende el cuerpo, pero el alma nunca lo ha sentido. Liberada por el mismo aliento que fue letal para su envoltura, viaja a otra región, cristaliza en torno a sí «un cuerpo más glorioso». ¿Quién dirá que, para esta nueva creación que ha informado, aquellas mismas influencias que obraron el desmembramiento de su antiguo revestimiento —labor, dolor, desgaste y todas las mil fuerzas de la decadencia— no habrán de actuar más bien a través de todas las edades para ennoblecer el alma, para hacerla un ser más grandioso, mejor y más armonioso? ¿Aquel que así viste la hierba del campo, y mucho más nos viste a nosotros, aunque de poca fe, concederá buenos usos de mal destino al ser inconsciente y no al consciente?

Como consecuencia legítima y en modo alguno inesperada de vivir algo en reclusión, y de sostener opiniones y conversación que no eran absolutamente universales, no faltaban quienes nos tildaban de visionarios, el más severo epíteto de reproche que puede arrojar A., cuyo horizonte de intereses está limitado por la carne y la ropa, contra B., que indaga dentro de un ámbito más amplio. No recuerdo que nos retorciéramos muy convulsivamente bajo este temible rayo, sino que lo soportábamos como correspondía a mártires de buen humor, no del todo aniquilados.

Al hablar de este tema cierta noche, así habló el doctor en parábola:

«Érase una vez que en una barra de hierro moraban dos partículas de electricidad. Ahora bien, una de estas partículas, siendo de temperamento investigador, para gran descrédito de su familia, y vergüenza y confusión de todos cuantos ocupaban altos sitios en la sinagoga eléctrica, partió en un salvaje viaje de descubrimiento. Largo tiempo estuvo ausente, y, como no llegaran noticias suyas, se supuso que había perecido ignominiosamente en el polo negativo. Entretanto, la otra partícula de electricidad, que se quedó en casa y atendía a sus propios asuntos, mediante acrecentamientos graduales había asegurado para sí tamaño y consideración dinámica en la comunidad. Transcurridos varios segundos (que, debe saberse, son un largo período para individualidades que viajan tan rápidamente como la eléctrica), la errática partícula regresó, y visitando a su amigo, la partícula que había alcanzado una posición de alta respetabilidad, aconteció que dejó caer en la conversación esta observación: «He descubierto en mis viajes que no somos los únicos seres existentes, sino que, de hecho, vivimos dentro de y estamos rodeados por un cuerpo llamado hierro, el cual, por nuestra diferencia de estado, poseyendo él una densidad mucho mayor que nosotros, no percibimos.»

»Ante esto la otra partícula se encolerizó, y murmuró algo así como «¡patrañas!» Pero el viajero, insistiendo en la pretensión de su nuevo tacto, de tal modo excitó a su respetable amigo que este prorrumpió así: «¿Pretendes desmentir la evidencia de mis sentidos? Toda mi vida he ido de arriba abajo atendiendo a mis asuntos, y jamás he visto, oído, olido, gustado ni sentido cosa semejante al hierro en todo ese tiempo. ¿Por qué no me doy de cabeza contra él?» Desde aquel día, se afirma de manera fidedigna que siempre que la partícula práctica se halla en la Bolsa hablando con otras partículas prácticas, y la partícula indagadora se acerca, aquella menea la cabeza y dice a sus amigos: «Poco fiable — dice tonterías sobre una manía que él llama hierro — visionario, muy visionario.»»

GRAN DIVERTISSEMENT

A medida que transcurrían los meses, el fervor de mi anhelo hacia la antigua vida de hachís en cierta medida se desvaneció, y por lo general la fascinación de volver no se presentaba tanto bajo la forma de añoranza de un estado afirmativo como de repulsión hacia un estado negativo. No era tanto el éxtasis de la droga lo que me atraía, cuanto su poder de liberarme de una apatía que ninguna ayuda humana podía del todo disipar. Sin embargo, aun ahora había temporadas de absoluta lucha en las que combatía como contra un gigante, o más verdaderamente, según la naturaleza de las cosas, debería decir, en las que resistía como contra

una hurí demoníaca, pues mi tentadora era más pasajera y hermosa que cualquier cosa sobre la tierra.

Como en el período anterior de mi lucha, de vez en cuando vislumbraba destellos de deleite arrebatador, que, a través de alguna grieta en la densa nube que por lo demás envolvía por completo mi vida cotidiana, irrumpían en mí por un momento, pero duraban lo suficiente para probar que aún no podía considerarme a salvo, que mi integridad aún no estaba fuera del alcance de la corrupción.

Algunos de mis lectores sin duda se divertirán, otros se afligirán, y unos pocos sentirán disgusto ante los recursos pueriles a los que me vi obligado a recurrir para apaciguar este renovado apetito de visiones sin volver al hachís. Había tres conjuntos diferentes de circunstancias que casi infaliblemente provocaban el anhelo. Nunca lo sugería el tiempo oscuro y tormentoso, ya que esto armonizaba demasiado con mi humor habitual para exigir más que una atención pasajera. El hombre que ha perdido a un amigo íntimo no presta mucha atención a la lóbreguez y la niebla; es el sol lo que parece burlarse de su melancolía. Así sucedía en mi propio caso. La estación de más intenso anhelo era un día de cielo claro y luz brillante. Aquella belleza que llenaba de alegría el corazón de todo otro ser viviente, solo hablaba de otros soles más maravillosos rodando por otros cielos de un tinte más incomparable. Miraba al cielo, y echaba de

menos su antiguo rosa y zafiro indecibles; ya no resonaba toda la bóveda del firmamento con una grandiosa música no escrita.

Era un dolor mirar aquel desierto yermo de azul que antaño mi hechicería había poblado para mí con

innumerables jinetes celestiales, con ciudades de perla y arroyos de plata habitados por sinfonías. Cerré los ojos, y en un momento vi todo lo que había perdido.

Una noche de brillante luz de luna me traía otros arrepentimientos tras mi vida encantada, cuyo tono no era tan elevado como los de la luz del sol, sino más profundo y más duradero. Envuelto en una melancolía que no podía comunicarse, vagaba por las horas a través de las calles resplandecientes, y miraba tristemente a mi alrededor para ver el objeto más humilde junto al camino

«Cambiar en algo rico y extraño».

Las piedras bajo mis pies brillaban como cristales sin labrar. La escaracha calada sobre los paneles de las puertas que cruzaba, al toque del divino Alquimista Lunar, se convertía en exquisitos filigranas de plata. Los olmos y las acacias, desprendiendo chispas de resplandor de sus ramitas envueltas en hielo, bien podrían haber sido aquellos árboles de mineral reluciente que Alá enterró cuando el hombre fue expulsado del Paraíso.

Sin embargo, con melancolía pensaba en los viejos días, cuando habría recorrido estas sendas resplandecientes como a través de una vista que se alargaba sin cesar de glorias, cuando la luz de la luna habría caído sobre mí misteriosamente purpurada, cuando sobre todo el maravilloso dominio me había sentido soberano indiscutido, y desde los hermosos recovecos de la tierra y el cielo voces espectrales me habían saludado musicalmente hacia mi reino.

Al pensar en estas cosas, ahora para siempre irrevocablemente abandonadas al pasado, he llorado —sí, aunque sea poco varonil, he llorado al encontrarme un rey destronado, un hechicero despojado de su vara, un

dios despojado de sus glorias. No me avergüenzo de recordar que hice esto; pues si hay algún éxtasis posible que ahora no sentimos comunicando a nosotros, si hay alguna excelencia en las cosas que ahora no se haga tangible, no es más ignominioso lamentarla perecida que suspirar por ella mientras tarda.

Había otra, una condición corporal, que siempre me resultaba necesario evitar si no quería ser herido por los lamentos tras la vida de hachís. Era la sensibilidad nerviosa inducida por la privación del tabaco.

En el fumar, si no en otra cosa, podía jactarme de regularidad de hábito. Ciertamente, por esta regularidad no había que agradecer de manera preeminente ni un órgano del orden inusualmente desarrollado ni la posibilidad de algo semejante a un arreglo sistemático en mi multiplicidad de labores. Aplazar por una hora la indulgencia en la nicotina era provocar un anhelo por la canabina que era dolor real. Cuando ocurrían circunstancias que hacían imposible fumar antes de entrar en mi ronda diaria de deberes, hasta que estos terminaban apenas me atrevía a cerrar los ojos, no fuera que fuera arrebatado de inmediato fuera de la vida real a la que la necesidad me llamaba, a una tierra de visiones coloradas. Si por un momento cedía al impulso, me hallaba al instante en medio de un cielo y un paisaje cuyos esplendores eran solo menos vívidos que las perfectas alucinaciones de la fantasía.

Pero aún no he hablado de aquellos recursos a

los que recurría para alivio y para evitar la necesidad

de reanudar el uso del hachís. Ciertamente, en ellos

la ingenuidad, en la medida en que poseía alguna, era atormentada hasta

la locura.

A veces pasaba los pocos momentos de ocio que

durante el día podían arrebatarse a los negocios en —

no lo menciono confidencialmente en Gat, no lo susurro

al amigo de tu seno en Ascalón — hacer pompas de jabón. No porque haya algo digno de desprecio en el disfrute de aquello que ha sido convertido en un juguete filosófico por uno de los más grandes de los sabios anglosajones — no porque el placer de raras bellezas a partir de humildes elementos sea por necesidad una herejía estética — sino por la existencia de críticos, para quienes todo lo que es pueril es también infantil, que se quejan de los hombres por ser perversamente felices con medios moderados, y de su Creador porque no ha hecho todas las colinas tan altas como el Cotopaxi.

Sí, arrojando la vara de majestad profesional, degradándome al nivel del más inexperto neófito de una clase infantil, tomaba la pipa, y, yendo a la presencia del rayo de sol más cercano (un curso que, por cierto, bien podría ser seguido por aquellos que por su luz van más lejos y les va peor), creaba esfera tras esfera, no, como lo tiene el grotescamente pero involuntariamente blasfemo viejo poeta, desprendiéndolas de mis dedos hacia el espacio, sino con cuidadosa mano apoyada sobre el respaldo de una silla para contrarrestar la temblorosa del exceso de ansiedad por no temblar, las inflaba hasta el máximo, y luego me sentaba absorto contemplando su exuberante brillo hasta

que estallaban.

Allí encontraba alguna débil actualización de mi

recordado cielo de hachís, y donde lo actual fallaba,

allí lo ideal, así estimulado, venía a completar la visión. Si el tiempo me lo hubiera permitido, podría haber

consumido horas observando el deslizamiento, la rica

entremezcla, los cambios por origen, y los

cambios por reacción de aquellos matices incomparables, o matices

al menos tan incomparables en el mundo real que para encontrar

su paralelo debemos dejar las glorias de una vida despierta, y ir flotando a través del firmamento de algún

sueño iridiscente. En verdad, quien quiera ser apto para

la participación en cualquier gozo debe vestirse de

humildad y hacerse como un niño pequeño.

Había otra manera en la que medidamente

reproducía el pasado para mi inocente satisfacción. Si hubiera permitido, en ciertas estaciones, que algún ojo extraño invadiera

la santidad de mi habitación, habría caído, posiblemente con alguna sorpresa, sobre un singular arreglo

de los libros sobre mi mesa en una forma que se asemejaba algo a

aquellas casas que los niños construyen en sus juegos. Sin embargo, el extraño habría sospechado muy poco

una pista del misterio en el hecho de que yo había

así estado encarnando para mí mismo mi ideal de la antigua

caverna o el resplandeciente templo en el que muchas veces

ant año me había regocijado durante una noche entera, mientras las rocas

resonaban con extraña música, o voces oraculares

me hablaban desde el santuario interior. Si me hubiera preguntado el secreto, probablemente no habría quedado mucho más sabio por mi respuesta.

Hay todavía otro método, y con mucho el más

eficaz de todos, por el cual gratificaba la propensión visionaria sin volver a la antigua indulgencia. Me

había aconsejado el consejero a cuyo artículo debía

originalmente mi emancipación, que siempre que la

fascinación de la droga se apoderara de mí con peculiar poder,

la evitara reescenificando alguna visión anterior sobre

papel. Verdaderamente sabio y bien considerado consejo

encontré este, y uno que, siempre que la posibilidad

existiera por algún hueco en mi ocupación diaria, seguía

escrupulosamente. Como habría resultado de superinducir una vez

más el delirio de hachís, mis visiones, ordenadas

desde la memoria, desfilaban bajo banderas variadas; algunas

de ellas agrupadas bajo banderas negras como el infierno, y otras

llevando los colores de un arcoíris del séptimo cielo.

De esta reproducción del pasado en el orden en

que había ocurrido, obtenía un doble beneficio, el

placer de apaciguar la fascinación sin aumentarla, y

la saludable revisión de horrores abominables
sin más que el eco de una punzada. De esta
manera alguna porción de la presente narración fue esbozada
al principio, pero por necesidad una muy pequeña, ya que
la presión de los negocios hacía mi morada, incluso en la más
inocua tierra de sueños, solo la de un viajero
que se desvía pero por una noche.

Capítulo XXIII

EL INFIERNO DE LAS AGUAS Y EL INFIERNO DE LA TRAICIÓN

No debe suponerse, sin embargo, que, con todos estos expedientes, llevaba ahora una vida de calma bastante tolerable; en conjunto, más bien envidiable por sus diversiones ideales, y libre de la mayor parte de aquellos sufrimientos que, al abandonarlo, si no antes, la Naturaleza pone como su inconfundible sello de desaprobación sobre el

uso de cualquier estímulo antinatural. Si, por un desagrado humano de detenerme demasiado tiempo en lo horrible, he sido llevado a hablar con tanta ligereza de los hechos de esta parte de mi experiencia que cualquier hombre pueda pensar que el camino de regreso hacia arriba es fácil, y osar la ruta descendente de ingreso, repararía la falta con cualquier profecía de miseria penosamente elaborada que esté en mi poder, pues durante todo este tiempo fui en verdad un mayor sufridor de lo que cualquier dolor corporal podría posiblemente hacerme.

Durante muchos meses mis noches, o cualquier porción de ellas que se daba al sueño, fueron atormentadas con visitaciones terroríficas. Después de un tiempo el Niagara comenzó de nuevo especialmente a perseguirme. En toda variedad de posturas peligrosas, indefenso, sin amigos,
¹⁹⁷
frecuentemente abandonado por completo de todo ser viviente, colgaba

suspendido sobre el abismo bramante, o resbalaba por acantilados desmoronados hacia el pavimento traicionero de esmeralda siempre cambiante. Pero un consuelo irrumpía siempre en mi angustia; era aquel rostro pétreo, que compartía mudamente conmigo, bajo su velo eterno, el terror de las aguas. Si pudiera tan solo agazaparme a su lado en mi sueño, un elemento faltaría a mi completo aislamiento.

Sin embargo, no era invariablemente por mí mismo solo que temía. A veces un tremendo navío venía flotando río arriba sin señal de vida sobre sus cubiertas de hombre o bestia. Contra la corriente avanzaba sin ruedas ni velas, pero al llegar a cierto lugar siempre se detenía. Pronto aprendí a predecir lo que venía después, de modo que gemía en la conciencia de una infalible profecía de mal. Un escalofrío sacudió el río, como si alguna terrible convulsión estuviera

rompiendo desde sus abismos sin medida, y entonces lentamente el navío gigante comenzó a hundirse, la proa primero. Lentamente se asentó hasta que sus cadenas de proa quedaron fuera de vista; entonces vino un tumultuoso clamor de desesperación; las cubiertas, los obenques, los estays estaban poblados de seres humanos, invisibles hasta aquel momento de ruina, y aún aferrados con garra de hierro a aquellos vanos apoyos por la vida que no podía durar. Los vi, uno a uno, envueltos a medida que el agua verde subía, y con la última burbuja de su aliento moribundo desapareció la punta del mástil mayor, y un momento más vio el río deslizarse hacia adelante como antes.

No tengo idea de cuántas veces el sueño hizo variaciones de horror sobre aquel sueño terrible, pero lo bastante a menudo, en verdad, para hacerme estremecer con un dolor sin palabras siempre que el agua fluía o un navío derivaba hacia el vasto área de mi visión nocturna.

Gradualmente se convirtió en la tendencia habitual de mi estado de sueño llevar todas sus escenas, ya fueran de placer o de dolor, a una crisis mediante alguna catástrofe por agua. Más temprano en el estado que siguió a mi abandono del hachís me había aterrorizado particularmente al ver a hombres caer por los pozos de las minas, o, como he detallado antes, ya temiendo o sufriendo alguna caída a abismos por mi parte; sin embargo ahora, en cualquier viaje^{es} que emprendiera, para cruzar el

Atlántico o viajar tierra adentro, tarde o temprano inevitablemente llegaba a un fin por ahogamiento, o el peligro inminente de ello. Me parecía singular, en el estado despierto, que nunca hiciera uso de la experiencia pasada, durante sueños terroríficos, para asegurarme de que cierto peligro era solo imaginario. Antes de abandonar el hachís, en sueños naturales había empleado frecuentemente el poder de la deducción lógica —que, en el caso de muchas personas, permanece tolerablemente activa durante el sueño— diciéndome a mí mismo: «Ya te asustaste por este mismo peligro antes, y resultó ser solo ideal después de todo;» ante lo cual inmediatamente despertaba, o veía el peligro pasar.

Consciente de este hecho, a menudo determinaba, durante el día, despertarme de las angustias de la noche por el mismo expediente, pero cuando llegaban nunca una sola vez se me ocurría. Aquella ley de la operación del hachís por la cual toda existencia se funde en el presente, y no hay memoria de haber vivido jamás en un estado previo, era más consistentemente obedecida por los horrores durmientes del abandono. No había manera ni siquiera conjeturada por la cual el hechizo de la realidad pudiera romperse, y siendo la determinación del día completamente ignorada, el único remedio era soportar hasta el fin.

Sin embargo, había una visión muy agonizante, cuyo cierre resultó una excepción a la ordinaria catástrofe acuática, y que se imprimió en mi mente con una viveza que perduró, incluso mientras estaba despierto, durante muchos días. También, como tantas de las demás, estaba conectada con el Niagara.

En un acantilado debajo de la catarata, elevado a una altura sobre el agua tal como solo el hachís puede dar, me encontré sentado sobre una piedra ancha y plana.

A mi lado, y descansando su mano sobre la mía, se sentaba una persona a quien bien conocía, cuando despierto, como una mujer mundana y regia, que acariciaba a la sociedad y era acariciada por ella en retorno. Hasta donde el hombre tiene derecho

a pesar a su prójimo en las balanzas del juicio privado, ella era completamente hueca, egoísta, y política casi por amor a la política. En verdad,

sentía esto, cuando despierto, actuando tan poderosamente como una repulsión, que si en la vida real la hubiera encontrado tan cerca de mí, me habría levantado y alejado por miedo de mostrarle mi verdadera aversión. Ahora, sin embargo, no me moví, pues una singular fascinación me retenía.

Pronto ella habló, y llamó mi atención hacia algún objeto que descendía por el río. Me volví a mirar, pero casi inmediatamente oí un sonido de molienda debajo de mí, y sentí la piedra sobre la que me sentaba deslizarse lentamente hacia el borde del acantilado. Dándome la vuelta en un instante, vi a la mujer mirando fijamente en otra dirección. Pronto de nuevo me llamó a mirar alguna apariencia en el río. Extrañamente imprudente, la obedecí. La piedra se deslizó hacia adelante una vez más. Esta vez me volví lo bastante rápido para detectar su mano justo alejándose del costado. Me levanté de un salto; la agarré por el brazo; le brillé en sus hermosos ojos helados; grité: «¡Mujer! ¡Mujer maldita! ¿Es esta tu fe?» Ahora, desechando todo disfraz, ella dio una risa hueca, y habló: «¡Fe! ¿Buscas fe en el infierno? Te habría arrojado a los peces.» Mis ojos se abrieron. Ella dijo verdad. Estábamos en verdad en el infierno, y no lo había sabido hasta ahora. Llevando los mismos rasgos, con el alma demoníaca en lugar de la humana hablando a través de ellos —vagando por la misma tierra, pero sin ser consciente de ninguna presencia sino demonios como nosotros mismos— iluminados por el mismo cielo, pero la esperanza no hablaba ya desde él.

Dejé a la arpía junto a la orilla del río, y encontré a

otra tan conocida para mí en la vida anterior. Suavemente se deslizó a mi lado como si quisiera atraparme, pensando que era un recién llegado al infierno. Conociendo su traición, como si fuera a abrazarla la agarré en mis brazos, y, entrelazándolos alrededor de ella, me esforcé por aplastarla fuera de la existencia. Con una mirada de terrible malignidad, ella soltó una mano, y, rasgando su pecho, descubrió su corazón, silbando caliente, y lo presionó contra el mío. «¡El sello del amor que te tengo, mi demonio elegido!» gritó. Bajo aquel signo llameante mi corazón se encendió; la arrojé lejos, y entonces, gracias a Dios, desperté.

Capítulo XXIV

EL VISIONARIO; CAPÍTULO AL QUE NO HAY ADMISIÓN EN HORARIO DE TRABAJO

Hay filósofos que, al trazar la línea divisoria entre las propensiones saludables y depravadas de nuestra naturaleza, han dejado el anhelo de estímulo del lado condenado. No obstante todo lo que he sufrido a causa del estimulante más poderoso que el mundo posee, no puedo resignarme a coincidir con ellos. No porque la propensión sea defendible sobre la base de ser universal. Ciertamente es que el sirio tiene su hachís, el chino su opio; muy pobre de espíritu ha de ser el siberiano a quien le falte su bola de hongo narcótico, imposible el americano que prescindiera del tabaco, y por todo el mundo el licor viaja y se aclimata, siendo de todos los estimulantes

el más completamente cosmopolita. Sin embargo, si hacemos de este hecho nuestra base, quedamos igualmente comprometidos a la defensa de las propensiones no menos católicas hacia la mentira, la blasfemia y el odio al rival.

Pero hay un fundamento sobre el cual puede sostenerse la rectitud de la tendencia hacia los estimulantes sin temor de peligrosas derivaciones, a saber: el hecho de que prueba, casi con tanta fuerza como cualquier cosa inferior a la revelación directa, la aptitud del hombre por constitución y su destino por elección para un conjunto de circunstancias más elevado que el presente. Entiéndase, sin embargo, qué se significa en este caso por la tendencia al estímulo.

No queremos decir ese mero apetito corporal que, compartido por igual por el más bestial y el más espiritual de los hombres no desencarnados, los impulsa por igual a algún expediente que haga latir su sangre con un más vivo estremecimiento de bienestar físico, los ciega a la consideración de verdades desagradables y eclipse todo pensamiento con la densa sombra del Animal.

Aquello de que hablamos es algo muy superior: la percepción de la capacidad del alma para un ser más amplio, una visión más profunda, más

grandiosas perspectivas de la Belleza, la Verdad y el Bien de las que ahora obtiene a través de las rendijas de su celda. Verdad es que no son muchos los estimulantes que poseen el poder de satisfacer en algún grado tales anhelos. El catálogo entero, hasta donde la investigación lo ha escrito, probablemente abarcará solo el opio, el hachís y, obrando sobre algunas combinaciones de temperamento raramente halladas, los licores.

El éter, el cloroformo y los gases excitantes pueden quedar

fuera de la consideración, pues muy pocas personas son lo bastante entusiastas o temerarias en la búsqueda de emociones extraordinarias para jugar con agentes tan evanescentes en sus efectos inmediatos, tan fatales en sus efectos prolongados.

Pero dondequiera que el anhelo de la mente se dirige hacia gratificaciones de esta naturaleza —donde clama ardientemente por una excelencia más noble en todos sus objetos, más aún, incluso se halla cansada, descontenta con los que ahora tiene—, ¿hemos de pronunciar este estado como justo o como erróneo?

Veamos qué veredicto daríamos sobre ciertos otros anhelos. Cuando el pobre hombre cerca para sí un pequeño pedazo de tierra baldía, primero erige una cabaña oscura y baja, para que sus dioses lares no queden sin abrigo. Complacido por un tiempo con la vida de la choza, mucho mejor como es que acampar en el páramo sin techo, siente satisfecho todo su propósito, y se circunscribe dentro del logro de la respuesta de la Naturaleza a las meras necesidades físicas.

Con el tiempo, después de que los placeres de no tener frío, ni estar mojado, ni expuesto a miradas sospechosas, ni hambriento (pues tiene un pequeño huerto de patatas detrás de la cabaña) se le hayan vuelto algo viejos, se le ocurre pensar: «¿Cómo se verían unas cuantas flores ante mi puerta? Hay algo dentro de mí que parece aprobar las flores; creo que me harían bien.» Así el pobre hombre vaga hacia el bosque, y allí, en aquel templo antiquísimo y que respira incienso de nuestro Dios, se arrodilla sobre el cojín de césped que la Primavera, esa siempre joven

abridora de las puertas de la catedral, le ha dispuesto, y suavemente, sin desenterrar una fibra de sus raíces, levanta un manojo de violetas.

Cuando, uno o dos días después, pasamos junto a la rústica cabaña, y al inclinarnos sobre la cerca para preguntar al morador cómo le va, ¿qué hacemos cuando nuestros ojos caen sobre un pequeño punto aquí y allá de algo más que tierra, o hierba, o hortalizas —rostros azules mirando fraternalmente hacia el cielo del mismo color? ¿Movemos la cabeza, fruncimos el ceño, apretamos los labios y decimos: «¡Ah! Insatisfecho con tus circunstancias, ya veo. Inquieto donde la Providencia te ha colocado; ansioso de una felicidad visionaria; morbosamente deseoso de lo que no tienes; depravado el gusto!» y todo ese tipo de cosas?

En verdad me había halagado con la idea de que iba a construir una combinación bastante convincente con esto, con los argumentos a fortiori y reductio ad absurdum, pero temo haber fracasado. Temo que haya algunas personas que dirían exactamente esto.

Sin embargo, restringiré el «nosotros» a ti y a mí, mi lector, pues sé que tú no tienes la capacidad ni yo la voluntad de ser culpable de tan grosero discurso. Nosotros, entonces, ciertamente no lo diremos.

Terminemos la analogía. Un hombre que, durante sus años infantiles (no pueriles), fue creciendo hacia todo lo que compacta, redondea y confirma lo animal, ha atendido en ese tiempo únicamente a aquellas exigencias de la naturaleza que tienen referencia a la asimilación y la secreción. Con carne, bebida y vestido estaba satisfecho. Los hombres prácticos lo apreciaban como una especie de hecho típico de ese otro hecho más amplio, la respetable comunidad.

Justo en el momento en que las esperanzas de que «llegue a ser algo» están en su punto más amplio (no diré «más alto», pues no hay altura en esperanzas de este

tipo, según se entiende ordinariamente), descubre que tiene otra necesidad hasta ahora insospechada, y que no cae bajo ningún epígrafe del catálogo del bienestar corporal. Su alma quiere belleza; su anhelo no se dejará reprimir. Por un tiempo se contenta con el descubrimiento de aquello que brota entre sus pies en²⁰³ este mundo realmente muy hermo-

so. Absorto en otros objetivos, nunca lo había notado antes, y ahora irrumpe sobre él como de un nuevo cielo y una nueva tierra.

Con el tiempo piensa que, puesto que toda esta hermosura es transitoria, susceptible de ser oscurecida por las nubes y arrastrada por las tormentas, desarraigada por completo o vuelta desagradable por la presencia de una mala asociación que no será desterrada, su alma, inmortal y expansiva, puede hallar más grandiosas perspectivas en otra región.

Esta otra es la región del estímulo. ¿Qué diremos a este hombre? «Eres morbosos; eres depravado; tus anhelos son antinaturales y pecaminosos; debes contraer tus deseos, o, al menos, extender los brazos lateralmente más lejos hacia la oscuridad, ¿no hacia arriba, más alto hacia la luz?»

¡No; mil veces no! Digamos más bien así: «Hombre, en este tu anhelo tienes el más noble testimonio de la capacidad infinita de crecimiento de ese germen, tu alma. No puedes creer más de ella de lo que es, pues no puedes creer más de ella de lo que Dios cree, y Él estaba seguro de haberla hecho a Su propia imagen. No te halagas, por tanto, con el privilegio de mirar cosas demasiado altas para ti; no hay nada que puedas concebir como posible a tu vista que no haya de ser real. Tu deseo es aprobado por el Cielo, pues del Cielo

vino la constitución que te hizo capaz de tal deseo. Tu Creador no te condena, ni nosotros te condenamos.»

Si ese hombre, por tanto, se marcha y se vuelve adicto a la indulgencia en el opio, el hachís, o cualquier otro encantamiento que en su caso posea el poder de abrirle las puertas a glorias más maravillosas, ¿no caerá sobre nuestras faldas la sangre del hombre y las lágrimas de amigos arruinados o amargamente compasivos?

No, justísimo y noble lector, pues lo que le hemos dicho no debería ser sino el exordio de otro discurso más largo. No es voluntad del autor más que su provincia ser dictatorial, pero sé indulgente si lo esboza brevemente aquí.

«No pecas en tus anhelos. Sin embargo, puedes pecar gravemente, incluso contra el gran objetivo de esos anhelos, mediante una cierta grati-

ficación suicida de ellos. Si el hachís, o el opio, o cualquier otra cosa de naturaleza afín entre los polos fuera la única alternativa a tu anterior vida grosera en mera carne y bebida, la única alternativa incluso a permanecer dentro de los límites de tu primera belleza adquirida, mejor sería en verdad usarlos que deshonorar tu alma siguiendo meros objetivos materiales, o lisiando sus energías de expansión.

»Pero esta no es la alternativa. En la Naturaleza hay todavía gloria no descubierta, un espíritu que gradualmente se interpenetrará contigo a medida que comulgues con ella. No es una burla, una farsa, pues una esencia veraz habita en ella, la informa. ¡Sea esta comunión un estímulo para ti!

»En el Arte hay también un espíritu que aún no has leído. Como el espíritu de la Naturaleza es el ideal de Dios,

así el espíritu del Arte es el ideal del hombre, la mente que Dios ha hecho. Con este también comulga. En tus acciones sobre él, en sus reacciones sobre ti, te regocijarás en percepciones de un significado en la vida que nunca sentiste; tendrás un estímulo más.

»A tu alrededor están los hambrientos para ser alimentados, los desnudos para ser vestidos, los cautivos para ser liberados, los perseguidos para ser cobijados bajo tu ala, los ignorantes para ser iluminados, los viles para ser limpiados. Haz el bien según tengas oportunidad, y encuentra un estímulo más en eso.

»El Infinito está comulgando con esta tu alma ilimitada para elevarla más alto. Por cien puertas entra a ti continuamente. Hay respiraciones dentro de ti que no son de ti mismo. ¿Te encuentras más bajo de lo que querrías estar? Al instante se te muestra el estándar de la verdadera altura, sostenido por una mano que puede ayudarte a subir a ella. ¿Estás oscurecido por la sombra de un pasado mal usado? A ti, cuando meditas en el crepúsculo, vienen ángeles, como los dos que llegaron incluso a Sodomá al atardecer. Hay esperanza de un mejor crecimiento, una vida más grandiosa; la luz de una resurrección que irrumpe desde el tiempo venidero a través de las rendijas de ese sepulcro, tu cuerpo. Espera pacientemente —¡ah! por cuán pocos momentos—, y ese sepulcro será un

cenotafio. Sea esa esperanza de un futuro que avanza, con todo su desvelamiento de misterios, su impulso por el sendero de una carrera cada vez más y más gloriosa, su inagotable Belleza, Verdad y Bien, tu último, tu más noble, tu infalible estímulo, hasta que lo Ideal y lo Actual se vuelvan lo mismo, y ya no se necesite.

»Pero del estímulo de las drogas, de las pociones, guárdate.

Por la misma majestad con que justamente deseáis engrandecer vuestra alma, estad sobre aviso. Sus fuentes pronto se agotarán, y entonces, sin remedio, calentaréis vuestro pecho, sin posibilidad de alzaros del borde, mientras absorbéis sus heces fangosas, sus heces enloquecedoras, y os maldeciréis por haber dado muerte a aquellos nobles poderes que anhelabais fortalecer, nutrir y esclarecer.»

Perdónese esta ilustración si, a pesar de otras intenciones, se ha convertido en un sermón. El comedor de hachís sabe muy bien que no sólo en el mundo, sino en nuestro propio país —vilipendiado sin vergüenza, como está, por los ignorantes de otras tierras con el oprobio de un afán absorbente de lucro—, hay muchos de aquellos espíritus que no pueden sumergirse en el olvido de todo salvo los fines físicos, que no pueden reposar en el mero conocimiento de que van acumulando tantas casas, tantas fanegas de tierra, tanta consideración respetable, para poseerlas mientras pasa un viento, mientras se desvanece un crepúsculo. Hay hombres que anhelan inquietos riquezas que satisfagan obligaciones más altas de su ser, que perduren más, que posean en sí mismas una esencia más noble y más expansiva. Tienen razón en este anhelo. Mas si hay una voz que pueda hablar desde la puerta de una avenida peligrosa hacia su satisfacción, que pueda decir: «¡Eh, ahí! Pasad de largo; yo he probado este camino; conduce al fin a desiertos venenosos», en nombre del Cielo, que se alce.

Y así disculpo mi sermón.

Hay quienes, sin duda, al leerlo dirán: «¿No es inconsecuente aconsejar este posible desnudo, después de haber invectivado tanto contra los fines prácticos poco antes?» Con el deseo de anticipar esta objeción, diré aquí que no es contra los fines prácticos, sino contra el hacerlos los prin-

ciales, los dominantes. O, más audazmente aún, no contra los fines prácticos en absoluto, sino contra los pseudoprácticos. Por paradójico que parezca, no hay hombre más cabalmente, más puramente práctico que el que es más verdaderamente ideal. Es innecesario sugerir que la palabra «práctico» es un derivado del verbo griego «hacer», y por tanto se aplica con mayor propiedad al hombre que «hace» lo mejor para sí mismo. Ahora bien, ¿cuál de dos seres hace así lo mejor para sí mismo: el que lo hace particularmente para aquella parte de sí que en pocos días ha de abandonar para siempre, o el que lo hace para la parte que eternamente ha de permanecer con él? Oh hombres prácticos, juzgad vosotros.

La más perfecta espiritualidad de propósito, además, no se viola por ninguna atención decorosa y ordenada a las exigencias del cuerpo. Sólo que la casa no esté más embellecida que el morador, el siervo alimentado y adornado por encima de su señor, y entonces nadie en sus cabales puede quejarse de que el siervo o la casa estén bien sustentados para el sumo bien del señor.

Es, sin duda, la perversión de este principio lo que ha hecho que la palabra «visionario» —perteneciente con toda justicia, por su primer título, a almas de la más grandiosa perspicacia— sea tenida, junto con la idea que conlleva, en desprecio incluso por hombres serios y reflexivos. Personas superficiales, que reclamaban para sí la notoriedad por medio de la extravagancia, sabedoras de que no podían alcanzar la celebridad por la grandeza, han estado disgustando a la humanidad con sus absurdos desde el tiempo en que Diógenes se arrollaba en su tonel hasta la era del último apóstol que hizo sonar su trompeta por Broadway. Todos ellos se han glorificado con el nombre de «visionario»; cuando el radiante manto cayó de los hombros del último profeta ascendente que lo había vestido con reverencia, fue arrebatado por el antepasado de todo el desgarrado clan: cubrió los harapos de su mendicidad espiritual durante su vida, y a su muerte fue transmitido por cada generación sucesiva de impostores. Ninguna prueba mejor podría aducirse de su primigenia y auténtica dignidad que el hecho de que nunca, dentro de la memoria del hombre, ha habido un pseudopoeta, un pseudofilántropo, o un pseudocon cualquier otra terminación, que no se haya aferrado tenazmente al

epíteto como a su derecho de nacimiento, su marca de elegido, su cruz de la Legión de Honor.

No podemos asombrarnos del estupor expresado por Rogers, aquel tan sustancial banquero de un país tan sustancial, cuando, después de que Byron hubiera cenado con él, por amor al hombre espiritual, con una patata y un vaso de agua, rechazando todo el regalo inglés prodigamente dispuesto ante él, el hombre acaudalado descubre que, dentro de la hora siguiente, su hermano bardo ha despachado un filete y una botella de Oporto en su club.

Sin embargo, esta asunción de lo espiritual donde no existe —esta falsificación del verdadero visionario— ciertamente no debería, al menos entre hombres pensantes, desacreditar el hecho real.

Hay, sin duda, más de uno que, al oír esta hermosa palabra tañida lúgubremente desde alguna vieja atalaya de respetabilidad convencional, como doble de difunto de toda confianza, toda posición, toda estima entre los hombres, o resonando portentosamente desde el trípode de Sir Oráculo, preñada de mal agüero para una teoría no refrendada, ha suspirado por los días antiguos en que embellecía la endecha sobre un vidente muerto, o brotaba de los labios de arpistas mientras cantaban el pronóstico de un sabio vivo.

A su antiguo lugar el «visionario» nunca será restaurado hasta que los bribones dejen de hacer de él su pretensión de reverencia espuria, o los hombres buenos se abstengan de mirar toda teoría como insegura que no base su solicitud de atención en alguna tendencia a promover un bien corporal o explicar un hecho corporal. Si lo primero no puede, ¿es posible que lo segundo no sea?

Para aquel que restaure esa palabra hay una noble recompensa aguardando en el futuro. El hombre que se lanza a un arroyo y lleva a su hermano que se ahoga sano y salvo a la orilla es recompensado por la Sociedad Humana con una medalla, que se enorgullece de legar a sus hijos como su mejor herencia. Si somos hombres verdaderos, la Verdad es hermana de todos nosotros, y el representante de una idea grande y buena es la Verdad. ¡Ayuda!, entonces, ¡ayuda!, hasta que venga alguno

que se sumerja incluso en las olas de la vergüenza, en las que esta palabra se hunde, y la saque a tierra a su antiguo lugar en la reverencia de los pensadores justos. En verdad, no perderá su recompensa. Pero debe ser un hombre de nervio sereno así como de golpe audaz; tan capaz de recibir de lleno en el rostro el furioso azote de la espuma, como de llevar la medalla cuando se haya secado las gotas.

Entonces el alma será tenida por más digna que el cuerpo, no sólo dentro, sino fuera del recinto de la teología especulativa, y

«Entonces vuelve a los hombres el Edén más majestuoso; entonces brota la raza coronada del linaje humano. ¡Ojalá sean esas cosas!»

Capítulo XXV

CUEVA SUCCEDÁNEA

No tengo conocimiento de que exista en esta parte del mundo persona alguna que tenga hoy por costumbre usar hachís. Aquellas a quienes, en otro tiempo, a petición suya, se lo administré con fines experimentales, quedaron satisfechas con un solo ensayo, tras asegurarles yo que cualquier indulgencia prolongada conduciría infaliblemente a horrores.

Sin embargo, puesto que no es en modo alguno imposible que estas páginas lleguen a los ojos de quienes, sin yo saberlo, sintiendo ya todo el poder de la droga, hallan su influencia una esclavitud, e ignoran, no obstante, los medios adecuados para emanciparse, no dejaré pasar esta ocasión de sugerir, mediante una narración algo más extensa de mi propio caso, un consejo que acaso resulte saludable.

N. del T.: el facsímil digitalizado pierde aquí una o varias líneas; el texto se reanuda a mitad de frase, al tratar de la tentación de recurrir, en las pruebas del lento desligamiento, a algún otro estímulo, como los licores o el opio. Contra tal recurso fui advertido por el mismo consejero cuyo artículo en la *Magazine* había sido mi motor principal para escapar.

Como se ha mencionado en una parte temprana de esta narración, fuertes tendencias experimentales me habían llevado, mucho antes del primer conocimiento del hachís, a investigar el efecto de todos los narcóticos y estimulantes, no tanto con miras al placer cuanto al descubrimiento

de nuevas fases de la vida mental. Entre estas investigaciones había estado el opio. Esta droga nunca me afectó con gran poder, no produciéndome en una sola ocasión nada semejante a la alucinación, sino obrando principalmente a través de una

quietud que ninguna circunstancia externa podía perturbar

ligeramente teñida, cuando cerraba los ojos, de placenteras imágenes de paisajes. Su efecto leve se debía probablemente a alguna peculiaridad resistente de la constitución, pues recuerdo haber tomado una vez una dosis que, según supe después por buena autoridad, habría bastado para matar a tres hombres sanos, sin que se siguiera ningún fenómeno notable. Varias consideraciones operaron en mí para impedir que hiciera del opio una indulgencia habitual, además de este hecho de su moderada potencia. Esto, por sí solo, podría no haber sido suficiente, pues la capacidad que adquirí en su uso de sostener la más prolongada y severa fatiga era en mi caso sin ejemplo.

En primer lugar, me hallaba a salvo del esclavizamiento por los terrores del sufrimiento de De Quincey. Me sentía seguro de que él no había desenmascarado ni la mitad de él, pues su exquisito sentido de lo refinado y lo apropiado en toda comunicación con el público, que se manifiesta en mil lugares a lo largo de sus obras, evidentemente le había retenido, en sus confesiones, de dar al doloroso intaglio aquel profundo trazo del buril que él pensaba que el buen gusto no permitiría, ni aun bajo sanción de la verdad.

De nuevo, una consideración de más estrecho prejuicio me retenía: la imposibilidad, si usara opio, de ocultar el hecho a mis asociados, algunos de los cuales eran médicos, y apenas ninguno de ellos tan poco

observador que no se sintiera curiosamente atraído por las peculiaridades del ojo, la tez y los modales del *opiómano*.

En aquel tiempo, la reputación de ser comedor de opio era muy poco deseable en la comunidad que me incluía, aun si su ulterior y abominable consecuencia se hubiera descartado temerariamente. Era imposible que cualquiera a quien se supiera usuario de la droga hiciera esfuerzo intelectual alguno, discurso, artículo publicado o brillante conversación, sin ser saludado satíricamente como *Coleridge le petit*, o *De Quincey* en segunda edición. Que esto no era del todo una condición morbosa del sentimiento público en el microcosmos donde yo habitaba, puede inferirse de un hecho que, ocurrido pocos meses antes de que yo entrara en él, sin duda había contribuido a teñir la opinión general.

Cierta persona, al leer «Las confesiones», había deducido de ellas (difícil sería decir cómo, pues su autor expresa en todas partes el estado del opio como uno cuya serenidad es repulsiva a toda acción mientras dura) que sería capaz de superar a De Quincey en su propio campo si escribía hallándose en el punto culminante del efecto. Reservando una noche para la derrota literaria del opiómano inglés, bebió su láudano y se encerró solo en su cuarto con la terrible presencia de una mano de papel. A la mañana siguiente, sus amigos, llamando repetidamente a la puerta, no recibieron respuesta y, temiendo algún accidente, forzaron la cerradura. ¡He aquí que nuestro De Quincey *in petto* estaba sentado en su silla, con la pluma en la mano y la frente reposando sobre una masa en blanco de papel, en todo el abandono de un inocente reposo!

Tras el abandono definitivo del hachís, sin embargo,

a veces, cuando la angustia me había reducido a la disposición de probar cualquier alivio salvo el de volver, probé una o dos veces el efecto del opio. Fue invariablemente malo, no obrando, como habría hecho una renovación de la indulgencia del hachís, para elevarme al antiguo plano de actividad placentera e interés en las cosas que me rodeaban, sino combinándose singularmente con cualquier fuerza de hachís que pudiera quedar en mi sistema para cubrirme una vez más con el palio que hacía tan penosas las peores partes de la antigua vida. Rostros insensatos me miraban fijamente; voces terribles de profecía me hablaban aun estando bien despierto; me hallaba lleno de presentimientos de alguna inminente visitación airada, y aprendí con pesar que no hacía sino cambiar una copa amarga por otra. Como la influencia del opio nunca se

aproximó a la autoridad de un fascino sobre mí, lo abjuré de buen grado y definitivamente como alivio imposible.

Fue algún tiempo después de esto cuando mi constitución, quebrantada por el trabajo duro, que, corporalmente, para usar un término intensamente idiomático, era mucho más «cruel conmigo» de lo que el hachís había sido en sus etapas más enervantes, exigió no solo descanso, sino algo inmediatamente tónico. Lo primero se alcanzó fácilmente poniendo fin a mi conexión con el «Caballero de la Triste Figura» de la educación — conexión que todo el tiempo no había sido química, como la de un ácido con una base, sino mecánica, como la de una fuerza con una palanca. Lo segundo (el tónico) había de hallarse en última instancia en el ejercicio; pero, en aras de un alivio más instantáneo de la debilidad, por consejo de un médico, recurrí a los licores. Un brevísimo ensayo de su efecto me hubo convencido de que su estímulo

era tan peligroso como el opio, y abandoné también esto como medio de alivio. El experimento hecho con él renovó, a veces durante dos días seguidos, la claridad, aunque no la exquisita belleza del estado visionario del hachís, y repitió, en debida sucesión, sus sufrimientos ideales de noche y de día.

Así, aleccionado de que todo estímulo posible de algún poder debe obrar invariablemente como auxiliar de las fuerzas parcialmente derrotadas de mi enemigo, no invoqué más ayudas traicioneras de fuera, sino que fui a la lucha con mis solas fuerzas, armado únicamente de paciencia y de simpatías amistosas.

Desde que aprendí esta lección, el progreso hacia la recuperación ha sido a pasos lentos, pero progreso al fin y al cabo. De vez en cuando, un retorno del antiguo sufrimiento ha hecho necesario pasar media noche caminando; pero la conciencia de que cada paso adelante era también un paso, por infinitesimal que fuese, hacia arriba, es un alivio mayor que la posibilidad de recorrer una vez más los más rosados reinos de la antigua felicidad del hachís. Al menos por el presente — como salvedad a la proposición, añádase esto —, pues quien una vez ha contemplado grandes glorias no puede sino esperar contemplarlas de nuevo, cuando la naturaleza se vea libre de toda la ¹²grosería que las hace penosas en el

estado presente, y vengan a él, no a través de muros que deban fundirse para abrirles paso, sino como la luz del sol, que, cayendo gozosa e inofensivamente, baña la frente del niño pequeño dormido.

Apéndices: notas, laberintos e ideales

Es el autor de «The Golden Dagon», uno de nuestros libros de viajes americanos más originales e interesantes, quien da a Boodh, como deidad de la absorción eterna, el título más apropiado con que, según mi conocimiento, haya sido glorificado jamás. Lo llama «La Calma Estancada». Al leerlo, tan peculiar relevancia pareció tener este título con una parte de mi propia experiencia, que, a no ser por ocasionales punzadas de humanidad restante, que recuerdo haberme afligido por aquel entonces, me habría rendido a la convicción de que yo mismo había sido entonces una encarnación de Boodh. Hasta aquí mi narración ha sido de hechizo y contrahechizo; de éxtasis comprados de este lado del Aqueronte, donde el mercado era bajo, y pagados del otro lado, donde el tipo de cambio es diabólico; de los abigarrados días de indulgencia, y la única noche sin estrellas de abandono. Fue durante este último período cuando ocurrió el estado búdico. Durante muchos meses antes había estado bañado en las fuentes de una actividad ardiente. Había vivido en el éter. Cada sentido había sido ejercitado a su máxima potencia, el sentido del cuerpo, y el sentido inconmensurablemente más enérgico de la imaginación.

Ahora el agente exaltador había sido removido. He dicho cómo sufrí, afirmativamente, por su falta, con preferencia a las naturales pesadillas, en disgusto por lo que me parecían las formas sin vida del mundo exterior, en incontables modos de dolor y fatiga, cuyo detalle sería sólo menos desagradable para mi lector que originalmente penoso para mí. Lejos de mí el referir estas cosas de nuevo; en verdad, por el pasado a veces he temido que debía una disculpa, y que se esperaba de mí decir, con aquel que había reducido la cortesía a una ciencia: «Perdonadme, señores, que tarde tanto en morir.»

Pero, negativamente, a medida que avanzaban los meses de prueba, llegué a un estado que, de haber sido dolor, me habría hecho temer menos por mí mismo. Gradualmente, después de haber conocido durante largo tiempo lo que era decir: «Ahora estoy perfectamente miserable», ocurrieron temporadas cuyos intervalos constantemente disminuían en que decía: «Ahora soy totalmente nulo». No era felicidad más de lo que el rodar de una bola es movimiento sostenido; como ella, seguía mecánicamente por el impulso no del todo extinguido de una fuerza removida.

Esta fuerza, también, era una retardada a cada hora. Había constantemente menos y menos esperanza, menos volición, menos interés, y el único contrapeso a esta negación era la negación opuesta de emociones desagradables. No desesperaba, porque parecía no haber nada de qué desesperar.

¿Qué debía hacer? A menudo (pues este estado de no-entidad era sólo ocasional aún) era visitado por severos autorreproches, admoniciones de esforzarme espiritualmente así como mecánicamente, amenazas de una absorción final en absoluta languidez a menos que recurriera a algún medio inmediato para avivar los pulsos del pensamiento y la acción.

Gente buena me decía que durmiera; la Naturaleza me estaba leyendo

una lección sobre las propiedades curativas de la quietud. Gente buena, no podía dormir. Nunca despertaría de nuevo. Además, asistía a otra iglesia de la Naturaleza, donde la lección del día era: «El que no quiera trabajar, tampoco coma»; y el margen estaba iluminado, no con querubines como los de Rafael, que no tienen nada que hacer excepto descansar sus barbillas sobre sus palmas, sino con ciertos otros, sentados en filas sobre un banco, diversificando su mirada desesperanzada a las manzanas más altas del árbol del conocimiento mediante el furtivo transporte, de bolsillo a bolsillo, de una variedad más basta de manzana, introducida de contrabando en la escuela para el sustento y consuelo del hombre exterior que perece con el uso.

Siendo este el exacto estado de las cosas hasta que dejé atrás, con mis responsabilidades cumplidas, aquel fantasma portentoso e incómodo, en quien mis relaciones previas me habían forzado a contemplar al De-

ber haciendo más excéntricamente que nunca encarnarse a sí mismo, había fuertes razones para la actividad, además de su necesidad como energía de existencia. Al disolver mi conexión con el portento, la última razón aún permanecía, y la cuestión era cómo satisfacerla.

No había más posibilidad de buscar actividad en una investigación a través de pasajes sobrenaturales. El estímulo había sido abjurado; la acumulación de hechos mentales, para servir de alimento al asombro, bajo su influencia, estaba terminada. La Razón, el Derecho, la Voluntad, todos lo afirmaban. No me quedaba más que un expediente.

Este era tomar los hechos ya asegurados, y descubrir, si era posible, su significado, sus relaciones mutuas; cristalizarlos alrededor del eje de alguna

hipótesis, y determinar qué enseñaban sobre las operaciones de su fuente, la mente.

Fue de esta manera que mantuve el calor vital del pensamiento durante meses, y luché contra un letargo que todo lo entumece. Los resultados de esta práctica paso ahora a darlos, sin ninguna pretensión de agruparlos en un sistema; no sólo la falta de tiempo, sino de una base suficientemente amplia de experimentación lo han impedido. Si pareciere que he fijado las posiciones comparativas de siquiera unos pocos puestos avanzados de un reino extraño y raramente visitado, me tendré por dichoso. Viajar más lejos hacia el interior, incluso por amor a la ciencia, habría requerido un heroísmo que lleva la apariencia, según se mire en diferentes direcciones, del mártir o del suicida. Del primero de estos títulos no me tenía por digno, ni del último deseoso.

Hasta qué punto el hachís arroja luz sobre lo más interior de los arcanos mentales es una cuestión que será dogmáticamente decidida de dos maneras diametralmente opuestas. El hombre que no cree en nada que no llegue, de algún modo, a ser tangente a sus órganos corporales, se retirará instintivamente a la fortaleza de lo que supone ser el sentido común antiguo, y gritará «iloco!» desde dentro. Rechazará toda experiencia bajo estímulo, y los hechos que declaradamente ha desarrollado como verdad, con el veredicto final e irrefutable de la insania.

Hay otra clase de hombres que tiene su tipo en aquel que, reconociendo los sentidos corporales como muy importantes en el presente nutrimento y defensa de nuestro ser, está convencido de que le dan sólo apariencias; no las cosas como son en su esencia

y su ley, clasificadas armoniosamente con referencia a su fuente, sino sólo como le afectan a través de los diferentes accesos del cuerpo. Este hombre será propenso a creer que la Mente, en su prerrogativa del único ser autoconsciente del universo, tiene el derecho y la capacidad de volverse hacia sí misma en busca de una respuesta a los enigmáticos acertijos del mundo. La Mente, la Mente infinita, ciertamente, los creó y debe haber conocido su ley; como inferencia, la Mente, aunque finita, puede aún interrogar a sus propios fenómenos por las razones de existencias exteriores que, por grandiosas que sean, son mucho menos majestuosas que ella misma, y puede obtener una pista proporcionalmente perfecta.

Argumentando así, el hombre, aunque visionario, reconocerá la posibilidad de descubrir desde la mente, en algunos de sus estados extraordinariamente despiertos, una verdad, o una colección de verdades, que no se manifiestan en su condición cotidiana. De este hombre, unas pocas páginas como éstas pueden esperar una lectura cándida, si no total asentimiento.

Tampoco estoy ansioso por rechazar la acusación de insania que pueda ser traída contra los hechos generados por un delirio de hachís. En verdad, la exaltación, en esta narración, ha sido repetidamente llamada una insania. Sólo deseo ser entendido como creyente de que en algunos temas el hombre insano puede mirar más lejos que el cuerdo. No se confunda aquí la idiotez con la insania. La primera es la extinción de todas las facultades; la última, el desarrollo extraordinario de una facultad o un grupo de facultades, mientras las otras yacen comparativamente dormidas.

De la misma manera, por lo tanto, que las características

de la planta se buscan, no en los filamentos y tejidos microscópicos del germen (aunque verdaderamente existen allí), sino en el individuo ex-

pandido de la especie, podemos, más legítimamente y con mucha mejor esperanza de éxito, buscar la ley de un órgano mental dado en su estado inusualmente desarrollado que en el usualmente desarrollado.

Laberintos y hilos guiadores.

Gentil lector —para no hacer de esta una de mis especulaciones más laberínticas que la naturaleza, pues odio los misterios antinaturales— no dejaré, a la manera de un oráculo, mi título indefinido hasta la secuela, sino que te diré aquí que los «laberintos» son nuestros sentidos corporales a través de los cuales el mundo exterior vaga hacia adentro para comunicarse con el alma. Por un poco de tiempo vaguemos juntos hacia adentro a la manera del mundo, y si el hilo de mi especulación no nos lleva a lo más recóndito con tanta seguridad como el de Ariadna, podemos al menos prometernos un salvoconducto de vuelta. Intentemos descubrir el tipo de comunión que el mundo y el alma mantienen juntos, y la manera en que la mantienen.

Mucho antes de que hubiera conocido el hachís, y recorrido sus extrañas tierras altas en busca de los secretos de la mente, una revelación me iluminó que, por sus poderes de asombro y perplejidad, hizo el tiempo y lugar de su ocurrencia para siempre memorable dentro de mí. Fue una revelación de la misma manera que el relámpago es una revelación, clara en sí misma, pero mostrando colinas hasta entonces desconocidas de medianoche ininterrumpida en la distancia. Siendo aún un

mero muchacho, estaba de pie una tarde al lado de dos pensadores que hablaban de metafísica sin hacerme partícipe de sus deliberaciones, pues no tenían pensamiento de que yo me ocupara de otra cosa que el exterior de la naturaleza tal como la encontraba riendo en mis paseos.

«—Sí, está fuera de disputa que nuestros sentidos nos dan sólo apariencias y no cosas —ciertas cualidades de la esencia, no la esencia de la que surgen.»

En estas palabras no había nada que asustara a una mente de hábitos ordinariamente reflexivos; ninguna barricada de «subjetivo» y «objetivo», ni nada más técnico que aún no hubiera aprendido a escalar. Fui golpeado por un súbito interés;²⁴⁷ no apreciaba perfectamente el signi-

ficado de la frase, pero vagué a poca distancia para sentarme y pensarla hasta haberla hecho mía. Había allí un significado que ofrecía las más fuertes fascinaciones al descubrimiento.

«Nuestros sentidos nos dan sólo apariencias, cualidades, y no cosas.» Quizás, pensé, esto es sólo un sofisma lanzado como una especie de desafío al argumento. Estos metafísicos aman argumentar.

Por supuesto, no tuve que buscar lejos una prueba. Estaba apoyado contra un árbol, y el Sentido, en el apoyo que me daba su tronco, parecía estar afirmando triunfalmente su conocimiento de las cosas —cosas firmes y robustas, además.

¡Pero alto! me dije a mí mismo; ¿qué es lo que descubro al inclinarme aquí, que me hace pensar que he encontrado una cosa? Pues la resistencia, la dureza, sin duda. Y es un hecho, estas no son más que cualidades. Pero esto no es sino sensación; probemos los sentidos del olfato y del gusto. Aplicando nariz y lengua al árbol, percibí un fresco sabor leñoso — ¡cualidad todavía! Acerqué el oído al árbol y lo golpeé: todavía no resultó más que cualidad, la capacidad de engendrar sonido. Empecé a alarmarme por la dignidad del Sentido, al ver que su posibilidad de mostrarse digna de mi consideración pasada quedaba reducida a un solo órgano — el ojo. ¡Ay de ella! Cualidad todavía — un tinte parduzco, una facultad de transmitir ciertos rayos de luz y absorber otros. Parece extraño ahora, pero es verdad que, con mi cuchillo, empecé a descortezar el lado del árbol, con una especie de tierna adulación del Sentido, pensando que, aunque las cualidades residían en la corteza, «la cosa» había de ser detectada acechando debajo. En un momento, sin embargo, me reí perplejo, dándome cuenta de que no podría mejorar el asunto aunque tajara el árbol de parte a parte.

Aquí terminó mi primera lección sobre el dominio de los sentidos. Sé que este incidente en sí mismo no puede pretender tal interés como para formar parte de una experiencia que un hombre, sin importunidad, pueda imponer al oído de otro; pero lo he relatado, creyendo que puede recordar a algún lector aquí y allá las circunstancias en que hizo el mismo descubrimiento. Más aún, lo menciono, pues puede ser una especie de terreno común de simpatía entre el autor y lector, sobre el cual se com-

prenderá mejor algo que deseo decir sobre los sufrimientos filosóficos de una gran mente que es nuestro deber apreciar tanto como (y en verdad para) compadecer.

David Hume, después de haber sido agasajado, enterrado y reseñado, ha sido tranquilamente colocado en el estante por muchos hombres serios del presente siglo, en ese nicho especial dedicado a los «infieles célebres». Según nuestra diferente aceptación del término, este veredicto será justo o injusto. Si es justo, una generación cuidadosa y discriminadora debería manifestar su coincidencia con él permitiéndole yacer bajo el índice de la oprobio. Si es injusto, la sentencia será, tarde o temprano, infaliblemente revocada, y cualquier luz, por débil que sea el pincel que cualquier hombre posea para la ilustración del asunto, es debida no menos a la verdad que a la sombra de un filósofo.

La infidelidad se clasifica propiamente bajo dos divisiones — infidelidad del corazón e infidelidad del intelecto. La primera de estas es un displacer maligno ante la verdad por las obligaciones que impone a la vida. Comienza en una repulsión poderosamente sentida entre la rectitud y la voluntad egoísta; a veces no va más allá de manera declarada, sino que deja a un hombre injusto, licencioso y, en todos los respectos, donde la prudencia del egoísmo no lo refrena, totalmente inicuo.

En el caso, sin embargo, de aquellos que han llevado a cabo la guerra ofensiva de la infidelidad, se ha dado un paso más: un rechazo total y público, a saber, de las pretensiones de la verdad sobre el interés propio. Con este paso se ha conferido el grado, si así puedo hablar, de Gran Maestre de la Orden de la Infidelidad del Corazón. No es necesario que el hombre así avanzado sea preeminente, incluso por encima de los creyentes, en la gratificación pródiga de la pasión y el interés; el temperamento, la sociedad, una multiplicidad de circunstancias pueden servir como timones de su rumbo, pero solo las circunstancias lo dirigirán. La fuerza impulsora hacia cualquier exceso imaginable está presente en él, y la brújula cierta de una obligación sentida se ha ido. Según las circunstancias, navegará con viento en popa con las gráciles curvaturas de un Bolingbroke, o se tambaleará en un mar ebrio como Paine.

La infidelidad del intelecto es una cosa enteramente diferente. Surge, no de un odio, sino de una aprehensión incorrecta de la verdad.

Cuando recordamos cuán fundamental parte de la naturaleza humana es sistematizar los dictados tanto de las revelaciones escritas como de las no escritas, construir las fórmulas fragmentarias que expresan las múltiples relaciones de nuestro ser en algo semejante a un edificio ordenado, debemos asombrarnos, no tanto de que el error infaliblemente vicie en una extensión más o menos fatal alguna parte de la obra, como de que cualquier estructura resista hasta tal punto la gravedad como para no derrumbarse. No que esta imperfección deba atribuirse al hábito de sistematizar, sino al hecho de que es la naturaleza humana la que sistematiza — la naturaleza humana, que nunca en ninguna época abarca toda la verdad en una visión comprensiva y realiza de una vez las tendencias de las opiniones, sino que por necesidad mira las medias verdades a través de un medio distorsionante, y ve solo el resultado presente de las especulaciones. Una piedra angular colocada torcidamente, alguna premisa cuya falsedad pasa inadvertida porque tiene la sanción de una opinión antigua, puede hacer que toda la superestructura quede desalineada e inestable, aunque sea erigida por los más cautelosos obreros con escrutinio sin escatimar de escuadra y plomada. En un siglo anterior, mientras los hombres se contentaban meramente con los muros de cimentación de un sistema, poco importaba si cada bloque estaba colocado con perfecta exactitud; no había aún edificio que pudiera verse afectado en su permanencia por el error del fundamento. Pero cuando, en el curso del tiempo, «otros hombres construyeron sobre ello», aceptándolo con perfecta fe como la cuidadosa estructura de un maestro cuyo nombre se pronunciaba reverentemente entre los hombres, ¿qué maravilla que señalaran después las marcas de consideración y cautela con que habían levantado sus muros secundarios de inferencia en una filosofía, como prueba de que necesariamente debían ser estables e impecables, por mucho que algunos de sus colegas lo dudaran, aunque se negaran a reconocer falta alguna en el fundamento?

Los infieles del intelecto han resultado tan a menudo de argumentar lógicamente sobre alguna falsedad, hasta entonces universalmente aceptada como truísmo, como de cualquier distorsión de verdades reales o

deducciones sofisticas a partir de buenos fundamentos. Que, si Hume fue un infiel, se hizo tal de este modo, creemos que es fácil de mostrar. Casi tan fácil es probar que, propiamente hablando, no fue un infiel en absoluto.

Como punto central para la consideración de la infidelidad de Hume, tomemos el año 1746, el año en que fue candidato a la cátedra de Filosofía Moral de Edimburgo, y por el voto de las autoridades (sin duda con la más perfecta propiedad) fue derrotado a causa de sus opiniones sobre la religión. Contra la acción que lo excluyó de una cátedra que exigía tan rigurosamente un titular de principios espartanos sobre la materia que había de ser su especialidad, ciertamente ningún hombre pensante puede tener nada que decir. El hecho de la exclusión se menciona meramente para fijar alguna fecha en que su inclinación fue generalmente reconocida entre el pueblo, que había tratado con tal negligencia su «Tratado sobre la Naturaleza Humana», publicado nueve años antes. En 1746, entonces, había cosechado el título de infiel.

Durante al menos medio siglo anterior, la mente especulativa de la mayor parte de Europa (dinámicamente así como numéricamente mayor) había estado bajo el dominio de John Locke, cuyo «Ensayo sobre el Entendimiento Humano» había salido a la luz en 1690. Es quizá más bien un cumplido insincero hablar de cualquier mente como «especulativa» que se expandía meramente dentro de su área prescrita. El sistema que llevaba su nombre es demasiado conocido para pedir una exposición, especialmente dentro de estos límites. Difícilmente podría llamársele su padre; ciertamente no con más justicia de la que podríamos atribuir al hombre que casualmente observa que es un día nublado la paternidad de ese fenómeno meteorológico. Su sistema consiste principalmente en el descubrimiento de que la gente generalmente tiene tales y cuales ideas sobre su facultad de pensar; que dicha gente ha dado casi en el clavo, y que él se alegra de decírselo; todo autenticado por John Locke, su marca. La mayoría de la humanidad atiende al conocimiento asegurado a través de sus órganos corporales más estrechamente que a cualquier otro; elaboran la verdad pensando sobre este conocimiento; y así toda verdad nos llega a través de los órganos, modificada en mayor o menor medida por la reflexión. En fin, el sentido, y la reflexión sobre sus datos,

las fuentes de todo conocimiento, forman el principio rector, el *articulum stantis aut cadentis ecclesiae* de la filosofía lockiana.

En esta filosofía Hume, como todas las demás mentes contemporáneas de su nación, nació tan regularmente como en la forma monárquica de gobierno. Fue la cuna de su infancia y la escuela de su juventud; su mente, cuando quería ejercicio, debía correr y jugar en el pequeño patio trasero de John Locke, o no estirar sus miembros en absoluto.

Ahora llegó un tiempo en que David Hume arribó al mismísimo punto de especulación que he mencionado antes como alcanzado, según mi suposición, por la mayoría de nosotros que pensamos. Veamos cómo razonó. Supongámosle en soliloquio:

«Encuentro que mis sentidos no me dan más que los fenómenos de las cosas — me dicen meramente cómo actúan los objetos sobre mí. Mi ojo me informa del color y el contorno; mi oído de vibraciones de diversas intensidades; y así sucesivamente con todos los demás órganos. Todos dan cualidades de las cosas, operaciones que las cosas tienen capacidad de realizar sobre mí, apariencias de las cosas, pero nunca las cosas mismas. ¿Cómo sé que no lo hacen? Por la reflexión, ciertamente; la reflexión sobre los datos proporcionados por el sentido. Pero ¿por qué todos creemos, y actuamos según la creencia, que vemos, oímos, sentimos, olemos y gustamos las cosas? Sin duda debe ser el sentido el que nos lo dice; esa es la única fuente conjunta de conocimiento con la reflexión. Entonces tengo dentro de mí, y así también todos los demás, dos verdic-
dictos exactamente opuestos. Conozco las cosas, y no las conozco. Ahora, ¿cuál es la mentira?»

Hume no decidió. No pretendió erigirse en árbitro entre estos dos jurados en conflicto, que Locke cincuenta años antes había convocado para resolver infaliblemente, y sin apelación, todas las cuestiones de la ciencia humana. Solo quedó en perfecto equilibrio entre la realidad y la no entidad de todo ser, él mismo necesariamente incluido. Se convirtió, como consecuencia estrictamente lógica de aquella enseñanza que había bebido con la leche de su madre, y que habría rechazado con tanto riesgo de ser llamado hijo desnaturalizado por todos sus contemporáneos, en un pirrónico, un dudador universal. ¿Y quién, en nombre de toda la

candidez, fue el padre de su pirronismo? ¿Quién sino John Locke, quien, aunque creyente él mismo, porque no llegó lo bastante lejos en su propia dirección, había abierto sin embargo una fácil pista hacia el más comprensivo sistema de escepticismo del universo?

Puede haber quienes piensen que no hemos presentado mejor defensa de Hume al probarlo escéptico que infiel. ¿Qué diferencia existe, preguntan, entre dudar y no creer? Toda diferencia posible. Creencia e incredulidad son a menudo erróneamente tomadas como antípodas meramente por su sonido antagónico, y la duda es frecuentemente confundida con esta última. La incredulidad es, de hecho, el mismo acto mental que la creencia, dirigido por la evidencia o la pasión hacia un conjunto diferente de afirmaciones. La duda reconoce una equiponderancia de evidencia, o una total falta de evidencia en ambos lados. Ahora bien, los impulsos de odio, orgullo y mil otros pueden llevar la creencia de un hombre en una dirección u otra, y así viciar la sinceridad de un juicio que debería fundarse calmosamente en la prueba. La duda, donde es real, nunca puede ser producida así por impulso. Para sentarse sobre el centro exacto de la balanza, debe estar calmada. Por lo tanto, en la medida en que cualquier hombre es un escéptico sincero, en esa medida queda probado inocente del cargo de hostilidad hacia cualquiera de los lados.

No afirmo esta calma perfecta para Hume. En la presente condición imperfecta de la humanidad actuamos tan universalmente desde motivos intrincadamente mezclados, que no sería seguro afirmar una sinceridad puramente ideal para nadie. Sin duda Hume fue influenciado en el mantenimiento posterior de sus principios pirrónicos por muchas de aquellas consideraciones partidistas que pesan en todos nosotros. Pero en la primera suscepción de su duda, actuando, como lo hizo, sobre la base reconocida en todas partes de que Locke tenía razón, ningún hombre podría haber sido más lógico, más calma, filosóficamente sincero. El raciocinio, y no la hostilidad hacia la religión, fue la causa original de su escepticismo.

Es particularmente desafortunado para un hombre cuando se ve arrojado a la sociedad de aquellos que, halagando en él lo que su mejor naturaleza siente como una mancha y una desventaja, si no un crimen, ador-

mecen su dolor por su existencia, e incluso lo persuaden de creer que es su honor. Hemos de observar un ejemplo de tal desgracia en Hume, quien, de no haber sido loado y agasajado como el Corifeo de los infieles, por quien no sentía atracción cordial, podría haber sobrevivido a su escepticismo mediante tragos de una mejor filosofía, o, al menos, haberlo guardado para sí como su secreto más luctuoso.

Permitiéndose ser aplaudido como el infiel que no era, fortaleció dentro de sí al escéptico que era; pero que nunca se consagró de todo corazón, como algunos lo tergiversarían, a la causa de una incredulidad maligna y ofensiva, es evidente por muchos hechos en su historia; tal, por ejemplo, fue su indignado rechazo a la impertinente esposa del ateo Mallet, quien se tomó la libertad de presentarse a él en una *soirée*: «Los libre-pensadores deberíamos conocernos, Sr. Hume». «No soy ningún libre-pensador, señora»; y, dando media vuelta, se alejó furioso.

Hay también una carta suya, que solo cito de memoria, en la que exhibe el hombre que habría sido si se lo hubiera dejado solo, declarando que nunca se sentaba a jugar una partida de ajedrez con un amigo, y así despojarse de su panoplia lógica, sin sentir que sus dudas se desvanecían y la realidad de las cosas retornaba. Sin embargo, esta misma carta ha sido citada como evidencia de su insinceridad, porque, se dice, se veía forzado a razonar para poder sostener sus dudas. Pero ¿y si el razonamiento las sostenía infaliblemente? ¿Había de confiar en Hume jugando al ajedrez o en Hume razonando?

Por su antinatural conjunción con los infieles, se sometió a soportar el oprobio de sus elogios. Por sus elogios, un espíritu antagonista de denuncia se excitó en la sociedad de los creyentes. Denunciado, debía replicar, por el bien de su orgullo y de sus partidarios. Y así, del sinceramente perplejo dudador, llegó a ser considerado, y en cierto grado, aunque mucho menor, a ser, el escarnecedor enemigo del cristianismo.

Me he detenido así largamente en Hume y en las circunstancias que han tendido a darle su reputación actual, y a estamparle el sello de un oprobio en muchos aspectos injusto, porque es un ejemplo no menos llamativo que doloroso del mal que puede obrarse contra un hombre por algún error inadvertido en su filosofía mental. Cuán fácilmente un error

que es el germen de todas las cosas dañinas puede escapar a la atención de los hombres que aceptan sin examinar, puede verse por el hecho de que el buen John Locke (pues era bueno) nunca fue advertido de la inferencia escéptica de su doctrina, sino que murió tan perfectamente satisfecho con ella como había vivido.

Con la mayor gratitud recuerdo que, en el tiempo de mi primer descubrimiento del legítimo dominio de los sentidos, no fui dejado, como muchos otros en caso similar, y Hume como representante de todos ellos, a retirarme sin esperanza a una negación de todo conocimiento.

Es el privilegio y la gloria de este día que su filosofía dominante sea la Trascendental. Por mucho que esta palabra, como su afín visionario, esté en boca de vendedores ambulantes de menudencias teológicas — por mucho que se haya aplicado, por una perversión, a todos los sistemas de error y sinsentido — por mucho que se haya marcado como estigma en la frente de pensadores que no querían viajar en un cochecito de niños, la idea que representa ha sido la regeneración de la filosofía especulativa. Los trascendentalistas son, en efecto, escaladores por encima, como su nombre significa, pero no por encima del razonamiento sólido ni de los principios definidos de la verdad, sino por encima de aquella valla de conocimiento introducido por meros pasajes físicos, con la cual una tiránica oligarquía de razonadores querría circunscribir todas nuestras andanzas en busca de hechos y leyes.

Más antiguo que sus más antiguos nombres históricos de apoyo, el trascendentalismo encontró aún campeones en las mentes más emancipadas de Grecia, y de ellos venimos *per saltum* a sus campeones alemanes de la segunda mitad del siglo pasado y de la mitad transcurrida del presente. Kant, despertado, como hay alguna razón para pensar, por la misma perplejidad que puso límites a la mente de Hume, se alza como el resucitador de la idea largo tiempo sepultada, y es seguido, con mayor o menor desviación no esencial de su senda principal, por Fichte, Hegel y Schelling; pues, aunque el primero del trío pueda ser llamado un idealista puro, sigue a Kant de manera preeminente en la afirmación de fundamentos de conocimiento mucho más elevados que el sentido. Se queja que estos hombres, y principalmente Kant, son ininteligibles; que su fraseología es pesada y oscura. No es difícil, sin embargo, para cualquier

mente en caridad con la dirección de sus esfuerzos ver abundante razón por la que debe ser así.

En primer lugar, mientras su lenguaje (cuando no escribían en latín, y cuando lo hacían, sus modos alemanes de pensar aún los acompañaban) es el más plástico del mundo para todos los moldes de la mente, mientras admite interminables composiciones de palabras para dar redondez o precisión a las ideas, aún, por este mismo hecho, tiende hacia la oscuridad, por la razón de que los compuestos alargan tanto una oración que hacen muy difícil llevar el significado desde el principio hasta el final.

En segundo lugar, hay que recordar que las ideas que estos hombres tenían que comunicar eran en gran medida nuevas — nuevas incluso para quien las miraba fragmentariamente — nuevas particularmente en sus combinaciones como sistema. Quienes las exponían eran los pioneros del trascendentalismo; no tenían nada preparado a mano, nada abierto o claro; y la primera entrada en un territorio es siempre necesariamente por un camino escabroso; corresponde a quienes entran en sus labores, quienes llegan al terreno que ellos han abierto, atender a allanar la calzada. Primero el camino militar, después la carretera de peaje. Bien podemos quejarnos del capitán John Smith por no tender un ferrocarril a través de los bosques de Virginia, como de Kant por no suavizar el paso hacia una filosofía por la que fue el primer viajero. Le bastaba con haber lidiado con grandes ideas y fijarlas; que sus sucesores atiendan a pulir su superficie.

En tercer lugar, ha sido puesto fuera de la vista por la prevalencia de una filosofía que se llama a sí misma la del sentido común, pero que merece mucho más ser llamada la de lo vulgar, que la metafísica es una ciencia tan verdadera y distinta como la química, con sus propias ideas peculiares e inalienables, y en virtud de esa prerrogativa exige, tanto por necesidad como por derecho, símbolos para expresar sus ideas que sean su propiedad exclusiva. Sean ejemplo las frases de distinción, «objetivo» y «subjetivo». «Objetivo» es todo lo que, en los procesos de la mente, no soy yo, sino extrínseco a mí; «subjetivo», todo lo que es yo mismo, y mi propia parte individual de la operación. Ahora bien, la filosofía del sentido no podría tener uso posible para palabras como estas, ya que no reconoce sino una distinción de papel entre un hombre y sus objetos

para todos los propósitos de la percepción, todo su conocimiento siendo adquirido por el sentido, y fluyendo hacia él como su receptáculo pasivo. Así la filosofía del sentido se burla de tal fraseología técnica como pedante. Pero, suponiendo que fuera capaz de requerir algunos símbolos para tales ideas, lo más probable es que adoptara «externo» e «interno». Para especulaciones, o más bien afirmaciones, tan poco analíticas y precisas como las suyas, podrían servir bastante bien; pero cuán inertes, cuán inútiles, cuán vagas serían donde algún hecho mental sutil hubiera de ser expresado con precisión. Deseamos dar la idea de la mente como examinada por sí misma. Los trascendentalistas llaman a esto tratar la mente «objetivamente». Nuestros hombres del sentido se verían obligados a decir, tratándola «exteriormente». ¡Cuán definida sería la idea transmitida en eso!

Cuando nos quejamos del marinero por hablar de sus mástiles como vergas, en lugar de llamarlos palos, para satisfacer la comprensión de algún patán de tierra adentro que no se tomará la molestia de aprender navegación práctica — cuando se escarnece al químico por decir crisol en lugar de olla — cuando, en fin, la opinión pública obligue a todos los hombres a hablar de las delicadezas de sus artes en jerga callejera o charla de tocador, entonces, y no hasta entonces, será tiempo de burlarse de la ciencia, en la que, más que en todas las demás, se requiere rigurosa exactitud de expresión, por tener un lenguaje peculiar, aunque no sea universalmente inteligible. Esta charla sobre la pedantería de la metafísica es algo de lo que la época debería avergonzarse por estar por detrás de ella, pero aun ahora ocasionalmente topamos con algún reseñista que, en tonos de conmovedor patetismo, lamenta ante el público que le resulta imposible leer la Psicología Racional de Hickok a su esposa por la noche debido a la pedantería técnica del doctor, que lo convierte en un libro sellado incluso para esa mujer dotada.

En general, es seguro sentar esta proposición como regla: primero echar una ojeada superficial a un libro sobre la Mente, para ver si su carácter general de pulcritud y sistema prueba que su autor no es ni necio ni descuidado; y luego, leyéndolo con cuidado y con candor, hallaréis que en proporción a su tecnicismo es el repositorio de verdades nuevas y más

profundas. Esto, por supuesto, debe entenderse de aquellos libros sobre la Mente

que, según la división de De Quincey en su crítica sobre Pope, pertenecen a la literatura del conocimiento, y no a la literatura del poder. El mismo hábito de indolencia mental, que está aflojando las cuerdas de nuestra literatura americana —el amor a aquellos libros que se leen por sí mismos mientras yacemos medio dormidos en un sofá; la codicia de manjares que puedan tragarse enteros, y que cosquilleen al instante—, este hábito es el que ha privado de nueve décimas partes de su legítimo número de lectores a un hombre, por ejemplo, como Hickok. Casi el único metafísico verdadero de América, quizá el más grande que vive ahora en cualquier parte, y digno de ser clasificado con los pensadores más fuertes y profundos de cualquier edad o tierra, tiene, en su propio país, aproximadamente tantos lectores inteligentes y apreciativos como Pitágoras tuvo de discípulos esotéricos. Hay razón para temer que los hombres aman más investigar cómo se hacen las muselinas, los rastrillos de heno y, sobre todo e incluso de todo, el dinero, que cómo están contruidas sus propias mentes.

Uno casi podría contentarse con dejarlos a ellos y a su preferencia en paz, sobre la base de que son los mejores jueces del valor respectivo de sus diversas mercancías.

Grande razón tengo para estar agradecido, otra vez lo digo, de que fui amamantado en el pecho del Trascendentalismo. Sin duda no estoy falto de simpatía en otros cuando digo que el primer momento en que me iluminó cómo en la Razón podían encontrarse las leyes y las esencias de las cosas, y que no estábamos confinados para nuestro conocimiento a las meras apariencias no agrupadas e inquietas del Sentido, fue como una revelación; expandió y dignificó el alma con un súbito acceso de glorias tales como ningún reinado terrenal podría dar. En aquel momento el espíritu me apareció por primera vez como algo más que el esclavo sin esperanza de la materia. Por el bien de experimentar aquel sentimiento de nuevo en su plena fuerza de grandiosa alegría, querría cambiar de lugar con Locke, en el instante de su desencarnación, cuando descubrió que estaba equivocado. Habiendo errado como filósofo, tuvo de repente la más gloriosa sorpresa como alma.

Había, sin embargo, una cuestión que durante mucho tiempo me turbó, pero a la que al fin llegué a una respuesta satisfactoria, aunque quizá la mayoría de los hombres discrepe de mí en la creencia de que es una respuesta verdadera. Esta es la cuestión: ¿Cómo llega el mundo exterior a hacerse aparente al espíritu? Podía ver muy fácilmente cómo en la Razón podía encontrarse la ley que condiciona un mundo exterior, pero ¿cómo llegaban a conocerse las apariencias mismas? La manera de comercio entre materia y materia, entre espíritu y espíritu, o entre dos individualidades cualesquiera de la misma especie, era bastante clara, o al menos tal comercio era razonable. Pero con nuestras opiniones de materia y espíritu, dos existencias en su esencia misma absolutamente disímiles, ¿cómo podían llegar a ser tangentes?

Tomemos, por ejemplo, un caso como este: me golpea una piedra. La vibración transmitida a lo largo de su nervio apropiado sube al cerebro, y aquí rastreamos su huella última en el organismo material. Sin embargo, un instante infinitesimal más, y mi mente lo ha aprendido, se mueve a la ira, y razona para la venganza o el remedio. No podía ver la conexión por la cual el hecho del

golpe, por muy refinado que fuese por su pasaje, se prolongaba desde la materia al espíritu. Los libros decían que, al llegar al cerebro, el hecho se convertía en un *tertium quid*, un tercer algo, ni materia ni espíritu, sino tan eterizado que la mente podía leerlo. ¿Qué era, sin embargo, aquel *tertium quid*?

En el proceso del tiempo, y con la ayuda de aquel Trascendentalismo que siempre ha de ser bendito y que me había ayudado a salir de mi primera perplejidad, llegué a la conclusión de que el *tertium quid* era una patraña, una señora Harris metafísica, sobre quien las señoras Gamp psicológicas echaban la responsabilidad de todas las cosas imposibles de hacer o concebir. La respuesta que me satisfizo fue esta: que solo hay dos clases o modos de existencia en el universo: el uno, el espíritu autoconsciente; el otro, los actos de tal espíritu. De estos datos surgió una teoría del universo como la siguiente:

El Ser Supremo, como Creador de todas las cosas, está siempre en actividad, según ciertas leyes eternas²³⁹ universales de derecho y verdad.

Cualquier otro Ser autoconsciente que exista, surgió originalmente como una efusión de él, pero ahora es en su voluntad, aunque no para la continuación de su existencia separada, independiente de su acción directa. Como espíritu, el hombre es capaz de comunión con el espíritu supremo. Puesto que, sin embargo, el espíritu mismo es en su esencia misma imperceptible a los sentidos, la comunión se hace perceptible por apariencias. Estas apariencias, cuya causa llamamos «materia», son por tanto, en realidad, sino los efectos de la acción del espíritu sobre el espíritu. En ningún sentido, entonces, existe cosa tal como materia muerta. Es el pensar de Dios sentido por nosotros.

Si se dijere que no hay diferencia entre esto y el Panteísmo, permítaseme mostrar cómo los dos sistemas difieren *toto caelo*. No afirmo que la materia sea Dios. Digo que el actor es Dios, y los efectos de su acción sobre otro espíritu, que llamamos materia, no son Dios, ni en ningún sentido autoconscientes. Para aclararlo, suponga mi lector que él mismo da un golpe. Aquí aparece como el actor autoconsciente; sin embargo, ¡qué gran absurdo le parecería llamar al golpe mismo con su nombre, o atribuirle autoconsciencia! Diría: El acto de golpear es una idea abstracta, a la que la otra idea de autoconsciencia no puede ser pertinente.

Para llevar adelante el paralelo para mayor ilustración, supongamos que este golpe cae sobre la mejilla de un transeúnte. El hombre golpeado obtendría, del efecto producido en él, una idea bastante correcta del estado del sentimiento del que golpea, no obstante que no suponía que el golpe era el que golpeaba, ni que pensaba por sí mismo.

Similarmente en especie, supongamos que la Deidad está obrando siempre a través de todo el universo los principios de su mente infinita y recta. Por los efectos de esta acción se hace conocido a sus criaturas espirituales, y en realidad manifiesta el estado de su mente hacia ellas. Por tal acción, en su efecto sobre nosotros conocido como materia, alcanza la única encarnación de sí mismo para la comunión recíproca que podría hacerlo conocido.

He dicho que esta resolución del problema del Universo es la única que jamás me satisfizo. Las deducciones que de ella hice sirvieron para mantener

mi propia actividad viva a través de muchos días de sufrimiento; y así de ella, en su satisfacción y su energización, recibí un doble bien. Enunciaré algunas de las deducciones.

Permítaseme, por el bien de la consonancia con mi teoría, hablar, donde se requiere exactitud, de la materia, conocida bajo esta luz como el efecto de la acción divina, bajo el nombre de Fuerza. No la empleo en su mero sentido mecánico, sino como expresiva de la manera de comunión entre dos seres espirituales, hasta una extensión que significa metafóricamente algo análogo a lo que en la materia se llamaría el resultado del impacto.

1. En nuestro organismo corporal está una de las pruebas más cogentes de la suprema buena voluntad hacia nosotros. Por su propio acto nos ha esferado dentro de una fuerza, el cuerpo, que no solo resiste muchas otras fuerzas y preserva su propia integridad, sino, lo que es de mucha mayor importancia, modifica nuestra recepción de conocimiento desde fuera, y embota la agudeza de nuestra acción dentro hasta tal punto que la verdad no nos llega con un choque fatal, sino gradualmente y suavizada, hasta que somos capaces de soportarla. Visto como una fuerza contrarrestante, el cuerpo es así una de las más altas pruebas de la benignidad de Dios, ya que, dejados en nuestro presente estado de infancia espiritual sin él, ningún globo ocular sin párpados bajo un sol de mediodía podría estar más agonizado. Es tanta causa de acción de gracias como de aspiración a algo más claro, que ahora «veamos por un espejo oscuremente». No nos quejemos, pues hay una razón en estos paneles medio opacos y teñidos. Un sol tan consumidor como es maravillosamente glorioso está brillando justo afuera.

2. Podemos aquí encontrar una ilustración ulterior de lo que en las páginas anteriores se ha dicho de la simbolización, por toda existencia del mundo, de algún hecho espiritual. La encarnación es como la esencia; el universo es como es porque Dios vive como vive. Se está haciendo sentir en los efectos de su comunión con nosotros.

Mil veces en el año oímos decir que toda planta es una evidencia de la bondad de Dios; sin embargo, ¡cuánto más ampliamente, más noblemente es esto verdadero de lo que los hombres generalmente suponen!

Cualquier horror o deformidad que exista en la creación inconsciente, es sino la manifestación del desagrado Creativo ante nuestro mal; cualquier belleza (¡y cuán pródigamente está esparcida!) es un testimonio, rico en significado, de aquella benevolencia que mezcla su desagrado con piedad, y el retorno de un bien maravilloso por un mal que solo es menos ilimitado. La continuación del Niagara, con su riqueza de influencias ennoblecedoras, es una prueba tan hablante para todo hombre del buen sentimiento de Dios hacia él como la continuación de su vida. En el milenio hacia el cual los hombres miran, cuán fácilmente concebible es que toda la faz de la tierra y el cielo pueda ser glorificada por el cumplimiento literal de nuestras más grandiosas profecías y esperanzas; que un paisaje sin mancha, una ilimitada lozanía de verdor en los campos, una inspiración de belleza por toda cosa visible, pueda ser el exponente de la alegría en el Gran Corazón sobre nosotros ante la restauración a la perfección de su raza filial.

Pero nuestra filosofía no nos limita a una mirada analítica sobre la tierra sola. El firmamento, desde nuestros ojos hacia adelante en todas direcciones para siempre, está lleno de estrellas.

Algunos de estos, quizá todos ellos, hay razón para creer que están poblados; pero, concediendo que ruedan en completa soledad, ¿qué hay con eso? Están ahí, y tal como están, porque Dios obra de manera grandiosa, sabia y justa, y es plenamente satisfactorio saberlo. Aun ahora nos enseñan lecciones cada noche, hablando tanto de la Belleza como de la Verdad. Pero ¿y si pudieran ser, también, portadores en sus lejanas órbitas de alguna encarnación de un atributo de Dios que, en nuestro estado presente, no somos lo bastante fuertes para soportar?

Es característico de la revelación escrita ser abarcadora. Sin duda, todo Dios está ahí en germen; sin embargo, ¡cuántas líneas están trazadas deliberadamente en profunda sombra! Aún no estamos preparados para ello.

La revelación natural, el universo, es en sí misma igualmente abarcadora; pero, puesto que nunca podemos verlo todo de una vez, forzosamente ha de sernos fragmentaria. Así, ahora tenemos la Tierra para leer en ella; pero cuando seamos desencarnados y purificados —cuando la en-

carnación por la cual lo Divino ha de venir a nosotros pueda hacerse con seguridad menos grosera que su forma en la materia presente—, aprenderemos a través de las estrellas, que han estado esperándonos, verdades de espíritu sublimes y aún más sublimes a lo largo de una vida ascendente.

Bien puede el hombre que, mientras su mirada más extremada apenas las capta como puntos relucientes, se regocija sin embargo en la seguridad de su significativa armonía, prorrumpir:

«¡Oh símbolos aún no interpretados, desde lejos os saludo como la promesa de una verdad que es propio de la Inmortalidad beber! Hermosos, extraños, pero no inexplicables; aun ahora sois eslabones radiantes de esa cadena que me une a la Deidad; en lo futuro me habréis de atraer

cerca de su presencia en una comunión más grandiosa. Esperadme resplandecientes mientras con calma os anhele.»

En el círculo más íntimo del compañerismo terrenal en que he conocido lo que es que corazón se entrelace con corazón, ha sido siempre la hermosa costumbre escribir a los muertos, que, aunque ausentes, eran todavía uno con la hermandad de los vivos, bajo este título,

«Qui fuerunt, sed nunc ad astra.»

¡Qué grandioso significado puede haber en esto!

3. Sobre la base de que todo conocimiento por los sentidos puede resolverse en la idea de fuerza, hay algunas razones para suponer que esta fuerza puede en sí misma ser simple, y solo variar por su aproximación al alma a través de los órganos que la modifican de distinto modo. En fin, que la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato pueden ser efectos, hablando según la nomenclatura común, de un mismo objeto, o un solo grandioso efecto dividido en varios por la transmisión.

Una inspección de las analogías de la ciencia debe convencernos de que esta proposición, si no necesariamente verdadera a priori, es, en todo caso, extremadamente probable. El progreso de la investigación filosófica va invariablemente de lo complejo a lo simple. Los innumerables fenómenos de la química son todos rastreables hasta la acción y reacción

en diversas combinaciones de un número muy limitado de elementos; estos elementos son aún más resolubles en su composición en cuerpos aún menos numerosos y más etéreos. Del mismo modo, todas las operaciones mecánicas se deben a aplicaciones diferentes de seis motores; y estos, por un análisis aún más profundo, se ordenan bajo el encabezado de fuerza física. Estos no son más que dos

ejemplos entre la multitud que prueban la gran ley de la simplificación por la investigación.

En muchos campos de indagación el filósofo ha reducido los agentes eficaces para un resultado dado a dos o tres; el paso siguiente lo llevaría a la unidad totalizadora; pero no, ese paso no puede darse, pues la naturaleza aquí sutaliza tan repentinamente los resortes de su actividad, que puede flotar justo ante el rostro de su hierofante, y reírse invisiblemente del microscopio y la hipótesis burlados. Sin embargo, se sabe lo suficiente en todos los departamentos de la investigación para probar que la tendencia del descubrimiento va invariablemente desde la vasta periferia de los hechos hacia dentro, a una sola ley central.

No dejemos, empero, que la teoría de la unidad totalizadora de los sentidos base su verosimilitud en una analogía general. Somos capaces de particularizar. ¿Qué razón tenemos, pues, a partir de hechos conocidos, para suponer que todos los sentidos son directamente referibles a la fuerza? Un breve análisis descubrirá la mayor parte de la evidencia de que disponemos.

Y, 1.º, el tacto, simplemente considerado como el órgano para determinar la dureza, el peso y la forma de los cuerpos. Los dos primeros se verá que son directamente resolubles en fuerza, a saber, la fuerza de resistencia, en un caso particularizada como cohesión, en el otro como gravitación. La distinción de forma puede también comprenderse como una idea de fuerza mediante el siguiente enunciado. Muevo mi mano en todas direcciones en el plano del horizonte, y, hallando que por doquiera es resistida por una fuerza igual desde abajo, digo: «Esto es una superficie plana.»

La resistencia, en otro caso, ocurre en una dirección diferente, y expreso este hecho diciendo esfera, cono, elipsoide, etc., según sea el caso.

2.º, la vista. Sin duda es bien sabido por muchos de mis lectores que, en los tiempos modernos, dos teorías se han sostenido sobre la acción de la luz o, más propiamente, su origen. Ambas surgieron o fueron resucitadas de la antigüedad en el siglo XVII, pero la que lleva el nombre de Huygens es anterior por algunos años. Este filósofo sostenía que todos los cuerpos luminosos están en un estado de vibración casi infinitamente rápida, aunque infinitesimalmente pequeña; que esta vibración se propaga en todas direcciones con un movimiento ondulatorio a través de un fluido sumamente sutil y elástico, conocido como éter, que llena todo el espacio; que estas ondulaciones, al chocar contra cualquier cuerpo material, rebotan o, en el lenguaje usual, son reflejadas al ojo, y, al herir la retina, dan a través del nervio óptico, del cual es una expansión, la sensación de la vista.

La segunda teoría es la de Newton, quien suponía que los cuerpos luminosos despiden continuamente partículas radiantes infinitesimales, que, a través del medio etéreo, inciden sobre el ojo del mismo modo y con el mismo efecto que las ondas luminosas de la teoría de Huygens.

La primera hipótesis (a saber, la de Huygens) es la que hoy día sostienen la mayoría de los sabios, pero las leyes descubiertas de la óptica concuerdan igualmente bien con una u otra. No se necesita más disertación para mostrar que en cualquiera de los dos casos la concepción de la vista es resoluble en la idea de una fuerza percibida.

3.º, el oído. Sobre este sentido ciertamente no hay necesidad de extenderse, siendo universalmente sabido que el sonido es hijo de la vibración, y por tanto una

fuerza, sujeta en su transmisión, reflexión, etc., a leyes precisamente análogas a las de la luz, modificadas tan solo por la naturaleza del medio, a saber, el aire o cuerpos más groseros, a través de los cuales viaja, en contraposición al éter infinitamente sutil que propaga la luz. Hay, sin embargo, una analogía en la que podemos detenernos por breve tiempo,

que parecería fortalecer grandemente la teoría general de que todas las sensaciones son, en su agencia esencial, una sola.

La relación entre la luz y el sonido no termina en el hecho, de por sí suficientemente llamativo, de que ambos obedecen a condiciones semejantes de transmisión y reflexión. Ciertamente es que cada uno llega al órgano humano, no mediante un salto único e ininterrumpido, sino mediante una serie de ondas. Literalmente, el relámpago no se lanza al ojo más que el más tenue rayo del alba; el trueno llega ondulando al oído tan verdaderamente como el más suave suspiro; y la luz que nos arroja un espejo no es sino un eco a través del éter en lugar del aire.

Pero hay una afiliación mucho más intrincada entre ellos. En las mismas posibilidades de su existencia son lo mismo. Todo rayo de luz puede comprenderse dentro del rango de siete colores radicales y las combinaciones de ellos. Esta ley de solo siete colores posibles no es un accidente, sino un acompañamiento primigenio y necesario del modo de transmisión.

Todo sonido posible yace igualmente entre los dos términos de una escala cuyo número de sonidos radicales es siete, y esta ley septenaria del sonido es tan necesaria como la de la luz.

La universalidad con que estas leyes son prácticamente

conocidas por medio del prisma y la octava quita, como ocurre en tantos otros misterios habituales, el filo a nuestro legítimo asombro. Sin embargo, cuando por un momento reflexionamos con calma sobre el hecho de que podemos analizar la luz de cualquier clase posible con el más riguroso escrutinio sin añadir un solo color principal a un rango fijo de siete; que podemos emitir cualquier sonido concebible sin escapar de los mismos místicos límites; que en ambos casos nuestros únicos cambios deben tañerse por reduplicación o mezcla dentro de esos muros adamantinos de la escala; cuando reflexionamos, digo, sobre estas dos verdades, cada una de por sí alimento adecuado para el asombro, y hallamos que en realidad no son sino una sola verdad, y que es una característica de sensaciones que siempre hemos tratado como esencialmente diferentes, tendremos razón para confesar, con asombro, una unión mu-

cho más íntima entre la vista y el oído que cualquier coincidencia exterior. En efecto, exceptuando la diferencia antes mencionada, que sus respectivos medios de viaje les imprimen, la filosofía no puede hallar una marca de distinción entre la vista y el sonido.

Qué fuerte pretensión de unidad interior confiere esta ley del siete puede sentirse plenamente solo comprendiendo cuán esencial es. Tan esencial es que probablemente, en todo el universo, pueda ser imposible hallar un rango completo de cualesquiera operaciones que no se someta, en su naturaleza interna, a ella. Digo esto perfectamente consciente de que hay obstáculos insuperables, mientras no gozamos de más que nuestro presente desarrollo de la mente, para probarlo con certeza lógica. Sin embargo, la vasta probabilidad que me parece haber en la proposición descansa sobre un hecho que nunca he visto notado en

conexión con estos sentidos. Sin duda se habrá reparado, sin embargo, pues desde tiempo inmemorial la significación del número siete ha ocupado las investigaciones de filósofos y teólogos. El hecho es este: en la filosofía divina de la Creación, que es al mismo tiempo la más reverenda también por su antigüedad, se hace hincapié en la importancia de este número como exponente de alguna ley de consumación, de perfección, la cual, a menos que se la conceda profundamente significativa, no puede ser tratada en ningún terreno intermedio entre aquella y una puerilidad que participa de la impostura. El séptimo día como aquel cuyo advenimiento atestiguó expresamente la consumación del Kosmos (cualquiera sea la extensión que demos a los días de la creación); la impronta de algún secreto significado sobre el siete, por medio de innumerables símbolos ceremoniales, inculcada a aquel pueblo que, durante todo el período de la Teocracia, mantuvo más directa comunión con la fuente divina de toda Verdad que nación alguna antes o después; la constante recurrencia, en la Palabra, de usos proféticos del número, y una frase como esta: «La sabiduría ha edificado su casa; ha labrado sus siete columnas»: todo ello parece indicar, más allá de la posibilidad, al menos en mi mente, de concebir lo contrario como posible, que este número es una ley fundamental de perfectibilidad en el Universo.

Como tal, por tanto, y comprendiendo bajo su regla los dos sentidos de la vista y el oído, prueba una unidad en sus condiciones esenciales que

parece irrefutable. En algunos de los estados de hachís más intensamente despiertos, se arrojó una gran luz sobre este asunto, pero, con muchas otras visiones obtenidas de igual modo por medio de la simbolización, al volver a mi estado natural se desvaneció de mi mente para siempre.

4. Olfato. En los últimos diez años algún francés de mente especulativa, cuyo nombre olvido, ha intentado determinar para este sentido también una escala septenaria, en la cual los únicos dos tonos que no se me han escapado, a mi entender, fueron limón y rosa. Si la existencia natural de tal escala pudiera determinarse con exactitud, sería ciertamente un gran auxiliar para nuestro argumento; pero temo que nuestro conocimiento del catálogo y de las relaciones de todos los olores posibles es tan sumamente imperfecto que la investigación no pasa de ser una recreación fantástica. Dada la gran variedad de los objetos y la falta de delicadeza científica del sentido del olfato, es muy difícil de tratar. Quien lo investiga por medio de su propio instrumento, que es, por supuesto, el único método posible para una ciencia inductiva, se halla en gran desventaja respecto de quien pretendiera disecar un animálculo con la uña del dedo.

Sin embargo, aun con tales obstáculos en el camino, existe la posibilidad de probar que el olor es en última instancia resoluble en aquella fuerza que hemos descubierto como idea común de los sentidos precedentes. He sostenido la opinión, sea original mía o no, de que el olor, como la luz y el sonido, puede propagarse por ondulaciones; si no como el único modo, al menos como uno de dos modos, siendo el otro la acción química inmediata sobre el órgano. Como argumento en favor de esto, aduciría el grano de almizcle, que, sin perder peso de manera apreciable, hará durante años intolerable a sus enemigos la habitación en que se guarda.

Pero, aun concediendo que la acción química sea la única, este hecho, lejos de excluir la idea de fuerza que procuramos generalizar, no hace sino ilustrarla. La misma acción química es de por sí una fuerza. Como ejemplo, nótese el efecto de algún agente odorífero como el que hace su efecto particularmente marcado; digamos el eléboro, que, al ser olido, causa acción ódica del nervio, en algunos casos solo menos poderosa que la propia del galvanismo. La flor de la catalpa produce un efecto semejante en mí mismo, lo bastante severo para causarme una hemorra-

gia muy molesta; y conozco varias personas afectadas de igual modo por el clavel y la madreleña.

5. Gusto. La teoría sostenida por algunos físicos sobre la operación de este sentido tan poco científicamente comprendido es algo así. La lengua, sobre una base de fibra muscular, lleva una membrana nerviosa, no del todo lisa ni siquiera en las especies más delicadas, sino erizada, más o menos compactamente, de diminutos penachos nerviosos sumamente sensibles, conocidos en fisiología con el nombre de «papilas», literalmente «pequeños pezones», por su peculiar forma. Las sustancias sápidas, disueltas por la saliva y resueltas así en sus partículas últimas, penetran en forma de estas partículas las papilas. Por algo análogo a un sentido del tacto exquisitamente refinado, estas papilas detectan la forma peculiar característica de cada partícula última de la sustancia sávida dada, y la definen así como un determinado sabor.

Si esta es la explicación correcta de los fenómenos del gusto, se resuelven en una fuerza percibida de forma, y entran así dentro de nuestra ley. Pero imagino

que la operación es aún más sutil; y que en toda sustancia que posee sapidez hay, produciendo la sensación, una fuerza por sí misma, que posee una individualidad tan verdadera como la eléctrica, y que en cada caso lleva una característica específica que le da su sabor peculiar. Quizá sea afín al fluido galvánico. Esto parece sugerirlo el resultado de un experimento muy fácil de realizar, a saber: colocar un círculo de zinc sobre un lado de la lengua y de cobre sobre el otro, cuando se manifiesta la curiosa posibilidad de «gustar realmente el galvanismo».

6. Sensación. He hecho esta distinción entre sensación y tacto por la razón de que, aunque sus sensaciones puedan propagarse por los mismos conjuntos de nervios, la diferencia fuertemente marcada en la naturaleza entre los hechos que respectivamente aprehenden hace más filosófico tratarlos por separado. Por sensación se entiende aquí el sentido del calor y su ausencia, el dolor de toda clase, y el placer sensorial no incluido en los sentidos previamente analizados. En la última parte de esta categoría, por ejemplo, se incluyen la gratificación sexual, el efecto calmante de la manipulación, cualquiera sea el nombre que se le dé, mesmérico o

«de otro modo», y de manera preeminente la exaltación de los narcóticos y otros estímulos.

El único argumento que aduciré para probar la comprensión de los fenómenos de la sensación dentro de la idea general de fuerza será simplemente traer a la mente de mi lector el hecho de que todos tales fenómenos son espasmódicos. Su idea es la de una energía de movimiento inyectada, manifiesta no solo en el nervio, sino en el cerebro, por la contracción o relajación de ambos, o la alternancia de los dos estados de cualquiera de ellos.

Habiendo procurado, con la brevedad que un análisis en algo satisfactorio permitiera, probar la verdad de mi teoría respecto de cada división del sentido, permítaseme, en pocas palabras, resumir la sustancia de lo que se ha pretendido demostrar.

Es esto. Que el alma en sí misma es capaz de recibir todas las impresiones de todos los sentidos a partir de la acción del objeto que produce una impresión sobre un solo sentido; que solo en los órganos corporales y en los medios de transmisión, que atañen únicamente a los órganos, reside la necesidad de una acción divisoria; y, finalmente, como consecuencia de estas proposiciones, que el alma, ya enteramente liberada de su presente cuerpo grosero, ya despertada de tal modo, por cualquier causa, que sea parcialmente independiente de la intervención de los órganos corpóreos, puede contemplar la impresión múltiple de un objeto que ahora solo le da la fraccionaria, viendo, oyendo, oliendo, gustando y sintiendo así en el más exquisito grado la cosa que, en el estado de dominio corporal, era fuente de solo uno de estos.

Una opinión semejante a esta sostuvo Coleridge; y no puedo sino creer que le fue sugerida por alguna intuición de su verdad que recibió mientras estaba en la exaltación del opio. Ciertamente no hay corroboración mayor que la que así pudiera haber adquirido, si el efecto de aquel fármaco alcanzó alguna vez en él la intensidad que el hachís alcanzó en mí. Por evidencia del carácter más sobrecogedor fui repetidamente, mientras usaba la indulgencia, puesto más allá de toda duda sobre el punto. En verdad, en este día yace ante mí a la luz de una certeza tan distinta como cualquier hecho de mi ser. Porque, dada la misma naturaleza de

su fuente, no podía transferir esa certeza, en especie, a la mente de mi lector, he hecho el intento de aproximarme a ella mediante el argumento precedente, no porque sintiera en absoluto la necesidad de fortalecerme en la fe.

Como, algún trecho atrás, he referido mi propia experiencia sobre el asunto, afirmando mi capacidad en ocasiones de sentir visiones, ver sonidos, etc., no intentaré ilustrar la presente discusión con la narración de porciones adicionales de mi propio caso. Podría replicárseme: «¡Ah! sí, todo muy probable; pero probablemente usted es una excepción a la regla general; nadie más podría ser afectado así». Esto se me dijo con bastante frecuencia cuando, al principio de la vida de hachís, relataba con entusiasmo los más singulares fenómenos de mi fantasía.

Pero no hay tal cosa verdadera respecto de los efectos del hachís. Con la misma inevitabilidad con que dos hombres que toman la misma dirección, e igualmente favorecidos por la Providencia, llegarán al mismo lugar, dos personas de temperamento semejante llegarán al mismo territorio en el hachís, verán los mismos misterios de su ser y obtendrán los mismos hechos hasta entonces inconcebidos. Es esta característica la que, más allá de toda contradicción, prueba la existencia definida del más maravilloso de los estados mentales revelados por el hachís. El reino de aquel estímulo no es una vaguedad; existe tanto como Inglaterra. Nunca somos tan absurdos como para esperar ver a hombres dementes por docenas sosteniendo todos la misma alucinación sin haber tenido comunicación alguna entre sí.

Como dije una vez anteriormente, después de que mi conocimiento del reino de la hechicería se hubiera vuelto, probablemente, más o menos

tan universal como el de cualquiera, cuando me tocaba ser llamado a cuidar de alguno que hacía el experimento por primera vez (y siempre era llamado), por la más leve palabra, a menudo por una mera mirada, podía decir exactamente el lugar que mi paciente había alcanzado, y tratarlo en consecuencia. Muchas veces, por alguna expresión que los otros circunstantes juzgaban inefablemente pueril, he reconocido el punto de referencia de un campo de maravillas en el que yo había viajado en per-

fecto arrobamiento. Comprendía la simbolización, que ellos no comprendían.

Particularmente fue este el caso en el experimento de hachís de un amigo mío, hecho no hace tres meses, espontáneamente por su parte, y desconocido para mí hasta que fui «llamado». No solo fue por el éxtasis y los maravillosos fenómenos el más notable de cuantos tuve a mi cuidado, sino que arrojó una luz tan clara sobre la investigación de las pocas páginas precedentes, que lo daré aquí en lugar de cualquier cosa adicional propia, que, como he dicho, no daré.

B, este amigo mío, durante cuatro horas supuso

que estaba en el cielo. A infinitas leguas bajo él oía las viejas y recordadas campanas del mundo, y su sonido, que llegaba flotando, disminuido a través del inmenso cielo que se extendía bajo él, parecía el único lazo que lo unía a algo no celestial.

Mientras yo estaba sentado junto al sofá en que él yacía, y le tenía la mano durante la mayor parte del tiempo, me convertí en un adepto de todos los más maravillosos artículos del credo mesmérico. La conexión que su peculiar estado de sensibilidad había establecido entre nosotros nos hacía, a todos los efectos de sensación y percepción, completamente uno. Yo era capaz de seguirlo a través de todos sus éxtasis errantes, de ver lo que él veía, de sentir lo que él sentía, con tanta viveza como es posible sin haber tomado yo mismo hachís. Esto, sin embargo, como diréis, no era nada maravilloso. Podría haber sucedido, y sin duda, en parte, sucedió, por mi anterior conocimiento profundo de todos tales estados.

Pero la conexión no terminaba aquí. Bebí un vaso de agua, y él lo sintió tan distintamente como si lo hubiera tomado él mismo. Experimentó el espasmo de los músculos de la garganta, que siempre acompaña al beber en el estado de hachís, tan vivamente que realmente supuso que estaba bebiendo él mismo, y me imploró que no le diera más agua.

Para otra persona en la habitación siempre había sentido fuertes simpatías; ahora se desarrollaban hasta un extremo asombroso. Esta persona tenía la costumbre, cuando estaba en profunda meditación, de frotarse

la frente con una aplicación penosa de ver. De repente oí a B. exclamar: «¡Oh, Bob, deja de pensar! ¡deja de pensar! ¡no sabes cuánto me aflige la cabeza!» Mis ojos habían estado sobre B. todo el tiempo; los suyos no se habían abierto ni una vez; ¿cómo podía haber sabido que su amigo estaba pensando? Miré alrededor, y he aquí que Bob, en medio de su profunda meditación, pulía su frente con la acostumbrada asiduidad. Meramente por la simpatía entre ellos B. lo había sabido todo. Esto puede ser motivo de risa, pero, si fuera necesario, gustosamente presentaría mi declaración jurada de que B., con sus ojos exteriores, no había visto nada durante media hora anterior. Yo no había apartado mis ojos de su rostro ni una vez durante ese tiempo.

Pero seguiré con los hechos que más inmediatamente se relacionan con mi teoría. Mientras, como he dicho, no tenía la más remota conciencia del lugar en que realmente estaba, seguía conversando libremente sobre la base de su localidad celestial.

Para él, todos parecíamos estar juntos «in excelsis». Naturalmente era un espíritu amoroso y gentil; esta característica la atmósfera superior la sacaba más plenamente. En términos que no sería modesto para ninguno de nosotros repetir por nosotros mismos, expresó su sentido de las afinidades que nos unían. Pero este sentido, no menos etéreo que en el estado ordinario, era algo mucho más visible.

«Siento», dijo él, «que tenemos muchos lazos mutuos de compañerismo, pero, más que eso, los veo. Sé que ahora me tenéis afecto, pues hay mil cuerdas doradas y azules que corren entre nosotros, formando una red tan exquisita que es un deleite indecible contemplarla.»

«¿No te lo estás imaginando?», dijo alguien. «¿Imaginándolo? ¿cómo puedo imaginar lo que está inmediatamente ante mis ojos? Además de eso, me doy cuenta de que es verdad; no puede ser falso; es una parte de cada uno de nosotros delicadamente prolongada. Veo todas nuestras características mezcladas en ello — oh, es hermoso — ¡hermoso!»

Aquí estaba ese sentido interior, al que, como más intuitivo, hemos dado por analogía el nombre de «sentimiento», mostrado como recípro-

co, o, más bien, uno con la vista. Pero la unidad de los sentidos exteriores también iba a recibir corroboración.

B. nos miraba, y a medida que nuestros semblantes cambiaban en el curso de la conversación, ese cambio se encarnaba para él en tonos. «¿Sabéis», dijo, «que todos vuestros rostros, vuestras formas, tienen una idea musical? Os oigo distintamente, en notas semejantes a las del arpa; cada uno de vosotros, al mirarme, tiene su melodía; juntos vuestra apariencia es una armonía. ¿Oís vosotros mismos la música que sois?»

Mientras yacía con los ojos cerrados, seguíamos hablándole. Ahora, cada sonido que pronunciábamos tenía su ser para él, no sólo en música, sino en forma visible. En efecto, como después me aseguró, cuando estaba en estado de filosofar sobre el tema, leía en figuras, mientras hablábamos, cada idea tan distintamente como de un libro. Paisajes, templos, lagos, procesiones de toda clase de seres, pasaban ante él, llevados por nuestras voces, e impresos, no con los símbolos artificiales de letras de nuestro significado, sino con el significado mismo, como en mi propio caso lo he expresado, a modo de una esencia hecha encarnada.

El único sentido que no fue probado en esta experiencia fue el del olfato. He lamentado profundamente la deficiencia desde entonces, pues estoy convencido de que su unidad con todos los demás se habría exhibido tan claramente como la de los otros entre sí. El gusto sí lo probamos con el más pleno resultado. Tras mucha persuasión (pues parecía una degradación de su naturaleza celestial), logramos que comiera un pequeño trozo de una manzana. Yo tomé un trozo de ella misma, y si yo, que estaba en el cielo, podía comer, él también podía. Su sabor lo expresó como dándole asimismo la idea de un tono. Era invierno, y no había a su alcance flor de ningún aroma; pero sé por mi anterior experiencia, así como por la plenitud de la suya en todos los demás respectos, que lo habría emblematizado en música inmediatamente.

Desearía que todo hombre cuyos ojos encuentren este relato, en lugar de leerlo de mi pluma, y decir tan fríamente como es costumbre en el día presente, «maravilloso, pero dudoso», con un movimiento de cabeza, hubiera podido sentarse como yo junto a aquel sofá, y hubiera aprendido la verdad de esta extraña teoría¹³⁴⁴ por un testigo ocular tan delicioso

como convincente. En ni un solo lineamiento de este caso he poetizado; en verdad, siento profundamente mi más señalado fracaso en satisfacer mi propio ideal de lo que allí vi y sentí. No conozco recompensa alguna que me tentara, si pudiera, a borrar el recuerdo de aquella lección exquisitísima que aprendí al lado de B.

Sin embargo, podría decirse: «Vuestra propia experiencia probablemente le era ya bastante conocida, y estas percepciones tuyas no eran sino reencarnaciones de cosas que había oído de vos.» Os aseguro, mi querido lector, que de mi propia experiencia sobre el tema de esta unidad de sentido no le había dicho una palabra, ni siquiera a persona alguna en el lugar donde él vivía. Sus opiniones, a partir de este hecho, eran perfectamente espontáneas, como, en efecto, cualquiera de los presentes habría podido ver por la manera de su natural e irrefrenable efusión en sus palabras. La única explicación posible de tales percepciones, ocurridas como han ocurrido en varios otros casos además del suyo sin ningún conocimiento de mi experiencia, es que aprehenden verdades reales, comunes a toda nuestra humanidad, y que sólo necesitan algún instrumento de intensa perspicacia para sacarlas a la luz.

Dentro de pocos días de esta literalmente clínica lección sobre mi teoría ocurrió otro caso, en algunos aspectos casi tan singular. Otra persona, haciendo el experimento del hachís por primera vez, mostró la siguiente característica extraña en el efecto de su influencia. Aunque perfectamente consciente como en su estado natural, y capaz de aprehender todas las realidades exteriores sin alucinación, percibía aún cada palabra que se le decía en la forma de algún símbolo visible que la encarnaba exquisitísimamente. Durante horas cada sonido tuvo para él su color y su forma tan verdaderamente como pudiera tenerlos un paisaje.

El hecho, nunca antes presenciado por mí, de una mente en ese estado capaz de dar sus fenómenos a otro y filosofar sobre ellos con calma, me proporcionó los medios de una investigación clarísima. Hallé que su caso era exactamente análogo a los de B. y el mío; pues, como nosotros, reconocía en distintos tipos interiores toda sensación posible, formando nuestras palabras una procesión emblemática visible ante sus ojos, y cada percepción, de cualquier sentido, volviéndose tangible para él como forma, y audible como música.

Hay algo más que la mera actividad fascinante de la especulación en conocer tales cosas como estas. La excelencia de su oficio consiste en familiarizarnos con el hecho de que en nuestras mentes poseemos una riqueza mucho mayor de lo que jamás hemos concebido. Tal descubrimiento puede hacer mucho por nosotros en todos los sentidos, haciendo que los fines materiales nos parezcan menos valiosos como objetivos últimos, y animándonos a vivir bien por amor a un espíritu que posee capacidades insondables de felicidad no menos que de conocimiento.

Hay una condición en la que el alma puede existir, que es posible (y cuando hemos probado que algo es posible para un alma, hemos, al mismo tiempo, probado que es probable), en la que cada objeto de nuestra percepción infundirá en nosotros todo el deleite de cuyas modificaciones ahora sólo una sola se filtra parsimoniosamente a través de un solo sentido. Con una organización más etérea, la necesidad de dividir nuestra percepción en los cinco o seis modos ahora conocidos podría desaparecer por completo, y la plena armonía de todas las cualidades capaces de enseñarnos o deleitarnos podría fluir de una vez para arrebatar el alma.

En los casos que he mencionado, el hachís había casi perfeccionado ya esta eterización. Sin embargo, hay que abstenerse del hachís; no tenemos derecho a suceder a la herencia hasta que lleguemos a la mayoría de edad. En nuestro anhelo de aquella mayoría espiritual que ha de investirnos con nuestro título, podemos sostenernos en profecías así como en paciencia.

Quizá podamos escuchar alguna profecía como esta: Hay una tierra, oh soñador, en la que el sol se levanta en música, y sus rayos se oyen sonando sinfonía al saludo de Memnón. Los tintes siempre cambiantes de la tierra de las nubes se elevan para siempre en brillantez y antífonas, y vuelven a caer en suavidad y canciones de cuna. Los dedos del arpista pintan exquisitos campos verdes con el pincel de un tono, y el niño que canta a su lado llena el alma con ocasos de Claude Lorraine. El apretón de la mano de un hermano que regresa de ultramar se siente en un cielo rosado, o la luz de una estrella más y un estremecimiento de canción de corazón alegre. El significado de la hermandad entre el vino y las canciones se conoce por una melodía de música de las terrazas del Rin y los

viñedos de Jerez, bañando los labios del poeta en melodía añadida. Con la caída del sol sobre los bancos de nubes purpúreas del oeste, la fragancia de las flores flota hacia él en un himno de buenas noches, y el viento de sus portales tañe un toque de queda sobre el lirio y la rosa. ¡Tierra dos veces bendita, donde todas las cosas son múltiples en sus melodías, armoniosas en su diferencia!

Así me profeticé a mí mismo, mientras, según mi costumbre, con los ojos cerrados me sentaba a escuchar una sonata de Beethoven. Dentro de mí la profecía ya estaba medio cumplida, pues soñaba en una tierra de palacios contruidos con tonos, un país cuyos ríos fluían y refluían con las modulaciones de la música exterior.

¿Nos persuadimos de estas cosas para ser engañados? ¿Es vana nuestra esperanza? No hay nada demasiado hermoso para creer del alma. Si sus visiones parecen falsificadas por la materia, es solo porque están por encima de la materia; porque en las miradas proféticas refleja una encarnación más alta, más etérea, del Espíritu Creador de la que aún comulga con ella a través de los pasajes del sentido carnal.

Hombres ideales y sus estimulantes

De todas las formas infinitamente plásticas del lenguaje, quizá la más proteica sea esa palabra «El Mundo». Monosílabo como es, lleva sobre su espalda una carga de significados incongruentes lo bastante inmensa para haber aplastado hasta la nada a una docena de los más majestuosos sesquipedalias, que no extraen la médula de su obstinada realidad de una genealogía sajona tan robusta, ni plantan sus pies tan firmemente sobre los usos de nuestra dura vida cotidiana. En esa palabra vemos el triunfo del sajonismo, pues es asombroso cómo cualquier palabra que significa tantas cosas no ha acabado por no significar nada definido en absoluto, una *vox et præterea nihil*. Mientras ha mantenido su lugar, muchas otras palabras han sido desterradas del habla común de los hombres, o solo se permiten cuando pueden explicarse por su contexto, o cuando la vaguedad misma es un desiderátum especial.

Por no multiplicar los ejemplos, sean el inglés «good» y el francés «vertu» ejemplos. El primero de estos ¿quién piensa jamás en usarlo (limitamos su referencia a los atributos humanos) cuando desea expresar algo definido del carácter de otro? Solo los poetas, pues ellos, en verdad, por las necesidades pintorescas de su arte, han conservado sus contornos originales claros, y le dan siempre su noble fuerza radical; el hombre bueno, para ellos, es el hombre de corazón desarrollado, a diferencia de su hermano listo de intelecto desarrollado. Pero en la conversación común, decir que un hombre es bueno dice de él tanto como atribuirle la posesión de una nariz. Puede ser, por lo que sabemos, un fariseo agrio, tenido por justo en proporción al número de cosas que considera pecados, un alma fácil que paga o no sus pequeñas cuentas, una persona bondadosa de simpatías fluidas, o

«Un necio de buen humor con las mejores intenciones».

A la palabra «good», un hombre con la protuberancia de la Causalidad prominente debe siempre responder «¿Cómo?», y entonces viene una hueste de particularizaciones por el otro lado para redondear la idea.

De igual manera, «vertu» ha pasado por completo de la universal y chispeante boca gala, no solo por la razón de que la idea que encarna existe en un estado algo neblinoso (así como mohoso) en el «cerebro» nacional, sino porque, muy probablemente como un flujo necesario de este hecho, se ha disuelto bajo la presión de sus numerosos significados en vapor libre. La persona que cultiva «la vertu» puede concebirse como un hombre que prefiere leer el *Constitutionnel* por la noche a su esposa, en zapatillas, a la sociedad de las *Lorettes* en el *Bal au Masque*; o de nuevo, por lo que sabemos, puede estar en este momento buscando medallones de Claudio con gafas verdes y Pompeya.

Pero «el mundo», palabra tan verdaderamente como cosa, ha mantenido su curso. No confundimos «el hombre del mundo» con Humboldt, que ha viajado por todo él, ni «los caminos del mundo» con las relaciones de su rodar de día a noche, y del peri- al afelio. Entendemos a cada hombre en la especialidad de significado que elige estampar sobre la palabra, y pasamos sin más preguntas.

Con el Geógrafo significa —no importa, sabemos lo que significa, no habiendo blasfemado en vano en la primera juventud contra la idea americana de la ilustración universal sobre un Atlas. Con el Etnólogo es una afiliación de costumbres humanas; con el Filólogo, una hermandad de lenguas. El hombre de sociedad dice «el mundo», y de inmediato le pinta, si es transatlántico, una visión de Almacks y los Clubs; si es cisatlántico, una prodigalidad de *entrées* en la Avenida. Un círculo de solteronas susurra el símbolo místico sobre el souchong, y ¡he aquí! a distancia incontaminada, un sueño de almas engañadas danzando hacia la inevitable destrucción al son de una Redowa discurseada desde los tubos fatalmente fascinantes de Dodworth. Sin embargo, por una apreciación más católica que la que damos a cualquier otra palabra, en cada caso captamos toda la fuerza de la idea particular. Oh mundo, como palabra sola, verdaderamente no hay «tránsito» a tu «gloria».

Sin embargo, por la misma facilidad con que lleva su multiplicidad de significado, somos propensos a olvidar cuán múltiples son realmente. Así perdemos de vista una verdad, que no hay ninguna más real, que, aunque nos casemos entre nosotros, caminemos, hablemos y hagamos negocios juntos, cada uno de nosotros está, en este momento, viviendo en un mundo diferente.

Incluso como una mera y escueta cuestión de los sentidos corporales, esto está fuera de duda. A es un hombre miope, y tiene un poder muy defectuoso para discriminar colores. Como varios hombres que conozco, puede ser totalmente incapaz de distinguir la fresa de su hoja, o, como ciertos otros, de discriminar entre la mosca en sus gafas y el águila en el firmamento. B, por otro lado, ve barcos en la lejanía antes de que el vigilante haya enfocado, y pronuncia dogmáticamente, de un vistazo, entre dos tonos de azul que no difieren entre sí en una décima. A y B viven en dos mundos visuales absolutamente diferentes.

De nuevo, C no percibe diferencia entre sonidos o armonías. Es, digamos, un célebre divino a quien tengo el honor de conocer. Hace algunos años, cuando «Oh Susannah» introducía triunfalmente la escuela etíope de composición al favor popular, una hija traviesa del caballero estaba tocando esa exquisita melodía al piano, y (mucho como lamento declararlo) también un domingo por la mañana. Su padre, impresionado por

la novedosa belleza de la música, aunque la había oído cincuenta veces antes, preguntó qué era, y se le respondió, con un sentido de seguridad que se basaba en su peculiar falla auricular, que era «las montañas heladas de Groenlandia».

Por la tarde toda la familia estaba reunida en el salón, y el Dr. pidió a la bella pícara que tocara la pieza que tanto le había complacido por la mañana. Por supuesto, por la familia, «Oh Susannah» era contada entre las melodías seculares, y, para hablar popularmente, no «bajaría». Sin un momento de vacilación, la señorita despertó el instrumento a «Groenlandia», y el doctor quedó tan perfectamente satisfecho como lo había estado diez horas antes.

Tal es, diremos, C. D, por el contrario, reconoce quince gradaciones entre Fa y Sol de la escala natural, y silba cada aire de Trovatore de camino a casa desde su primer estreno en la Academia. Si un molinero itinerante de música, «conociendo el valor de la paz y la tranquilidad», se niega a moverse por un chelín, le entrega el seis peniques adicional, y lo considera ganancia clara.

Los mundos sonoros de C y D son tan verdaderamente dos como Marte y Júpiter.

Pero no consumiré las letras del alfabeto en ningún análisis adicional de una afirmación tan evidente al menor pensamiento. Solo brevemente, en sus relaciones con los sentidos restantes, permítanme separar los tipos opuestos.

En el Tacto, por un lado está el artesano que, con su dedo, puede medir esa convexidad en una lente que pocos hombres podrían determinar por el ojo; por el otro, la persona que apenas, con su mano, descubre alguna desigualdad en una tabla, siempre que esté cepillada. En relación con el primero, podría mencionar un caso como el de Giovanni Gondii, de Volterra, quien, en el siglo XVII, dio al mundo el espectáculo de un hombre enteramente ciego, y sin embargo un escultor sumamente preciso, no solo de sus propios ideales, sino de rostros que solo conocía pasando su mano sobre ellos. Entre los parecidos que dejó estaban los, tan fieles como hermosos, de Cosme de Médici, el Papa Urbano VIII, y el primer

Carlos de Inglaterra. Sin embargo, aunque me he abstenido, a causa de la naturaleza excepcional de este caso, bien podría aducir otros ejemplos de destreza ciega y delicadeza de tacto lejos de ser excepcionales.

De nuevo, en el Olfato, hay innumerables grados entre la persona en quien es una falta absoluta y aquella para quien, siendo nuestro mundo desgraciadamente no un bosque de especias universal, es una fuente de constante miseria. En este momento escribo a pocos pies de una dama que, hace un día o dos, me aseguró que si, por cualquier operación, por dolorosa que fuera, pudiera erradicar su sentido del olfato sin peligro, se sometería a ella de buena gana, aunque le costara esos aromas de rosa y jazmín en los que se deleita con más intensidad que la gente práctica en una buena cena.

En el Gusto podemos matizar a la humanidad entre los dos extremos de un Apicio, desolado por el cuarto de grano de ámbar gris más que la receta en su sopa de lenguas de flamencos, y el escocés que, fuera de su arenque y sus *bannocks*, está perdido en todas las delicadas cuestiones de interés gustativo.

En el Sentimiento, tal como se define en la nota precedente, el sentido, para hablar en términos generales, de dolores y placeres no comprendidos por otros órganos, los grados son casi innumerables.

Hay un caso registrado de una dama tan exquisitamente constituida a este respecto que el relato del dolor de otro en cualquier miembro particular le hacía sentirlo agudamente en el suyo propio. Podría compensar esto con el ejemplo de una persona que me confesó que la extracción del molar más grande le causaba tan poco sufrimiento como el rasguño de un alfiler, y no temía ninguna operación posible hasta el punto de tomarse la molestia de usar un anestésico. Como era en todo momento característicamente prosaica, y nunca adornaba la realidad desnuda de sus ideas con ficción, no tenía razón para dudar de que decía rigurosamente lo que pensaba.

Aquí, entonces, vemos tanto a la naturaleza como al cultivo produciendo infinita variedad en la agudeza y el alcance individuales de todos los sentidos. En palabras del gran Chadband, «¿Qué nos enseña esto?».

Existe, sin duda, un mundo objetivo, algo externo a nuestra percepción y fuera de nuestra energía originadora, que produce los efectos que llamamos colectivamente «el mundo». Sin embargo, para llegar a ser una cosa percibida, ese algo debe sufrir una modificación por nuestros órganos, lo cual, después de todo, nos hace tan verdaderamente actores en el ser del mundo, para todos los fines de la percepción, como si hubiéramos contribuido a crearlo. Según varíen los sentidos, así también variará el mundo, convirtiéndose en todas las cosas para todos los hombres, y literalmente en la misma cosa para dos hombres cualesquiera. Así, no metafóricamente en absoluto, sino en el sentido más restringido, cada ser humano

de nosotros tiene su propio mundo, del cual ningún otro hombre tiene concepción alguna, y esto, además, con todos nuestros sentidos bien abiertos y, si se quiere, mirando en la misma dirección. Solo sobre verdades matemáticas abstractas, o en el foro de los axiomas, llegamos alguna vez a coincidir exactamente, y a tratar unos con otros con las mismas balanzas. Una vez fuera de este terreno común, y aunque hablemos de las cosas con las mismas palabras, significamos algo que vemos y sentimos de muy distinta manera. El marido no sabe exactamente cómo suena su voz a su esposa, ni la esposa si a su marido su rostro le parece precisamente como a ella misma en el espejo. Lo único de lo que pueden estar razonablemente seguros en su trato mutuo es de que coinciden en los mismos hechos generales y necesarios.

Pero si en los meros sentidos corporales encontramos mundos tan diferentes, cuánto más no será el caso en nuestro organismo espiritual. De la característica de esta variación exceptuamos por completo aquella facultad de intuición directa que contempla verdades necesarias y por tanto universales. Esta, que puede llamarse la Intuición de la Verdad, no solo es la misma en sus percepciones, sino casi igual en su alcance entre todos los hombres. Nadie salvo los idiotas, de cualquier tierra o tribu, podría dejar de ver que una línea recta es la distancia más corta entre dos puntos, y en el campo de las ideas al que eso pertenece hay por ahora una pequeña cosecha de hechos similares, y nadie salvo los hombres preternaturalmente exaltados ha cosechado algo más en alturas más ricas.

Abandonemos este plano, y todos somos irreconciliables de nuevo. Aquello que es la meta querida de un hombre en la vida es el aborrecimiento o el odio de su vecino. Nos asombramos

de los apegos de los demás; y mientras olvidamos el viejo aforismo «de gustibus», olvidamos también otra cosa cuyo recuerdo sería mucho más apto para mantenernos calmados que cualquier afirmación dogmática de un hecho sin sus razones, como la del proverbio. Mi querido señor, el objeto del apego de su amigo usted no lo percibe en lo más mínimo. Con el índice de una palabra de su diccionario común él señala en cierta dirección. Usted mira, y ve algo que no le place. No gruñá por ese hecho; si él tuviera sus ojos espirituales, vería algo que no le placiera; si usted tuviera los suyos, vería un objeto tan amable como él mismo ve.

La importancia de una medida propuesta, el valor de cierto fin que ha de asegurarse, son enteramente diferentes según los distintos juicios individuales. La mayoría que se impone no debe entenderse como un cuerpo de hombres que todos piensan igual. Cada mente individual que la compone ve la cuestión bajo una luz que varía en matices inexpressables de la que ilumina a cada uno de sus colegas. La mayoría no es ni más ni menos que una colección de mentes que, viendo una proposición en ciertas conexiones, variables en cada caso, creen que todos la entienden como la misma, y aceptan dejar de lado sus opiniones menores con relación a ella por llevar adelante aquello que en conjunto creen que es lo mejor, aunque por fines muy diferentes.

Hay filósofos que lamentan seriamente esta infinita variación de percepciones, juicios y sentimientos, como si fuera el gran obstáculo en la senda de la perfección humana.

Con deferencia, aunque con franqueza, reconozco que

considero esto un error. En efecto, el problema de nuestra humanidad, planteado así —dada nuestra naturaleza presente, y la necesidad que de ella surge de que la investigación sea el instrumento de adquirir sabiduría, ¿cuál es el mejor artificio posible para impulsar la operación?—, yo respondería: este mismo estado de omnipresente variación. Supongamos que de repente, y justo en el punto en que ahora hemos llegado en

toda la ciencia, la ley de la mente cambiara, y, establecida una gran media, todos nosotros, no por poner un caso extremo diciendo en todo el mundo, sino meramente en su área civilizada, viéramos en adelante todas las cosas precisamente igual, y fuéramos afectados precisamente igual por todo lo que viéramos —me parece que no podría ocurrir a la humanidad una calamidad peor. Las ruedas de nuestro progreso espiritual ruedan ahora algo erráticamente, es verdad, pues el impulso de las huestes que empujan el carro es más fuerte ora de este lado, ora de aquel, pero la resultante de todas las fuerzas es un movimiento rápido y hacia adelante. El freno que sobrevendría a ese progreso por la llegada de una uniformidad completa bastaría para retrasar durante siglos el milenio de la mente. Ciertamente, todos empujarían en una sola dirección, pero el gran *nisus*, la energía de la ambición, se perdería.

En las contiendas —sí, incluso en las querellas de opinión— tenemos una garantía para el desarrollo de la verdad. La fertilidad no es característica de las llanuras ininterrumpidas; estas se convierten en el desierto tórrido o la estepa helada; pero se otorga a un conjunto de opuestos cabales; las cumbres atrapan las nubes, y con ellas riegan los valles. Como la colisión del pedernal y el acero produce el fuego,

así del choque de muchas opiniones adversas sale la Verdad, la brillante, la hermosa, la eterna. Demos gracias a Dios de que el pensamiento humano y el sentimiento humano no sean un vasto lago estancado, sino un mar cuyas olas siempre luchadoras y chocantes mantienen pura su masa, y limpian la atmósfera intelectual.

Nuestra gran necesidad no es una reducción a la uniformidad, sino una purga de toda acritud en nuestras contiendas, la infusión de una voluntad de permitir y una disposición a apreciar todas aquellas diferencias de forma que, en cada uno de nuestros vecinos, la opinión necesariamente ha de tomar. No todos hemos de postrarnos en el mismo santuario, sino respetar los de todos los demás hombres mientras adoramos en el nuestro; deponer el martillo iconoclasta, aunque sin pretender quemar incienso ante un gran dios mediano del sentimiento.

Esta tolerancia está aún por aprenderse, pues no es una virtud notablemente floreciente ni siquiera del siglo diecinueve. Nuestro gran avance

en este día se ha hecho en la dirección de refinar nuestra intolerancia. Por la hoguera y el calabozo se han sustituido la burla y el escarnio, una invectiva que quema más lentamente que aquella, y una desatención que supera a este en su frío mortal. Aún hemos de abrir nuestros oídos al Pasado, que, hasta nuestra presente cumbre de ilustración y visión, llama sin cesar, en triste y ferviente letanía: «¡Por Smithfield y la Torre de los Lolardos, por la pobreza de la confiscación y el cansancio del destierro, por la sangre de Savonarola, y Galileo encerrado en prisión lejos de sus estrellas, sed misericordiosos —sed tolerantes!»

Hay un excelente resultado de esta gran multiplicidad de mundos que rara vez valoramos como debiéramos. ¿Quién, subiendo por Broadway una mañana en una de las dos corrientes de aquella vida apresurada, no se maravilla de que todos los miles que se precipitan, cada uno por el sustento o la gratificación de sí mismo, no se abran paso a empujones con más frecuencia por ese mismo egoísmo, de que las multitudes no se interpenetren unas a otras con más fricción? Como hecho, los vemos tolerablemente calmados, serviciales y dueños de sí. Como problema, suponiendo que se le diera a un filósofo que calculara solo con los datos de nuestro bien conocido egoísmo humano, ¿podría resolverlo? Algo más se requiere para la solución. Ninguno de nosotros apunta precisamente a la misma marca. En dos hombres cualesquiera los puntos de la diana no coinciden exactamente. El más semejante de nosotros apunta aún a un pelo de distancia del camino del otro, y así, en la gran competición, a menos que intencionadamente nos pisemos los callos, hay lugar para todos.

Si quisiéramos hacer una clasificación general distintiva que, de un modo u otro, abarcara toda nuestra humanidad, viviendo en sus diferentes mundos, quizá no haya dos divisiones que tan casi lo abarquen todo como las de Ideal y No-Ideal. Cada una de estas formas es un Kosmos por sí misma, que, por su gran diversidad interior, incluso así conglomerado, se traduciría con más propiedad como sistema que como mundo; pero para nuestros usos la interpretación más estrecha servirá, ya que todas las leyes más grandiosas de cada Kosmos son las mismas para cada uno de sus habitantes.

Por estos términos, Ideal y No-Ideal, significamos más o menos las mismas ideas que un poeta obtendría de «Visionario» y «Práctico»; pero estas expresiones no admiten una interpretación lo bastante católica: la primera no encarna exactamente aquel escarnio, ni la segunda exactamente aquel elogio, que el lenguaje corriente lleva consigo.

Hemos hablado de la percepción intuitiva como un terreno común para todos los hombres, limitando, sin embargo, la afirmación a aquella rama de lo intuitivo que tiene su objeto en la verdad universal, y significando así que todos reconocen una fuerza igual en los axiomas; y, por mucho que disputemos sobre otros puntos, todos convienen en que el todo, por ejemplo, es igual a todas sus partes. Sin embargo, hay otros dos campos de lo intuitivo que, lejos de ser igualmente recorridos por todos los hombres, son para algunos meramente conocidos por vislumbres, para otros, casi podríamos creer, enteramente cerrados. Estos son la Belleza y el Bien, superiores a la Verdad, y por tanto ni tan necesarios en nuestros asuntos inferiores, ni tan abiertos a toda la humanidad por naturaleza o cultivo.

Como el Bien y lo Bello forman cada uno un ideal por sí mismos, para nuestro presente propósito solo necesitamos tratar del segundo. Es en relación particularmente con lo Bello donde deseamos ejemplificar esta clasificación de lo Ideal y lo No-Ideal.

Que la belleza es realmente un ideal, algo del pensamiento interior a nosotros, y que no viene de fuera a través de los pasajes del sentido, es demasiado poco percibido en nuestro inexacto pensamiento cotidiano, y demasiado poco concedido incluso en nuestros estados de ánimo más serenos de filosofía. Por esto, como por tantas otras de nuestras perversiones, hemos de agradecer a las teorías del sentido.

Podemos examinar el asunto sin un análisis muy penoso. Pisando reverente y suavemente, como corresponde a sombras que se entrometen en la privacidad de grandes

los hombres, entremos furtivamente en Abbotsford y permanezcamos junto a la silla de Walter Scott, que contempla un ocaso. A su lado, sobre el suelo, bajo nosotros, yace aquel fiel compañero de sus paseos entre

los brezos, Maida. Puesto que la prueba que estamos a punto de instituir exige imparcialidad, libreremos nuestra comparación de toda imputación de artificio colocando juntamente con el más noble espécimen de hombre el más noble espécimen de bestia.

Tanto el poeta como el galgo miran hacia el oeste. Los mismos tintes caen a través de los cristales sobre los rostros de ambos; allá en lo alto, hacia los manantiales del Tweed, ven las mismas colinas bañadas en una luz moribunda, y las nubes que se desplazan sobre ellas. ¿Nos sorprende oír a Sir Walter prorrumper en arrobamiento; o, más verdadero aún, como prez del corazón a la belleza, verle contemplar silenciosamente hacia el poniente con un rostro que se inflama y cambia, diciendo más que mil labios? Pero ¿nos asombraríamos o no si Maida prorrumpliera de pronto en un lírico ladrido de éxtasis, o incluso si se negara a dejarse engatusar de las glorias de aquella vista por el silbido de un guardabosques inmemorialmente asociado con la carne de perro? En absoluto, diréis; y la mayoría de la gente estaría de acuerdo con vosotros; pues un sabueso que apreciara los ocasos sería una sensación tan grande, incluso en nuestro mundo más nil admirari, como una vaca que, cual Landor, escribiera con sentimiento sobre la hierba verde y lo publicara. Tendría entrada en todos los círculos literarios; se le premiaría con invitaciones a cenar; se le obsequiaría con servicios de platería; no habría álbum sin el autógrafo de este verdadero Príncipe di Canino. Eclipsado en la cegadora gloria de su eclat, el cerdo sabio se suicidaría de hartazgo, y las cul-tas pulgas acabarían su mortificación con su propio veneno.

Pero ¿por qué? Una cabra puede mirar a un rey, ¿por qué no un perro a un ocaso? «¿No tiene ojos un perro? ¿No tiene patas, órganos, dimensiones, sentidos un perro?» Sin embargo, con tanto asombro como el que Shylock expresó al preguntar:

«¿Tiene dinero un perro? ¿Es posible que un perro preste tres mil ducados?»,

todos preguntamos: «¿Puede un perro ver belleza en un ocaso?».

Anatósicamente disecamos sus ojos y (especialmente si es un galgo de vista) los hallamos mucho mejor calculados que los del hombre para la

longitud y la amplitud de la visión. En todos los respectos se compararán favorablemente con la misma pieza de organismo humano, aun concediendo a esta última el más raro punto de desarrollo.

Mucho más profundo que cualquier sentido yace esta sutil apreciación. Hay algo en el mundo exterior que no se imprime en la retina, y del cual la mera imagen visual no es sino un símbolo. Lo que nos deleita es la esencia peculiar de las cosas, y la relación intangible de armonía que las esencias, múltiples en la unidad, guardan entre sí y con nosotros mismos. En los lagos, las montañas y el cielo hay belleza para nosotros, porque el mismo Creador está detrás y nos continúa a todos. Brotados de la misma fuente, tenemos una aptitud los unos para los otros, nacida del mismísimo hecho de que en nuestras propias almas y en el mundo también el espíritu creador se manifiesta; en la tangencia de ambos hay una deliciosa comunión entre espíritu y espíritu, y para la bestia esto no existe, pues no es espíritu. Esta misma capacidad que poseemos de expresar

esta comunión en el lenguaje muestra que no es a través del sentido como fluye lo Bello, pues ¿qué puede concebirse más cruel, más en todo sentido antinatural, que el que el sabueso, con sentidos como los nuestros, siguiera muda y totalmente privado de la posibilidad de expresión, si, mientras está de pie a nuestro lado, se hallara sobrecargado de la misma hermosura que nosotros? La idea es en verdad horrible.

Sin embargo, sin duda podemos agraviar al animal por el otro lado. Como somos pocos los que queremos llevar la filosofía del sentido a sus conclusiones últimas otorgando al perro la percepción de lo Bello igualmente que a nosotros, a menudo vamos al extremo opuesto y más bien lo compadecemos como a un ser sin gratificaciones más allá del hueso presente, la alfombra del hogar o la persecución emocionante. Muy probablemente goza de la contemplación tanto como nosotros, en proporción a su especie. No ciertamente de la contemplación de lo bello en la naturaleza, sino de alguna otra característica, que tiene una aptitud tan verdadera para su constitución como la Belleza la tiene para la nuestra. Cuál sea esta, por supuesto, dada la entera diferencia de nuestro plano de ser, solo podemos conjeturarlo.

Puede ser algo así: en la creación hay una capacidad de sustentar la vida animal mediante el alimento, la atmósfera y una variedad de medios. A nosotros esta capacidad rara vez se nos aparece sino como una deducción lógica, en forma de estadísticas o de historia agrícola. Al animal puede aparecérselo estampada en todas las cosas circundantes; puede ser para él la verdad esencial que ellas encarnan, y en los árboles, la hierba, los frutos, puede sentir el principio simbolizado que profetiza el sustento de su vida más alta, como nuestros ideales profetizan la nuestra.

El Creador, que cuida aun de los gorriones y no permitirá que se sientan desamparados en este gran mundo solitario, puede sobre esta base inferior comunicarse con la bestia, y por ella darle una sugerencia de Su benevolencia hacia ella, que en su caso puede ser la fuente de un goce medidamente agudo como el nuestro.

Pero a través de lo Bello Él habla solo con el hombre, y solo a él la aptitud de las creaciones consciente e inconsciente se le expresa de este modo. Es un recuerdo de la edad antigua que ha de ser atesorado, aunque sea el recuerdo de algo oído solo en sueños, que todos los hombres, hace mucho tiempo, en edades por primitivas que fueran, realizaron la Belleza y respondieron a su estremecimiento con alegría e himnos. Semejante recuerdo —sí, si queréis decirlo así, incluso semejante sueño— es como algún eco aún no extinguido de la estrofa y antístrofa de la Creación, cuando, por un lado, «las estrellas de la mañana cantaban juntas», y, por el otro, «todos los hijos de Dios gritaban de júbilo».

Bastante tristemente, muchos de esta última banda de cantores han quedado mudos desde aquel día. Podría ser doloroso leer un censo, si pudiéramos obtenerlo, de las personas que aman o siquiera reconocen la Belleza, por sí misma y por su propio valor no comercializable. El grueso de tal documento dependería probablemente del estilo de hombre que recorriera la humanidad para compilarlo. Un poeta haría una triste labor. Sus mejores preguntas serían tan analíticas que lo harían ininteligible u odioso. En algunas casas se le respondería: «No, no soy ningún visionario»; y en otras: «¡Lárguese! ¿Pretende insultarme? ¿Acaso no

veo la Belleza? ¿No es este un hermoso día, a fe mía, con el sol brillando tanto que puedo recoger todo mi heno?». En todo caso, volvería a casa sin haber encontrado necesario comprar otra maleta para el transporte de sus papeles.

Cualquiera que sea la razón, no puede dudarse de que hay una gran diferencia entre los hombres en la apreciación de la sutil característica, y en algunos parece faltar por completo. Hay una clase de hombres que se regocijan en la belleza, que viven en ella, cuyos representantes extremos están dispuestos incluso a cometer toda suerte de extravagancias prácticas por su causa. Hay otra, cuyos miembros miran una estatua de Fidias, y luego un poste de puerta, y en ambos ven solo algo duro, blanco y alto.

Sin embargo, ambos tienen que vivir en lo que geográficamente es el mismo mundo. Es del hombre ideal, como representante de la primera clase, y de algunas de sus relaciones con ese mundo, de lo que hemos de hablar. Una mayor amplitud de estas relaciones de la que a primera vista podría suponerse se incluye en la pregunta: ¿Por qué los hombres ideales usan a menudo narcóticos? Indiscutiblemente son hombres ideales. El hecho está ahí, por grande que sea la lástima. Busquemos, por un rato, una respuesta a la pregunta.

Las necesidades del hombre ideal, aunque en número menores que las de su opuesto, en grado son mucho mayores. Dives, como tipo de la pura vida mundana, es tan incapaz como inocente de aquellos anhelos vagos e insatisfechos que tanto censura en un vecino y desalienta en un dependiente. Todas las cosas de las que puede arrancar placer se acuñan para él en una forma perfectamente tangible. Está plenamente satisfecho, sus deseos no necesitan

cumplimiento adicional para formar un orbe completo, si su balance cuadra con exactitud en la contaduría, si puede ir a casa tras sus propios caballos cuando está demasiado cansado para caminar, si su cena es buena, su esposa hermosa, su casa cómoda, sus hijas bien casadas, sus hijos imitando a su padre. Todos estos requisitos los tiene al alcance de la mano; si no pudiera, sus anhelos no serían vagos; sabría lo que quiere y, en circunstancias ordinarias, podría conseguirlo a su tiempo.

Ariel, en cambio, se contenta con un catálogo de goces en valor numérico y monetario mucho menor. No fue él quien originó aquella burla del amor en una cabaña. Estaba lleno de infinitamente más que la mera satisfacción de lo material que le procuraban la madre selva que trepaba alrededor de sus ventanas, las rosas que llevaban del umbral a la cancela, el lago debajo de él, las montañas al otro lado, la fruta y el pan sobre su mesa, y las demás respuestas limpias y amables a sus necesidades domésticas.

Pero llegó el recaudador de impuestos a espiar la tierra, el insaciable genio de la construcción de molinos miró el arroyo que corría junto a su jardín y lo declaró un «emplazamiento».

Pronto las aguas empezaron a correr turbias con tinte y aserrín, gigantesca rueda de banda giraron y zumbaron donde habían cantado los pájaros; hubo un crujido, un polvo, un fuego funesto noche y día, que invadió su biblioteca y sus sueños. Subió el precio de los víveres; el más simple sustento con el que había mantenido juntos alma y cuerpo se hallaba ahora justo donde sus labores podían alcanzarlo de puntillas.

Tan fuertemente, mientras se aferra, tira el cuerpo del alma, que, aunque podamos ser espiritualmente felices sin ser suntuosos, no podemos, al mismo tiempo, ser espirituales y hambrientos. Al menos la mayoría de nosotros no podemos. ¡En qué gloria, mirado a través de tal hecho, se alza el Massinger que, con una mano sosteniendo rígidamente al lobo a distancia de un brazo, con la otra puede escribir *The Virgin Martyr*! Sí, ha habido algunas de tales almas después de todo.

Pero nuestro Ariel, siendo de complexión menos musculosa, no se cuenta entre ellos. Su «mente le es un reino», pero está expatriado de él en una expedición de forrajeo; a través de las fauces de Escila y Caribdis, la inanición por un lado y la vejez prematura de energías sobreexcitadas por otro, navega en un buque de aprovisionamiento. Si aun ahora pudiera quedarse quieto en algún ocasional intervalo de calma, y mejorar bebiendo la belleza, y hacer más felices a otros hombres impartiéndose la mediante palabras, escritos u oficios bondadosos, solo ve la utilidad del dinero estampada sobre los ríos, y todo el rostro de la naturaleza está acotado en solares para edificios y sitios para fábricas. Los rasgos de

su diosa se han convertido en los «rasgos deseables» para una ciudad de especulación sobre el papel.

Hay mil maneras en que sus vecinos pueden evaporar la esencia que para él lo es todo, mientras al mismo tiempo dan a su paisaje un valor ponderable que para ellos vale mucho más.

Quizá, como Southey, ahora maldice abierta y rotundamente los molinos. Pero esto es erróneo; pues Southey, aunque noble poeta a pesar de la insolencia de Byron, no era sin embargo un gran economista político, pese a la opinión que tenía de sí mismo. Quizá, por tanto, solo suspira y traslada sus dioses lares a otro hogar — acaso donde la soledad lo proteja mejor de

la perturbación, acaso donde las labores de su particular especie rindan más pleno sustento a las acuciantes necesidades de la vida. Los dolores de tal mudanza apenas los conoce nadie salvo él mismo o, si tiene el don supremo de Dios en una esposa de profundo sentir y afín, por ella sola junto a él. Los hombres del mundo no pueden oír los gemidos de las mandrágoras desarraigadas.

Ahí está la cima del collado, sobre la cual, primera entre todas las cosas visibles, sus ojos durante tantos años se han posado al despertar. Ha llegado a ser para él la única cumbre sobre la cual podría concebirse posible que salga el sol. Ahí está el lago por cuyas orillas ha guiado a sus hijos, llamándolos a contemplar sus matices y ondulaciones al atardecer; por esas mismas orillas, quizá, lo guió su padre. Cada árbol, hasta donde alcanza la falda del horizonte, le es conocido; ha vagado por cada ladera; ha soñado o escrito sugerencias en su cuaderno sobre cada peñasco. Todo el paisaje ha sido para él su escuela, su gimnasio, su terreno de asueto. Debe dejarlo todo.

Y su casa — fue allí donde sintió sobre su frente, en bendición, las manos de los ya hace mucho muertos; aquí, hace muchos años, conoció la única paz del hombre excepto la muerte, la infancia — la conoció por un breve tiempo, mientras sus cabellos eran dorados y las graves sombras aún se demoraban lejos de su rostro — luego se desvaneció. Acá condujo a casa a su recién desposada; aquí, «en algo rico y extraño», floreció

aquella mística e intangible relación de delicias cuando un niño nació para los pechos que son dos, y sin embargo uno; aquí, con sus hijos, en los retozos a la luz del fuego avivó la antorcha amortiguada del tiempo más joven, y por una noche fue un niño otra vez.

Aquí, también, está su biblioteca — esa caverna en la roca por encima de la alta marea del mundo, situada más adentro de donde baten las olas o soplan los vientos. La marea ha llegado ya a ella. Hay olas y algas en el suelo durante la crecida — no todas se retiran con el reflujo. ¿Dónde puede leer sino en aquella ventana? ¿Dónde puede escribir sino en aquel escritorio y contra aquella pared? ¿Cómo puede dejarse atrás el viejo y familiar ánimo del lugar, a menos que su propia alma, que había crecido como su gemela, se quede con él? Y sin embargo, ¿cómo puede transportarse el ánimo? No, no, no puede. No conoce trenes de equipaje; no es cosa de carretas.

Por doquiera las raicillas de su raíz deben ceder con un tirón; concedida la necesidad, el dolor es inevitable; el único remedio, una paciencia viril bajo lo irremediable —

«Quicquid corrigere est nefas».

Ahora bien, si fuera a contarle todo esto a Dives, tomándolo en su confianza, ¿no se reiría? «¿Qué sentido tiene», sería la respuesta de aquel satisfecho personaje, «en atormentarte por un lugar u otro? Si vas a la ciudad, probablemente tomarás una casa mucho mejor que esta triste casita — de cuatro pisos, fachada de piedra labrada, todas las mejoras modernas y situación ventajosa. ¡Vamos, mi querido señor, debe de estar loco! Piense qué cambio — gas en lugar de espermaceti; aparato de baño, con grifos de agua caliente, fría y de ducha, en lugar de este artefacto portátil que tiene aquí, o quizá en lugar de un simple baño en su lago de dos peniques; el mercado a diez minutos en diligencia; comodidades de compras para su esposa; un diario puesto, aún

húmedo, en el umbral de su puerta — todo lo imaginable, en lugar de esta situación inculta, montañosa, ventosa y boscosa, fuera del alcance de los carros expresos y de la sólida respetabilidad. O, si va aún más adentro de los bosques (lo cual, confieso, es muy necio, ya que podría

quedarse aquí y poner un aserradero en su propia parte del arroyo, lo que lo haría uno de nuestros primeros fabricantes), tampoco hay motivo como el que usted parece pensar para afligirse por mudarse. Probablemente, donde se establezca, las verduras y todos los víveres son mucho más baratos — puede conseguir su leña casi por nada — y ciertamente esas son ventajas por las que un hombre no necesita poner cara larga. Sea un hombre. Satisfágase con el mundo, como yo».

¡Ah! ¡unción que no está en la farmacopea de Ariel! Está herido donde tales bálsamos no lo curarán.

De muchas maneras pueden secarse o amargarse las fuentes de su goce que el mundo no conoce. La naturaleza ideal es en verdad un arpa de muchas cuerdas maravillosas, pero las arias que sobre ella se tocan en esta vida rara vez son de las más suaves. La guitarra hawaiana de una sola cuerda del hombre no ideal se rasguea fácilmente, y nunca carece de tono salvo cuando su propia columna vertebral de bienestar material se afloja temporalmente.

Si alguno de nosotros, incluso el más tierno y espiritualmente receptivo, pudiera comprender la diversa intensidad con que esta ley cumple su oficio en otros hombres de la misma naturaleza, seríamos mucho más bondadosos en nuestro juicio del hombre que recurre a los narcóticos y otros estimulantes en busca de alivio, aunque consideraríamos el hábito no menos penoso. Si pudiéramos, por ejemplo, entrar por completo en la constitución de uno como Coleridge;

si pudiéramos comprender sus tentaciones en toda su extensión; entender sus luchas y pesar todas las fuerzas de la mente que le dieron, desde su mismo nacimiento, una tendencia peligrosa, cuánto más a menudo con lágrimas que con denuestos de su indolencia, de su descuido de los deberes, leeríamos tales memoriales suyos como se han publicado, por mucho que la mayoría de ellos parezcan dirigidos a predisponernos en sentido contrario.

Pues parece como si nunca hubiera habido una verdadera «Vida» de Coleridge. Hemos tenido, en abundancia, esbozos de lo que él mismo podría haber llamado su «existencia fenoménica». Tenemos los cambios

de lugar que hizo; las ciudades en que dio conferencias; las cartas de casa que no abrió, y la correspondencia en busca de auxilio contra la inanición que sí abrió; el valor, en libras esterlinas, del láudano que bebía por semana; el número de botellas de brandy que vació en el mismo tiempo; las extravagancias de su gasto; sus arrepentimientos, sus concesiones a Southey y Cottle. Todo esto es fenoménico — sí, incluso las tres últimas cosas. Tenemos los acontecimientos externos — movimientos de los que no vemos el motor. Quizá sería imposible verlo desde otra cosa que una autobiografía tan completa, tan ab intra, que el dolor y la humillación le disuadirían de escribirla, si viviera. Esta sería una «Vida» de Coleridge; las otras son meros resultados de esa vida.

Quizá el mejor sustituto de tal obra se halle en sus breves y fragmentarias obras en prosa; pues, aunque casi no tienen nada de ese estilo narrativo que se supone necesario para las memorias legítimas, nos muestran todavía, en un grado inigualado

por cosa alguna existente, a Coleridge, el Hombre y la Mente.

Era un hombre para quien el mundo de su imaginación y su razón era mucho más que aquel en que cosechaba sus honores y su pan cotidiano. Sensible como un niño a ese intangible pero infinito significado que se expresa en ceños y sonrisas, en amor, desdén y abandono; dotado por naturaleza de una penetración en sus excelencias que el cultivo y las demás circunstancias de su ser progresivo hicieron a veces incluso morbosamente aguda; viviendo, por la misma necesidad de su particular ley de vida innata, en la cima misma de sus energías, había gastado nervio y elasticidad a una edad en que, según todos los juicios ordinarios que se fundan en los promedios de seguros y las estadísticas de longevidad, debería haber estado en la flor de la vida, y abriéndose camino con firmeza hacia una posición desahogada. Agotó con poderosos giros todo su crédito en el banco de la vida saludable, y esa es una corporación que nunca nos permite sobregirarnos. Hasta el último depósito de sangre y fibra, nervio y espíritu, el pago puntual satisfará toda demanda; luego viene la quiebra, y a la naturaleza insolvente ya no se la conoce en la Bolsa. Si todo lo que sabemos de Coleridge desde fuera, la declaración de él mismo y de sus contemporáneos, no nos indicara que tal era el caso con

él, podríamos determinar que necesariamente habría de suceder así, a priori, por lo que sabemos de la constitución mental del hombre.

Nos dice, por medio de su memorialista, Cottle, y de los otros que han escrito sobre él, que primero usó el opio como remedio para una enfermedad — una dolorosa enfermedad

de las piernas — que encontró en sus efectos un alivio delicioso y perfecto. Además, que lo abandonó al completarse su cura, pero lo reanudó al descubrir, con el abandono, que los dolores volvían. Que hizo varios intentos de liberarse con el mismo resultado, y al fin se estableció en el comedor de opio que fue durante no es posible decir cuántos años de su vida.

Todo esto no tenemos razón para dudarlo. Como paliativo de un dolor severo, el narcótico le fue conocido primero. Sin embargo, el secreto de su uso excesivo, las dosis que aumentaban rápidamente, más allá de todas las exigencias del cuerpo de alivio — ¿qué era eso? ¡Ah! el poeta mismo confesaría que a su mente la indulgencia le hablaba con una fascinación mucho mayor que a su naturaleza física. Era, en efecto, la cosa misma necesaria para el reabastecimiento de su agotada capacidad de goce.

¿Cómo ocurre, debemos preguntar, que el opio actúe sobre todo el organismo de un hombre susceptible? Físicamente, los libros de medicina nos dicen cómo — esto es, hasta cierta distancia marcan su camino a través de la digestión, la circulación, los nervios simpáticos y, cuando causa la muerte, lo dejan en una congestión del cerebro.

Probablemente todos estos fenómenos son meramente los externos; después de todo, no nos dan en absoluto el modo de su acción. En cierta ocasión, en el curso de algunos experimentos, creí haber alcanzado un principio un poco más profundo de su operación; algunos hechos singulares me llevaron a formar una teoría sobre el tema. No la expondré aquí, pues aún no hay una base de pruebas lo bastante amplia para que descanse en ella filosóficamente. De todas

las acciones específicas, la de los narcóticos es reconocida universalmente por los médicos como una de las más recónditas. Apenas hay algo

que realmente sepa de ella el practicante más que su paciente no científico. Tenemos meros hechos sin agrupar en torno a su principio rector.

Pero mentalmente conocemos mejor su funcionamiento. El opio suplantó, y, por su larga continuación en la indulgencia, extirpa realmente aquella fuerza vital de la que surgen la esperanza, la penetración en las excelencias, la fortaleza, la volición y la volición hecha permanente en la perseverancia. Es una energía artificial destructiva de toda natural; los hombres habituados a ella viven cuando lo que se llama la vida nerviosa está perfectamente extinguida.

Que Coleridge no habría podido seguir viviendo en absoluto sin tal energía en alguna forma es evidente por toda la constitución del hombre. Sin la percepción sensible siempre presente de la belleza espiritual para la cual tal energía era necesaria, casas, tierras, cómodos arreglos familiares, el puesto remunerativo en el Quarterly que sus amigos le procuraron habrían parecido meras bagatelas.

N. del T.: el facsímil imprime aquí «cidola», palabra inexistente en inglés; se restituye por el sentido del pasaje. Hambre y sed tenía de lo espiritual. El mundo de sueños que había construido en su «Pantisocracia» se había exhalado bajo la presión de las necesidades del pan cotidiano cuando a su seno sin fortuna tomó una esposa sin dote. Es imposible que una naturaleza como la suya, vaciada de la Utopía ideal, quedara largo tiempo vacía de algo más igualmente ideal. Y así a través de toda su vida lo vemos olvidar el hambre en sueños hasta que esta le muerde en el corazón. Entonces se levanta a un esfuerzo espasmódico, para dormir de nuevo en visiones cuando el enemigo es ahuyentado a una respetuosa distancia. Llámese a esto malo, llámesele desobediente a relaciones que estaba obligado a respetar, pero no se le puede llamar indolencia. No estaba dotado por naturaleza para hacer la obra de una vida material, pero obligaciones superiores lo llamaban a cambiar su elemento, y debió haber obedecido, contra naturaleza. En su propio mundo era un trabajador diligente, glorioso — no era indolente — solo elaboraba la vida según su tendencia, su aptitud constitucional, y allí pecó.

Sin embargo, ¡oh hombre del mundo! tú que estás tan dispuesto a burlarte de Coleridge, deja que la comparación entre él y tú se plantee sobre

bases justas antes de que nos unamos a ti en la denuncia del pecado. La manera en que planteas la comparación es esta: «Aquí estoy yo, luchando contra el mundo en sus formas más rudas por un sustento; allí estaba Coleridge, que no quería tensar sus músculos y luchar como yo». De otra manera planteemos el caso. Supón que tú y Coleridge fuerais trasladados a aquel mundo espiritual donde no hay realidades del tipo preciso con el que tú lidias. Concede que cada uno conservara la misma constitución natural que en la tierra, ¿con cuánta facilidad o disposición cambiarías tu elemento y trabajarías en su provincia? Entonces él tendría derecho a ser llamado el actor; tú serías el soñador, y tus sueños serían de cosas que tan poco se ajustaban a su actividad cotidiana como en este mundo las tuyas se ajustaban a la tuya. Serías llamado con voces estentóreas a despertar a la realidad de las cosas — a desterrar las ficciones visionarias del comercio, las manufacturas, el crédito y el capital, y a esforzarte valientemente en la arena del pensamiento y el arte, y otras excelencias espirituales.

¿Dices: «Pero el negocio de cada hombre es con el mundo en que está colocado por el momento»? Lo reconozco; pero es una desgracia, una imperfección del estado presente. La mayor armonía es aquella en que cada mente elabora más plenamente su propio oficio. Aun así, la obligación superior, la moral, llamaba a Coleridge a una actividad no afín, y al no ir obró mal. Recuerda en un caso análogo qué harías tú; piensa qué cosa tan dura es el cambio de elemento, y entonces denuncia si puedes.

Interpretando el pasaje del opio en la vida de Coleridge mediante referencias marginales de todas las páginas anteriores, lo veremos con más justicia, y por lo tanto con más gentileza que mediante cualquier luz arrojada sobre él como párrafo aislado, desde severos comentarios formulados según un estándar personal y poco apreciativo.

Lo veremos primero como el niño. El hijo, como lo tienen las biografías preconfeccionadas, de padres pobres pero altamente respetables, aquella economía muy estricta que tan erróneamente se supone que educa a las familias en hábitos prácticos, cultivó su tendencia ideal hasta que esta se volvió exquisita. La necesidad de un uso cuidadoso de los medios en un hogar es la última de todas las cosas para criar a sus hijos prácticamente. La pobreza extrema, sin duda, al estimular las actividades muy

primitivas de la existencia, puede producir una progenie que es intelectualmente demasiado activa para permanecer en la condición en que nació, aguda de ingenio, cauta, previsora, práctica en todos los respectos. Este hecho se observa frecuentemente en familias pobres, donde la pereza y el vicio no impiden su ocurrencia. Pero el hombre de medios moderados, que en sus asuntos domésticos debe estar

continuamente regulando el gasto, tiene razón para creer que sus hijos, especialmente los más mentalmente activos de ellos, crecerán, a menos que se tenga gran cuidado, con puntos de vista muy poco prácticos. El razonamiento es algo así:

Desde la más temprana conciencia serán arrojados a sus propios recursos para el disfrute. El juguete costoso, la recreación lujosa, estarán enteramente fuera de su alcance. Sin embargo, como la vida infantil que brota debe tener alguna salida, no estarán sin juguetes, sin recreaciones de una u otra clase, y las inventarán por sí mismos. De la imaginación se forjarán un dominio donde las cosas más simples tienen algún rico significado, glorificado por una excelencia ideal, y donde todos los deseos más extravagantes se realizan. En sus juegos serán reyes y reinas de un rincón de jardín, tratarán negocios diplomáticos de peso en el dorso de cartas viejas, y harán compras ilimitadas de territorio con guijarros o conchas. En este reino barato vivirán una vida tan absorbente como la que los dignatarios a quienes contrahacen viven en el suyo; y, aún más, contraerán una inclinación muy difícil de alterar cuando los años crecientes lo hagan necesario. El muchacho que de pronto despierta para encontrarse hombre halla difícil creer que sus viejos esfuerzos ideales y placeres ideales no puedan, mediante una elevación de su plano, bastar para la satisfacción de toda una vida.

Más particularmente es esto cierto cuando, como en la presente época, el mundo de los libros ofrece un asilo adicional al niño activo, al cual, a menos que, tanto en mente como en dinero, sea muy pobre en verdad, puede retirarse para el

disfrute que un mundo exterior no le proporciona. Es así criado en una atmósfera ideal hasta que esta se convierte en el nutrimento de su propio ser.

De tal estado como este, y a través de su ruda experiencia de las mercedes humanas en manos del Dr. Bowyer, de Christ's Hospital, podemos seguir a Coleridge hasta encontrarlo en Cambridge. Cuán poco estaba dotado por naturaleza para lidiar con las severas sustancialidades de un curso universitario inglés se lee en su abandono final de sus honores bajo la presión de dificultades pecuniarias, y la desesperación de un apego imposible, y su alistamiento en los Dragones como desesperada indicación de un estado mental desesperado. Suceden luego la Pantisocracia, el matrimonio sin medios de sustento, la dirección editorial sin patronos, y sin una sola cualificación natural para el oficio excepto la proverbialmente no remunerativa de la sinceridad que habla sin reservas; labores literarias de toda clase, desde el volumen de poemas hasta el líder político, viajes con una pensión, comunión con la mente alemana en libros y hombres, de todas las cosas ideales la más ideal.

Por fin, por estos pasos, con aquí y allá una repetición, llegamos al período en que su vida de opio comenzó. Con toda justicia, ¿qué clase de entrenamiento había sido toda su existencia previa para una mirada serena a los peligros de la fascinante indulgencia, para un rechazo de su tentación?

Me atrevo a afirmar que hay más de un hombre que, cuando agotado por la labor del día, se arroja a refrescarse con música, que en tal indulgencia no comete mayor pecado de intención que el que Coleridge cometió cuando, viniendo fatigado de toda una vida, se abandonó al disfrute de aquella belleza peligrosa que las necesidades absolutas y la vitalidad gastada le prohibían buscar en el mundo exterior. Tú y yo, mi lector, si nos abandonáramos a la indulgencia del opio, conoceríamos plenamente el mal que estaríamos cometiendo; Coleridge no tenía ninguna idea definida. Amargamente se arrepintió de ello después; pero su pesar surgió más bien de los terribles resultados de su curso que de cualquier autorrecriminación, incluso en su mente sensible, de malicia premeditada.

Pero ya sea, en el caso de cualquier comedor de opio, que el hábito se contraiga o no con pleno conocimiento de su mal, no hay más que una visión que podamos tomar de la infructuosidad de las luchas hechas por desenredarse en un período posterior de su carrera. Esa infructuosidad

no ha de ser tratada con desprecio como evidencia de una cobarde falta de abnegación que impide al hombre romper las mallas de una servidumbre vuelta deleitosa para él. Somos llamados más bien a contemplar las agonías de uno que, en un sueño de pesadilla de precipicios temibles, no tiene el poder de la volición para apartarse del borde; debemos compadecer; — compadecer profundamente. El uso prolongado del opio, no por metáfora alguna, sino en un sentido tan riguroso como el de la parálisis, aniquila por completo el poder de la voluntad sobre la acción.

No es mero manto de apología el que quisiera echar sobre aquellos infortunados que, tras intentos ineficaces de ser libres, han recaído en la indulgencia; es hecho real que, en los horrores y la debilidad resultantes de la privación del narcótico, sus víctimas no son más responsables de sus actos que los insanos. Cuando todo hombre es un Scævola, y puede sostener su mano

en las llamas hasta que se consuma, entonces podremos esperar que los hombres soporten las torturas sin alivio del abandono del opio hasta su fin en la emancipación. ¿Quién de nosotros se consideraría responsable de retirar su mano del fuego? Me imagino que el mejor de nuestros mártires, dispuestos como estaban a morir por su causa, habría saltado fuera si no hubieran estado encadenados entre los haces de leña.

Tan lejos de atenuar el mal de los narcóticos y estimulantes, creo que no hago sino proclamar (¡y ojalá fuera con mil lenguas!) los peligros a que conducen, como el exponente más llamativo de ese mal. Esta misma emasculación de la voluntad, aunque no produzca la sensación de una serie de visiones horribles, es en realidad la característica más terrible del daño obrado por estos agentes. Una castración espiritual, por así decirlo, vicia todas las relaciones de la vida que existen para su víctima; al someterse a ella, siembra una cosecha de degradación, que involucra en sus gavillas enmohecidas la fortaleza varonil, la esperanza, la fe en las promesas, toda la lista de principios de alto tono que son lo viril — sí, aún más ampliamente — la gloria humana.

A esta verdad dé testimonio un espíritu tan esencialmente noble como Coleridge, agonizado por la vergüenza de esos subterfugios que eran ne-

cesarios a veces para procurarse la indulgencia que se había convertido para él en el mismo nutrimento de su ser.

Es en vano que cerremos los ojos al hecho de que el consumo de opio en todos los países es un mal inmenso y creciente. En América lo es de modo peculiar, por la constitución de nuestra mente nacional. Una intensa devoción a los negocios mundanos en nuestro hombre representativo a menudo

coexiste con un anhelo sofocado de algo más elevado. Comenzando, por el bien del avance, a una edad en que otras naciones aún están en el patio de recreo o en el aula, continúa levantándose temprano y acostándose tarde en la búsqueda de su ambición hasta un período en que ellas se han retirado a la comodidad de los viajes o de una villa. Sin embargo, por el mismo hecho de que sus padres han hecho esto antes que él, hereda una constitución menos apta que ninguna para soportar estas exigencias sobre ella.

La cuestión de su colapso es solo cuestión de tiempo. A veces ocurre muy temprano; y entonces no solo una vitalidad agotada requiere ser repuesta, sino que el anhelo largo tiempo reprimido de una belleza de la que la actividad comercial ha dicho: «No está en mí», se levanta de sus lazos y, con una triste imperiosidad, pide satisfacción.

¡Qué difícil es ahora desaprender ese hábito de ejecución apresurada que había sido la adquisición de toda su vida anterior! Las demandas de los negocios siempre las había atendido con rápida prontitud; este complejo anhelo debe ser respondido con igual rapidez. La abnegación de la recreación, el abandono de la preocupación, un régimen bien regulado, podrían gradualmente restaurarle la salud y, con ella, la capacidad elástica de recibir la felicidad. No puede esperar; el proceso es demasiado lento. Y la única infusión inmediata de energía debe ser la artificial; el diablo está a su oído y sugiere el opio. Desde ese momento comienza la triste, vieja e inevitable historia de la vida del comedor de opio.

¡Ay! no es rara entre nosotros. El habitante de la aldea más pequeña apenas necesita salir de su propia calle para oírla, y los desconocidos desdichados que ocultan

su vergüenza, primero en tristes corazones familiares, por último en la tumba que no susurra, son incluso más numerosos, sin duda, que los conocidos.

El único esfuerzo que puede hacer un hombre de buen sentimiento hacia su raza es sugerir algunos medios de escape a aquellos que sienten su esclavitud. Para el terror de los principiantes, bastante tanto de precepto como de ejemplo se ha difundido ampliamente en el día presente, si eso sirviera de algo. No estaría satisfaciendo mis convicciones de lo correcto si no añadiera a cualquier denuncia del hábito algún índice hacia la libertad; pues creo que hay muchos hombres, quizás algunos que leerán estas palabras, que escaparían de la esclavitud del opio a cualquier costo de esfuerzo, siempre que se pudiera eliminar el estupor letal de sus energías. Donde hay un hombre que, como De Quincey, puede al fin liberarse por su propia lucha sin ayuda, hay mil para quienes la ayuda externa es una necesidad absoluta.

Fue mi felicidad, muy pronto después de romper con la esclavitud del hachís, hacer el conocimiento de un caballero cuya experiencia de los narcóticos como testigo ocular en sus respectivos países madres, añadida a las capacidades que poseía, como médico, para filosofar sobre tal experiencia, me interesó mucho al hablar con él. Había sido su buena fortuna encontrarse con algunos comedores de opio singularmente desmesurados, que estaban en total desesperación de recuperación y, aún mejor, fue su bendición efectuar una cura permanente y radical. En un caso que llegué a conocer, el paciente había alcanzado un punto más alto de indulgencia diaria que De Quincey en su etapa más desesperada, y parecía haber perdido toda base constitucional

para la restauración sobre la que trabajar. Sin embargo, la restauración se efectuó. Debo decirlo tanto por una benevolencia debida hacia la humanidad como por gratitud hacia los hombres: digo quién era este médico. Sinceramente deseoso de ser de alguna manera instrumental en la cura de una esclavitud que, si no la mía, era al menos tan cercana a ella que puedo simpatizar profundamente con sus oprimidos, doy un nombre cuya revelación en estas páginas no viola ningún secreto para el público, mientras que puede hacer un gran bien — el Dr. J. W. Palmer, de Roslyn, Long Island, el autor-cirujano, antiguo del Servicio de la Hono-

able Compañía de las Indias Orientales, y de «The Golden Dagon», a la que me he referido.*

* Apéndice, Nota B.

APÉNDICE.

Nota A, página 20.

La obra a la que se hace referencia es una monografía sobre el Trance y la Hibernación humana, por el Dr. James Braid, de Edimburgo, y publicada por John Church, Princes Street, Soho, Londres. Aparte de la copia que ahora tengo en mis manos, gracias a la amabilidad de mi amigo el Dr. Rosa, de Watertown, nunca he visto otra, aunque probablemente exista en bibliotecas médicas de este país. Consciente, en todo caso, de que el libro es inaccesible, excepto mediante considerables esfuerzos, para los lectores generales, expondré la autoridad sobre la que se relata el fenómeno del entierro y trance del faquir, para que descanse sobre una base de prueba más sólida que el testimonio de un pueblo extremadamente crédulo y supersticioso como los nativos de Lahore.

Sir Claude Wade, antiguo del servicio de su majestad y, en la fecha en que el Dr. Braid escribía, residente en Ryde, en la Isla de Wight, asegura al doctor por carta que estuvo presente en Lahore durante el período de la inhumación del faquir y presencié su desentierro. Por este caballero, Sir C. E. Trevelyan y el Capitán Osborne, todo lo que el Dr. Braid afirma del faquir está autenticado y, de hecho, a través de ellos obtuvo el doctor los materiales para su narración.

Por una conjunción de testimonios tan fuerte, por lo tanto, como se podría desear para la prueba de la afirmación más sorprendente, este relato queda más allá de la posibilidad de ser una impostura.

Nota B, página 365. Entre una serie de artículos escritos en varias ocasiones por este autor sobre el tema de las fascinaciones narcóticas, hay uno, publicado hace algún tiempo con su propia firma en el New York Tribune, relativo al empleo del hachís en la India tanto como gratificación como remedio. Mi conocimiento de su trato completo con las costumbres de los pueblos ultraorientales, entre quienes tanto tiempo

vivió, junto con una serie de asombrosas curas del vicio del opio que efectuó cuando, como he dicho, toda esperanza de restauración parecía perdida para siempre, me hace particularmente deseoso de dar el artículo del que hablo en su totalidad, como suplementario, a través de su valor específico, a lo que he escrito de mi propia experiencia del hachís. Excepto como antiespasmódico en un número muy limitado de enfermedades, el *Cannabis* es conocido y apreciado muy poco entre nuestros practicantes, y estoy persuadido de que sus usos son mucho más amplios y más importantes de lo que hasta ahora se ha imaginado.

Impulsado por esta convicción, he transcrito por lo tanto el artículo del Dr. Palmer, y lo ofrezco aquí a la atención reflexiva que merece de todos, ya sean profesionales o legos, que deseen añadir un agente sumamente beneficioso a su farmacopea. Se titula

HACHÍS EN LA HIDROFOBIA.

Al Editor del New York Tribune:

Señor: — En su periódico del viernes pasado apareció un oportuno artículo sobre la hidrofobia, del Dr. Griscom, del Hospital de Nueva York, siendo un informe del interesante caso de Edward Bransfield, con su terminación inevitablemente fatal. Permítame añadir a la comunicación del Dr. Griscom otra sobre el mismo tema, que puede considerarse importante. Es el resultado de la observación médica en el Este sobre el uso y los efectos del hachís (*Cannabis indica*). Al escribir así para el público evitaré tecnicismos.

Los bazares Radda y Coolee de la Ciudad Negra de Calcuta son los Borrooboola-Ghas del paganismo — los callejones traseros del budismo — donde la gente fuma *gunjah*, y reza y jura por Brahma y *bucksheesh* — donde el más abyecto de los ilotas y un Herodes entre los crueles paganos se presentan en la misma persona — adonde las camisas de franela y los peines de dientes pequeños del Rev. Aminadab Sleek son enviados cada viernes por la noche desde el Teatro Burton, pero nunca llegan. Es allí donde debe ir para procurarse su hachís fresco de los campos, y ver a su sujeto vivo probar experimentos consigo mismo. Si tiene un caso vivo de Rabia en su recinto, y lleva una copia de *El conde de Montecris-*

to en el bolsillo, tanto mejor — está al tanto de los fenómenos. Encontrará sucias y espantosas tiendas, odoríferas a petróleo y al hubble-bubble,[†] y prolíficas en perros paria, golfillos de color ocre (que, mientras se revuelcan sobre sus vientres,

* Para beneficio de aquellos que no han leído esta novela de Dumas, permítaseme decir que en ella se registra una visión de hachís bastante viva. † Índice para pipa de agua.

siempre un tono o dos más claros que el resto, se parecen extrañamente a jóvenes cocodrilos), y toda otra cosa viviente que debería hacer que esos peines de dientes pequeños estuvieran animados en el mercado. Y, en medio de estos entornos esencialmente orientales, encontrará a un viejo y gordo caballero, con la menor ropa posible, para transigir entre la decencia y el clima, que está o galvánico como Uriah Heep, o dormido como el Fat Boy, según le toque encontrarlo justo antes o después de su pipa, y que está autorizado a dispensar a los habitantes de ese barrio *churrus*, *gunjah* y *bhang*, en nombre de Lord Dalhousie, el más noble Gobernador General en Consejo.

En la estación de la floración, una sustancia resinosa exuda y se concreta sobre los delgados tallos, hojas y cogollos de la planta del cáñamo en la India, una goma pegajosa que hace que los tallos jóvenes se adhieran tenazmente entre sí en los manojos de *gunjah*. Se envía a los hombres, ahora vestidos enteramente de cuero, a los campos para que corran de un lado a otro, barriendo las plantas con sus vestiduras, de las cuales después recogen diligentemente la resina que se ha adherido. Este es el *churrus*, en el que reside toda la virtud narcótica de la hierba, todo el séptimo cielo de la intoxicación del hachís para el hindú y el árabe. El más potente de él proviene de Nepaul. El *bhang*, o *subjee*, son las hojas más grandes y las cápsulas de la *Cannabis* comprimidas en bolas y capas pegajosas, con algunas flores aquí y allá entre ellas. Infundido con agua, forma un brebaje intoxicante, al cual, sin embargo, los hindúes no son comúnmente aficionados. El *gunjah*, mezclado con tabaco y fumado en pipa, es la forma de la droga a la que popularmente se inclinan, y es como *gunjah* que comúnmente se vende en las tiendas. Este viene en manojos, veinticuatro de las plantas enteras, tallos, hojas, cápsulas y cogollos sin alterar, y de los cuales su resina no ha sido separada, adhi-

riéndose tenazmente. *Gunjah*, en efecto, es el término propio de Hindostan, siendo *hasheesh* arábigo, y usado para denotar los cogollos y las partes más tiernas de la planta, secadas al sol y pulverizadas.

Extravagancias románticas se han escrito y contado sobre la magia y las maravillas del hachís, y Coleridges y De Quinceys indios han sido puestos a contribución para proporcionar historias características para los anuarios orientales y espectáculos del tipo de Monte Cristo. Estas son en su mayor parte ficticias, aunque, a decir verdad, vuestro kidmudgar, si acontece que es un *gunjah*-wallah, es propenso a veces a entregarse a suntuosas fantasías, a haceros una gran salaam en lugar de un sándwich, y a ofreceros una hurí cuando meramente pedisteis un arenque ahumado. Pero el Dr. O'Shaughnessy, el actual distinguido superintendente del telégrafo indio, que anteriormente administraba un

sistema modelo de disciplina entre los hospitales nativos, y desde su atalaya oriental ha añadido aquí y allá una nueva luz al firmamento de la ciencia, que fue el primero en perseguir este tema con investigaciones bien dirigidas, y obtener de él resultados definitivos, describe el efecto uniforme de este agente sobre la economía humana como consistente en un pronto y completo alivio del dolor; un singular poder de controlar espasmos musculares desordenados, especialmente en la hidrofobia y el tétanos traumático; «como un soporífero o hipnótico para conciliar el sueño»; desordenado aumento del apetito; la decidida promoción del deseo afrodisíaco; y súbita exaltación cerebral, con perfecta alegría mental, en ningún caso seguida del doloroso «desmadejamiento» nervioso, el estreñimiento y la supresión de secreciones que acompañan al uso del opio.

Teniendo diariamente ante sus ojos, en las calles de Calcuta, ejemplos de este maravilloso poder del *gunjah*, el Dr. O'Shaughnessy procedió, en una sucesión de juiciosos experimentos, a aplicarlo en varias enfermedades acompañadas de mucha convulsión muscular. Descubrió que su acción es primariamente sobre los nervios motores, induciendo prontamente una completa pérdida de fuerza en casi todos los músculos; de ahí su oportunidad en los espasmos del tétanos, en el calambre del cólera asiático, en la aguda constricción de los músculos de la deglución en la hidrofobia. En el tétanos especialmente encontró un señalado éxito,

incluso en sus primeros experimentos restaurando perfectamente diez casos de catorce, y desde entonces, según mi conocimiento personal, una proporción aún mayor. En el verano de 1852 fue administrado con éxito convincente en casos de cólera asiático entre las tropas de la Compañía en Birmania, incluso en la etapa de colapso, subyugando el calambre y restaurando el calor a la superficie. Bajo su influencia sola, esa peculiar azulosidad y arrugamiento de las uñas y los dedos, familiarmente conocido como «manos de lavandera», ha sido rápidamente dispersada, la carne hinchándose de nuevo rosadamente, como una manzana podrida bajo una bomba de aire.

Todo médico inteligente percibirá que no hay nada en el tipo de virtud manifestada en estos casos que no tenga una relación directa, y por el mismo *modus operandi*, con los fenómenos de la hidrofobia, ya que se ha sostenido hábilmente, especialmente en la India, que las tres enfermedades son de un tipo afín; que sus fenómenos son puramente nerviosos y funcionales, y que ninguna inflamación local es necesaria para su definición.

En una contribución ocasional al *British and Foreign Medical Review*, y en algunas excelentes monografías publicadas en Calcuta, el Dr. O'Shaughnessy ha dado los resultados de sus experimentos desde

1850, por los cuales aparece que en casi todos los casos, con la *Cannabis* sola, ha logrado procurar un perfecto alivio del dolor, un completo control del espasmo, y su consiguiente aprensión e imaginación infernal — en efecto, una completa derrota de todos los horrores de la enfermedad; y reclamando, con una cláusula de salvedad, una o dos curas, hace evidente que en cada instancia es alcanzable una terminación indolora, tranquila y consciente. Sus pacientes han tragado agua con avidez, chapoteado en ella y jugado con ella, y han sido amigos de ella hasta el final.

Que haya así superado los horrores de la rabia y toda la terrible condición de tal lecho de muerte, debería procurar para la *Cannabis* más consideración de la que ha encontrado a manos de la profesión en este país. La objeción, hasta ahora válida, de que sus preparaciones son de fuerza desigual, y que la droga pierde todas sus virtudes por el cambio de clima, es concluyentemente enfrentada y derrotada al fin por el admirable

extracto alcohólico del Sr. Robinson. El escritor de esto ha visto a un ci-payo del 40.º de Rifles, una hora antes furiosamente hidrofóbico, bajo la influencia de la *Cannabis* no solo bebiendo agua libremente, sino lavándose agradablemente la cara y las manos.

En conclusión, invocaría para la *Cannabis indica* el interés de los escritores y practicantes americanos mediante la investigación y el experimento.

J. W. Palmer, M.D.

FIN.

N. del T.: el facsímil digitalizado trae corrompidas las palabras griegas de este pasaje; se restituyen por su forma y por el sentido de la argumentación.

Colofón

Edición digital preparada por Pevgrow para su Biblioteca de cannabis.

Texto original: Fitz Hugh Ludlow, *The Hasheesh Eater*, 1857. Obra en dominio público.

Fuente del original: Project Gutenberg.

Esta traducción se distribuye bajo licencia CC BY 4.0. Puedes copiarla, adaptarla y redistribuirla citando «Biblioteca Pevgrow».

Generado el 2026-10-25.